

PARAVICINO, FRAY HORTENSIO FÉLIX (1580-1633)

ORACIONES EVANGÉLICAS Y PANEGÍRICOS FUNERALES

ÍNDICE:

A NUESTRO REVERENDÍSIMO PADRE EL MAESTRO FRAY LUIS DE ALIAGA
A DON GASPAR DE GUZMÁN CONDE DE OLIVARES
A LA REINA NUESTRA SEÑORA DOÑA ISABEL DE BORBÓN
A DON MIGUEL DE NOROÑA, CONDE DE LINARES
AL REY NUESTRO SEÑOR DON FELIPE
AL SERENÍSIMO SEÑOR EL CARDENAL INFANTE MI SEÑOR
AL CONDE-DUQUE
AL REY NUESTRO SEÑOR

A NUESTRO REVERENDÍSIMO PADRE EL MAESTRO FRAY LUIS DE ALIAGA

Confesor del Rey nuestro Señor y de sus Supremos Consejos, Estado e Inquisición

Contra opinión mía antigua, Reverendísimo Padre, doy a la estampa, esta vez, el sermón que prediqué en Toledo el tercer día de esta grande octava que hizo el Ilustrísimo Cardenal a la Dedicación del Sagrario. Porque, sin ofensa de los que le han mirado a otra luz, juzgué para mí siempre que pretender aplausos grandes con estudios breves era ambición demasiado contentadiza. Pero, habiendo mostrado Vuestra Reverendísima, luego que llegó a aquel lugar, deseo o gusto de ver en público estos borrones, libres van de cualquier censura, a lo menos no atentos a ella, pues, cuando granjeen menos estimación, acreditan más su obediencia. Fuera de que no son tan pocas las deudas en que a Vuestra Paternidad Reverendísima estoy, ni para dejado el lustre de contarme por suyo, que no pudiera, de agradecido, y aun de ambicioso, desear esta ocasión y otra más grande en que protestar mis obligaciones y empeñar la protección de Vuestra Paternidad Reverendísima a esforzar el desmayo de mis méritos con tan pública invocación. Bastantes causas son éstas, Reverendísimo Padre, a ofrecimiento tan corto. Mucho sentiría que prohijase nadie esta demostración a no sé qué calumnias, lega y escuramente dilatadas, que he llegado a oír contra mí. Porque ni soy tan soberbio que presuma agradar a todos, ni tan humilde que ceda al descontento de algunos. Este sermón se ha de imprimir muy presto: antes ya casi se imprime en un libro de aquellas fiestas y, al lado de oraciones tan grandes, no será mucho que sienta el verse excedido. Así me pareció imprimirle antes y a solas, no para manifestar la seguridad con la osadía (si bien no era vano aqueste argumento), sino para excusarle el riesgo a que la ruindad de las comparaciones le expone de tener envidia, que es harto más desdichada cosa que

padecerla. Veráse cuán fielmente se copió este traslado del original que tiene en su poder aquel Príncipe, Padre y Juez de la fe en España si el llegar a dar razón de esto (como a él mismo le ha parecido) no es ya desconfianza de mis estudios y ofensa de quien los honra. Quitaremos de camino a los de balde mal intencionados (que no pienso que en esta ocasión los hay) un vano consuelo con que lisonjean su envidia, que es oír hablar en duda y meter a fábula (pero en efecto fábula) a los hombres conocidos. Pues, leído este sermón que por tan numeroso concurso dejaron muchos de oír, no puede haber hombre, no digo yo docto, pero ni de juicio, que cuando no le estime por de poca erudición, pueda culparle por de aspereza. Aspereza digo por la doctrina, no por el estilo: que éste, aunque no fue elección mía, sino favor o enojo del Cielo, natural a la pluma como a la lengua, ya sé cuán pesadas censuras lleva, pues me obliga a trabajar por esconderme con los demás lo que quizás, por diferenciarse, trabajarán otros. De personas graves, y entre ellos algún profesor público de Escuelas insignes, lucido y premiado justamente en ellas, he oído que han escrito y escriben discursos en mi defensa. Desde aquí les agradezco la demostración, pero les persuado a excusarla, pues ni yo prediqué materias que pidan satisfacción, ni quien las llegare a calumniar merece atenciones doctas. Antes bien, entre los cultos y que saben las deudas de una oración, han de parecer viciosas, de repetidas, las excusas que leerán en la mía. Todo esto espero que lo juzgará así Vuestra Paternidad Reverendísima, a quien entre las demás prendas venerables que le han puesto en ese lugar soberano, con tanto aplauso como razón, ha dado el Cielo un corazón tan grande. Que no es justo concederle al calumniador lo que él pudo desear, que es meter en cuidados a la inocencia, sino castigarle con el desprecio (como advirtió Tertuliano) pues no es posible sino que sienta mucho ver defraudar en la constancia ajena el dolor que había pretendido de ella la emulación propia, no de otra suerte que la importunidad de las ondas rompidas en el peñasco (como consideraba Tulio) descubre, entre las espumas con que desbrava, tanto de su afrenta como de su enojo. No es nuevo para mí nada de esto, Reverendísimo Padre, que desde menores años vivo expuesto, y aun provocado, de estos estruendos, sobrada e injustamente a mi parecer; porque ni mis pocas partes podían ser objeto de envidias, ni mi modestia lo merecía ser de odios. Pero si tenemos un Maestro, Jesucristo, que haciendo bien a todos padeció calumnias de muchos, ¿qué extrañamos tentaciones humanas los que veneramos ejemplos tan divinos? Guarde nuestro Señor a Vuestra Paternidad Reverendísima largos años. De esta celda de Vuestra Reverendísima, a primero de noviembre de 1616.

De Vuestra Paternidad Reverendísima menor hijo y capellán,
Fray Hortensio Félix Paravicino.

Beatus venter qui te portavit, et ubera
quae suxisti, quinimo beati qui
audiunt verbum Dei et custodiunt
illud.

—Luc, 11, 27.

(«Bienaventurado el vientre que te trajo,
y los senos que mamaste»)

Ésta es ya, fieles, la tercera fiesta, que en continuación de los misterios y solemnidades consagradas a la Madre de Dios, María, pide la disposición de esta octava, y el ánimo de todos, entre piedad sencilla y curiosidad atenta, lo está esperando. Advertida novedad y elección cuerda, discurrir por las grandezas todas de la Virgen los Oradores Cristianos (que este oficio les toca hoy más que nunca) para que por la excelencia del sujeto a quien se dirige aquesta solemnidad crezca la dedicación del edificio en mayor decoro, y la translación de la imagen en veneración más ardiente y de la suntuosidad majestuosa de la fábrica se arguya que sólo para tan gran Señora se pudiera haber levantado, siendo su primera alabanza el edificio mismo; pues con haber dado Dios al hombre, desde el entendimiento a la lengua, tan acomodados instrumentos para hablar y alabarle, al parecer por sí solos, dijo San Gregorio Niseno que le había dado las manos para que hablase mejor. Bien se celebra a esta Virgen singular, entre las demás aclamaciones festivas, con sermones tales; pero mejor que las lenguas de los súbditos, hablan en esta ocasión las manos del Prelado, digno Príncipe de espacioso panegírico y menos apresurados loores, si el temor de cargar su modestia y de defraudar en nada, con divertimento humano, celo tan espiritual no hiciera zozobrar en el silencio las primeras velas de tanta navegación; Prelado al fin de esta santa iglesia, emulación sagrada de la de Roma, cuanto la obediencia que se le debe permite, resplandeciente templo y superior a todos, con tantos lustres de sangre pura, de devoción perpetua, de espléndido servicio; Iglesia de esta gran ciudad, insigne con imperial título y merecimientos de él, desde lo sagrado a lo lego, constituida como con una oculta providencia sobre estas montañas, o por cabeza o por corona de la parte mejor del mundo. La tercera fiesta, pues, a la continuación de misterios y disposición de octava, es la Presentación de María al Templo, a tres años de su edad, sagradamente ocupada toda y que a mí me ha cabido a predicar: con razón, porque con misterios que tocasen más al Hijo, o con más años de perfección en la Madre ¿cómo pudiera mi insuficiencia, que aun para la ofrenda sola se halla incapaz? Al último, al fin de todos, la fiesta última. Y llámola así, aunque tercera, porque si bien de su mucha antigüedad se hallan algunos rastros en dos sermones de San Germán Arzobispo de Constantinopla y de Jorge Nicomediense, que de los Santos todos de la Iglesia no se halla otro, aunque en Francia se celebraba por el año de 1375, cuando el Cancelario del Reino de Chipre erigió en honra suya un Monasterio a los Padres Celestinos, y Paulo II la renovó, confirmando las indulgencias que su predecesor Pío, también II, había concedido. Otro Pío, empero, que fue el V, en la contracción del oficio eclesiástico la dejó en silencio, y Gregorio XIII dio licencia a las Iglesias de España solas, hasta que el año de 1585, acordándose aquel gran Pontífice, Sixto V, de la antigua solemnidad de su veneración, la mandó restituir universalmente, dando nuevo amparo y doctrina a nuestro enseñamiento y necesidades. Mas, con ser la última en la introducción de la fiestas de la Virgen, en los pasos de sus méritos (cuanto a expresa testificación de la Iglesia a lo menos) es la primera: porque de su Concepción y Nacimiento no solemniza la Iglesia tanto los servicios de María cuanto las mercedes de Dios. Estas quince gradas, que en tradición de los Padres, sube por su pie esta niña para acercarse al Sagrario, y el voto con que se ofrece a sí misma por Sagrario de su espíritu sólo (si ya esta pureza suma no le amaneció más temprano entre las primeras luces, digo, de su Concepción purísima) son los primeros pasos a que hace fiesta y de quien quedaron las huellas, últimamente, tan

firmes en la estimación, como en las piedras de esta iglesia santa. El día de su Presentación y Dedicación a Dios, fieles, fue el primero que comenzó María a pisar, o antes, a santificar templos; desde entonces afectaron las losas del de Salomón a usurparle al pie las estampas y, ahora, así en el beneficio como en la memoria, salieron con ello las de Toledo, no más, siendo de la copia de esta dedicación del Sagrario que todos estos ocho días solemnizamos, el original primitivo la Presentación que hoy predico; con que viene a ser, no sólo festividad, sino explicación del Evangelio que hoy se ha cantado (que esta obligación principal ningún otro concurso debe alejarla), pues alabando una mujer a la Virgen por Madre de este Señor, viéndole convencer a los fariseos sobre el milagro del endemoniado mudo, él la dijo que más bienaventurada era por haber oído y guardado su palabra, si bien las suyas fueron universales a todos, que es el Evangelio todo, y la muestra de que las solemnidades que han precedido de su Concepción y Nacimiento fueron prevenciones para Madre de Dios en la naturaleza, pero la de su Presentación, hoy, para Madre suya en la gracia. Alcanzados la que tenemos menester, gran Señora, pues se atrevió a decir el Príncipe de la Escuela que en cierta manera la derivábades vos a todos. Hacedlo así, Madre Santa, en mí, para que proponga dignamente la palabra de vuestro Hijo, entre vuestras alabanzas, en los oyentes, para que la oigan y guarden, con que no sólo concebiréis vos a Dios en vuestras entrañas: *Beatus venter*, etc., sino nosotros en nuestros corazones: *Beati qui audiunt verbum Dei*. Fiémoslo así, fieles, pero invoquémosla como acostumbramos. *Ave Maria*.

- I -

*Beatus venter qui te portavit,
et ubera quae suxisti.*
-Luc.

En tan gran concurso de Predicadores y oyentes (Ilustrísimo Señor), en tan sobrenatural y eminente materia de alabanzas, no será bisonería entrar reconociendo temores y confesando embarazos para acertar. Pero como tampoco se pueden negar deseos, fuerza es que tomemos algún nuevo camino a que la materia y brevedad del Evangelio me guía, y no tanto de curiosos cuanto de necesitados. Porque veo en la carrera de los misterios todos de la Virgen (que a ser Madre de Dios se reducen todos) tales jayanes al palio, que seguir sus huellas con pasos tan cortos como los de mi poco decir pasa de humildad a vergüenza. Tomemos nuevo camino, que aunque parece nuevo, vendrá a parar en lo recibido y común: que al fin, andándole solos (sin compañeros digo, no sin Santos, que son las luces, por poco que caminemos) no quedará tan corrida nuestra diligencia, a lo menos no tan juzgada. No hablemos, pues, de María como Madre de Dios hoy, aunque esta dignidad superior es imposible excluirla de sus loores; como Madre de hombres hablemos de ella, que es tierna y útil consideración el mirarla como Madre; pero no sólo Madre, porque ayuda, porque ampara, porque intercede (porque esto es serlo de misericordia no más, como con la Iglesia la llamamos siempre), ni sólo porque deseó nuestra salud sumamente y, compadeciéndose en último grado en su Hijo, nos engendró en la Cruz con vehementes dolores, que es lo que adelantaron, como pensamiento más encarecido, Orígenes, Agustino, Anselmo y San Bernardino de Sena. Más añadido, con la

modestia debida a tales Padres (confesando siempre lo que yo dijere por menos); más añadido, y es: porque como Madre verdadera y real, por serlo del Hijo de Dios en carne, nos engendró en él. Extraña propuesta a la primera luz: ya pasa de admirable y de paradoja. ¿Esto es confesar pureza perpetua en esta Virgen Santa? y ¿en iglesia de Ildefonso, el batallador glorioso de esta verdad? ¿Cómo con la fe de no tener la Virgen más Hijo que a Jesucristo, que ésta es la fe que confesamos todos, se puede compadecer el darla a tantos hijos como nosotros? Buscar, pues, debemos el modo: que amar hasta no creer, nunca fue fineza; y querer tanto a la Virgen que riñamos con la fe, no será cordura. Pero hállolo en unas palabras de San Pablo a los Efesios, tan apretadas, que hacen más que llano el camino en que entro. Hablaba el Apóstol del amor que deben los maridos a sus mujeres, e infirió que nadie aborrecía su carne, sino que la fomentaba, como Jesucristo su Iglesia. Porque somos, dice, miembros de su cuerpo, de su carne y huesos. Aunque a mí me notáis de dificultoso, esta proposición no lo está. Tan lejos se halla de oscura, que a ser de pluma menos irrefragable, pudiera ser afectada: cuerpo, carne, huesos, *Quia membra sumus corporis ejus, de carne ejus, et de ossibus ejus*. Pensaba yo que como del primer Adán venimos según la carne, de tal manera que según el espíritu no venimos (que ése fue el error de los otros que querían traducir la alma del primer Padre a todos los descendientes y que fuésemos engendrados según ambas sustancias, error en que tropezaron no vulgares Padres), así también nos derivamos en la santificación de este celestial Adán, tan de su espíritu que en ninguna manera de su carne. El Apóstol, empero, aludiendo al caso del Paraíso y a la formación de Eva, a quien, como fabricada de su costilla llamó Adán carne y hueso suyo, porque verdaderamente lo era, dice que somos formados de este Señor, de su mismo cuerpo, de su carne y de sus huesos mismos. Ni basta a satisfacer tanta oscuridad como la exageración repetida del Apóstol ofrece el ser de una misma naturaleza, porque también lo somos de la de Moisés, y aun de Faraón, y no por eso venimos de ellos y de sus cuerpos, como Eva viene del de Adán su esposo. Resuélvome con Cayetano, que por falta de Escolástico no errará, en lo mismo que el Apóstol dilata en aquel capítulo, que como de la carne y huesos de Adán durmiendo se formó Eva, de la carne y huesos del Adán Cristo, Cordero sacrificado, y muriendo, se formó la Iglesia. Es bien verdad que la ejecución no fue corporal y grosera, sino simbólica, espiritual y meritoria, como los Santos Crisóstomo y Cirilo lo entendieron, pero esto no quita que sea de su carne, de su cuerpo, de sus huesos. Si es así, como es dogma católico, que en esa naturaleza nos redimió, y así en ésa nos reengendra, confieso que es grande el misterio, y que os pondrá a todos en cuidado que de carne, sangre, y huesos procedan hijos de espíritu. No me espanto, que así lo sintió el Apóstol, y viendo arrancar pedazos de carne del primer hombre para darle sucesión, en símbolo de esta verdad dijo: *Sacramentum hoc magnum est ego autem dico in Christo et in Ecclesia*. Grande es este Sacramento, pero donde yo le veo más misterioso, es en Cristo y en su Iglesia. Mirólo aquel Príncipe de ella sobre cuantos yo he leído hondamente, y admirado de ver renovado en la Cruz el arrobo del Paraíso, y que del cuerpo de Cristo nacía su Esposa, haciendo fuerza con el espíritu en el hueso de su fábrica, repara con sutileza: ¿por qué, para formar un sexo frágil de otro más fuerte, no escogió Dios la carne del lado, más que la costilla? Pues era deducción más conveniente sacar una mujer blanca y de tierra natural de una parte de carne fácil, a cuyo principio se pareciera siempre, que de lo recio del hueso, de quien se había de desviar su naturaleza. Y porque pasme, añade aquí este grande hijo de Benito: «el que se pusiere a considerar la profundidad de este

Sacramento advertirá que no le volvió otro hueso por el que le había quitado, sino que le llenó de carne el vacío». *Tulit unam de costis ejus*. Podía Dios, para hacer una mujer flaca, quitar la carne al varón y, para remediar la falta del hueso, sustituirle otro; y no lo hizo así, sino que, quitando hueso, dio carne sola con que formó el sexo más fácil de la materia más dura; y fue Adán hecho hombre débil para que fuese Eva mujer fuerte. Enflaquecióse Cristo (dice Pedro Damiano) para esforzar la Iglesia que nacía de él, y para eso tomó en sí la flaqueza nuestra, para asegurar en nosotros la fortaleza suya: *Quod infirmum est Dei, fortius est hominibus*. Suele el que va a la batalla (palabras son también suyas), el que sale acá al desafío, sobreponer al cuerpo flaco y blando de padecer, el ante, la malla o el metal más duro de resistir, para que la fuerza exterior ampare la flaqueza escondida. Pero ¿qué despropósito fuera retirar la fuerza adentro y exponer la flaqueza al golpe? Un hombre de carne puede vestirse de acero, pero si fuera acero ¿fue buen armarse de carne? ¡Qué extraño modo, pues, de desafío es aqueste de la Cruz, que esconde Dios el acero de la Divinidad impenetrable, y le sobrepone carne tan sin defensa! El peto fuerte de su deidad ocultó: *Ibi abscondita est fortitudo ejus*. Y armado de carne flaca, y ésta tomada de una mujer, pues como dijo San Metodio a la Virgen, ella le armó de todas armas a Dios: *Tu potentem illum corpore tanquam decenti panoplia induisti*. Gana fue, fieles, de apostar con la primer batalla y perder por carne al demonio, que por ella había ganado, siéndole a su enemigo causa de su ruina la misma carne que había sido materia de su victoria. Pues, como dijo San León con valientes términos, no parecía que con justicia perdía el demonio la servidumbre original del linaje, que espontáneamente se le había entregado, si no fuera vencido de aquello mismo que él sujetó: *Non juste diabolus amitteret originalem dediti generis servitutem nisi de eo, quod subegerat vinceretur*. Y para esto nació de una virgen, sin compañía de hombre, por obra de Espíritu Santo sola: *Quod ut fieret, sine virili semine Christus editur ex Virgine*. Ofreciéndonos para la reconciliación a todos en una hostia, que siendo íntima a nuestro linaje, a nuestra contaminación fuese ajena: *Offerenda erat pro reconciliandis hostia, quaesset nostri generis socia, nostra contaminationis aliena*. De esta carne, pues, esto es de este Señor eterno, en esta carne mortal, nos engendramos los fieles, como verdaderos hijos, a nueva vida, siendo tantos, que se asombró de mirarlos, aún desde su tiempo, Isaías, y dijo: *Generationem ejus quis narrabit?* ¿Quién podrá contar su generación y larga descendencia cuando muriere, pues de poner la vida por ella, ha de engendrar sucesión perpetua? Que si bien los Santos lo suelen entender de la generación suya, o eterna del Padre, o temporal de María, y la fuerza hebrea convenga más al orden y proceso de su causa, como la verán los doctos, todavía a este mi sentimiento hace gran lugar el contexto de la Vulgata: así le llamó otra vez Padre del siglo futuro, que somos nosotros, *Pater futuri saeculi*. Como David le dio sucesión propia *Et semen meum seviet ipsi*, lugar por que no irán de paso los que saben algo de hebreo. Y aun en nombre de los cristianos todos parece que le habla Isaías con énfasis milagroso: *Tu enim Pater noster, et Abraham nescivit nos, et Israel ignoravit nos. Tu, Domine Pater noster, Redemptor noster*. Tú eres nuestro Padre, Señor, más que Abrahán, que ya no nos conoce, y que Israel, que ya nos ignora. Tú eres nuestro Padre, y tú eres nuestro Redentor; y cuando nos redimiste, nos engendraste. Bien apretado está aquí este modo de filiación: así lo dijo San Pablo a los de Galacia, si bien la llama adopción, para significar que no era la ejecución carnal, ni forzosa, sino espiritual y de gracia; pero no porque excluya la carne de Jesucristo ella, que quien dice Cristo, forzosamente dice Dios en carne; y quien nombra

Redención, incluye naturaleza capaz de muerte; y así se ven en sus cartas tantas repeticiones de carne y sangre de Jesucristo que será excusado trabajo el referirlas. Por eso nos llamó San Mateo hijos del Esposo, y San Juan, de la luz, creyendo en ella. Si somos, pues, hijos de Jesucristo, como Padre, como Esposo, como luz; si somos engendrados, en cuanto Iglesia suya, de su carne, de su cuerpo, de sus huesos, como sacramento de Adán, luego hijos somos de María también. Que aunque Eva, símbolo primero de la Iglesia, esposa de este señor y madre nuestra fue formada inmediatamente del cuerpo, carne y huesos de Adán, de la misma tierra virgen se origina de que Adán su principio y su esposo fue formado, si ya no es que queráis decir (que no diréis) que no es la tierra madre de nosotros todos. Así pues, María, siendo la primera tierra virgen de quien fue formado aqueste Adán Jesucristo, lo es de esta Eva e Iglesia, producida de la carne de este Señor, por inefable modo, y así de nosotros los fieles todos que la componemos. Es así, empero, que los Santos comúnmente no sutilizan en el símbolo de Eva tanto esta verdad, contentándose con llamar a la Virgen Eva segunda, por quien se reparó el daño de la primera; y en esta razón también la llaman Madre nuestra, pues llegó a decir Epifanio que no había sido Eva figura sola de María, en llamarse Madre de vivos, sino su enigma, pues no lo fue sino de muertos solos. María sí que fue Madre de vivos innumerables, siéndolo de Cristo, vida, en su muerte, de todos. Cuidado le daba a Ambrosio (para acercarnos ya, en consecuencia de esto, al intento escondido del Evangelio) el oír llamar a las entrañas de la Virgen montón lleno de trigo, aunque cercado todo de azucenas: *Venter tuus acervus tritici vallatus liliis*, porque no reconocía él, con la fe, más que un grano, que es Cristo sólo. Pero parece que reparó con cuidado en que María no tenía en sí a Cristo para vivir solo; pues dijo alguna vez el Abad Guerrico una bien dulce exageración, que con desear tanto Dios ser hijo de esta Señora, el mayor dolor que tuvo fue en no padecer en nueve meses que se encerró en sus entrañas, que la ociosidad en quien ama mucho, mucho tiene de torcedor (si tan baja voz pudo nunca competir a amador), que se ocupó siempre en el bien ajeno tanto. Para morir, que era a lo que venía, pues, tenía la Virgen en sí este grano Cristo, y el grano de trigo, sin morir, quedase solo, como dijo él, tratando de su Pasión; pero muerto naturalmente lleva gran fruto: *Multum fructum affert*. Luego, si María tiene en sus entrañas un grano de trigo que ha de ser muerto, un montón entero tiene en virtud. San Epifanio aun se explicó más, porque cuando se siembra el trigo, dice, cada grano cae en parte diferente de tierra, cada uno arroja su macolla; de cuatro o seis cañas da otras tantas espigas e innumerables granos; y si fuera de infinita virtud el primer grano, infinitos fueran los que llevara y ¿cúyos hijos, pregunto yo, fueran?, ¿cúyo fruto? Claro está que de aquel pedazo de tierra donde cayó el un grano, y no donde cayó su vecino: porque cualquier grano de trigo naturalmente tiene tomar para sí la tierra cercana y convertir en su ser la sustancia de ella, y todo aquel manojito de espigas no es más que tierra y virtud suya, usurpada o recibida de aquel grano que se sembró. Viene, pues, Dios a la tierra, como grano de trigo y de infinita virtud a morir en esta mística sementera, pero verdadera y real; a morir en fin, para unir a sí a los hombres y llevar el fruto de ellos; cae en las entrañas de María, tierra virgen, no ofendida de arado ni acción villana jamás; lleva por macolla una Iglesia entera, por granos los fieles de ella. ¿Cúyos son aquestos hijos? ¿Cúyos han de ser, sino de este pedazo de tierra adonde cayó este grano? *Ipsa est ager minime cultus* (dijo Epifanio) *quae verbum velut granum frumenti in se suscipiens, etiam manipulum germinavit*. Con que veréis ya a luz bien extraña, pero piadosa y puntual, nuestro Evangelio confirmar esta

verdad misma, pues alabando esta mujer humilde las entrañas de la Virgen por haber traído en sí a Cristo sólo, *Beatus venter*, le respondió «Bienaventurados los que oyen y guardan mi palabra, que son los fieles, y verdaderos hijos observantes de mi Iglesia». Que sobre el dar a su Madre por más bienaventurada, por esta puntualidad que es lo que dicen Santos e intérpretes, parece, en añadir *omnes*, como antítesis del *te portavit* que le dice: «no soy sólo yo, mujer devota, el fruto de aquellas entrañas, ni sólo a mí me trajeron, que hijos dichosos son suyos todos los de esta Iglesia, engendrados en mi palabra». Y felicidad es grande de unas entrañas en un punto mismo, con tantas circunstancias de pureza y misterio, ser Madre de tantos hijos: *Quinimo* (que son formales palabras de San Bernadino de Sena) *Ita ut ex tunc omnes* (y hablaba de la Encarnación y del consentimiento que dio la Virgen a ella) *in suis visceribus bajulaverit, tanquam verissima mater filios suos*. De manera, dice, que desde la Concepción de Jesús nos trajo a todos en sus entrañas.

- II -

Pareceráos que deshago la propuesta y que enfermo los encarecimientos o los enflaquezco con la explicación; pues todo esto es obra de espíritu y vendrá a ser María Madre nuestra, figurativa y misteriosa no más. No digo tal, sino Madre verdadera y real (que fueron mis primeras palabras) que nos engendró. Pero claro está que no había de ser inmediatamente y en singulares acciones, pues fuera atribuirle diferentes entrañas y partos diferentes. Y no sólo será esto contravenir a la verdad católica, sino a nuestro mismo provecho, no siendo ya hijos de Jesucristo en la Cruz, que es en lo que nos fundamos. Demás que otra cosa no cabía en medianísimo seso, antes en ninguno. Crisólogo nos desembaraza con su agudeza: ¿qué tememos tanto? *Nonne haec exeuntem populum de Aegypto* (dijo) *uno utero concepit ut emergeret coelestis in novam creaturam renata progenies?* ¿Cuándo no fue María Madre nuestra?, había dicho: *Quando no mater?* Siéndolo de Cristo, pues concibió de un vientre tantos hijos, como el pueblo entero que salía del Egipto del pecado para que, renaciendo en las aguas la generación terrena, ya viniese celestial cuando llegase a la orilla; que si bien en diferente metáfora del Mar Bermejo es lo mismo del Senense: *Tanquam verissima mater filios suos*. Que todos juntos nos trajo en sí como Madre verdadera, porque trajo a Cristo y le dio su misma carne; y de ésa procedemos en la santificación, como verdaderos hijos nosotros, como de Adán celestial, a la manera que del terreno descendemos pecadores, cuanto esa oposición de términos sufre: *Sicut in Adam omnes moriuntur* (dijo San Pablo) *ita, et in Christo omnes vivificabuntur*. Como en Adán todos mueren, en Cristo han de tener vida; y en Adán mueren por la carne de que se derivan, luego en Cristo han de vivir por la carne de que se forman. Por su carne, digo otra vez, que eso es Dios en carne; pues por ella, y en ella, fue nuestra comunicación con él, como hombres nosotros, como hombre él; que así lo dijo con energía grande Pablo: *Qui sanctificat, et qui sanctificantur ex uno omnes*. Para santificar, y ser santificados. Conforme a las leyes de las bendiciones, todos han de ser de una sangre y de un linaje. Y así no se corre Cristo de llamarlos hermanos por David: *Non confunditur eos vocare fratres*, ni por Isaías hijos: *iterum ego, et pueri mei*. Reparemos un poco en estas palabras, a ver si acaso (cuanto las analogías del púlpito dan lugar) hallamos aquí esta verdad escondida. Porque ya le miremos como Padre, ya

como Hermano, no habla de terneros por hermanos e hijos, en la gracia de la adopción sola, en cuanto es uno con su Padre, que ese parentesco arguye superioridad de que preciarse, y no achaque de que correrse. Luego como hombre habla, y de nuestra naturaleza, que era de lo que podía correrse. Tiene acá un hombre principal, un señor, algunos hijos, uno en igual persona a su calidad, otros en otra mujer demasadamente humilde; no a todos suele traerles con igual lustre, porque no tiene por madre digna de sus hijos aquélla, aunque lo fue de su amor. Y el mayorazgüelo de la compañera ilustre se suele correr de que le llamen hermano. Es Padre y hermano Cristo de los hombres, como Hijo natural de Dios, pero de eso, como hemos visto, siendo de un mismo ser y adoptándolos no más, no podía correrse. Pero eslo también como Hijo natural de María, y de esto pudiera correrse por la desigualdad de la naturaleza, y dice San Pablo que no, tan pagado está de ser hombre. Tan dulce tirano suele ser el amor, que inferiores y civiles empleos suele obligar a descanso a las más soberanas prendas. Pero si nos llama hermanos, a alguna madre por término ha de mirar esta relación. ¿A quién sino a María?, de quien dijo San Buenaventura: *Maria non solum est Mater Christi singularis, sed etiam mater omnium fidelium universalis*. Y así dice Ambrosio. Prosigue el mismo San Buenaventura: Si Cristo es hermano de los que en él creen, ¿por qué no ha de ser Madre de todos ellos María? *Si Christus est credentium frater, cur non ipsa, quae genuit Christum, credentium sit Mater?* Luego parece que en no correrse Cristo de terneros por hermanos, da a entender San Pablo que somos hijos de esta Señora, pues esa Madre sola reconoce él y confesamos nosotros. Porque comunicó, pues, íntimamente con estos hijos de su Iglesia (prosigue el Apóstol) y ellos participaron de su carne y sangre, y él la participó también (que son palabras de gran comunicación): *Quia sicut pueri communicaverunt carni, et sanguini, similiter ipse participavit eisdem*. Formando un cuerpo místico de todos (pero real y verdadero, no imaginario), llegó en su muerte a vencer por ella al que tenía su imperio contra la vida, que es el demonio, para librarlos de su esclavonía. ¿No veis todo el Sacramento de Cristo y de su Iglesia, como simbolizado en Adán, formarse en la comunicación de esta carne que tomó de María? Luego allá está mirando esta filiación, porque no tomó (dice el Apóstol) naturaleza angélica, sino la de Abrahán, y así debía parecer en todo lo no indecente ni culpable a nosotros: *Per omnia debuit assimilari fratribus*. Este *semen Abrahae* que dice Pablo que *apprehendit*, es la sangre sola purísima de María. Pues si somos hijos de este Señor, como de Dios, en carne, y él no tiene otra que la de esta gran Madre suya, ¿por qué no lo ha de ser nuestra, si en esta carne de Jesucristo vencemos y en ella hemos de triunfar? Oídselo a San Pablo por si yo no sé declararme. Tengamos, hermanos, gran confianza, dice, en la sangre de Jesucristo, que nos abrió el Sagrario (que eso es en rigor *Sancta Sanctorum*), haciéndonos un camino vivo y nuevo por el velo. Esto es, por su carne misma: *Per velamen, id est carnem suam*. Que este velo sea el del Sagrario, o *Sancta Sanctorum*, las palabras lo dicen claro. Cómo se pueda entrar por él, debe ser lo dificultoso, porque el velo del Sagrario y de cualquier imagen está tan lejos de dar paso que no sólo estorbaba los pies, sino los ojos, porque no registrasen nada. Y si era figura de la carne de Cristo (como dice el Apóstol), tiene aun más fuerza la duda. Porque un velo de carne, no es cendal que permite a la vista examinar lo que encierra, cuanto más dar lugar a que lo penetren los pies. Pues ¿cómo dice que por su carne, como por velo, nos abrió camino? Leed la palabra antes, pero leedla con ternura: *In sanguine Christi*, que fue derramando sangre, y veréis que el paso era inaccesible, y así fue menester romper, hacer pedazos, hasta correr

sangre y hasta desangrarse del todo la carne que servía de velo y que cubría la deidad, romper el cendal carmesí. Que un velo tirado cubre la imagen, pero roto, bien la enseña que no en vano se rasgó al tiempo de la muerte de este Señor el velo de aquel templo, en sangrienta significación de que por la carne desgarrada de este Pontífice y Padre del nuevo siglo se abría camino a sus hijos en su sangre. Rompió a vinagre los Alpes el valor infatigable del César, e hizo paso en las montañas al campo y nombre en la posteridad a sí mismo. Mas nuestro capitán, Cristo, no abre camino por piedras muertas, sino por vivas, *Viam novam, et viventem*. Y la misma bebida del vinagre aceda acabó de abrirnos por su carne el paso: *Consummatum est*. Ábrale a todos hoy, pues, este velo para el Sagrario de su Madre Santa, pues se cortó de sus entrañas, dadas hoy por tan felices: *Beatus venter*.

- III -

A este Sagrario, empero, que esta octava dedicamos, bien nos abre paso la carne de este Señor, pues se consagra a su Madre, de quien él la recibió; mas al del Cielo ¿cómo? si dice San Pablo que la carne y la sangre no pueden poseer el Reino del Cielo: *Caro et sanguis Regnum Dei possidere non possunt*. Pero bien cerca está en el texto la respuesta: *Nec corruptio incorruptelam possidebit*. Ni la corrupción poseerá lo incorruptible. No estorba, pues, no embaraza la entrada del Cielo, fieles, la carne y sangre, sino la carne y sangre corrompida del viejo Adán. No la del segundo, santificada: que antes se entra por ella sola. Y allí es cuando se ha de consumir últimamente este Sacramento de la Comunión de la Iglesia y sus fieles que juntó Jesucristo aquella noche sagrada, para llevarlos en sí a satisfacer al Padre, como los llevó en un cuerpo misterioso que formó de ellos. Allí, digo, en el Cielo, se consumará del todo este Sacramento, no sólo comunicando su espíritu y vida a las almas, sino su cuerpo, calidades espirituales y dotes gloriosas a los cuerpos de todos. Que esas esperanzas alentaban tanto al Apóstol en otra parte: *Unde etiam expectamus Salvatorem Dominum nostrum Jesum Christum, qui reformavit corpus humilitatis nostrae configuratum corpori claritatis suae*. Allí será la segunda resurrección para llamarla así, el tornar, digo, a tomar en unión no explicable todo este cuerpo y reino suyo que unió en la Redención, siendo cabeza de él todo, y entregársele a su Padre *Cum tradiderit regnum Deo Patri*. Que es donde mira aquel lugar de San Mateo tan dificultoso: *Non bibam amodo de hoc genimine vitis* y que ahora no sufre el tiempo poder detenerme en él. Allí, pues, se acabará de ver cuánto somos de su carne: pues de ella misma se comunicarán a la nuestra calidades tan de espíritu, y así se verá cuán grande parte es María, aun en la gloria de nuestra carne. Pero a esta consumación triunfal nos hemos de ir disponiendo y haciéndonos espirituales, desde el camino, que claro está que en un cristiano no ha de haber carne sin espíritu, que sin él, aun la misma carne de Jesucristo aplicado en el Sacramento, no os dará vida, si la coméis, como si la mordiéades: *Caro non prodest quidquam* dijo el Señor hablando con los fariseos, *Spiritus est, qui vivificat*. Notad la voz *vivificat*, que no quiere decir vivir en sí solo, como cada alma en su cuerpo, sino vivificar a los otros, que eso es lo que hace Cristo en los fieles. Si bien hasta la resurrección universal, como se vio en la suya, no acabará su carne de comunicar a la nuestra estos favores de espíritu. Y no hay que extrañar la junta de espíritu dentro de la jurisdicción de la carne; que hablando de la

resurrección, así lo llamó el Apóstol, cuerpo animal y cuerpo espiritual. Ni por ser espiritual deja de ser cuerpo, y de esto está todo aquel capítulo lleno: *Est corpus animale, et est corpus spirituale*. Y parece que da como por razón de esto el Apóstol San Pablo el estar escrito que el primer hombre fue hecho en alma viva, pero en espíritu vivificante el segundo Adán: *Factus est primus in animam viventem, secundus in spiritum vivificantem*. Notad la diferencia de viviente a vivificante, que no está ociosa, porque el primer Adán, hízose en alma viviente, en sí sola, porque vivió en aquel cuerpo para servirse de él sus acciones; pero el postrer Adán, Cristo, no sólo vive como alma en sí, sino vivifica como espíritu a los otros con su comunicación. Rasguños breves y escondidos de esta verdad nos da la lengua santa, donde aun es más hermoso el antítesis. Porque al formar Dios la estatua del primer hombre, de un poco de polvo sutil que con la humedad del agua pudo atarse (como notó Tertuliano en lo de bautismo: *Non sine sociantibus aquis*) y trazar con eso el modelo, al alentar en él y encender en vida con la llama de su amorosa respiración la tierra mal mojada de Adán, dice la Escritura que expiró en él espíritu de vida, en plural, o vivificante: *Ni ix mad Jaim*, pero que él fue hecho en alma viva no más: *Nephes xaja*. Pues si le dio espíritu de muchas vidas, y vivificante, ¿cómo trocó los términos, y Adán no salió más que en alma viva, por vida sola, sino porque se guardaba para Cristo esta eficacia santa? En especial que el *ni ix mad* alude al *Jaim*, que es Cielo. Y parece que se mira con las palabras de San Pablo *Primus homo de terra terrenus, secundus de coelo coelestis*. El primero, como nació de la tierra, quedó terreno; el segundo, como venido del Cielo, vino a quedar celestial aun el cuerpo suyo, con ser así verdad que en ser verdadera carne es cuerpo, como el de Adán. Y como acá trajimos al hombro la semejanza trabajosa y servil del primer hombre terreno, allá gozaremos las prendas incorruptibles del celestial, por su comunicación; que éste es el misterio grande en que acabará ya de ahogarse la muerte en el corriente eterno de la gloria. Pero no porque en el Cielo sea esta comunicación consumada se ha de dejar de comenzar en la tierra; antes bien allá no se acaba lo que acá no se comienza. Por eso llama hoy Cristo bienaventurados a los que se reengendran en su palabra, siendo voz de los que viven el Cielo; porque ya en el cuerpo mortal tratan del espíritu de su santificación, que quizá quiso decir eso San Juan, al señalar estos hijos: *Qui non ex sanguinibus, neque ex voluntate carnis*. No dijo que no eran de carne, sino que no tenían voluntad de tal. Y es deuda ésta en que entran madre e hijos, pues en esa circunstancia espiritual pone el Señor la mayor bienaventuranza: *Quinimo beati*.

- IV -

A esta deuda, pues, entra hoy la primera, nuestra gran Madre al Templo, de tres años. A ésta la traen sus padres, que para templo y consagración a Dios era prenda tan de espíritu. Siempre lo más se tuvo por digno de lo mejor. Y así coligió con grandeza Tertuliano la honra que Dios hizo de padecer por nosotros, pues se le envió Pilatos presentado a Herodes; porque una inocencia padeciendo por amor es pieza de Rey (dice el africano docto, como pudiera un español vulgar). Tal es María para Dios, pieza, digo, para él, en ofrenda santa. Llévela al Templo sus padres; que el lugar propio de su espíritu es el Templo; y el mayor adorno de él es su santidad: *Domum tuam decet sanctitudo*, dice David en nuestra Vulgata. Y otros leen: *Pulchrior sanctitas*. No hay cosa que le esté

mejor a la hermosura de su capilla que la santidad de aquesta Señora, pues con ella parece que aun Dios está más lucido. No es desalumbrado el encarecimiento, porque si es lenguaje de Escritura que se viste Dios de los Santos como de traje propio: *His omnibus velut ornamento vestieris*, no es nuevo que con un vestido, más que con otro, esté un Príncipe más galán. Y parécese a sí mismo Dios, que lo está tanto, que han querido Padres grandes que el aparecerse en forma humana en la Ley Antigua eran ganas de probarse el vestido de su Madre Santa, en la nueva. Restituyan, pues, a Dios esta gala, o no le priven de ella los padres de esta niña, y más que por ser su hija, la amen por eso. Que si de Ana, la madre de Samuel, dice Crisóstomo que era doblada la razón de amarle, una de la naturaleza y otra de la gracia, y que si le amaba como a hijo de su carne, como a espíritu consagrado a Dios la reverenciaba; si de Abraham dijo San Zenón, obispo de Verona, que quiso más ser sacerdote que padre, ofreciendo en su hijo humana víctima a Dios y ensangrentando a manos de su fe tantas esperanzas, no es mucho que los padres de María la amen y la veneren, y llevándola hoy al Templo, como padres en la carne la ofrezcan, y como sacerdotes en el espíritu, se la sacrifiquen a un tiempo. Y que ella, reconociendo el intento suyo, suba por su pie, sin admitir mano ajena, las quince gradas del Templo que desalentaran mayores años, cumpliéndoles a los Padres el voto que en su Concepción habían hecho, desde la cual (como notó Damasceno) comenzó a hacer cortesías la naturaleza a la gracia. Aclamara con Salomón los pasos de esta Señora: *Quam pulchri sunt gressus tui*, si por más novedad que pretendamos no quedase el lugar por común en ocasión tan particular. Sólo veamos dar un paso a Ambrosio, que del calzado notó: *In calceamentis quia superior, et eminentior*. Que iba así María calzada, porque se descollaba y excedía a todas. Privilegio que deben en lo natural las mujeres a su calzado, y que María goza en el espíritu desde luego, pisando, no quince gradas solas, sino cuantas se consideran de criaturas, hasta llegar a ser Madre de Dios en el Sagrario de sus entrañas, siendo del Templo de este mundo el Sagrario y el Cielo ellas. Que el llamar celestial a Cristo San Pablo, siendo de fe que fue de carne verdadera y natural, aunque dejamos dicha la principal causa, comúnmente lo suele aplicar la piedad santa de los Padres al ser Hijo de esta Señora, Cielo en la pureza y prendas del espíritu. Pues como al Cielo no llegan vapores de tierra ni impresiones peregrinas, así, ni a María, aun según la carne, se asomó humana perturbación. Elemento, pues, que no padece perturbaciones, mejor se llama Cielo. Carne que no tiene resabio alguno de tal, mejor se llama espíritu. Así parece que lo dijo ella en esos versos sagrados, que hizo: *Magnificat anima mea Dominum, et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo*. Mi alma engrandece al Señor, y en su Salvador se gozó mi espíritu. Dejo por más cierto ahora lo que los santos y mayores intérpretes han dicho en esta parte, así al dividir las del alma en la consideración, como en ponderar los gozos de esta Señora. Cuanto mi cortedad hacia mi intento puede atreverse, considero que quería María toda entera dar gracias a Dios por el hecho, como David un tiempo por la promesa. Y habiendo provocado su alma las alabanzas, parece que deba citar su cuerpo también a ellas, y no llama sino su espíritu. David más se declaró, y dijo: *Cor meum, et caro mea, exultaverunt in Deum vivum*. Mi cuerpo y carne, mi corazón y espíritu se gozaron en su Dios todo, yo me alegraré en él. ¿Cómo pues, María en el mismo empeño, y mayor, no da las mismas palabras? ¿Cómo, habiendo llamado al alma, no nombra al cuerpo, sino al espíritu? ¿Cómo, sino porque es como espíritu el cuerpo de esta Señora, aunque es cuerpo? Ni es del todo adivinar, si ponderamos los términos diferentes, pues del alma dijo que engrandecía, y del espíritu, en

que significa el cuerpo, no más de que se gozó. Porque si la alma engrandece a Dios alabándole, el cuerpo le empequeñeció concibiéndole, si así puede decirse. Y podríamos esforzar este linaje de alabanza, cuanto respetuoso, tierno, con una filosofía en que han dudado muy pocos en las Escuelas: que accidentes espirituales no se pueden sujetar, como en propios sujetos, en corporales sustancias. Y vemos en las entrañas de María, no accidente espiritual, sino espiritual sustancia, e infinita, como es Dios encerrado, y tan reducido a su pequeñez, que las pudo llamar San Metodio comprensión del que es incomprendible: *Tu cuncta comprehendentis, et continentis comprehensio*, y para eso no basta llamar Cielo a María, ni en la dilatación, ni en la pureza, pues él no es bastante a abrazar su inmensidad, como lo fue ella: *Quia quem coeli capere non poterant tuo gremio contulisti*, le dice siempre la Iglesia; menester es mirarla como espíritu y mente soberana. Porque de los bienaventurados en el Cielo nos dice la doctrina escolástica universal que ven a Dios con el entendimiento. Que los ojos del cuerpo, vulgar cosa es entre doctos que no hay omnipotencia que los eleve a ver un ángel, como es en sí, por exceder totalmente ese objeto, no sólo la virtud, sino la esfera toda de la coaptación esencial de aquesa potencia (no puede ir esto más claro, que está muy dentro de la filosofía). Con ver, pues, a Dios los bienaventurados, no le pueden comprender: y más que le ven todo, porque para ver entendiendo un objeto, aunque sea infinito, un entendimiento basta, a quien la gloria dé lumbre, o porque vaya más en romance, a quien dé Dios lumbre de gloria; pero para comprenderle, otra eficacia infinita era menester. Así Dios se comprende a sí solo; luego si María comprende en sus entrañas a Dios, no le basta ser Cielo; entendimiento y espíritu ha menester ser, y no como quiera, sino infinito. Bien es verdad que (como verán los que saben de esto) no es esta comprensión de Dios, penetrado y entendido, sino concebido y abrazado. Pero es tan ajena voz de la infinidad de Dios ésta de comprendido, que es prodigiosa cosa que se atribuya el comprenderle a una criatura y en fuero tan ajeno de Dios, como cuerpo y carne. Mirad si llama con razón nuestro Evangelio bienaventuradas sus entrañas, pues que son comprensoras, cosa que todos los bienaventurados juntos no lo son. No siendo esto opinable, sino tan cierto que es de fe que en los entendimientos de los bienaventurados no puede haber Dios totalmente, y es de fe que en las entrañas de esta mujer cabe, véase si sabe a espíritu carne, de quien tanto se dice, que sola la fe se puede arrojar tras sus alabanzas segura. Poco habemos dicho, en que se den voces a María, que a los bienaventurados todos no les competan si le atribuyen los santos algunas imposibles de haber en el Padre Eterno: más, imposibles de haber en la Trinidad toda entera, pues llegó a llamarla Pedro Damiano *Fons fontis, origo principii*. Fuente de la fuente y origen del principio. Sabida cosa es entre escolásticos, y debe serlo entre fieles, que al Padre Eterno se le atribuye el nombre de Principio porque aunque el Hijo sea tan eterno como él (que sí es), se origina y engendra de su Padre, y el Padre es fuente y principio, pero sin principio del Hijo. Y así, siéndolo él, no puede haber otra persona en las tres a quien le convenga esta voz, con que se llama innacible, porque del principio, aun los mismos términos muestran que no puede haber principio. Y está tan lejos de la Trinidad el multiplicar palabras de principio, que para producir el Hijo al Espíritu Santo, ha menester, si dijésemos (hablando con nuestra cortedad) acompañarse del Padre, y juntos por modo de un principio expirativo sólo (no dos) expiran al Espíritu Santo, como fuera de tantos escolásticos, aun lo selló San Anselmo: *Neque tamen duo confitemur principia, unum Patrem ad Filium, alterum Patrem et Filium, ad Spiritum Sanctum*. Tanto rehúsa la

doctrina católica multiplicar nombres de principio, cuanto y más principios de principios en Dios. Luego estas palabras, fuente de fuente, principio de principios no caben en el Padre Eterno, ni en toda la Trinidad, con ser inmensa, y las vemos atribuir a María, en cuanto se comienza de ella por la carne, el que es principio de todo por la Deidad. Carne, pues, en quien se ven privilegios, que en todo el ser Dios se niegan aun sus voces, ¿cómo no merecerá nombre de espíritu, aunque sea, como es, verdadera carne? Confieso yo que lo que al ser de Dios se le niega fuera imperfección el tenerlo, por los respetos que la teología discurre; pero suma alabanza es de estas entrañas, que palabras que suenan honra, no se hagan lugar a propósito en Dios, y en ellas le tengan tanto. San Anselmo, a lo menos, si no miró estas imposibilidades, grande comparación se atrevió a hacer de esta Señora a Dios (con la templanza que semejantes materias piden), pues llegó a decir lo que no sé yo si llegue a citar, que como Dios, haciendo todas las cosas con su Omnipotencia, es Padre y Dios de todos, así María con sus méritos, reparándolas, es Madre y Señora de ellas: *Sicut Deus* (dice el Santo), *sua potentia parando cuncta, est Pater, et Deus omnium: ita beata Dei Genitrix Maria, suis meritis cuncta reparando, Mater est, et Domina rerum*. No puede con Dios competir María que, cuando más excelente, se queda en regiones de criatura, y él vive esferas de Criador. Pero extraña cosa que Anselmo conciba tan grandes ideas de esta criatura que en el modo de su comparación con la Omnipotencia de Dios apuesten los méritos de María; que diga que cuanto él hace, tanto ella reforma, y de cuantas cosas y hombres él es Dios y Padre, de tantos es Madre y Señora ella. Pues, ¿que tendremos miedo de haberla llamado tantas veces verdadera Madre nuestra, siéndolo de este Señor mismo? De Sara, ¿no dice la Escritura, que parió los judíos? A Abraham, ¿no le llaman padre de muchas gentes, y no lo fue más que de Isaac? Luego ser María Madre del Isaac Sagrado, de cuyo sacrificio nació nuestra sucesión, es ser Madre nuestra también. Tenía Rebeca en sus entrañas no más que dos muchachos, y dice la Escritura que estaban dos pueblos en sus entrañas. *Duae gentes sunt in utero tuo*. Luego la madre de los progenitores, lo es también de los descendientes. Que si las informaciones de limpieza en esta Iglesia Santa ordenaran el examinar cualquier predecesor, por distante que en tiempo fuese, a la primer Madre habían de llegar de muchos, pues nos llamamos hijos de Adán todos, habiendo tales siglos en la distancia. Y si a nosotros nos hicieran información de Cristiano que es la honra de que se debe preciar este nuevo siglo, a Cristo habían de llegar, por quien nos llamamos y somos tales; y de Cristo a María, que es la que le engendró, no sólo verdadera, sino naturalmente.

- V -

No es el daño, sino que estos hijos cristianos, reengendrados en espíritu, no lo parecen, y todos sabemos a la tierra del primer Adán, y no al Cielo del segundo. De otra manera sutil y tierna lo entendía Orígenes, pues al encomendarnos Cristo en la Cruz como hijos a su Madre, en nombre de Juan su amado, no le dijo: «Ves ahí un hijo» o «hijos te quedan ahí», que era el lenguaje corriente, sino «Ves ahí tu hijo». Y, no teniendo María (dice Orígenes) más hijo que a Jesús, es lo mismo que si dijera: «Ves ahí el hijo mismo que engendraste, mujer», *Perinde est ac si diceret «ecce filius tuus, quem, genuisti»*. Y con razón, porque cualquier cristiano, engendrado como tal en la carne y espíritu vivificante de Jesucristo, un Cristo debía ser en la vida; no él, Cristo en él había de vivir, como dice

Pablo. Y no ha de entender María (como es verdad) que tiene en nosotros todos más hijos que a Jesucristo, pues sólo en virtud suya se llaman tales. Yo, empero, por no ensangrentar con la reprehensión fiesta tan grande, y de tantos modos alegre, no quiero examinar más hijos en esta iglesia que su gran Padre Ildefonso a quien toca tanta parte de esta dedicación como asistente a la causa de ella y a las acciones gloriosas de recibir él la casulla y esta imagen él abrazó. Y en él hallo un hijo de esta Señora, parece que reengendrado otra vez, si no en las sombras de la Cruz, como a Cristo (donde dicen los Padres que a dolores le volvió a engendrar en su sentimiento) en las luces del Sagrario, a lo menos, con el favor que le hizo de aquella milagrosa vestidura que entre visos de Cielo y resplandores de luz, cuanto despierta los ojos les suspende más el juicio. Pero parece no estar muy de lejos de aquella vestidura, que se daba a los recién bautizados antiguamente, como entre muchos lo dicen Arato y Dionisio y hoy día le ponen aquel capillo de velo o cendal de plata ordinariamente. Y esto en señal de nuevo nacimiento, como San Agustín lo entendió, con que vemos que no se contenta María con ser Madre de Ildefonso, como de los demás, sino con acciones de adopción nueva, y adopción sobre filiación, no lo han sabido las leyes, pero descubriólo el amor, en el cual parece que apuesta misericordiosamente María con Dios. Pues si él bajó al mundo, fue por el bien y amor de todos los hombres; pero María baja a él, por el bien y amor de Ildefonso solo, como de hijo querido. Pareciéndolo tanto en todo, que como Cristo, por ser hijo de María, no deshizo, sino que consagró y aseguró su pureza, así por serlo Ildefonso, se la defiende; y como a tal y Cristo suyo en la santificación de su Hijo Dios, le vistió ella de su mano misma. Pues no sabemos que haya vestido María, sino a Cristo e Ildefonso, y con una singularidad prodigiosa pues para vestir a Cristo, parece que se contentó con lo que hallaba en él y para vestir a Ildefonso, trajo del Cielo el vestido. Echa Dios del paraíso a nuestros primeros padres, y por no enviarlos desnudos (que nunca al liberal se le olvidó el bien entre los enojos), háceles de dos pieles de animales, dos vestidos de villanos. Y como se los ve dar a Dios, en lugar de túnicas pelliceas, vuelve el parafraste caldeo *vestimenta honoris*, vestidos de honra. ¿Vestidos de honra son los que se dan a dos penitenciados? Pues, ¿qué honra será la de aquesta vestidura que se da, no para acusar ingratos, sino para confesar obligaciones a hijo, viniéndole esta purísima Madre a buscar al templo? Que aun en esto parece también su hijo, y ella como Madre, acaba toda la carrera de su cuerpo, no ya en dotes parecidas a las de gloria, como en su cuerpo aun mortal confesó Gersón, sino en las propias espiritualidades lustrosas de que a su carne sagrada vistió la gloria misma. Bien es advertir, para declarar esto, que las carreras de la antigüedad no eran como las nuestras, comenzando en una parte y acabando en otra sino que salía de este lado, y al llegar a la raya de aquel, daban la vuelta sin tocarla ligeramente y tornaban a la cárcel primera de donde habían salido. Que así llaman los latinos la raya del arrancar: *Metaque fervidis, evitata rotis* dijo allá no sé quién. Y una carta entera ocupa San Isidoro Pelusiota en la noticia de esto. Guardó en su economía (como dicen los griegos) este linaje de curso Jesucristo y, saliendo del Cielo, no cumplió su carrera el Jayán con llegar al palio del leño, ni aun con levantarse del mármol (con morir, digo, y con resucitar), menester fue tornar a subir a lo sumo del Cielo, de donde había descendido. *A summo coelo egressio ejus. David: et occursus ejus, usque ad summum ejus.* Y San Pablo: *Quod ascendit, quid est, nisi quia et descendit?* A lo que quizá llamó él otra vez llenar el curso: *ut impleret cursum suum.* Así su Madre Santa, no parece que acabó la carrera con llegar al Cielo, siendo Madre y abogada de hombres,

como el Redentor y Padre. Volver tenía al suelo, de donde había comenzado, y donde tenía los hijos: siendo la novedad de la descensión en honra suma de esta gran Ciudad; pues no bajó a Nazaret, sino a Toledo, que como halló en él mejores hijos, la escogió por mejor patria del Evangelio; con que podía perder el nombre de tierra, pues tiene así el Cielo de María, como el sol de su imagen. Así la llamo, ocasionado de lo que dijo Platón, que el sol, la luna y las estrellas eran ídolos y estatuas que se habían dedicado de su mano misma los dioses, a diferencia de los demás, que le habían consagrado acá en la tierra los hombres. Dejemos al gentil, aunque tan sabio, en su credulidad, y consideremos que habiéndose dedicado María esta imagen, con el abrazo que sobre el altar la dio, las demás imágenes se las ha consagrado nuestra piedad; pero ésta es el sol de las imágenes que se dedica ella con su presencia. Entre, pues, el sol en el cielo de aquel Sagrario, que en la pureza del celo que le consagra y en el ministerio a que se destina, lo es; que no le faltará perpetuidad, por falta de espíritu y templo, como del de Salomón dijo el Santo Obispo de Verona que por eso se destruyó: *Quia in eo Templum, verum non erat Templum*. Pues hoy, como dijo San Germano, el Templo animado de María, en su Presentación misteriosa, va al Templo inanimado de Salomón. Y los demás Santos a más pasan, que es a llamarla Sagrario. Basta, por tantos como lo dicen, basta hoy Ildefonso, que así la llama, y lo cree: *Quae Spiritus Sancti Sacrarium, et appellatur, et creditur*. Con que vemos con evidencia, que en la solemnidad que hoy predico, fue la primera vez que se le dedicó a Dios Sagrario, si en todas estas ocho, se le consagra a su Madre. Y si en el día de la Presentación hay duda en el llegar la Virgen al Sagrario de aquel Templo, o *Sancta Sanctorum*, como lo conocen los estudiosos, hoy no puede haberla, pues llegará el domingo al Sagrario que la ha labrado nuestro Pastor, y se llama su capilla con ese nombre. Que aunque en rigor es propio de la custodia de Sacramento, y el depositarle allí los días de su octava, o el estar sobre ella en el altar mayor, cuando la abrazó la Virgen, la de este título, no es mucho que tenga un nombre en la dedicación el altar suyo y de su Hijo, pues a ella y a él los llamó Pedro Damiano una cosa misma, que es materia de amorosísimo pasmo: *Uni creaturarum inest per identitatem*, como alguna vez hemos predicado más largo. Y Fulgencio Carnotense anadió también que en la gloria *Itaque gloriam, Filii cum Matre, non tam, dico communem, quam eamdem*. Quede, pues, hoy gozoso este templo con tal Sagrario, honrado con tal imagen, tal imagen favorecida con tal abrazo, como la Virgen le dio llegándola a sus pechos: porque si hemos solemnizado el *Beatus venter* en sus entrañas todo el sermón, no se nos olviden en el *ubera quae suxisti*, sus pechos sacrosantos, en quien miraba Dios (a nuestro pensar) dos cabritillos como pendientes: *Duo ubera tua sicut duo hinnuli*. Y yo, cuanto el celo me da lugar, descubro en ellos dos santos regalados de esta Señora, Ildefonso y Bernardo. Nombre el de Bernardo que con propiedad acompaña al de Ildefonso en nuestra dedicación, que donde había favores de pechos, no podía faltar nombre de Bernardo. Y parece nuestra dedicación de otra extrañeza diferente que la de la Presentación misma, porque en la Presentación dedícasele a Dios Sagrario donde asista y en esta dedicación se le da Sagrario donde su Sagrario descansa. Y si labrar desde los fundamentos una casa para hospedar un Príncipe que camina descubriera un ánimo grande, a esa casa labrarla otra como sobrecubierta, notable espíritu fuera. La casa de María a Dios, bien se ve cuál es, pues él solo la conoce. Que así entiendo yo ahora, y no es impropiedad, el *Sapientia aedificabit sibi domum. Sibi*, a su conocimiento, que frasis es de Escritura en el Génesis, en el Deuteronomio, en los Cantares, y así ponderaba yo aquel *tibi soli peccavi* del otro

rey penitente. «No sólo contra Vos pequé», que al fin pecó contra Urías, y de eso se ofendió aun más Dios, «sino a Vos sólo, Vos sólo sabéis lo que os he ofendido, porque Vos sólo sabéis a cuánto estoy obligado». Y así, quién es María, Dios sólo lo sabe. *Tanta est Maria*, dijo Bernardo, *ut soli Deo cognoscenda reservetur*. O ya quiera decir el *sibi*, por su honra, por celebrarse su nombre. Como los otros, que labraron allá la torre: *Ut celebremus nomen nostrum*. Que así entendió Cayetano aquello del salmo: *Salvavit sibi dextera ejus*. Hizo Dios honra de salvarnos. Para que se vea si es buen camino para eternidad levantar Sagrario a María, pues le labra en ella, como para honra y perpetuidad, siendo infinitamente santo y eterno en sí. Y la fábrica es tal, que llegó a decir Crisólogo que era menester tomar casi la medida a Dios, para apear la montea de tan gran planta: *Quis sit Deus satis ignorat, qui hujus Virginis mentem non stupet, animum non miratur*. Y parece a alguna luz el encarecimiento debido, pues ha de caber dentro de ella Dios. Que esa falta puso el otro profano a la estatua de Júpiter que si estaba en pie no cabía en el templo, y no hay caja tan ajustada que no deba ser algo mayor que la pieza que tiene dentro. Dificultosas son todas las mercedes de esta Señora: por eso se asombró Jacob en su escala, no del número de gradas, de ángeles, de Cielos abiertos, de Dios en ellos, sino de que en un palmo de tierra cupiese todo, y dijo: *Terribilis est locus iste*. Para que no admire esta mujer hoy (aunque puede) a Dios Hombre, lanzador de demonios, confutador de Judíos, Cielos comunicables, Gabrieles descendidos, sino entrañas donde está todo: *Beatus venter*. Y si es tan grande este Sagrario y pide brazo omnipotente de Dios el Sagrario de este Sagrario, diga otro más dichoso que tan grande es, que yo contentarme quiero, ya que no me atrevo a medir el brazo que le hizo, ni a compararle, a solemnizarle a lo menos. Que si de unos blandones de oro que envió la Reina de Inglaterra a la Iglesia de Turs, hizo el grande Hildeberto, Arzobispo de ella, tanto caso que se confesó asombrado igualmente de la grandeza del don y del ánimo que lo daba: *Stupefactus pariter et magnitudine muneris et affectu tribuentis*, ¿por qué no dirá mi obligación, en nombre de esta Iglesia a un Príncipe eclesiástico, lo que un Príncipe eclesiástico a una Majestad tan lega? *Ipsum bene rutilat auro suo, sed melius animo tuo*. Grande es esta fábrica, grande, resplandeciente por sí; pero más lo es por vuestro corazón generoso. A todas otras obras han excedido esas manos: sólo a su ánimo no han llegado. Ánimo, en fin, en quien no se introdujo, sino que nació la liberalidad de un parto mismo: *Cui innata est, et non suggesta voluntas largiendi*, de quien esta grande iglesia recibió el favor, casi desapercibida, no le conquistó por fiada: *A quo improvidus accepi, non importunus extorsi*. ¡Oh, cómo quisiera romper en mayores voces, viendo tan del todo honrado este Templo, que antes parecía no estarlo tanto sin duda! Ocasióname Salomón a pensarlo así, pues habiendo hecho aquel suyo, tan de todos lados insigne, le pareció que faltaba una mujer fuerte que los llenase. Entendiólo Bernardo de la Virgen expresamente. Y la letra *Aleph*, que corresponde por inicial a aquel verso, entre las demás significaciones, tiénela del número mil y parece que se ata con la respuesta del verso: *Procul, et de ultimis finibus pretium ejus*. Lejos, de aquí a mil años, vendrá esta satisfacción a este Templo; porque desde la edificación del Templo al Nacimiento de la Virgen hubo mil años; 440 hasta su destrucción, y 560 después; que siendo parecer de San Jerónimo, me excusa a mí de más pruebas. Luego, si al Templo de Salomón le faltaba el venir a él María para perficionarle, viniendo hoy a este templo por la Presentación que predico, por la descensión que le honró, y por la memoria que estos nueve días solemnizamos, hoy le acaba de honrar del todo, en especial desde los resplandores de su capilla, pues se puede

allí leer de los Setenta: *Pretiosior est lapidibus magni pretii*. Conque del Templo todos nos volvemos otra vez al Sagrario; pues de sus preciosas piedras se colige algo del valor de esta Señora, y de su belleza se hermosean todas ellas más; como es más bello el espejo cuando se mira en él un rostro hermoso que cuando más resplandores envía el cristal. Entristeciése Jacob sumamente cuando se le murió en el camino Raquel, un día de primavera, porque en la juventud del año floreciendo, veía en mayor dolor la de su mujer malograda, descubriendo más la hermosura del campo, con la cercanía, la fealdad del cadáver y acusando las flores, como vencedoras, el horror repentino de aquella edad zozobrada a quien la violencia de un parto había robado desde la belleza al aliento; que todo esto suena el *Mortua est Rachel in ipso itinere, eratque verum tempus*.

No se entristezca hoy nuestro Jacob, mayoral de tan superior rebaño, pues entre lo soberbio de su fábrica, lo florido de lazos y de luces y lo valiente de sus pinturas, campea más la hermosura de esta Soberana Raquel, madre de tribus enteros. Tan lejos de morir de parto, que del suyo ella y nosotros tenemos vida por Cristo sólo, de quien es natural Madre, divina luz, que mirados a ella, todos los lienzos son más hermosos, cuando por sí no sean más que ricos. Quiso allá el otro discípulo de Apeles (y cuéntalo con extremado gusto Clemente Alejandrino) hacer una gran tabla de Elena. Temió que no la había servido en el rostro, y quiso lisonjearla con el vestido, y los golpes del pincel que no logró en la hermosura, afectólos en el adorno, y díjole su maestro: *Cum non posses pingere pulchram, pinxisti divitem*. Como no la pudiste sacar hermosa, te has desvelado en pintarla rica. El retrato de esta Princesa del Cielo, por quien sagrado fuego, no profano ni traidor, vino a abrasar un mundo, *Ignem veni mittere*, parece que afectó aquí la piedad, como acullá la ambición. Y podríamosla decir que como no la pudo pintar hermosa, porque es obra reservada a Dios solo, se ha desvelado en pintarla rica, levantando a su adorno grandeza tal que, como el otro gran sacerdote Simón en sus días, fortaleció la iglesia de Toledo y sustentó con prodigiosos estribos la parte de su fábrica: *Simon Sacerdos magnus, qui in vita sua suffulsit domum, et in diebus suis corroboravit Templum*. Así ha sido el adorno de la imagen, ya que no se pudo mejorar su hermosura. En especial, si dijésemos, que la misma Virgen copió al abrazar esta imagen. Que si el abrazar nuestra naturaleza para su reparo, dijo Tertuliano que había sido el retocar Dios, como emulación con su imagen, borrada por Satanás, de este Señor podríamos conjeturar otro linaje de emulación misericordiosa en su Madre, en hacer con su tacto retrato en el leño o madera sagrada, para favor de Ildefonso, como Jesucristo en el lienzo refieren algunos que le hizo para consuelo del Rey de Edesa. Y si dio vecindad milagrosa a su retrato, ternura obediente a la piedra en que puso el pie, no será mucho que dé lustres a la capilla. Finge la antigüedad, crédulamente supersticiosa, que el punzarse los pies la otra deidad de liviandad y mentira volvió rosas encendidas las matas más groseras que salpicó la sangre o el pie teñido de ella acertó a tocar. ¿Qué mucho es, que al poner los suyos sagrados esta Señora, si no deidad (que no lo es), a lo menos lo más vecino que conoce la deidad, aunque siempre con distancia infinita de ella, qué mucho, digo, ceda al peso inmenso la piedra, y lo confiese con perpetuas señales, y que entre sus aparatos resplandezca más que lo más ardiente y vistoso de las flores este Sagrario de maravillas? Y ¿qué mucho será, que de María reciban exterior lustre las piedras, si dice San Buenaventura, que hasta vida gozan de ella las criaturas? ¡Oh, mujer (dice) llena y sobrellena de gracia, de cuyas sobras vertidas, tanta resurrección como rocío alcanza todo

el mundo! *O mulier plena, et super plena gratiae ex cujus plenitudinis exundantia respersa reviviscit omnis creatura.* Dificultad tiene el sobrellena, porque en lo lleno no cabe más. ¿Qué cosa es sobrellenar? Sobreverter, sí, porque es vaciarse lo lleno. Y la misma extrañeza parece que descubren las palabras del ángel: el Espíritu Santo sobrevendrá en ti, habiendo dicho «llena eres de gracia», pues había de traer gracia el Espíritu Santo, y ella ya estaba llena de ella. Yo notaba para esto la diferencia que hay entre la gracia y las cantidades naturales en venir de fuera o no, y véolo en una experiencia casera. En este lugar hay aljibes y pienso que pozos (pero en Madrid hay hartos). El aljibe, en llenándose, no cabe más, porque ocupa su lugar la agua que viene de fuera y en poseyendo toda la capacidad del vacío, se vierte. Pero un pozo, mientras más agua tiene, más cabe en él, porque como nace dentro, ella misma va haciéndose lugar siempre, y socavando la tierra, y aun trocándola en materia líquida de húmeda, obrando capacidad la misma ocupación. La gracia, pues, no es cantidad natural, ni agua advenediza, que la traiga Dios de fuera y la eche en la alma, como en aljibe. Que doctrina es universal de los escolásticos que no la crea Dios fuera, sino que dentro del alma la produce, sacándola de su capacidad a quien llaman potencia obedencial ellos. De donde se infiere que cuanto más gracia diere Dios a un alma, más cabe en ella, porque es pozo manantial, donde con la influencia celestial se ayuda a crecer la agua. Con que notaremos cuántos poderosos en algunos siglos, han reventado con favores excesivos de sus príncipes; porque las mercedes temporales son agua que viene de fuera, y aun vino las llama el Espíritu Santo en interpretación de muchos: *Meliora sunt ubera tua vino.* Y éste, cuando está por hacer, y es mucho, suele reventar las vasijas en que le encierran. Y cuántos humildes han crecido, con los favores de Dios, porque es agua la gracia que se produce dentro y ella misma se va diligenciando el lugar. Luego aunque esté María llena de gracia, sobrellena puede estar, pues este linaje de ocupación, no es embarazo a mayor aumento: *Plena et super plena.* Pero ¿cómo se revierte a las criaturas, que es contradecirnos? Ahí, sí que el embarazo viene a ser la mejor respuesta, pues es tanta la gracia de esta Madre de ella, que con ser infinita para ir siempre recibiendo la capacidad de su alma (que es lo que los escolásticos llaman *Syntheticamente*, con ser en Dios el deseo tan grande y tan omnipotente su brazo, tanta agua viene a descubrir en el pozo que llegó a verter sobre el brocal al mundo: *Ex cujus plenitudinis exundantia respersa reviviscit omnis creatura.* Que quizá por eso la llama la Iglesia (y tómolos de la Escritura) pozo de aguas vivas: *Puteus aquarum viventium.* Aguas vivas no las hay sino en la mar, y eso no cada día, aunque cada día hay mareas. A lo menos en nuestros mares no se llaman así, sino las de los meses, cuando revierte por las playas, siendo tanta la abundancia, que se halla la mar congojada, porque la vecindad de la orilla la intima el precepto de detenerse, y el exceso del agua, la prisa de derramarse, y al fin sin libertad suya, toma pedazos a la arena, y procura más descansar en el elemento vecino, que dilatar su jurisdicción a su costa. ¡Oh, pozo sagrado, con nombre y propiedad de mares, María! María, tan llena estás de aguas vivas, que reviertes en la playa de arenas tan sedientas como somos los humanos, desde esas piedras más frutosamente que el mar, y con mayor decoro que él deja horras en la resaca y tú purezas en la creciente. No en vano a este retrato santo le escondió la piedad oprimida de Toledo dentro del pozo del altar mayor, donde salían las luces y voces celestiales, con cuyo aviso se volvió a descubrir después, a la misma hora que había bajado esta Reina hermosa, que era a la de querer ya amanecer, con asomos tan resplandecientes, que aun mirada en sombra, parece que se corrió el ángel

de Jacob, por no dejarse ver el aurora. No de otra suerte que las estrellas huyen del sol (y así llama Job a los ángeles), o ignorantes o presumidas, por no confesar en su presencia el exceso de sus luces. Salid, pues, aguas vivas, amaneced, luces santas, que si bien la gracia no viene a los fieles sino de la influencia de su Padre Cristo (que esa limitación ha menester San Buenaventura), la Madre que le parió la derrama con él en nosotros, como es de la fuente el agua. Pero a la taza de donde se vierte reconoce también el campo su parte de beneficio. Y ¿qué estrañeza será decir que de su gracia vertida se alegren en vida nueva las criaturas? Si se atrevió a decir Ildefonso, ¿dirémoslo? ¡Digámoslo! Que hasta los infiernos llegó el rocío, y dice, aunque con miedo, que el día de su Asunción sienten algún alivio, y aun gozo, los condenados, porque no se atreven los demonios a atormentarlos tal día: *Quoniam, gaudium, et laetitia hujus diei* (son sus palabras) *claustris infernalibus inclusis, aliquod gaudium, et refrigerium praebeat. Non audent (ut opinor) ministri Tartari hodie attingere suos captivos, quos recolunt redemptos illius sanguine qui pro mundi salute est dignatus nasci de Virgine.* Y véese que hablaba el santo del infierno y que reconocía la estrañeza que iba a decir, pues llamó su sentimiento atrevido, y le juzgó por temeridad piadosa: *Dicam aliquid plus, si audeo, dicam fideli praesumptione, dicam pia temeritate.* No digo yo que es así, que si el santo lo tuvo miedo, yo debo pasar a horror. Ya sé, en doctrina católica, que son continuas, como eternas, aquellas penas, y que el odio de Dios y el amor del vicio en que se obstina la impenitencia soberbia de los condenados, no sufre pausa de tormentos intercalares o variados. Pero estraña cosa que se pusiese a pensarlo San Ildefonso. ¡Oh, María! ¿Quién no se deslumbrará, mirando vuestras luces, si en opinión de los santos, llegan a encandilar los abismos? No hago yo mucho en admirarme, como muchas veces obligado me admiro, de que haya infierno para ésta. Tantos son los favores, tanta la misericordia con que os doléis de estos hijos, que aunque con los que viven eternas enemistades, quiere sospechar Ildefonso que el gozo de vuestra Asunción se derramó tanto y tan de golpe en la tierra, que se salpicaron de él los infiernos. Y si esto pudiera haber dicho aquel arzobispo grande, en el día que subíades al Cielo, con la modestia debida me quisiera yo atrever a decir que corría la razón más naturalmente cuando bajáis de dos maneras al templo, a poder ser verdad de alguna, aquesta exageración. Porque criados infieles y que sirven como forzados, al rostro del Señor tienen algún miedo, y en su ausencia todo es atrevimiento o descuido. Bastan por ejemplo las parábolas de la viña y de los talentos. Y San Pablo: *Non ad oculum servientes.* Los ministros del infierno son criados que si ven a Dios por fuerza *Credunt et contremiscunt.* Y a la Virgen, la miran al talón desde el paraíso, como enemigos cobardes. Luego, si la han de temer, es al verlos, y al acercarse, pues, si al subir al Cielo María y dejar la tierra, que es alejarse más del infierno, le parece a Ildefonso que no se atreven a atormentar las almas y a ellas les permite, si bien medrosamente, algún refrigerio, cuando bajó (y hoy que se acerca la Virgen por ocho días, o nueve continuos, en la memoria de esta merced), menos debían atreverse. Luego, a tener lugar el primer sentimiento, razonable parecía nuestra ilación este tiempo.

¡Buenos nueve días, Señora, buenos nueve días diérades al infierno esta Octava! Bien grandes fueran las fiestas de Toledo, pues se celebraran también en los abismos, si no estuviera la fe tan recia, aunque justa y debidamente, en que no se pueda interrumpir su desdicha. Pero dejemos aquel lugar miserable, incapaz de vuestro favor, que no es poca

miseria suya. Quédese, Señora, esa lluvia misteriosa en la tierra. Que se vierta. Bañen esas aguas vivas de vuestro amparo la sed de nuestras necesidades ardiente. Madre sagrada y verdadera nuestra, que en la carne de vuestro Hijo en virtud nos engendrate, como eminencia de árbol sagrado, que desde el fruto primero se da por autor de los otoños siguientes, haced oficio de tal. A los que para el ser puro y limpio permitisteis en el Padre, Cristo e Hijo vuestro las entrañas, no neguéis para la crianza los pechos. Alentadnos, Virgen Santa, a ser cuerpos espirituales en la obediencia, a los que de este animal andamos siempre cargados. La atención a vuestras alabanzas, pura Madre mía, y a esta gran dedicación, me ha dejado seco para las costumbres. Confieso que me llamaba mi modo ya de conciencia a ellos, pero como corto, no he podido acudir a todo. Suplid vos, con la eficacia de vuestro Hijo, lo que podía pretender mi amonestación, con la suficiencia, a tenerla. Muevan vuestros pasos diligentes la pereza de los nuestros. Y los pies con que favorecisteis las gradas del primer Templo y la piedra de éste, ponedlos en aquestos corazones, que por de piedra que seamos, Señora, en ellas hallan tiernas obediencias vuestras divinas plantas. Vestidnos, si no como a Ildefonso (que esta vestidura exterior, no la ha merecido otro fuera de él, como ni las llagas sensibles sino el serafín humano Francisco, a lo menos interiormente). Lógrese esta espiritual filiación, pero real y verdadera, que fundada en carne y sangre de Jesucristo, hoy he predicado. Y esta natural afectación de mi estilo, o desaseadla vos de propósito, o disculpadla. No sea halago del oído lo que había de ser flecha en el corazón. Favoreced, Señora, nuevamente esta iglesia santa que así os venera, pues así la escogisteis por templo vuestro, a este lugar en que pusisteis Silla Primada Santa (si os puede llamar de esta suerte mi cortedad, siendo Señora del mundo), a nuestro Prelado Ilustrísimo, Señora, que sois vos muy agradecida, y ha sido el servicio grande. Goce muchos años el nuevo Jacob vuestra asistencia, Raquel hermosa. Gócese en su retrato rico el pintor, merezca este Zaqueo no pequeño sobre árbol, sino grande y árbol que ampara a tantos, pues os ha labrado Sagrario y hospedado tan ricamente que, después de muchos años de esta peregrinación humana, le hospedéis en quietud divina. Que si a los deseos solos de edificar templo promete Dios a David sucesión de gracia, a las obras de tal fábrica dará, como plegue a él, eternidades de gloria.

Quam mihi et vobis praestare, etc.

A DON GASPAR DE GUZMÁN CONDE DE OLIVARES

Sumiller De Corps del Rey Nuestro Señor

De orden de su Majestad, que Dios guarde, me escribió el conde de los Arcos hiciese uno o dos epitafios al túmulo del Rey Nuestro Señor, que está en el Cielo, que si no se acomodasen para el día de las honras, serían para el libro que de la solemnidad de ellas, en gloriosa memoria de su padre, deseaba Su Majestad se imprimiese, primero y generoso cuidado de tan gran hijo. Lo mismo me dijo, de palabra, que había encargado al Padre Juan de Mariana (varón que por causa de honra nombro) y a otras personas de calidad y estudios. Hallóme nuevo el mandato, porque nada solemos tratar menos los predicadores que este género de letras curiosas. Espíritu debe de ser en los demás, en mí,

ignorancia. Todavía en medio de la incapacidad topé con la obediencia, bien que me guiaron a ella, entre el miedo de acertar, el amor y el rendimiento con que deseé servir a dos tan grandes dueños como el que alababa y el que obedecía. Borré esos dos epitafios; no merece nombre de más la priesa con que yo los escribí: dábanmela mucha. Llamémoslos *epitafios* o *elogios funerales*, que Cicerón confunde ambas voces. Si a la puntualidad severa de algún crítico le parecieren largos, lea el que San Jerónimo nos dejó escrito de Paula, que bien bastará la autoridad de aqueste gran Padre contra la erudición de piedras antiguas. Acierta a ser mi estilo tan achacoso siempre que me le cargan de mentiras los escribientes, porque padezca la pluma la calumnia que la mano y se vea que el daño es fatal, pues hasta las buenas intenciones le hacen. Por eso me he determinado a estamparlos, para que mientras corren adelantados al libro, la atención espaciosa del molde los ayude a declarar más. Y si todavía se quedaren oscuros, apelen a la piedad: que faltas no pretendidas, no merecen acusación sino lástima. Pero ¿quién bastará a persuadir a nadie que la singularidad carece de afectación? Remítoselos a Vuestra Excelencia, para que se los lea (si ve lugar a propósito) a Su Majestad, y se los disculpe o acredite al leerlos, que temo deben de padecer en la relación lo mismo que en las copias. Son tales, empero, los siglos siempre (no hay que enojarnos particularmente del nuestro), que el dirigir a Vuestra Excelencia estos borroneos breves cuanto apresurados, desde la intención a la prensa ha de correr por lisonja: porque los ojos enfermos, hostigados de la luz, miran a lo oscuro para cobrarse. No se detendrán en la grandeza de Vuestra Excelencia sino en la nueva gracia que posee con su Príncipe, ni atenderán a mis obligaciones, comenzadas con familiaridad de menores años y seguidas con respeto de mi parte y con favor de la de Vuestra Excelencia en los ya mayores. Antes mirarán hacia la ambición de cortesano o hacia la necesidad de poco venturoso, cargos ambos de la templanza en que debe ajustarse mi profesión, ni presumida ni desconfiada: que es abyección de ánimo lo segundo, si vanidad de espíritu lo primero. Pero, Señor, ¿qué importa? Las obligaciones no consisten en la opinión, sino en la verdad, si bien ha llegado la verdad a consistir en las opiniones. Veinte y dos años ha que, desde aquellas niñeces estudiosas de Salamanca, consagré a Vuestra Excelencia lengua y pluma diversas veces, en lecciones, en actos, en argumentos, en papeles, en muchas acciones privadas y públicas. ¿Por qué la continuación de este primer empeño ha de parecer también cuidado, siendo deuda? O ¿por qué no podré yo en confianza, no ambiciosa sino agradecida, prometerme que quien siempre desde los años de la razón ha adelantado acciones loables en satisfacción común, no ha de condenar su elección con el olvido? A lo menos sería bastante prueba de mi indignidad, de que me debería doler y quejarme de mí solo pesadamente, si lo que escogió en edad tierna el amor, en la de más seguro seso, lo reprobaba el Juicio. De la novedad de mi grado de Maestro en Teología, por aquella insigne escuela en tres cursos solos de ciencias naturales y sagradas, y en veinte y un años de mi edad, fue Vuestra Excelencia el Patrón y el abrigo, si no el puerto a tanta tempestad como armó contra mí la envidia. Esta dura como sombra y me pudiera atemorizar como aparecida, no como natural consolarme: porque no hallo yo en mi luz de donde, por interposición de otro cuerpo alguno, pueda causarse. Dure en Vuestra Excelencia la protección, que yo porfiaré con mi modestia a no aventurarle la autoridad, desocupando de mi interés los deseos, por que se logren y justifiquen en sucesos grandes de Vuestra Excelencia. Guarde Dios Nuestro Señor a Vuestra Excelencia como deseo. De esta su celda, a doce de mayo de mil seiscientos veinte y uno.

Siervo y capellán de Vuestra Excelencia,
Fray Hortensio Félix Paravicino.

Epitafio

Detente, oh huésped, con ocasión tan grande. Mira, y admirarás este mármol: deberás a sus letras noticias gloriosas. Cobrarán ellas de tus ojos lágrimas debidas, si quien logra eterna diadema por la corona temporal que perdió necesita sentimientos. Aquí yace, mas no yace. Está, estará en perpetuas memorias vivo el siempre augusto Príncipe Don Felipe Tercero en el nombre, Primero en la virtud, Segundo en nada. Pudo en lo humano la muerte; a lo divino de sus excelencias, ni el olvido se atreverá. Faltó para nosotros el sol resplandeciente: no padeció en su luz el mayor planeta, pues no interrumpida ésa, antes mejorada, asiste a orbe más digno. Y si el eclipse fatal de sus resplandores (de su vida y humana gloria digo) fue anticipado y el ocaso de su muerte, o temprano o presuroso, nos defraudó del medio día a la noche siglos de claridad grandes, el presto amanecer de su hijo con adelantados rayos y valientes de actividad, cuanto sazonados de prudente atención, los recompensa en esperanzas que desde el oriente mismo nacieron posesiones. Consuelo, si no usura, y menos, no bastará a tal muerte, a tal pérdida. Deslealtad e ignorancia fuera mérito y obligación de aquellas cenizas, ellas calientes, enjugar los ojos. Trocarles, empero, con el sucesor el objeto, alterar continuadamente la tristeza con el gusto, y que el llanto que comenzó en desconsuelos acabe en aclamación, tributo español (perífrasis parece de inviolable fidelidad) es a padre e hijo, padres ambos de su patria. En veinte y cinco años de su edad comenzó su imperio este Príncipe y rigióle veinte y tres, merecedor de más largo período, si el amor del cielo (para donde, aun más que todos, pareció criado un ánimo tan puro) no le desatara de humanas violencias (así llamo la vida), por restituirle a su mejor origen. Casó con la Serenísima hija de los Archiduques de Austria Doña Margarita, de quien dejó en sucesión admirable, Rey a España, Reina a Francia, Príncipe a la Iglesia. Acciones todas de su felicidad, de su grandeza, de su mayor religión, con que los demás estados soberanos del mundo padecen generosamente ambiciosa sed por coronarse de las dos divinas prendas que le sobreviven huérfanas, hermosos y agradecidos crepúsculos que en diferentes partes nos entretienen el sol ausente. Perdió a breves años (muchos fueran pocos) su tierna y espirituosa compañía, con universal dolor de todos sus vasallos, más envuelto en lágrimas que en olores el cadáver real, todo poco al amor, menos al daño. Tal expectación bebían sus pueblos entre el favor experimentado de sus acciones. Nueve años vivió después viudo (si quien ató, tan constante como triste, a una porfiada y dulce memoria una blanda y fiel voluntad, pudo merecer ese nombre). Ni vivió viudo sólo, sino negado a las sospechas mismas de otra mudanza o empleo. Porque la singular pureza de su vida que antes no le permitió ni a los ojos hermosura ajena, le prohibió después, viéndole con herederos (loable fin de indecorosos afectos) aun los segundos lazos santos del matrimonio. Tanta fue en él esta virtud laureada, a pesar de su salud, verdugo robusto en el martirio de la honestidad, y que a su natural sobre toda imaginación modesto y corregido, sirvió agrado, solicitó lisonjas de la misma valentía de la batalla, donde los vencidos descubren confusiones, y los que pelean, entre raras victorias, pena y tormentos.

¿Qué modernas, qué antiguas glorias (a verdadera luz y cristiana) apostarán jamás con este triunfo? Más veces han desnudado aceros otros Emperadores: ninguno más omnipotentemente ha vivido. Muchos han hecho en recomendación de su nombre cosas buenas, cuando no grandes; ninguno, sino Filipo, dejó de hacer algo malo. No hace Dios todo lo que puede; pero con no poder hacer cosa ajena de sí, se ve que lo puede todo. Sagrada emulación de nuestro Rey Santo. Jamás se halló, ni en su boca mentira, ni en su corazón doblez. Virtud rara de poderosos, vulgar escollo y apetezido por muelle de los políticos. Guardó secreto y fe, aun en privadas confesiones, a menores vasallos, deuda natural en todos, mal vista a la Majestad por lo que huye cualquier sombra de prisión la soberanía y la de las obligaciones de la naturaleza lo es grande. Más fue padre que Rey de los suyos en acciones de rigor; pero en las de respeto más Rey que muchos. En consultas litigiosas o criminales no inclinó el ánimo hacia el afligido: tan naturalmente se hallaba de su parte, que había menester la justicia fuerzas para defenderse de la piedad. ¡Oh, Rey! ¡Corazón de tu gente! Que si la acusaban a veces los oídos, la amparaba siempre tu mano. Más en el favor que en la excelencia le experimentaron dueño los súbditos.

Católico sobre su mismo nombre, trató las materias de religión y piedad con extremo no creíble de las deidades humanas, del poder supremo. Tales se sienten todos los Reyes cuando no todos se hayan hecho llamar así. No fue ejemplo sólo de virtud a los legos: copiar pudieron de él perfección suma los religiosos. Atender debieran los cetros de la tierra católica al culto, a la obediencia, a la defensa pronta de su autoridad con que veneró a la Vicaría de Cristo, un Rey que, sin obrar, con callar sólo, pudo dar cuidados. Fue blando, no desatento, en el gobierno particular, amable herencia del genio dulce suyo. Las causas soberanas a las más inferiores encomiendan los efectos. Y aunque la virtud del sol llega a inquietar mudamente las entrañas de la tierra (inmóvil basa de la máquina que vemos) para hacer las oficinas de los metales, no pasan de la faz de ella los resplandores. ¿Quién le obligó a la mucha inteligencia que mueve el cielo a aplicar forzosamente los dedos a la formación mecánica del gusano? Al orbe inmediato asiste, y de allí se deriva y se dilata la influencia de su aplicación de unos a otros instrumentos. Tan perspicaz y cándida inteligencia no han gozado cielos de Monarcas felices. Tibias podrán haber sido unas estrellas, y aun violentas otras. Superior está a las censuras el ángel que las mueve, que al fin no las informa. En la reputación común de su corona, no olvidó cuidados reales, ni a él le olvidaron dichas milagrosas. Amado de Dios, así demasadamente, que no sólo por él tal vez batalló el cielo, sino que le ofreció atroces permisiones. Que permitió, quiero decir, para su quietud y crédito, atrocidades. ¿Cuántos aparatos de guerra y de común horror y suspensión al mundo en otros Monarcas, celosos de excedidos, desbarató su oración? Y si bien, no sin uno y otro Josué, Ministros suyos, a las manos solas de este Moisés cristiano (manso de condición sobre los hombres todos) levantadas en un oratorio, desvanecieron intentos y armas. No conservó sólo su Monarquía, ensanchóla con seguridad, con aumentos, siendo de tan extendidos límites, o tan sin ellos, que perdiéndole al sol forzosamente los hemisferios, él no la pierde de vista nunca. Ni a los pensamientos sabrosos de su paz manchó el desmayo que achacaron a Claudio romanas plumas de no querer dilatar los fines de su Imperio. Pues habiendo, desde el Infante Don Pelayo (primer restituidor de nuestra honra sangrientamente ahajada) hasta su prudente padre (Numa éste, si aquél Rómulo) aumentado tierras a

Castilla, mundos a su señorío, sus antecesores, tanto que ya no libraban con sucesiones más peso que el de la conservación en sus hijos, él le deja al suyo mayor herencia. Díganlo las islas Malucas, fértil y afectado empeño de la fecundidad de la naturaleza, reducidas a la obediencia de este Príncipe, cuando de la de Portugal habían declinado. Díganlo los Reyes poderosos de ellas, que probada la libertad después de arrojado el yugo (gran defensa a cualquier cercado), volvieron a reconocer el vasallaje antiguo, midiendo con infeliz sabiduría la diferencia de ambos estados y acreditando con la verdad el título de Rey de Reyes a este gran Monarca, que parecía reservado a Rey solamente Dios. Y no lo callen las armadas septentrionales, pues hallaron tanto estorbo a la peste de sectas que cargaban en recambio de otros comercios. Díganlo los dos senos del África, Larache y La Mamora, afectados del siempre vencedor, nunca bastantemente alabado, Carlos, adquiridos de su nieto, términos nuevos de España señalados en arenas africanas. Pero no los dejarán los espíritus ardientes del más que glorioso sucesor ser términos. Dígalo la expulsión, cuanto heroica venturosa, de los moriscos, esparcidos por el mundo, como cenizas de fuego infame, y llevando por todo él, no sólo el número de los vasallos de tan poderoso Rey (que aun entre los reinos extraños dilata y conserva el suyo) sino las señales de una esclavitud nuevamente ejecutada con liberalidad piadosa, no con rigores y opresión avara. Apenas el ejército venturoso permite al oprimido o al cercado condiciones de decoro, y aquí largó un Príncipe, con pródiga y útil dispensación, cuatrocientos mil súbditos naturales, cargados de tanta magnificencia de su Señor como tesoro de su solicitud. No corra por sola la religión y celo de la fe una acción tan acusada de los enemigos de ella bien que fue ilustre honor suyo alejar de su pureza la apostasía (aunque oculta, peligrosa) de estos bastardos hijos del bautismo; que en la vecindad del apestado es fuerza que respire tósigos, y así beba riesgos, la más segura salud. Pretendan por suyo el intento (como por del cielo la ejecución) otras más virtudes. La liberalidad generosa, que tan inmensas riquezas (no es soberbio nombre) dejó caer de la mano o antes las guió con ella a mejor fuga: medroso aun el mismo interés de utilidades torpes que desacreditaba el dueño por odioso, pues del anatema de Dios, no sólo el interés, peligrosa es la piedad. Y ¿qué anatemas como sacrílegos tornadizos? La magnanimidad que perdonó tantos ofensores que al amor le embarazaran y, trocando en libertad a su elección la servidumbre de fuerza, le hizo ser padre enojado, no verdugo piadoso, que aun lo fuera (piadoso digo) cuando derramara en la tierra sangre que así degeneró del nacimiento en ella. La confianza imperial con que trasladó a vecinos y émulos tan numerosos pueblos, tanta muchedumbre valiente e industriosa, irritada para el mar, para la tierra, y tanto más de temer cuanto española al fin, aunque espuria. Que si la traición quitara las fuerzas, más atinados fueran los odios. No perdió el ángel, por desleal, su gallarda naturaleza, y los hijos que produjo esta fragosa y alentada plaga, este animoso clima, pudieron salir infieles, no dejar de ser valerosos. Arrogue a sí la hazaña últimamente el poder, con que no sólo acabó de extinguir domésticas asechanzas y quietar los recelos de ellas, sino quitar el oprobrio de África a nuestra nación, sacudiendo las ya últimas y vergonzosas reliquias: ecos todavía de las primeras voces bárbaras traidoramente triunfantes, no del valor, de la fortuna nuestra; padrones vivos y perpetuos de aquel primer agravio, autores repetidos de los segundos en tantas rebeliones. Quitóle Pelayo a Filipo ser el primero. Filipo, empero, no sólo le quitó a Pelayo el ser solo, sino aventajóle el ser universal restaurador de su patria. ¿Quién más padre de ella: el que la

dio el primer ser, o el que, de tantas eras muerta, la resucita, lanzando de las entrañas el veneno, casi eterno, de obstinado?

Árbitro majestuoso si no imperante a la conservación pacífica de Italia, restituyó al Duque de Monferrato, no flojamente ocupado del ardimiento militar de Saboya, haciendo las armas que forjó y dispuso Milán a su lealtad y servicio, tan contrarios visos como de amenaza y modestia al herirlas el sol de una mañana, y recibéndolos, entre resplandores de paz y conveniencia, un ánimo conmovido, ni cobarde ni perdidoso. Hazaña propia de la razón, obediencia del respeto. Oprimió a Aste. Tomó a Vercelí (y con él ¿por qué no al Piemonte?) y fortalecido, se le remitió al dueño, no pequeña dádiva. Hallóse superior, mas ¿cuándo miró en muchos siglos ninguna otra competencia desde altura igual a la nuestra? Éste es el odio que acredita a nuestra Nación, y el que mirara con ceño o con desdén aquestos borrones. Hallóse superior, pues, y entre prevenciones no sólo militares, sino triunfantes (confieso también costosas), prefirió la quietud común a la gloria propia, bien que interiormente. persuadido de difunta sangre de vivo parentesco. Y aceptada la persuasión de la virtud real, sobra el nombre de clemencia: en su arbitrio como en sus manos se hallaron la paz y la guerra. Relaciones son, no alabanzas, las experiencias. Sirvan de testigos los mismos interesados, y entre muchos, los rebeldes de Holanda, admitidos a intermisión de guerra, con los cuales (esperando su reducción y juzgando su legítimo dueño acción más propia de sí el perdón que el castigo), si no envainó la espada, levantóla. No huyó el nombre de treguas al desaire: que de Dios hay quien sienta que le hace daño (exterior descrédito será) su paciencia misma; y llegan los ateístas a negarle su ser, de no percibir su enojo. Ni por eso muda de estilo, estimando en menos que le pretendan defraudar el ser Dios, que no el llegar a juzgarle por impaciente: y ésta es la Deidad, en cuyas manos alea el corazón de los Reyes. Continuó en su casa el Imperio de Alemania, y si alguna vez con riesgo (aunque productor de perpetua seguridad), sin duda aquesta. Celestial estirpe nacida más para imperar que para vivir, como la de los Escipiones para vencer (bien que ésta ciudades, aquélla imperios) aseguró con acciones ilustres este destino. Y a su religión, cuidados, gastos, deberá la Austria más Césares, la Iglesia mayor amparo. Hijo verdadero y -cuanto dieren licencia el valor, la protección y las ansias, menos la autoridad- padre de ellas. Prescriban la frente de sus establecimientos los Príncipes Cristianos con estruendosos títulos de magnífica piedad, que el corazón, el amor, y aun el afecto y el bien de la Esposa de Jesucristo y la seguridad del Pontífice Sumo, apenas caben en el nombre de Católico. Con sus ejércitos aseguró la felicidad de su intento: ni se formaron a diligencia o instancia de ministros distantes o cercanos. Su desvelo, su asistencia, sus tratados mismos efectivos, si no ruidosos, hasta descender manuales a los asientos todos del dinero, pusieron sus ejércitos en campaña; y si hallara en los ánimos de los suyos y de los favorecidos disposición conveniente, los ordenara en persona él mismo; y manos que ojeaban breviarios, supieran también vibrar lanzas, pues no tiene ni conoce ejercicio airoso de gentileza y valor la Nación nuestra en que no se haya visto exceder, tanto como en la Majestad de este Príncipe, en la sala, en las plazas, en los montes. Recobró lo divertido o lo turbado, y pagaron con la pérdida y la huida los conspiradores contra la Corona Imperial la fe rompida, los derechos augustos y sagrados ofendidos duramente. Quede a la posteridad el encarecer este milagro político que desatiende la estimación por visto. Pinte tabla la Iglesia al temor de este naufragio. Al celo de ella, como al aliento de su grandeza (asilo de afligidos), no tomaron sus armas,

aunque vencieron: abrigaron sus banderas el valle de la Valtelina, escándalo de atenciones de estado. Pondrá la ley justa que le pareciere su ínclito heredero, o a la continuación bélica, o a la remisión pacífica, siempre, empero, española la elección a que tanta parte de Europa mira. Amó los suyos, no inquietó los extraños. Bien hizo a muchos, mal a nadie, ni menos que obligado armó jamás la diestra. A tan excelsa cumbre de equidad y gloria, pocos han llegado. Alta será siempre a todos.

Su fácil complexión ocasionó su enfermedad, y su natural devoto llamó a consideraciones espirituales su misma muerte, dicen que sin tiempo, como si el tiempo todo no fuese para este instante. Luchó como varón perfecto con las agonías postrimeras que levantaron las olas hasta el alma. De la tormenta al naufragio sola la ignorancia o el miedo no hallan la diferencia. No temió tanto el morir este Príncipe como le temió su Dios: temblores desusados le perturbaban, muestras de sangre oprimida le vinieron a las manos; pero arroyos extravenados de la sacrosanta de Dios sintió la tierra en Getsemaní, bermeja tempestad que metió en cuidado al Cielo, deudor a su rostro de las serenidades. Quejóse de dejado de su Padre Cristo. Receló el serlo nuestro Padre y Rey, nuevo Hilarión, que en inculpable vida temió el suceso a la muerte. Examinado al fin el precioso metal de su virtud a no comunes llamas, prevaleció en tan horrible conflicto (breve y adelantado purgatorio) a las mayores máquinas que reserva para aquel peligroso trance el enemigo común, no sé si esta vez, de desafiado, más ofendido. Y, ahuyentado ése, llegó a quietarse con victorioso sudor y, en plácida tranquilidad, depositó, en un Cristo que tenía en las manos, el vapor último de la boca, la esperanza postrera de su vida.

Triste cuanto hijo, agradecido cuanto deudor, Don Felipe Cuarto, único Señor Nuestro, levantó a la memoria gloriosa de su padre este monumento:

Enterró lo que pudo, que fue el cuerpo.
La alma subió al Cielo, en brazos de su virtud.
La fama de ella no cabrá en sus Reinos.
No le será túmulo, sino teatro, el mundo.

*Epitaphium Seu Honorarii Tumuli Potentissimi Regis
Hispaniarum Philippi Tertii Panegyrica Inscriptio*

D. O. M.

Ah! Ah! Hospes: horte e lapide, veras voces, lachrimas veras. Nec Echo sum: oculis, auribus usurpa; planctum, luctum, admirationem redde. Sed quid adspicis, quid circunspicis Monumentum? An tertii Philippi Regis Hispaniarum Sepulchrum censes? O, quam falleris! e Sole numquam cadaver solidum. Si inane spectes; umbrae illud, seu

tenebrae: hae non privatae sed publicae. Tota Solis absentia Jubaris Sepulchrum est. Jam non Orbem orbum voca. Honorarium Tumulum ergo? Apage. Philipaeae magnitudinis quae moles, vel honoraria, capax? Solem oculit mons, non claudit: et perennanti virtuti quid obumbret temporarium funus? Templum si lustras, novam. foelicem Arabiam vides. Nec Patriae Patri tantum parentatur: Phoenicaea justa solventur. Busto Patria immixta foecundae litat morti. Rogus multo (sic cernis) lumine splendens parturit, sepulchrum edit, ac Solarem Avem haerede, amore commutatione aeternat. Ecquid haec machina? Tropheum in quo, et dulcis virtutum pugna de victoria certantium, seu triumphalis currus, armis, spoliis onustus et vero verbo ipsa triumphi pompa. En (credas) Imperatorem fulgenti, et aeternabili purpura, fastigia empyrea prementem. Hinc lauro redimitas, propriis laudibus oneratas; Tutelarem Clementiam, Augustam pietatem, Honorem, Gloriam, Magnificentiam, morum Continentiam, Innocentiam vitae, eximiam. Veritatem, summam Religionem, Fidem utramque, et pene Omnipotentiam, qua omnium adfectuum moderatione prius sibi, quam aliis imperavit. Inde Larachem, Mamoram, Africae sinus, Hispaniae adjectos: Ferratum Montem Duci assertum, seu restitutum; Vercellensem arcem cum Pedemontio jam occupatam manu, jam, missam; Austriacam. Stirpem Imperio inductam, seu productam in saecula: copiis ingentibus sedatos tumultus, et in fugam datas disjectasque Principum conspirationes: rebelles Batavos inducias flagitantes, Clementiam annuentem: nupero Valtholinam, et fere in opinato Marte debellatam, protectam; infamem tandem turbam Maurorum semen, diu Hispaniae insitum in foeliciter, cum bono Deo extirpatum, rem a Pelajo inceptam, a pluribus tentatam desideratam omnibus, Philipo servatam magno. Haec pompa. Nec Praeco deest. Durus Praeco Mors non faciendum, actutum clamat. PHILIPPUS obiit, Heu. Heu. NIHIL OMNE.

A LA REINA NUESTRA SEÑORA DOÑA ISABEL DE BORBÓN

Mujer de Filipo Cuarto, Rey de España, Señor de la monarquía del mundo más glorioso, Hija de Enrique el Grande, Rey de los Franceses

Las honras que Dios ha hecho, y esta gran Corte de Vuestra Majestad, celebrando por doce días, ya en oficios religiosos, ya en legos concursos de aplausos y aclamaciones en nobleza y vulgo al muy Venerable Padre Confesor de Vuestra Majestad, el Maestro Fray Simón de Rojas, varón verdaderamente evangélico y de todas maneras grande, me ordena la obediencia que dé a la estampa; que las consagre al nombre augusto de Vuestra Majestad, la razón, la materia, el sujeto, el autor, el interés. No dejan que sea elección, tan honrosa deuda la hacen. La razón, pues expiran estos escritos loores de un criado de Vuestra Majestad, tan privado en la gracia y justicia de la conciencia, que era la dirección soberana de sus acciones. Divino y dichoso fuero, en que ni el príncipe padece servidumbres, ni el vasallo teme fortunas. La materia, que es de virtud y de perfección, y Vuestra Majestad entre las grandezas sagradas de su imperio, juzga el servicio de Dios y la familiaridad espiritual de él por la mayor de ella. El sujeto, porque el Maestro Fray Simón de Rojas era tan de Vuestra Majestad en el amor como en la fidelidad, y obedeciendo la inclinación natural, ya a la caridad cristiana, ya al respeto eminente, la

suya no era puntualidad, sino ansia. Al autor, pues he llegado, no merecido, a que Vuestra Majestad oiga la humildad de mis sermones con gusto, que lo haya así manifestado una y otra vez, y que con palabras de tanto juicio como autoridad, me haya defendido de la calumnia de mi obscuridad achacada, aprobando en mí el no volver a lo dicho, y acusando en los oyentes el no atender a lo predicado. El interés, pues lo es tan grande (bien que generoso) la prescripción magnífica del nombre de Vuestra Majestad que ilustra la frente de estos papeles, a quien, cuando no guarde cuanto decoro y respetos debe la envidia, porque es blasfemo lado de la soberbia, que ya se los perdió a Dios, cuando se cebe, si no en la santidad de la materia, en la infelicidad del estilo, por lo menos le ha de doler verme tan al abrigo Real de esas gloriosas Lises, y con ocasión merecedora de protección tan grande con que, honrosamente agraviado en su dolor, descansaré del mío. Pide, empero, el asunto forzosamente algunos días de dilación, por las circunstancias que han de vestirle, pues fuera de la relación breve de las exequias y de las alabanzas más largas de los sermones, antepongo a ellas la vida y accidentes de ella admirables, con que se glorificó Dios en este siervo suyo; y a esto un sumario aparato, o epítome, del origen de esta Religión y sus más excelentes hijos Religión que Vuestra Majestad debe mirar muy por suya, pues para la fábrica de ella, así material como mística, dio el reino cristianísimo de Francia solar y piedras. Por breve que sea esta disposición para el afecto que Vuestra Majestad, tierna si constante, ha mostrado y para la instancia que nuestras obligaciones y los deseos de todos nos hacen, son perezosas las prensas. Así, entretanto presento a Vuestra Majestad en humilde lisonja de su sentimiento, no en presumido consuelo de su dolor, la oración que hice y dije el día que nuestra Religión, después de las demás esclarecidas comunidades, pagó los oficios justos a este gran hijo, a este mayor padre. Antiguo ejemplo seguí, no de los oradores profanos sólo, que de éstos no hallamos hoy sino una oración fúnebre de Demóstenes, y acaso la más tibia de las suyas, y ésta imitada de Cicerón en una de sus *Filípicas*, otra de Platón, que él atribuye a Aspasia, y ambas no de difunto determinado, sino a los manes, que ellos llamaban, y a la memoria de los que en defensa de su patria murieron en la guerra. De Marco Antonio se lee también otra singular oración sobre el cadáver sangriento de Julio César en la plaza de las Proas, referida o hecha por Dion Casio. No seguí, pues, ejemplo de erudición profana, si bien ésa no quiere San Gregorio Nacianceno que la condene ningún hombre de seso, como ni el cielo o la tierra deben huirse en los beneficios: porque los haya atribuido mentirosas deidades la superstición entre sus engaños. El ejemplo veneré (imitar no supe) del mismo Gregorio, del Niseno, de Jerónimo, de Ambrosio, de Bernardo, luces de la Iglesia, e intenté temeridad nueva, por no haber sufrido nuestra lengua hasta hoy (no por incapaz, sino por medrosa) una oración perpetua. Mas ¿por qué a la capacidad no hemos de quitarla el miedo? Y que, como las armas, la lengua también latina ceda al imperio español. Que ningún idioma hay clásico que no haya comenzado también vulgar. Errado habré, y mucho, con la ignorancia, con la priesa, con la inexperiencia, mas, siendo el primero que me fío a estas ondas, mis errores le servirán de doctrina al que navegare después. Y si, contentos con aprender los escarmientos no más, ninguno me siguiere, por lo menos quedaré solo. La misma oración es que dije, que hice no, así porque jamás pude hacer discípula puntual la memoria de la pluma, como porque el calor del decir me empeñó a pedazos, en más estilo y aun mayor materia de lo que me había dictado la prevención. No van con ella, como yo deseara, por más propia ofrenda los afectos que la piedad del sujeto, más que la energía del orador, movió en orador y en

oyentes, que es victoria ésta de la voz sola. Dios, Padre de lumbres y dones, a cuya gracia reconozco, humilde cuanto a la naturaleza y al arte debo, estudioso, los comunicará más eficaces a Vuestra Majestad, que tanto se le parece, entre mil raras virtudes, en la del honrar sus amigos tanto. A los Príncipes, breves deben darse los memoriales, pero la relación necesaria al que informa, no merece nombre de larga nunca. Guarde nuestro Señor la real persona de Vuestra Majestad los siglos en que nuestros deseos y nuestras necesidades se conforman.

Fray Hortensio Félix Paravicino.

Oración fúnebre

Largo durar parece, fieles, el de estas honras. A mí, a quien tocaba continuar el principio del llanto siempre, me obliga mayor imperio a ponerle fin. Mal capto vuestra benevolencia, cuando bien solicite vuestra atención, que vuestra docilidad, de su mismo afecto ha mejorado el nombre y, desatada en ternuras sedientas, aclama las gloriosas memorias del casto, del pobre, del humilde, del caritativo, del orador, del penitente, del espíritu profético, del lince de pensamiento, del obediente, del último taumaturgo, obrador de maravillas, del más reciente y afectuoso devoto de la Virgen, del mayor sustituto de Gabriel, del no sólo mayor solemnizador, sino más dulce, más sonora, más perpetua trompa del Nombre de MARÍA, que a los términos del mundo, si no dilató la voz, despertó los ecos. Que ésta es la perífrasis, si no la definición del nombre de Fray Simón de Rojas, nuestro, si difunto temporal, viviente eterno. Mal capto, pues, vuestra benevolencia, en decir que acabo o cierro el llanto de sus honras, que como van envueltas en sus alabanzas, me prometo de vuestro amor, que por no hacer caducos sus loores, quisierades sin fin vuestros sentimientos. Al mismo tiempo le ha dado alguno en que respirar la honra debida a estas religiones sagradas que primero han celebrado, si no hecho, las nuestras; porque las honras del justo, Dios sólo las hace. Como también (confieso ingenuamente), no sólo me ha quitado el empacho, sino acusado las dudas de predicar santuario, lo que miraba túmulo, habiendo oído solemnizar nuestro Reverendísimo Padre, el primer día por Isaac, más misterioso que risueño, lleno todo de bendiciones; el segundo, por coadjutor de la Providencia Divina y limosnero mayor de Dios; el tercero por no sólo atento, sino santo deseador de la quietud de la muerte; el cuarto, por justo prevenido y Enoc arrebatado; el quinto, por Elías celador y Serafín, émulo ya de Gabriel en la voz, ya de los de Isaías en las alas; el sexto, por gloria de nuestra Militante Jerusalén, por alma y vida de todo; el séptimo, por ramillete de Dios, libre del tormento mortal; el octavo, por Job alegre en su fin, por palma victoriosa y triunfante en él; el nono, por Simón, Sacerdote Grande, por estrella, luna y sol santo, con que tanta erudición y espíritu, tantos gigantes, o tantos soles, a quien en esta carrera de luz sucedo, no sólo me han abierto, sino trillado el camino de alabar a Simón por Santo, Voz que han dispensado ya la piedad y caridad cortés en divinas letras, aun con los que viven, y que en su original idioma no significa más que singularidad extremada. Veo, empero, la arena de la carrera, para decirlo así, tan multiplicadamente hollada, que apenas descubro senda por donde no sea fuerza repetir estampas el paso. Y todavía, si como cumplo obediencias religiosas, quisiera ostentar afectos de ánimos tiernos, desacreditada justamente quedara hoy mi voluntad. Apostar las palabras con el llanto, fiar de la lengua la deuda de los ojos, o es grande temeridad en la presunción, o es en el amor gran tibieza. Confieso que si en la muerte de los fieles condenó San Bernardo las lágrimas de carne,

como sospechosas de la fe de la resurrección, en la de los varones santos no tienen excusa, si no se pasan al gozo. Mas, si la presencia amable de este religioso excelente, si la vecindad de los beneficios que en salud espiritual y temporal recibió de él este pueblo, desde la majestad sagrada que nos gobierna hasta el menor vasallo que le obedece, obliga a universal sentimiento, a descompuesto llanto, a dolor eterno (que al fin, si los oídos creen, son los que miran los ojos) los hijos de su hábito y de su amor, los perpetuamente beneficiados, aun más que asistidos, con ser asistidos siempre, yo, que desde el primer uso de la razón religiosa, le hallé santo, le hallé padre, le hallé amigo, vi en él ejemplo, descubrí ternura, experimenté caridad, gocé consuelo, y ahora tan dura, tan presta, tan arrebatadamente le pierdo, ¿qué sentimiento no debo tener? ¿De qué lágrimas debo, no cubrir los ojos, no regar el rostro, desatar, sí, en esa sangre amorosa la alma, y de manera que aun la color acredite la verdad? Que en pérdidas miserables no hay hazañería que no sea deuda. Por ventura mi carne, como Job gritaba, ¿es de bronce? ¿Es fortaleza de pedernal la mía? No es posible sino que falte al ser hijo, cuando me resolví a ser orador. ¡Oh, que me opongo a la santidad con el miedo, a los milagros con el desconuelo, a la seguridad de su intercesión con el llanto! No opongo tal. Hijo de Dios era Cristo, el remedio del mundo obró su muerte, y no sola la Madre, no sólo los hijos, los elementos todos hicieron sentimiento. Y, como dijo el Crisóstomo, viendo morir a su autor, afectaban las criaturas todas el acabarse. Que importa creer cuanto la piedad fundada en tanta razón permite, la santidad, la excelencia, las maravillas de un varón grande, para no sentir su falta, para no llorar su muerte, para no doler su ausencia. No, empero, no entristezca de manera su muerte que no gocemos también el ejemplar de su vida. Guíenos el horror de que se nos fue a reconocer la presencia que con tantas luces de virtudes y milagros nos enseñó. Que si, como dijo Ambrosio en el exordio de la oración fúnebre a Valentiniano, Emperador de esperanzas, pero que al fin murió sin bautizarse, y toda ella la ocupó, o en sentimientos suyos, o en loores del muerto el santo, si parece importuna cosa inquietar las heridas que guarecen y hablar mucho en lo que faltó, también se halla escondido en la inadvertencia el consuelo, con poner presente lo que se ha ido; que ya en los dobleces de la ropa de José sangrienta topó Jacob, descuidado algún alivio, cuando en ella despedazada abrazaba sus despechos, doctamente advertidos del Nacienceno. Muerto, pues (cuando la arte o el amor propio más la rehúsen), muerto se nos ofrezca al sentimiento el Venerabilísimo Padre Fray Simón de Rojas, el Confesor de la Majestad de Isabel de Borbón, Señora y Reina nuestra, varón en vida y ejemplo, en virtud y en beneficios, sin ayuda de los encarecimientos, admirable. Esto (como del gran Teodosio el Ambrosio mayor dijo tiernamente), esto, nos amenazaban aquellos prodigiosos hielos del hibierno: aquel ceño del cielo implacable, en nubes, en fríos, en aguas, en meteoros, o impresiones duras, nuevas, inclementes. Esto la oposición del verano abrasada, los ladridos, cuanto mudos, ardientes del can del cielo. Esto las pérdidas, ya importunamente intimadas de unos y otros, ya descuido, o ya desdicha. El atrevimiento no osado, sino fatal de la obstinación rebelde contra la obediencia natural, contra las armas invencibles, contra la costumbre de España victoriosa. Esto los vasos, zozobrados una vez, a pique otra. Esto la fe infame del mar (como dijo Tertuliano) que hasta hacer tormenta la calma, sobornó las ondas. Esto los eclipses vecinos de sol y luna, trabajos soberanos que molestan lo incorruptible y, en pronóstico de su influencia usurpada, visten la luz de luto, la cargan de tinieblas. Esto las continuas y casi epidémicas enfermedades que despiertan cuerdos temores, si merecen nombre de peste. Estas señales todas esta pérdida

amenazaban. No quiero conjeturas, no afecto el deducir las reprehensiones, ni en Jacob con Labán, ni en José con Putifar, ni en Sodoma con Lot, busco los ejemplos: la misma voz de este varón grande sea hoy el texto más propio.

Un día o otro, antes que muriese, fieles, dijo a un pariente suyo, que me estará oyendo: «Grandes trabajos, temo, hijo, a España: ofendido mucho está Dios, procurémosle aplacar todos, en su estado cada uno». Desde esta palabra el primer trabajo fuiste tú, Simón. ¿Cuáles serán los demás? ¿Cuáles, si éste es el primero de todos? Y si han de ir siempre creciendo, ¿cuáles? Cuando el incendio de Troya, advirtió el gran latino que se habían ausentado de la amenazada ciudad los dioses, desamparando sagrarios y aras. Y en la destrucción de Jerusalén, el otro oráculo de los políticos reparó en lo mismo. La gloria de Dios (que es texto mejor) vio salir Ezequiel del Templo, obligada del humo de él. Que fuegos y humos, culpas y penas, tan seguras consecuencias suelen ser como dolorosas. Hoy no el justo sólo, sino el ángel, y del *Ave Maria*, saca Dios de Madrid, sabiendo su Majestad obligar al de Babilonia a amparar idólatras. ¿Qué podrá, fieles, querer Dios hacer de nosotros? ¿Qué? Respondedme, que a cualquier agudeza vuestra entregaré mis miedos. Bien que éstos nos harán luz con el cuidado, a no perder de vista sujeto tan grande como el que nuestra oración, absuelta de las comunes deudas del púlpito y animada a panegírica funeral y cristiana, celebra cuanto llora.

Para llegar, pues, dispuestos al llanto de su muerte, cómo vivió atendamos. No han menester patria ni padres los hijos de la luz verdaderos: naturales del Cielo son, allá gozan ambos bienes, pero el resplandor real, hasta los mesones deja famosos cuando camina. La ciudad de Valladolid, insigne en alma y en cuerpo, en varones digo y en edificios, en apacible y fértil terreno si en algo cespicio clima, gozó sin méritos ser la cuna de Simón. Grato cielo el suyo aquel día, y digno de alabanzas y amores, ya más menudas, prolijas todas, pues por patria del gran Basilio, hasta de ser feroz de caballos excelentes, alaba el mayor Demóstenes (el Nacienceno quiero decir) allá en Capadocia. Sus padres, de la nobleza de las Montañas y limpieza de Castilla, Rojas, Ríos, Navamueles, cuyos propios nombres dará su historia y de cuya piedad y temor de Dios pudo, temprano heredero, recibir, no sólo la vida, sino el modo de ella. Así seguras de su virtud las águilas, más en gloria que en examen, encargan desde los errores al nido a los hijuelos el acierto todo del sol. La Iglesia nota en sus santos el no ser dignos de ella y refieren en los anales breves que los dedica siempre aquesa circunstancia. San Sinesio acusó en Andrónico lo contrario; de otro tal tirano lo mismo San Enodio. Noble quiere Salomón que sea un marido honesto, y de ver en gobierno a un ruin, no acaba su sabiduría toda de consolarse.

A la imagen del Hijo de Dios, Jesucristo Redentor nuestro, quiere San Pablo que la divina y paternal presciencia haya formado los predestinados y los santos especialmente que llamó, justificó y glorificó, ya en esenciales méritos y premios, ya en accidentales aplausos y respetos de culto. Así, pues, será no sólo razonable, sino dichosamente forzoso, copiar de ese original soberano (que en la mano omnipotente de Dios logró toda su valentía) este eminente predestinado a cuanta luz de experiencias y sombra de fe piadosa puede la devoción atinar.

Comience, pues, a esta luz primera el primer trazo. Que Cristo, si bien pobres, de padres nobles y sangre real estima su linaje, y habiendo de señalar tan presto en un establo su nacimiento, entra San Mateo deduciendo de tantos reyes su línea, del árbol de Jesé ilustre la pequeña rama (bien que florida, singular y pura) de su Madre. San Lucas reduce, no hasta la nobleza originaria de Adán, sino hasta el origen imperial del mismo Dios, su estirpe gloriosa.

Nació el Hijo de Dios eterno temporalmente y según la carne, de una madre virgen, quedando tal y, en testimonio de esa verdad, y en consecuencia de toda pureza y libertad de culpa (adelantada a la servidumbre), sin que le costase el parto un dolor. De nuestro Simón (llamado así por nacer día de aquel apóstol glorioso), que aun se hubo de llamar su madre María, para que diese nombre más propriamente al que por hijo adoptado, pero tan fervorosamente devoto capellán de ella, nació a esta luz, de nuestro Simón, pues, dijo lo mismo de nacer sin dolor de su madre, ella, que era el mejor testigo, refirieron y refieren sus hermanos, testifican los oyentes, han solemnizado los predicadores. ¡Rara cosa, aun para dicha! ¡No creíble, para creída! No sé cómo tan levemente se ha pasado por cosa tal, porque es prerrogativa tan propia de María ser madre sin dolor, al parecer, como ser virgen y madre, a lo menos consecuencia forzosa de un parto verdaderamente santo, singular y diferente de los demás en todo. Y en estas singularidades de la maternal pureza de aquella criatura, sobre toda imaginación santa, sobre todo afecto amable, sobre todo deseo, dichosa María, no admite en otra mujer, ni aun representaciones distantes Dios. Y así, queriendo señalar en su primer ascendiente Sara un ejemplo, y en su prima Isabel una prueba, la una y la otra fueron estériles, no doncellas; porque hasta de las significaciones celó Dios en su madre esta maravilla, para que pueda llamarla singular a todas luces la Iglesia. Y no sólo esto, pero aun con las piedras incapaces no quiso dispensar, en que se grabase en ellas esta semejanza.

Resucitó al día tercero el Hijo de María (que ése es el hijo del hombre siempre), y heredándose a sí mismo la gloria que granjeó en su muerte con triunfales resplandores, sin inquietar la pizarra, sin turbar el sello, dejó el sepulcro. No pudo haber más hermosa imagen de la integridad de su madre y su nacimiento de ella. Pues el mismo Señor sale de la piedra insensible, sin desellarla, como de la racional y santa, sin ofenderla. ¿Resucitaron también con él otros Santos? Sí, dice el evangelista. Y ¿fue sin quitar también las piedras de los sepulcros? No: que los monumentos se abrieron antes, y arrancadas milagrosamente las losas de ellos, dieron lugar a los resucitados, como si los cuerpos gloriosos pudiesen topar esquinas. Pues, ¿el poder de Dios embarazóse en el mármol? ¿Recateó el pedernal la obediencia? No, sino celo la presentación la deidad y lo demasiado de parecido el amor. Salir de un sepulcro sin levantar la tapa es semejanza de la pureza y del nacer de María Cristo, pues representela él mismo en su sepulcro, no los demás en sus monumentos. Levántese Dios sin llegar a la puerta de la sepultura y figure su nacimiento en la acción; resuciten los santos a acompañarle; sacuda la tierra llena las venas de espíritu y de vital impaciencia los cadáveres que la infaman, cuando el obediente Jonás hace su corazón temporal depósito, no prisión eterna; hagan, empero, al manifestarse a la luz, pedazos las tinieblas (pues las llamó Tertuliano sepultura del sol, como a la noche muerte): que no quiere Dios fiar ni a una piedra la singularidad de su Madre. Harto es que él mismo, o agradecido, o gustoso, de la pureza con que nació, repita

en su sepulcro la semejanza. Y aun ésta, si advertís, fieles (curiosos también, como devotos) en ella, no la ejecutó cuando vivía vida mortal, y su cuerpo, huérfano voluntariamente de la gloria del alma, se estaba con las cualidades de cantidad y de corpulenta sustancia, cuya pasión propia es ocupar su lugar y estorbar ese efecto a otro, no penetrándose sus dimensiones (que llaman los lógicos, sus medidas los castellanos) de ancho, de largo y profundo, sino ya resucitado, cuando la sutilidad, dote de su humanidad gloriosa, sin particular milagro, sino por razón del estado mismo, podía hacer esa gentileza. Así la hizo en el sepulcro ahora, y en el cenáculo luego, sin que unas puertas o otras de leño o mármol se abriesen. Porque celó tanto las maravillas que obró al nacer su madre, de penetrarse cuerpos mortales sin lesión alguna que ni en sí mismo cuando mortal, quiso poner ejemplo a la semejanza. Hacer símiles tan vecinos de María, ni a sí mismo lo da Dios. Pero falta aun otra atención rara: que si bien al salir del sepulcro imitó glorioso y penetrador el primer nacimiento con el segundo, en cuanto a la integridad, no, empero, quiso ejecutar lo parecido en la falta de los dolores. Y así fue tan grande el temblor de la tierra, tan pavoroso el estruendo de ella, que cayeron asombradas las guardas todas. Pues ¿qué estruendo? ¿Qué temblor en ocasión tan alegre es éste, tierra? ¿Qué desdén es éste a tu misma dicha? Ya te sufrimos desalumbramientos medrosos en la muerte, ¿por qué ahora ostentas temores alumbrados en la vida? ¡Ah! que es la tristeza de la madre, cuando llega el punto de dar a la luz el infante (que dijo Cristo), la congoja de la cierva (que insinuó David) cuando quiere dar de sí el hijuelo y el cielo la dispone y la ayuda a truenos. Que aun los favores del Cielo en los partos brutos son con muestras de dolor y de espanto. Es que nace este Señor resucitado de las entrañas de la tierra, y padece los dolores del parto. Descabelló, dice San Pedro, Jesucristo al resucitar, los dolores infernales, las ansias del sepulcro rasgó, triunfante. Estremecimiento, pues, tan ruidoso, ruido o rumor tan estremecido, no es terremoto sólo, dolores de la tierra son. De parto está sin duda, que aun representando su nacimiento en la integridad, no quiere honrar su monumento con la falta de los dolores, habiéndose empeñado Isaías a que en todas circunstancias sería glorioso. Que es sentencia tan de Dios la del parto con dolores y tan merecida de este linaje, a quien sirven (bien que violentadas) las criaturas, que una piedra que esté de parto de Dios, ha de padecerlos. Sólo en María sin pecado puede haber parto, y no puede haber dolor. Pues ¿cómo, Señor, la madre de Simón no los padece, o si los padece, no llega a sentirlos ella, ni a ver muestras los demás? Eso, ni a una piedra se lo soléis vos sufrir. Pues en la madre de Simón lo sufre. Tan parecido hermano le quiere Dios, que apariencias tan solas de la verdad de su madre, quiere comunicar a la de Simón. Pasó adelante nuestro Redentor por las menudencias de la niñez primera o infancia semejante a los hermanos en todo. Bien que en travesuras ilustres y misteriosas (por que aún consagremos la voz común de aquellas edades) pues sacaba con las manecillas, apenas libertadas de la faja, el basilisco retirado a las peñas, no bastándole para defensa a la culebra el vivar más oculto y el menos ancho de sus escondrijos torpes y venenosos. Alcides de más verdad que el otro que acredita la mentira, que créditos hay de mentiras, como desdichas también de verdades, pues de esta victoria de Cristo contra la culebra de Eva, canta en la cuna nuestro Simón la victoria con el *Ave*: porque refieren madre, hermanos, deudos (que son los testigos de las familiaridades forzosos) que la primera palabra que dijo fue *Ave Maria*. ¿Quién de los santos no ha dicho, quién de los oyentes no sabe que la plática de Gabriel con María fue oposición de la de Satanás con Eva, y que de la victoria de la Cruz aquella salutación fue el ensayo? Luego en una misma edad, en

unas mismas cunas, Cristo, Hijo de Dios, ensaya la batalla, Simón, su hermano adoptivo, canta la victoria. La diferencia pudiera ser que en Cristo señala la demostración Isaías, antes de saber llamar padre y madre, que a este estilo de hablar quiso también Dios atarle. Pero Simón con esa voz misma llamó a la suya, porque ¿qué Madre, sino María, le hemos conocido a Simón? Y así parece este milagro natural en él, porque lo mismo que en los niños es decir *mamá*, fue en Simón el decir *María*.

Ya de la boca de Platón mienten, de la de Ambrosio (con más razón divino) cuentan que entraban a ellas a labrar la salvia del cielo las abejas. Pero de la de Simón salen *Aves*, y esas *Marías*: nuevo panal de miel, nunca con más rigor virgen, porque *Aves Marías* sólo salen de la boca de Gabriel (si dijésemos) en su virilidad; pero de la de Simón en su infancia. Crédito grande de esta gran Señora, y a nuestros ojos más esto segundo que lo primero. ¿Simón más que el ángel? En esto sí y las suposiciones quitan siempre la aspereza a los encarecimientos. De Jesucristo dijo David que perficionó de los niños e infantes del pecho sus alabanzas. Pues ¿los ángeles que le aclamaron Salvador, los hombres que aun ciegos le gritaban Hijo de David por los campos? No importa, que son los unos muy entendidos y muy interesados los otros, y así las pueden hacer, pero perficionarlas, los niños solos (que como impedidos de la razón, y no admitidos aun a la habla), no por sí juzgan, ni por sí manifiestan, sólo es Dios el que habla en ellos. Luego si el ángel dijo la primera vez *Ave Maria*, y Simón niño en la cuna la entonó la segunda, más se acredita, al parecer, la Virgen de Simón, que de Gabriel, porque el ángel hizo la alabanza, Simón la perficiona. Gabriel, aunque enviado de Dios, de discreto, si no de embajador, podía decir algo de su sentimiento, y en Simón, niño de aquella edad, no puede hablar sino Dios. Y aun pudiera sobre esto pensarse que Gabriel dividió la salutación: *Ave* dijo sólo, y luego *llena de gracia*, y el nombre de María para el temor de ella le guardó (y ¿qué sé yo si también para él propio?), pero nuestro Simón ve tan sin temores su madre, que juntó al *Ave* el *Maria*, y siempre repite ambas voces juntas en perfección perpetua de la alabanza del ángel. ¡Oh, Serenísima Virgen! Madre a Dios, Madre a tanto pecador, Madre a todo justo, ¿qué Madre habréis sido a un hijo que sobre los ángeles a quien reináis perficionó vuestras alabanzas? Con que igualmente dejamos dicho, fieles, que de las bocas de los niños también (para que en todo se le pareciese) perficionó Dios las alabanzas de esta conformidad de su imagen, de Simón digo, no sólo por la caridad de él con ellos, sino por las aclamaciones de ellos con él. El santo, el Padre Rojas, el bendito, el que viene en nombre de Dios, ¿no son ecos conocidos de las voces de los chicuelos desde el suelo, desde la ventana, desde los pechos de sus madres mismas? ¿Queréis pasar de los oídos esta verdad a los ojos, testigos, si no más fieles (aunque los haya llamado así el otro latino), más escrupulosos de las maravillas? Haced pintar una imagen cargada de las caricias de mil rapaces y de las bendiciones de una figura humana con ellos, y si es de mujer, diréis que es la caridad (retrato de la de Dios); si es de hombre, o ha de ser de Cristo, o Simón; porque de ningún otro santo se lee este pueril pero seguro testimonio y aclamación. Sí, pero el hábito los diferenciaría. Esa excusa hace mayor la gloria. Porque de los brazos de Cristo y de Francisco desnudos se teme el mismo sabroso error, y así ponen la manga de su hábito al uno, para que la manera distinga fácilmente de la copia el original.

Pues ¿qué mayor gloria de este excelente varón puedo yo decir, entre el parecerse a Cristo, que poder hacer el menor viso (a alguna luz) de mi seráfico padre, jayán a cuyos hombros debe tanta redención de su ruina la Iglesia? Sí, pero faltan las llagas y las señales de aquella esclavitud libre de los siervos de Jesucristo, cuyas estampas no debió a los hierros, sino a la misma humanidad herida este serafín impreso. ¡Ah! que son las visibles éstas, las cuales confieso que mereció San Francisco sólo (no sentencio contra nadie, mi devoción miro), pero las de interior santidad, San Pablo se preciaba de ellas a gritos y a ningún excelente predestinado pueden faltar.

Volvamos, pues, a Simón, que pintábamos con los niños, o volvamos a vuestro interés, cortesanos, advirtiéndole que en el grado que permite la piedad y la buena fe, mientras la fe, sobre buena, infalible, os lo asegura, le tengáis por abogado de ellos. Porque a varios santos ha dado Dios singulares abogacías, y a nuestro Simón (como hemos dicho) insigne.

Creció Jesucristo nuestro Señor, hasta tener doce años, y en ellos hizo aquella maravilla de doctrina en el templo. Nuestro Simón la hizo de piedad con su gracia. Porque siendo rudillo y simplecillo en aquellos años, y deseándole su padre dirigir a los estudios, porque dos tíos suyos (canónigos de aquella santa iglesia de Valladolid) le amparasen, que ambos querían regresar en él sus prebendas, él se estaba siempre haciendo a la Virgen altares, cuando volvía de la iglesia mayor, o de nuestra Señora de la Antigua, adonde acomodaba seguramente los hurtos que de sí hacía a la escuela o al estudio, contra la guarda de su mayor hermano. Un día, pues, de las velas que encendía en su altarillo prendió la luz en algún cendal: ardió, y con él, parece que la casa. Levántase el miedo, o cae: alza el grito el rumor, el concurso, que se quema. Levántase a ellos Simón, o descende, que alguna elevación le enajenaba acaso, y diciendo *Ave Maria*, se apagó el fuego. De tal vida era el agua, para no dar al fuego la muerte. De Elías, llevado en triunfal lumbre o en luminoso triunfo al Cielo, un carro de fuego al fin (de quien no supo la gentilidad más atenta deducir con verisímil arte la ruina o precipicio de Faetón) ponderó el gravísimo Ambrosio que aprendió aquel insaciable elemento a ayunar y no quemarle, viéndole tan ayunador. Doctrina válida sin duda con el fuego, pues en el horno de Babilonia la admitió otra vez, vergonzosa acusación de inclinaciones libres, tan pocas veces reprimidas al imperio soberano, cuando las naturales, incapaces de razón, afectan su obediencia. Más prevenido en Valladolid nuestro incendio, si no más misterioso, tuvo respeto a no cebarse en prendas del que veía entonces lo que había de ayunar después. Si ya no es que Simón le previno a Elías, pues refieren sus hermanos, que solos siete meses tomó el pecho. El que hubiere visto esta singularidad en otro, podrá llamar, no milagroso, sino natural este ayuno. Sobre la cabeza de Julio Ascanio (esperanza tan grande como tierna de las posesiones de Roma soberbias) vio o soñó la antigüedad una imperial llama, que blandamente lamiendo el pelo, en resplandeciente halago le lisonjeó (si no rizó) las guedejas, presagio tan dulce como lucido de la majestad latina que le esperaba. Sobre el cabello de Simón en años parecidos ardió llama real de María a coronar, no a abrasarle, avisos del verdadero reino, que consiste en servir al que los reparte. Fuego, fuego, grita el compañero de mi serafín en carne, de aquel Cristo de sayal, hechizo universal de los fieles, que se me quema Francisco. No quema, aunque arde, que es planta vecina y devota de la zarza de Moisés, y sabe ya el fuego hacer buena vecindad a las zarzas. Fuego,

fuego, que se quema Simoncico: arde, no se quema, que está apellidando la zarza y rocía con *Ave Maria* la llama en quien sabe poseer respetos la significación sola de aqueese nombre. Llama es que sabrá ilustrar, y no arder, lo que ha comprendido. Aquí los padres (bien venía): «¿Cómo nos habéis hecho doler así?» Aquí Simón (mejor viene): «¿No sabíades que me importa acudir a las cosas de mi Madre?» Pero no quiso la Virgen que le achacasen o diesen en rostro más la rudeza a su siervo, así siendo, no sólo ignorante, sino tartamudo, le deslazó la lengua y le alumbró el ingenio, quedando en el discurso tan vivo, en la expedición tan veloz. No sé como pasó este milagro, si como a Bernardo algún rayo de su leche le desató el lazo de los labios, o si, hermano ya de leche en sus alabanzas, algún serafín se los cauterizó, como allá a Isaías. La pureza y el ardor todos le vimos, el rubí de las brazas veríale Dios.

Desde doce hasta treinta años, no sabemos de nuestro Redentor más que haber crecido o mostrádose crecer en edad, sabiduría, y gracia con Dios y con los hombres. Así no sabemos de Simón más que haber crecido desde esa edad, que le prohió nuevamente Dios más por suyo, con la vocación a esta Religión, de su nombre y de su amparo, no hecha por santos (si bien hacedora de ellos), sino por él mismo. No sabemos, digo, más que haber crecido desde esa edad en ella, en sabiduría y gracia con Dios y con los hombres, oyendo Artes y Teología, leyendo las unas y otras ciencias, discípulo alentado, maestro perfecto, sabio discípulo con los maestros, y maestro humilde con los discípulos, hasta los treinta años. ¿Qué obras heroicas cubre aquí el silencio? ¿Qué luces de virtudes y maravillas esconde la obscuridad? Tú, Señor eterno, que te ataste tal vez a siglos temporales por amor nuestro y que en el Sacramento de diez y ocho años sellaste la prevención de tus sacramentos, verás si conviene manifestar los accidentes escondidos de tan sustancial perfección, o si pareciéndose a ti la imagen en las luces de los favores, será bien que se parezcan también las sombras de los silencios.

De treinta años, o aquella vecindad, comenzó a ser ministro, oficio de Jesucristo Redentor nuestro, que a una acción y otra de ministrar y redimir dijo él mismo que había venido. ¿Cómo le podía dejar de imitar en ellas nuestro Simón? Cómo trató los oficios, qué cruz le fueron continua, cuánto llevó la llave de ellos al hombro, cuán eficaz ejemplo fue de virtud a sus súbditos, quitado me lo han, si no del corazón, de los labios, tantos insignes oradores (o si quieren más este nombre, tan célebres predicadores) como en tiempo y en partes me han precedido. Mas ya de la edad que le hallo (como dijo Agustino) comienzan los misterios en el ejercicio excelente de las virtudes, colores que imitan en verdad, no en pintura, a Dios, con que ya pide la imagen eficacia grande en la representación, valentía en lo parecido. Para esto aparejemos el lienzo, o tomémosle aparejado, siendo la pureza y castidad la imprimación universal de él. La singularidad de virgen perpetuo persuadió siempre su trato, sus acciones, sus palabras. Han hablado en ella sus confesores, juzgándolo así sus asistentes; han conformado los superiores y los predicadores lo han dilatado. La castidad votada con aquel privilegio grande de haberle ceñido Dios, o ya efectiva o interiormente, o ya con la demostración de Tomás prodigiosa, materia ha sido de este púlpito repetida, y toda ella debida prevención de nuestra pintura, habiendo de mirar hacia Cristo. Pues habiendo dudado de Abel doctos hombres por qué en tanta falta de ellos y en tan necesaria propagación, no le deja Dios llegar a casarse, responde el fénix de los ingenios Agustino, que el primer mártir que representase la persona de Jesucristo

había de ser sacerdote y virgen. Así fue el último glorioso padre mío, que no excuso volverme tal vez a ti, que me ahoga la disimulación, como el cordel pudiera.

Salga, si no a los ojos, a la voz, el llanto, y vayan tus loores de la mano con mis ternuras. Tú fuiste así, inocente Abel y puro. Mas ¿qué mucho, en asalto tan continuo, tan continuo vencimiento, si es María el muro inexpugnable y sus pechos sirven de rebelines, desde el día que asentó contigo por su carne las paces? Bien que granjeado el favor a oraciones infatigables, que el sueño mal prudente de las doncellas, más ayudó que la hora de la noche, a cerrar las bodas.

Casto y puro el campo, hechos los trazos o muestras del rasguño, se ofrece luego al meter colores lo grosero del ocre o del azarcón, humildes y bajas tintas con que entraremos a celebrar su pobreza, virtud tan de Jesucristo, que con ser él la riqueza de Dios, hasta derramarse todo, se enamoró de su desnudez. Así la amó nuestro Simón, desde el nacer al morir, así vivió siempre, siendo fuerza que sus hijos le vistiésemos, porque tenía entrañas tan de padre, que aun éstas, no sólo su caridad, sino su pobreza, las representaba patentes. Confesor era de la Reina nuestra Señora, con seiscientos ducados de gajes que cobraban religiosos y pobres, y subiendo pocos días ha a Palacio, le vio el compañero sin medias, con unas calcetas que descubrían la carne. «Pues, Padre Reverendísimo, ¿la decencia real? ¿El aseo debido a gustos tan generosos, aunque modestos, como los de aquel cuarto?» «Padre, espíritus hay a quien se les sufre todo, ya conocen el mío; aunque me era lícito, no parece conveniente cuidar de mí.» Púsosele un pobre delante. ¡Ah, Padre, cuanto más desnudo está allí Cristo que aquí Simón! ¿Qué sé yo si el pobre era el de San Martín? ¿Qué sé yo? Pudiera serlo, que ya le vio, si no la calle, el zaguán de alguna casa, por ver un niño desnudo, no partirle la capa (que, como venida del Cielo, sin partirse sabe amparar) sino desnudarse el vestido interior y cubrirle. ¿Cuántas veces le sucedió esto mismo? ¿Cuántas juntó con el remedio que ofrecía, la necesidad en que se quedaba? ¿Cuántas (como dijo de Basilio el Nacienceno) se supo hacer más que todos por una ambición extraña? Pues llegarlo todo a tener, es imposible; llegarlo a despreciar, es poder doblado. ¿Qué celda era la suya? ¿Qué adorno el de ella? Ya lo visteis allá, ya muchas veces lo habéis oído aquí. Pero ¡qué grande ánimo, si no temeridad, es hablar en esta materia, los que siendo hermanos de su profesión cumplimos tan mal con ella! Es bien verdad, que el espíritu de altísima pobreza no es dado a todas las religiones y que con su variedad regular todas hermocean la Iglesia, siendo en unas más la contemplación, la acción en otras; éstas de aspereza, otras por caridad. Y sin estar en igual distancia de la tierra todas, todas son esferas del Cielo, porque más o menos blandas, austeras más o menos, las profesiones, el espíritu es no admitir impresiones peregrinas, afectos entiendo de tierra, que turben la pureza de su ser, mas no desdeñan el servirse de su materia y vapores para comodidad de sus influencias. Así en ellas también las estrellas, que a las eternidades previenen luz (los hijos, digo, suyos), aunque estén en un mismo cielo, no las mira igualmente el sol: una, atenta a influir, no luce tanto; otra, agradecida a los resplandores que recibió, paga en usuras más hermosas su beneficio. La complexión, los estudios, la educación, las ocupaciones, los oficios y los puestos diferencian los religiosos. Las celdas, los libros, las pinturas, los aseos, con gusto y licencia de los superiores, con sabidurías y ayudas de costas de los príncipes, epiqueya es de las religiones, atención al espíritu trabajado y a la decencia del ministerio, pues aun llegando

a curiosidad demasiada, no pasa de venial el achaque. ¡Dichoso aquel, que tan dentro del fuego de Dios se halla, que no siente, como Elías, si la capa se le cae! No tenía obligación por su profesión a tanta pobreza como a la que se ató este varón grande. Ejemplo no culpable pudiera hallar para acomodarse de algo, como para sus hijos lo hallaba. Mas por eso era Fray Simón de Rojas, porque no era como yo. Por eso era tan conforme imagen de Jesucristo: porque de tantos hermanos aspiró a ser primogénito. Por eso no le alabamos de sólo observante, sino de verdaderamente perfecto, que las perfecciones eminentes sobre lo permitido se arman. Donde no, la desnudez de su habitación extraña fuera deuda que pagaba, no ejemplar de perfección que nos proponía. Y la verdad es que a los querubines de la ciencia no parece que les toca (es verdad que mejor fuera) vivir tan ardientes, como el serafín del amor. Sus cercos tienen las jerarquías. Mas el Esteban que mira al Cielo sólo, abierto le ve, y en él a Jesucristo. ¡Oh, infunde, Árbitro Soberano de todo, infunde altísimo espíritu de pobreza y dejamiento en los que en menores años acertábamos a ver mejor! Y pues tenemos el ejemplo tan a los ojos, líbranos de lazo los pies y conforma nuestra vida a la imagen de tu muerte, Señor!

Deseos son éstos aprendidos de este varón, en que pidió a Dios con instancia tierna que le dejase morir tan desnudo y pobre como él había muerto. Respondió a sus deseos Dios: cuando estaba en el último parasismo mortal, no sólo enviaron sus Majestades (digno ejemplo de príncipes, sobre católicos, grandes) por sus hábitos todos, sino que acudió la piedad, instó la devoción, se empeñó la ansia a desnudarle. Éste le cogía el gregüesquillo pobre, aquél el jubón roto, alargóse uno a la manta, otro a la túnica interior, éste cortaba un pedazo, aquél otro. Finalmente la emulación piadosa, el temor devoto le dejó en carnes, acudiendo a quererle cubrir, y no pudiendo, sus hijos al más sobrio Noé que vio la naturaleza. No los vestidos, la sangre le quitaban los Grandes de España, llenando de ella los lienzos. ¡Quedo, quedo, que hacéis pedazos un cuerpo, aunque tan venerable, al fin vivo! No hago mal en decir el *quedo* tan recio, pues hubo persona determinada a cortarle un dedo antes que llegase a expirar. ¡Oh, admirable despojo, no sólo de tu pobreza, sino de tu triunfo, bosquejado en Job admirablemente! Desnudo nací de las entrañas de mi madre, y desnudo volveré a ellas, decía aquel trofeo que levantó a la paciencia Dios, aquel padrón en que prescribió nuestras desconfianzas a infamia eterna. Han atribuido estas voces los intérpretes comúnmente a despecho real de una pobreza suma, pero aquel río de la elocuencia, el Crisóstomo (si ya no es el mar de ella), las entiende de su triunfo divinamente. Pues no podía hablar de su madre carnal, a quien no había de volver, sino de la natural la tierra, en que se iba a convertir; luego habla de la desnudez, de la inocencia de aquel estado primero en que Dios nos crió en Adán, desnudos e inocentes, santos a todos, antes de pecar nuestro padre y tener necesidad de vestirse y de vestirnos. Que tienen más que afrenta los vestidos, dice el Clemente de Alejandría, y mostrar al mundo qué indigna se reconoce de ser vista una criatura que tantos artificios de gala esconden. Desnudo está nuestro Job, el hermano de Jesucristo, el parecido a su Cruz. Victoriosamente triunfando vuelve a la primera inocencia y manifiesta al mundo que es el primer hombre a quien la piedad, no sólo desnudó, sino quitó hasta la sangre, habiéndole desnudado a Jesucristo el odio.

Todos ayudamos, Simón, a tu despojo, todos levantamos en tu persona el trofeo desnudo de la inocencia: no era sólo piedad de llevar tus reliquias el quitarte la camisa, sino

obediencia del Cielo, ya a tus deseos ardientes, ya al primer inocente estado. Quédate desnudo, triunfa, muestra al Cielo, que del lugar acaso más culpado, sale la mayor inocencia. Así ignorante el odio de los enemigos de Cristo (que pocas veces es atinado) le desnudó en el madero en que entraba, no a batallar sólo, sino a vencer, admitiendo en sí, como dijo el culto y grave León, las manos furiosas, que mientras atienden al delito propio, sirven a los intentos del Redentor. Flaca fe, si piedad valiente, envolvió en lienzos y olores el cadáver sacrosanto (si merece este nombre a la filosofía un cuerpo muerto a quien la forma oculta de la divinidad no desamparaba). Así acusó lazos ociosos y decencias afectadas al tercer día la majestad del Crucificado, y en desnudez victoriosa, en sencillas y puras luces se levantó del sepulcro. Que quien se viste de luz, desmintiendo va la púrpura con que le embarazan, así la inocencia, como los artífices que le pintan con capa, que no hay más púrpura que la de sus heridas en su resurrección, ni más vestidos que el de sus luces. ¡Oh, Simón! ¡Oh, Job evangélico! ¡Oh, emulación dichosa de Jesucristo! Tan desnudo como él mueres: flaca fe nuestra te volvió a vestir, modestia medrosa te apresuró al sepulcro, allá te vestirán desnudo lumbres de resurrección.

Siendo tan pobre, sí sería también humilde, que le cansa al Espíritu Santo la soberbia del pobre mucho. Siendo humilde, sí le verían alegre, que ha dado el error humano en atribuir a la virtud el ceño, como si pudiese haber verdadera alegría, sino en la casa de Dios. O como si las melancolías del poderoso tuviesen que hacer novedad, siendo gloria humana la que mentirosa y temporalmente le beatifica. Cuando le hizo Dios a Abraham el favor de hablarle y prometerle, ya de cien años, el hijo, dice el Sagrado Texto que se arrojó a la tierra y que se rió. Si se riera a la promesa, pudiera ser incredulidad. Pero arrojarse al favor, humildad fue. Así, al correr recio el viento, amaina el piloto cuerdo las velas. Al suelo, Abraham, amaina, que te viene Dios a visitar, que te hace grandes promesas, el favor es mucho, el viento muy gallardo, lógrense humildes las velas, que templadas tomarán puerto, hinchadas buscarán los escollos. A la tierra, pues, humilde, y a la humildad risueño: que humildad en los favores y risa en las humildades, es muy de padres e hijos de Dios. ¿Quién vio a nuestro Simón, cuando más favorecido, que no le viese arrojar al suelo, que no le viese reír de camino? En el Convento de Tejada, Santuario grande de nuestra Orden, consagrado a la Virgen Santísima, en un devoto bulto suyo, ilustre con maravillas frecuentes, le cogió la nueva de confesor de la Reina nuestra Señora: bien dije, cogió a quien huía. Así se llama comúnmente alcanzar las honras, porque le buscan, no coger ellas, porque pocos se les defienden. Cogióle, digo, la nueva, y se arrojó a reír un mes, cuando acá le lloraban otro. A Samuel llamaba a la media noche Dios para que fuese el Sumo Sacerdote y el confesor (si dijésemos) no sólo real, sino rey o juez del pueblo, e íbase a Heli cada vez, a ver si le mandaba algo en que le sirviese. Samuel, que te llama Dios a mandar: pues yo me voy a servir. Padre Rojas, a mandar a Madrid: hijo, a servir a Tejada. Padre, a valer en el mayor Palacio: hijo, a humillarme en la mejor soledad. Padre, a ser grande con Isabel: hijo, a ser menor con María.

No fue sólo, fieles, su humildad en los favores del mundo: mayor la reconozco en los de Dios, pues en los que recibió de su Majestad Divina, no sólo de los hombres, del mismo Dios solicitaba el silencio. Cuando bajó del monte nuestro Redentor (donde enseñaron su rostro y sus vestidos a resplandecer al sol y a blanquear a la nieve) encargó a sus discípulos que no publicasen en su vida al mundo aquel singular favor, supuestos sus

decretos. Rara humildad quiere Teofilato que sea, si a otras cauciones lo dirigen otros Padres. Sea humildad, que es grande el ejemplo, y véase en Cristo (como dijo San Bernardo) que sola su humildad pudo hacer llama sin humo. Pues aun a sus apóstoles no les alcanzó el privilegio, y de verse hacer milagros, se pisaban en la luz hasta dar de ojos. Cuerdo Moisés el que con cualquier velo, si no la sepulta, siquiera la amortaja. Luz del mundo llamó a los ministros de su Evangelio Cristo; ésta es el sol, luna y estrellas, y estas luces no hacen humo, las artificiales sí, el candil, la candela, la hacha. No me permitáis, Señor, pues me admitís sucesión indigna de oficio tal, que ni mi doctrina haga humos de vanidad, ni mi proceder dé menos buen ejemplo. ¡Ay, Simón, en cuánta llama no diste humo! ¡En cuántos resplandores no hiciste sombra! ¡Cuánto anduvo Cristo a esconder sus glorias! ¡Cuánto a manifestar sus afrentas! ¡Que tuviese tantos raptos este héroe espiritual, y que ninguno lustroso viésemos, y cuando tuvo uno de horror mortal, le hubiesen de ver los seglares todos! ¡Oh, favor debido (entre nuestra candidez) a tu humildad solamente! ¿Quién escondió el milagro de haberte ceñido de castidad Dios, hasta que le desnudó la obediencia, sino tu humildad? ¿Quién la *Salve* que te cantaron una noche los ángeles en el coro, si la curiosidad ajena no te acechara en tu (si bien absorto) mal cautelado enajenamiento? ¿Quién la compañía que te hacía a tus visitas la Virgen, si esa misma gran Señora no se quisiera manifestar? ¿Quién tantas maravillas como se ignoran? ¿Quién tantas como se dicen, si la forzosa asistencia de los beneficiados no las vocearan, sino tu humildad espantosa? Pues llegó a encargar hasta Dios mismo el secreto. Así entiendo dos casos raros. El uno de una señora (Grande de España), a quien declarándole (siendo Dama) su pensamiento delante de una amiga, sintió mortalmente la manifestación la señora por el testigo (que llamarse amigos, o serlo, no debe ser todo uno). «No se congoje Vuestra Señoría, la dijo el santo varón, que no tendrá inconveniente». ¡Caso milagroso! Totalmente a la compañera se le olvidó, sin poder jamás acordársele qué le había dicho el Padre Rojas aquella tarde. El otro caso es que habiendo, con particulares oraciones, alcanzado de la Virgen que le manifestase en qué circunstancia (aunque fuese aparente) se agradaría más, y cómo solicitaría la afición cuidadosa de los fieles y la sencillez devota de sus rosarios, a tiempo que así la profanaba, no sólo el aseo, sino la gala de la materia y de las guarniciones, y habiendo alcanzado de esta Serenísima Reina la manifestación de estas cuentas blancas y cordón azul, con un nudo solo, de quien no sólo mudanza y modestia, sino maravillas tan grandes hemos visto, salió de la oración tan alborozado, que le guardaban mal las ansias el secreto: encargaba la devoción a éste, encarecía el provecho a aquél, hablaba como misterioso en los frutos, fuerza era que la atención le hurtase algo a la confianza. Deseó la devoción más y la sed de sus discípulos: encargó a una hija de confesión, muy su favorecida, que le apurase santamente en el caso; convencióle a espirituales ternuras, y confesóle cómo había pasado. Pero, ¡caso segunda vez prodigioso! que haciendo diligencias con ella para saber el suceso, jura que de cosas milagrosas que la comunicó, sólo se acuerda de estas palabras últimas: «Hija, estime mucho este rosario, por la honra que ha de dar la Virgen a un siervo de Dios después de su muerte». Pues ¿así se olvida lo deseado? Lo que se aprendió con gran sed, ¿tan frescamente se pierde de la memoria? Es que no sólo de humilde obligó al secreto a los hombres, sino a su Madre y a Dios. Y de camino os digo que no sabemos cómo pasó puntualmente aquesta revelación. De pedazos sueltos de su doctrina se colige lo que he dicho, y algún gran sacramento en ello, hasta decir a un hijo suyo un día: «Padre, si por instancia de algún devoto me falta un momento

este rosario, una hormiga de esos cuadros temo; pero con él en la mano, le aseguro, en verdad de espíritu, que me atreva a entrar sin recelo por la mitad del infierno mismo». Con que no os digo que bajó del Cielo la materia, ni que subió allá, si bien es tan gran reina María, que se trae consigo su corte. Dígoos con seguridad que se agrada especialmente la Virgen con los rosarios de estas colores, en representación de su Concepción purísima, y en el desaseo cuidadoso y modesto de un nudo solo de guarnición, que ha pretendido el Cielo con ellos acusar vuestra profanidad. Pues no hay instrumento de devoción que no hayáis hecho gala, y cuando se enferma de los remedios, mortal es la dolencia. Que se han visto y ven cada día milagros grandes con ellos. Que os prometo, si no por mi espíritu, por mi obligación, gran fruto de naturaleza, de gracia, y estaba por decir de fortuna, al que con fervor cándido se entregare a esta devoción. Mas ¿dónde me lleva la mía a dejar el curso de mi oración? Tu humildad (Padre amoroso), de recatada de secretos, me ha hecho a mí pródigo pero no mentiroso de promesas. Debía de temerse, fieles, de la vanidad, que es carcoma que ha troncado cedros; porque, ¿de qué otro achaque podía temerse? De la carne, ¿qué se ha de temer el que no sólo la tenía ceñida a privilegios, sino desagrada a azotes? ¿Desagrada? Podrida, que bien saben médicos y religiosos que en ocasión forzosa a manifestarlo, le hallaron las espaldas que a pedazos se canceraban, de las disciplinas que había tomado.

De la gula, ¿qué se había de recelar, el que en los ayunos, no sólo imitó los cuarenta días de Moisés y Elías, sino que los hizo años, bien que interpolados de domingos, de fiestas, de ocasiones de prudencia? ¿Queréis oír una menudencia considerable? Cierzo, a mi sentir, todos sus ayunos los acreditó una golosina: así dijo (después de Agustino) el más docto Africano, Tulio tres veces, que las paciencias de Job, con una impaciencia de reprehender las blasfemias de su mujer se acreditaron. Estando un sábado en la noche nuestro Simón en la celda de un superior suyo, ponían la mesa para cenar: «Quédese, Padre Rejas». «Ya ve Vuestra Paternidad el día que es, responde, que es sábado, y de María. Por vida mía, no, Padre.» «Pues, en obediencia, que se quede, y cene de lo que hubiere.» No era vianda de abstinencia, ni era pecado: un plato regalado era de aquel día, familiar cuidado de algún amigo. Sentóse, cenó, igual, alegre. ¡Buen provecho te haga, oh afrenta santa de hipócritas! ¡Oh, prudente ejemplo de obedientes y ayunadores! Más ayunaste comiendo, que ayunando otros!

De la desobediencia, ¿qué había que recatarse el que, no sólo guardaba súbdito, sino prelado, daba a un religioso mozo la obediencia, para que le mandase algunas cosas, y él pudiese merecer con ellas? Traza milagrosa y parecida a la que halló el Hijo de Dios, para que no obstante su igualdad con el Padre, pudiese con él merecer. Pues aun su misma sangre hipostáticamente unida a su divinidad, no fuera de tanta estimación, si no hubiera dado primero al Padre la obediencia. Pero, ¿que aun se la diese a Juan y que quisiese ser bautizado de él, y le pareciese justicia igual obedecer el súbdito a la Ley, y el superior al ejemplo? ¿Dios a un hombre la obediencia? ¿Que os espantáis de Dios Hombre a un hombre? Dios antes de humillarse a hombre la sabe dar. ¿No se paró a la voz de Josué el Sol, cuando más empeñado iba en su carrera? ¿No hizo espejo de sus rayos la cuchilla del capitán y ajustó la rienda a la luz, cuanto largó la brida al caballo el emperador? Pues Dios, dice el Espíritu Santo, era el que obedecía, para acreditar virtud

tan excelente. ¡Ea, luz de la Religión: ea, sol de las virtudes, dale a un soldado bisoño la obediencia, para mayor gloria de tu hacedor!

Al odio de los enemigos ¿qué tenía que cautelar el que en todo era caridad? ¿El que nunca conoció amigos, porque enemigos no los podía tener? El que en caridad, ya esquiva, ya ansiosa, para sí andaba siempre a buscar razones de penalidad, y para los demás siempre de alivio. ¿Cuántas veces afectuosamente me persuadió a mí regalo en la ocasión misma de su abstinencia? ¿Cuántas veces me advirtió la falta de alguna imagen en mi estudio, cuando él en su celda padecía falta de todo, si no es de padecer faltas, como de su Basilio predicó el gran Nacianceno? En la Cruz estaba nuestro Redentor (suma inocencia) entre dos ladrones, y no sólo los circunstantes decían mal de él y no de los ladrones, sino que los ladrones propios le blasfemaban. ¡Oh, divino imán de yerros!, dice el Pelusiota, ¡Oh, sagrada esponja de agravios! Yo añadiría grosero, que las tirabas a ti de todos, que no se escapó ni un desdén para un ladrón de tu lado. ¿Cómo lo habíamos de pasar con descomodidad nosotros, cómo habían de estar nuestras celdas pobres? No dejaba en Simón la sed de los trabajos, ni pobreza, ni descomodidad que nos pudiese caber. ¿Que había de temer tibiezas de su profesión el que con tanta caridad de limosnas, de visitas, de diligencias, acudía a los cuerpos, con tanta contemplación de doctrina atendía a las almas, como predicaba, como estudiaba para ello en los santos, en especial en Tomás, aquel Príncipe de la Escuela, de cuya doctrina fue gran devoto?

Pero más especialmente en Cristo, a quien no siempre aguardaba a predicar crucificado, porque le arrebatava desde los pechos de su Madre, niño; y así, en los misterios de su Nacimiento, de su Circuncisión, de su Huida a Egipto, se detenía mucho. Era un relámpago su condición; pero (como de los de Dios dijo David) la caridad le había desatado en lluvias. Comuniquéle tal vez, en menores años, acerca de mi estilo y mi genio: trájome los ejemplos que todos veneramos, de León y de Crisólogo; bastantemente llegó a quietarme. Servir con el talento, no es imitar otros, sino beneficiar el que ya dio el Cielo. La singularidad no afectada, debiendo ser agradecimiento a Dios, librarse podría de la soberbia: no es reprehensible el pintor que inventa: piedad es loar al que copia. Las condiciones de los artífices se retratan en sus obras, y siendo el celo evangélico, ni las enteras, ni las suaves, merecen reprehensión. Al olor del cebo dulce, o a la armonía del reclamo, admiten la prisión muchas avecillas, que al trueno de una escopeta, bien que sagrado nombre (séame lícito decirlo así) de los Boanerges de España, todo el horizonte suelen huir. Nuestro Redentor comparó los ministros de su Evangelio a los pescadores, no porque tal vez no sea menester apurar las fieras, a quien en los estruendos de los cañaverales puso las madrigueras David, sino porque de ordinario suelen los cazadores tirar señaladamente al ciervo o al jabalí. El pescador, sin saber qué pez caerá, acomoda el cebo dulce al anzuelo, y suele acaecer que el tirador más diestro y más instante vuelve del monte sin caza, habiendo ejercitado el natural y la arte, no la dicha; y el pescador a la orilla del río, con la blandura de su paciencia y con la humildad de su caña, vuelve, no sólo la *barcina* con aludas, sino la *capacha* con peces. Bien así nuestro dulcísimo pescador en la suavidad de su cebo prendió mil almas, y no bermejuelas solas, almas sencillas, sino sacudido pez, y mayor. Hamete, esclavo berberisco, obstinado más que comúnmente en su secta, llegó a oírle predicar en la iglesia del Caballero de Gracia, donde tantos años consagró los sábados nuevamente a la Virgen, y en la blandura de la

primer razón (halago fielmente infiel, que escondía la eficacia del anzuelo) le dijo: «Hamete, ¿es ahora buen tiempo?» « Sí, Padre.» «¿Cómo quieres llamarte?» «Juan.»

Al distraimiento de la oración ¿qué temor podía tener el que en continuada unión (que llaman los místicos) vivía con Dios siempre? No fue solamente murmuración, sino ignorancia de María desatenta, el quejarse de que su hermana la había dejado sola servir, quedándose ella en conversación con Cristo. Porque de aquella oración nacían estas acciones, como la caridad infatigable de Simón con los pobres, de la oración continua con Dios nacía. Y es mucho continua: que una hora no pudieron estar en ella los discípulos con Cristo, cuando la suya porfió hasta la sangre. ¡Oh, Maestro de caridad (como dijo de San Malaquías San Bernardo) todo tuyo, y todo de todos, que ni la caridad te dejó descuidar de ti, ni la propiedad olvidar a los otros! Si viérades, fieles, en la celda, en el coro a Fray Simón, parece que vivía a sí y a Dios no más. Si le viérades llevado de la muchedumbre de este lugar, empeñado en los cuidados de tantos, dijérades, que no había nacido sino para Madrid solamente. De ningún lado, finalmente, parece que podía temerse, sino la vanidad. Pero caso grande, mayor, digno de más espirituoso aliento que el mío. Ni de la vanidad tuvo que temerse. Así se lo dijo a un discípulo suyo, tal vez que las honras, los oficios, la aclamación, todo le seguía. «Padre, por la gracia de Dios, tan seguro estoy de vano, como de torpe.» ¡Oh, prodigio del ser humano caído, pues en él despides centellas de justicia original! No afirmo que no tuvo pecado venial: sé la nota que dan las escuelas a los que del monstruo de la santidad, el Bautista, se atreven a sentirlo; sé cuán amiga, cuán insensiblemente se pasa a la voluntad por el mismo recato este vicio. Acuérdomé que Agustino se temía de las alabanzas de sus sermones, siendo tan gran predicador, como padre de ellos. He oído decir de San Vicente Ferrer, que al que en medio del aplauso vulgar le preguntó cómo iba de vanidad, le respondió: «va y viene, hijo mío». Pero del todo pasó al pasmo, que de achaque, que no sé si se libró el Bautista, que se congojó Agustino, que casi cedió Vicente, diga que no tiene que recelarse Simón. El mayor enemigo es la torpeza, el más disimulado la vanidad; si a estos dos padrastrós no temes tiro, si de estos dos amigos falsos no esperas traición, invencible hombre pareces. Éste y el que de ti se ha dicho, y todos hemos experimentado, que en cincuenta y tantos años nadie te vio acción a que pudiese atribuir culpa, son los mayores de cuantos milagros de ti se cuentan. ¡Oh, a qué tiempo de oración se me presentan las obras prodigiosas de este sujeto! Nuevas velas, mas segundo viento. ¿Cómo viento? ¿Cómo velas? Remos, sudor pedían. ¿Quién le quitó al orador cristiano el poder invocar a lo menos en el mayor cuidado, quién, Serenísimá Virgen, el valernos siempre de Vos? y más en la oración de un siervo tan vuestro, que pudiera durar por Salutación toda ella. ¿Qué pecho de metal? ¿Qué lengua, librada en innumerables de bronce, emprenderá tanto aliento? Enfermos, lisiados, ciegos, muertos (si damos crédito a relaciones sencillas, bien que no en contradictorio juicio aun apuradas), ¿quién los reducirá a orden, si se huyen ellos del número? ¡Oh, bendito seas tú, Señor, que tanta gracia das a los tuyos!

La hija del gran señor resucitada, aquí lo habéis oído. Otro religioso nuestro, que hoy vive en la Mancha, aquí lo vieron todos, expiró un día, después de muchos, de un tabardillo, que tiene tan conocidos como peligrosos los términos. Iban a doblar por él: detuvo los religiosos el varón justo; fuese al alcoba del noviciado, adonde estaba el difunto (tal juzgaron cuantos le asistieron), ajustóse a la cama como Eliseo; respiró en él,

y dióle vida. ¿No hay más que respiró, y dióle vida? En tan gran devoto de María, que es nuestra verdadera respiración (como la llamó el doctísimo Idiota) no hay más para dar vida que respirar. Oyéndome está un religioso desahuciado ya en otra tempestad de tabardillo, cuya vida le costó, no sólo tres noches de oración, sino de porfía, que también ha gozado aquel coro alientos de apostarle a Dios intercesiones a resistencias, si allá el tabernáculo gozó de Moisés sólo. Llegó el religioso, digo, a esto que dicen desahuciar: que cuando la esperanza (último aliento que llamó Sócrates de la vida), aun a respirar no se atreve, hecho está ya de ella. Una y otra noche había el cristiano Moisés solicitado casi porfiadamente la alba, casi importunamente el sol, y se cerraba la noche más. Había rogado, digo, por la salud del enfermo a la Madre, había instado al Hijo, y no le había respondido bien. ¡Qué tierno de amoroso, qué congojado de despedido, llegó después de maitines a la celda, a la cama del enfermo! «Hijo, malo está, mucho se defiende Dios; pero fuerza le habemos de hacer» (Eso si violento, divino, que el cielo saben arrebatar los tales). Volvió la tercera más eficaz (que así es siempre la Trinidad, aun en el número), comenzó a flaquear la noche, a permitirse rogar la deidad del sol, la vecindad del alba; concedióle el Cielo el favor, *corre desalado* (que llama nuestra lengua) pero a la verdad, con las alas que la promesa le daba: entra alborozado a las cuatro de la mañana: «¡Ea, hijo, Dios me le ha dado, ánimo a ser mejor!» «¡Oh, Padre que me han desahuciado los médicos!» «Hijo, mejor médico es Dios.» Vuelven los médicos, reconocen un lentor desusado y frío. Si este sudor le da, muere; si este sudor le da, vive. Dióle, vivió. ¡Oh, Rafael humano, medicina divina, que aun sin sobresaltos de monstruos, sin humos de extrañas fieras, das saludes, ahuyentas males! Presente está una gran señora, que estorbándola un vehemente dolor de estómago una confesión general, le mandó al dolor que aguardase, y hasta que la hizo, aguardó. Algo antes de acabar el sagrado oficio, comenzó a molestarla el dolor, acudió con la mano el suavísimo Padre: «Oh, dolor, que no hemos acabado.» Cesó, volvióse. No sabía el dolor lo que hacía, pero obligóle Simón a lo que debía hacer, como nuestro Redentor a la calentura. Cerca están los padres de una niña, a quien libró de la enfermedad que llaman Hércules, al contacto de su rosario. Vecinos son los de otra ciega, que con saliva, no gredosa en la tierra, sino pura en su mano, restituyó a nuestra luz: que no era bien emular del todo la acción de Jesucristo, autor como Dios siempre de la formación del hombre. Ya habéis oído también la tormenta, que a vista de Túnez padeció nuestra Redención, soberbio sobre alterado el mar, rizas las ondas, el huracán insolente, el vaso a pique. Saca el rosario uno de los redentores (varón nombrado ya justamente), que con particular cuidado le había dado nuestro Simón, y como señal de María, su mejor norte, tranquiló el mar. Tantas estrellas como cuentas blanquearon, tantos Santelmos como estrellas resplandecieron. Mujer me oye, que ha cuatro días, que instando a un religioso por una cuenta sola de un rosario, y no se la queriendo permitir, se quebró, no el cordón sino la cuenta, que en la porfía de estos aplausos, por lo fuerte, no por lo delgado, se quiebra. Ministro sirve a su Majestad en oficio grande de pluma, a quien desde el coro amparó una noche, a la mitad de ella, en un riesgo al parecer inevitable de vida y alma, encargando a aquella hora a su hermano que le ayudase a rogar por él. Madrugó a la mañana el religioso, preguntó al hermano: «A las doce de la noche ¿en qué parte estabas?» Porque le había dicho el Padre Rojas lo que he contado. Temblor alegre ocupó al mancebo, ya de ver sus acciones manifestadas a un hombre ausente, a pesar del rebozo de la noche y de la imposibilidad de la distancia, ya de verse librado así, por el amparo que pensó menos. Gran señor de la Corte testifica que

le profetizó la muerte de nuestro santo y entendísimos príncipe Felipe Tercero. Hombres de gran seso aseguran que vio un día una mujer principal a la Virgen Santísima que le iba acompañando a las visitas que hacía.

Ahí viven y ahí cuentan los cocheros de su Majestad (y no son gente perdida por milagros), que llevándole a Aranjuez a la confesión un día, les dijo que se iría adelante rezando un rato, mientras acomodaban un tirante que se había desatado entonces. Atáronle en un punto (que son muy mañosos de sus obligaciones). No parecía. ¡Válgame Dios! ¿Si ha pasado aquella lomilla? Llegan, no parece. Dale, dale, cochero. ¿Cuatro caballos reales afrenta un hombre a pie? En cuatro leguas no le alcanzaron. Una hora había que a las tapias de Valdemoro les aguardaba. Pero cuando fueran de los concebidos del viento, mal alcanzarán al que con el viento del Espíritu Santo caminaba. No caminó por las aguas nuestro Simón; pero por el aire, que es más que por la tierra, dieran con él. Un religioso de gravísima orden, docto y nada hazañero, asegura que habiéndose excusado de confesar una mujer principal enferma, vino un escudero a llamar al Padre Rojas, el cual le respondió: «Dígale, amigo, al Padre que se ha excusado (y es digno de advertencia que con bendición de la obediencia, por cierta atención natural y forzosa, no andaba con el hábito sino en el de clérigo), dígame, dijo, al Padre que se excusó, que vaya, que importa él ahora más que yo al servicio de Dios». Pasmó a la noticia de lo oculto el religioso, conjuró al escudero ¿qué le había dicho? Protestó que sólo le había llamado y representándole una gran necesidad. Fue a ver la enferma, entró un aposento y otro, recibióle en el último una niebla espantosa, y encaminado por la oscuridad de la mano con el miedo, sintió como vuelta a la pared la doliente: «No puedo, Padre, volver el rostro, que me asombra un demonio horrible con quien tengo hecho un pacto miserable.» Extraña ignorancia es sin duda fiarse del enemigo, pero darle atadas las manos ¿qué cabeza puede argüir? Animóse en fe de quien le enviaba y en Dios principalmente, el varón docto; oró la penitente, averiguó la culpa, aplicó el remedio, exorcizó el espíritu malo, desató la conciencia, rompió la obligación, huyó el dueño torpe, desvaneció la niebla, dejóse gozar la luz.

Cielos, ¿quién es éste a quien obedecen las enfermedades, los dolores, la muerte, el mar, los vientos, los ministros infernales tiemblan? ¿Qué hospital no ha sentido la caridad suya? ¿Qué casa pobre no ha alcanzado sus beneficios? ¿Qué oficial, qué ciudadano, qué noble, qué señor, qué príncipe, qué majestad no ha experimentado sus maravillas? ¿Qué queréis saber de milagros? Preguntaos unos a otros (y sean sospechosos testigos los domésticos) y veréis que os llega, no sólo a agradar, sino a oprimir su gloria. Largos, si no inmensos, océanos se descubren hacia esa parte: templemos las velas ya, y vámonos recogiendo al puerto con su muerte.

Aquí, Señora, aquí, Señora, a Vos os invoco, María, único norte, sola estrella después del sol a nuestra navegación peligrosa. Y no os llamo, Señora, para volver por la honra de vuestro capellán, de vuestro siervo, del ángel de vuestras segundas Anunciaciones, sino por la honra vuestra. Jamás zozobró bajel que se fió a las aguas en vuestro nombre. A vuestro crédito toca que sea la mejor muerte la que padecen los vuestros, o a vuestra devoción más alta daréis horror. No nos dice otra cosa la Iglesia, no nos intiman otra cosa espirituales y doctos, sino que los amigos de Dios, con nada como con vuestra devoción,

aseguran la mejor muerte. Vio todo el mundo la vida de este gran varón: tocó con las manos su devoción, abrasada a la menor sospecha de vuestro nombre. Si no es el mejor modo de morir el suyo, de grandes obscuridades cargáis, Señora, la devoción vuestra; mucha sombra, si no horror, la ponéis. Arrojaron los labios del otro devoto vuestro, después de muerto, un lirio o azucena de cinco hojas, por cinco salmos que cada día rezaba a vuestro nombre. Quien le rezó tantos, quien le alcanzó rezo, quien a él y al rezo introdujo fiestas, ¿qué macollas de ellas no arrojará? Perdonadme, Señora, que puro afecto de vuestro servicio es el que me arrastra. Señora, mortificada ha de quedar mi fe, corrida mi esperanza, bien que mía la culpa sola, si el día que menos pensemos, a pesar de aquella urna que le oprime blandamente, no arrojaré lirios aquella boca, repetidora perpetua de vuestro nombre, para que se consuele Isabel de ver nacer de Simón los lirios de su Francia.

La muerte, fieles, de este gravísimo Padre, no fue prevención sola de lo que os han dicho: confesarse generalmente, llamar estos o aquellos acreedores, escribir cartas y testimonios. Prevención fue de toda la vida, imitando la muerte y pasión de Jesucristo, de cuya imagen, por consejo del apóstol, hemos copiado la nuestra. Dad siempre vuelta, digo otra vez, alrededor de la vida con la mortificación de nuestro Señor. Así las daba a esos claustros, así a esa iglesia, retratando sus agonías, emulando sus agravios nuestro Simón, como os han insinuado. Una noche imitaba la oración del huerto, y en tan verdaderas como representadas ansias reiteraba aquella tormenta bermeja del vivo océano de su sangre, que ya salpicó con las olas de sus congojas el Cielo de su alma, ya penetró por las venas de la tierra, o antes se extravenó a arroyos por su cuerpo. Otra, se hacía atar de los novizuelos y que, atándole las manos con un cordel, simulasen el estruendo y violencia de aquella noche en que dio la luz sobre sí tan permitido imperio a las tinieblas. Otra, suponía las casas de los pontífices y obligaba a que maltratasen su rostro los que más que a sí le querían, como dijo Amos. A mayor luz, alguna de ellas remedó tan tierno el paso de la coluna, que bajando a la en que suele estar nuestro Redentor en esa capilla de la Soledad, se hacía amarrar a ella, obligó en obediencia los religiosos a segundar aquella roja lluvia, que permitió sobre sí servilmente a infames azotes aquel Soberano Dueño, solo hacedor de las serenidades. Dos horas sería el rigor, inundando los efectos sangrientos, si no los diluvios, el suelo de la capilla. Quien entrara, fieles, a aquella hora y viera la coluna con dos rostros, dos cuerpos desnudos, atados del cordel, desgarrados de los azotes, ¿no se embarazara al juzgar? ¿No hallara después el cuerpo de Jesucristo, que hacía sombra? ¿No viera a Simón que le hacía espaldas a Cristo? Príncipes devotos que la sangre medicinalmente vertida estimábades, ángeles que recogisteis la de Jesucristo y presentáis la de sus siervos ante sus ojos, que la habéis quitado de sus túnicas y pañuelos, como ya se ha dicho, milagrosamente, no cubra la tierra tanta sangre como Job dijo. Dulce trabajo tenéis en que ocuparos, infatigable Custodio.

La última, coronado de espinas se hacía llevar con una Cruz grande al hombro, tirado de una soga, de rodillas por las piedras. Ya daba de ojos con ella, ya la toleraba constante, bañados los pies en sangre, los hombros en dolor, en sudor el rostro, los ojos en llanto. Hasta hacerse atar con sogas a ella, como pintan los ladrones y se quedaba así tres horas, desde las dos a las cinco, en una noche de invierno, llena de la escarcha, no del rocío, la cabeza. Porque de cuantas veces le halló así la alba a Cristo a la puerta de su esposa la

alma (haya una alma, haya una esposa), que entre las mismas inclemencias le acierte a rondar a Dios. No sé cómo no se hizo clavar, que esto faltaba sólo. ¿Que sé yo, si habiendo visto tan común el error de los pintores en diferenciar a sogas las crucifixión de los delincuentes, quiso imitar aquella humildad, como San Pedro la inversión de su martirio? El truco, digo, del leño bendito en que dio la vida, que, divertido a flores de tu alabanza, te he dejado al rigor del invierno tan grandes espacios. Déjame que te desate presuroso, que te abrace tierno, que bese tus manos devoto, tus pies humilde, que me desaliente obligado y que me acierte a correr medroso.

¿Paréceos que estará Cristo con este hombre en la memoria ejecutada de su pasión? Si sólo contada de dos discípulos incrédulos, le ató con ellos hacia Emaús este listón carmesí de su sangre, no ajustado sólo a sus labios, sino ondeando los cabos por todo el cuerpo, ¿será memoria dulce al Señor? ¿Queréis ver un espectáculo digno verdaderamente de Dios, que no se ha de deleitar, como aun Séneca atinó, en ver la fiera solicitar su muerte por el venablo, o en la representación de un teatro profano? Pues veislo aquí vivo, repetido, santo, y repetido quizá por eso, porque no se contentó Dios con ver representar una vez sola tan agradable, tan majestuosa, tan dulcemente horrible tragedia. ¿Por qué pensáis, dice Pascasio, que hizo tantas finezas Dios en el Sacramento? Porque puso en él la memoria de su Pasión, y quiere con ella santificar las almas. De aquí han deseado atreverse a decir doctos hombres que, cuando no se hubiera Cristo atado con palabra de fidelidad a asistir en el Sacramento, en ser sólo aquel misterio santísimo eterna memoria de su Pasión, se pudiera cuerdamente creer la infalibilidad de su asistencia en la hostia. Luego en esta memoria continua de Fray Simón de Rojas, como en sacramento temporal y humano, no pudiste faltar nunca, eterno Señor y divino. Con estas meditaciones, pues, llegó a su celda, donde le hallamos a las siete, habiendo entrado a las cinco; porque lo demás pasó en el coro después de los maitines del Nombre de María, nombre y Santiago mejor al conflicto de esta milicia última. Hallámosle en él (último sí, mas no conflicto) totalmente enajenado de los sentidos. Dejo las alegorías dulces, que ya por raptó, ya por mudo y retirado coloquio celestial, han los predicadores con espíritu, con agudeza, con liberalidad, aclamado. Señal de grande verdad la que, contra alguna oposición de la experiencia, posee, como la luz de Dios, interior respeto. Pero, Señor, ¿dura muerte, o apoplética, o epiléptica, como quieren médicos graves? Ahora veámosle el nombre al mal, juzgaremos más naturalmente de él. Enfermedad sagrada le llaman, por tocar en la cabeza. ¡Oh, cómo no tocó en la nuestra, Padres, cuyo llanto no he despertado en esta oración, por no interrumpir el orden de ella forzosamente, cuyo ejemplo no os he propuesto, porque os veo amorosamente imitarle, cuya pérdida no os he representado, porque os veo que santamente impacientes os lleva, os tiene, os posee el dolor. Sagrado mal, pues, había de ser el que fue así dueño de tanto bien. Hércules le llaman otros, porque dicen que murió Hércules de él, sujeto mentido de los sucesos, pero moral en la significación, que a pedazos arrancó con la camisa venenosa su misma carne en el fuego de Oeta, despojo parecido al que San Pablo encarga del hombre viejo tan incorporado con la camisa y veneno de la sierpe antigua de Adán y que el nuestro imitó espiritualmente en su vida y que en su muerte acabó con quitarle la camisa y la sangre y la carne también quisiera con piadosas violencias la devoción. Hipócrates le llama mal de niños. ¿De qué mal había de morir el Padre Rojas, sino de mal de niños, por el amor, por la semejanza?

Sí. Mas, todavía la causa de mal así crudo, ¿cuál puede haber sido, que sea leve? Galeno siente que de vapor sólo, ocasionado de viles viandas, llega a causarse. ¿De qué mal, preguntáis, murió el Padre Rojas? ¿De mal de cincuenta años murió en treinta y seis horas? Hipócrates cuenta un caso en que de hambre dio este accidente apoplético. ¿No os parece que sus ayunos granjearon bien esta muerte? ¡Oh, que murió muy apriesa! Lo mismo dijo Pilatos de Jesucristo, y sobre tan excesivos tormentos (que fue menester una deidad, si no por substituta, por sustentadora de la humanidad que padecía) se maravilló que hubiese expirado. No fue mucha priesa treinta y tres horas de enajenación, ni la prevención lo había sido en los discursos primeros, o en el aparato último. Dichos maitines, cantado el himno de Laudes, como Cristo el de la cena, retirado solo en oración tres horas hasta las cinco, fue a su celda, dobló su manta, púsola en el suelo, la almohada a la cabecera, echóse en ella a morir, o por mejor decir muerto se echó a enterrar, que así es el primer entierro de los religiosos después de haber expirado, como aparato para el segundo, y era bien que preparase el entierro, pues Dios le había preparado la muerte, como allá en el mar la ballena para el profeta. Que si el horror de una fiera, bien que escamosa, le sirvió a un fugitivo de atajo para el puerto, a puerto mejor y por menos rodeos de ondas había de conducir la ballena de la muerte al más obediente Jonás, que después del mejor que santificó el mar, que mató la muerte, ha conocido este siglo. ¡Oh, que duró el sueño treinta y tres horas! Sueño vigilante llamó San Ambrosio al del justo, y tan trabajador aquel ocio cuanto ociosos otros desvelos, como se vio en Jacob, cuando Dios le habló durmiendo: que a quien nació luchando, durmiendo le abrazará Dios, si ya durmiendo no lucha también. ¡Raro accidente y sustancial, fieles, y que ninguno le haya tocado! En aquel letargo mortal, en aquella insensibilidad o feria de los sentidos común, cuando le hacían algún remedio, cuya aplicación tenía indecencia forzosa, acudía cuidadosamente a cubrirse. Los apopléticos ¿son recatados? ¿Los epilépticos son modestos? ¿A la decencia acudís con sueño tan profundo? En el centro de vuestra alma está Dios; viéndole está vuestro puro corazón. Segundo y medicinal asombro, que a cuantos remedios le hizo la arte, acudió la naturaleza, no condescendió la gracia, evidente filosofía que no era opresión natural, sino sobrenatural llamamiento.

Muertas las luces del mundo mayor, recibió el Padre Eterno a su Hijo. Muertas las luces del menor mundo, recibió el Hijo al hermano. No fue la lengua sola la atada, el cuerpo todo fue el muerto y son bienaventurados los muertos, no los vivos, que mueren en el Señor. Que los muertos antes al mundo, se mueren (como deben) en Dios. La ansia de un hijo mudo, viendo en la muerte un Rey padre, bastó a darle la habla y la presencia de una madre Reina, a un hijo que hablaba se la quitó, privilegio, no rigor, privilegio tan grande que tiene olor del más singular, si no el más divino suyo, que es la Concepción. ¿Cuál es la razón que dan cuantos hombres de piedad y ciencia sabemos de no haber hecho Dios de fe este misterio de la Purísima Concepción de la Virgen, sino el despertar los ingenios fieles, para descubrir cada día, con singulares conjeturas, más excelsas alabanzas? que a ser de fe, con un crédito sencillo, aunque venerador, como de otros misterios, se contentaran. Pero con la duda, medrosa la emulación, y émula la piedad, ¿qué singularidades de la Madre de Dios no han descubierta en particular gloria suya?

Bien así, pues, si hubiera muerto este religioso Padre con un modo común de una enfermedad larga, una despedida de sus hijos dulce, llena de doctrina y ternura, como en

muerte de santos ordinaria, pasara la buena fe, cuando no desatenta, a lo menos no cuidadosa. Pero siendo la muerte repentina en la voz común, extraña en la singularidad, sin oír, sin ver, sin sentir, y viendo el muerto un religioso ejemplar en ejercicio perpetuo de una singular oración, en continua caridad, en obras maravillosas, en la devoción mayor de la Virgen, de su nombre, de sus misterios, que habemos visto después de los héroes y santos, que nos propone con testimonio irrefragable la Iglesia, hanse obligado la ciencia y la devoción en una misma deuda a descubrir razones, a atinar sospechas divinas, a sospechar misterios, con tanta agudeza, con tanta dulzura, con tanta seguridad, que igualmente han acreditado las lenguas, que han hablado en su alabanza, y la que muda los dio tan soberanamente que hablar.

Luego ha tratado la salida del mundo de su siervo María, como su entrada en él. No neguemos que es sombra de gran cuidado (siendo la Virgen tan fiel a los suyos, pidiéndole siempre la Iglesia que a la muerte los asista) el ver su más devoto llegar a morir más extrañamente. Misterio, privilegio que la Virgen le ha dado, cubrir de sombras la muerte de su capellán con su Concepción propia. «Fiel Siervo mío, dice María: mi Concepción y tu muerte esconderán nieblas, pero de gloria: como yo entré en el mundo, y como tú sales de él, horror será, pero horror sagrado, quietud de tu fin y ejercicio de otras piedades.» Voz es la de nieblas de gloria que me hace acordar aquella última alabanza (que olvidó de permisión, no de descuido, el orador de ayer grande) con que el Eclesiástico celebra a Simón el gran Sacerdote, llamándole arco resplandeciente entre tinieblas de gloria. Encuentro de palabras, gloria y nieblas, que piden para desempeño el suceso de los reyes, cuando al dedicar Salomón el Templo, una niebla grande le ocupó todo, sin poderse ver los ministros. A esta ocasión, Señor, a la dedicación religiosa de vuestra casa, y a la consagración de un templo tan vuestro, nieblas y horrores? ¿Qué guardáis, Señor, para infamar palacios sacrilegos, oráculos mentirosos y emulación de vuestra Deidad locas, en numerosa superstición, si así desfavorecéis tan piadosa fábrica, tan respetable trabajo? Previno esta obscuridad en la de su Templo el Rey sabio, y dijo a voces: «La gloria de Dios está con nosotros». Señal que no quiso Dios, ni faltar a su servicio, ni familiarizar su presencia. Así quedó la luz a los ojos menos vulgar entre las tinieblas y favorecidos sus siervos en sus ánimos de la gloria de su venida. Estas, pues, son las nieblas de la gloria, las que a las glorias de Dios no aprisionan, sino sirven, y entre éstas, dice el Eclesiástico que es Simón un arco resplandeciente y obscuridad que al respeto humano apostó tesón a la caridad de Dios inaccesible. Nieblas con que la gloria no descogió resplandores, ceden en Simón al arco de sus luces, porque es dispensación de aquel Señor mismo, que llama a las tinieblas como a luz, y en el ser y no ser, no se le excusan las obediencias.

A la dedicación última del templo de Simón vino Dios, y por que no le vean los demás, se arreboza de la nieblas, adormece el cuerpo, obscurece los sentidos, ilustra la alma, avisa el entendimiento, abrasa la voluntad. Dios se esconde, y su siervo resplandece: arco de luces en nieblas de gloria, es favor de aquel Señor, que ya se dignó poner prendas de su misericordia en los arcos.

Mirad si ha vuelto por la muerte de su siervo María, aun parece que más que por la de su Hijo; pero no había menester el Hijo los fiadores que el siervo. Conoció a Cristo por Hijo

de Dios y Santo el Centurión, viéndole hablar en la muerte, tan alentado a clamores, que después de la singularidad dulce, con que habéis visto tratar esto, ésta parece la causa natural de que se sirvió la gracia. Por la habla, y por la habla animosa, coligió la filiación y la santidad. Pero que la hayan colegido tan doctos hombres de ver morir este siervo de Dios sin habla, hazaña es de María, importante a su devoción, a que se sirvió añadir, o prevenir, otra. Pues el gentil conoció por santo a Cristo, de oírle hablar, y sin oírle, ni verle, un moro de Berbería ha escrito a nuestro Simón por santo, ¿qué novedad es que así se haya juzgado de la particularidad de su muerte?

Por tal, por singular, digo, confieso tu muerte, gran Padre mío; pero ¿quién podrá desimaginar a un amor grande de no haberse despedido de lo que amaba, y se imposibilitó de ver más en la vida, o a lo menos en la muerte que vive ausente?

Extraño ejemplo de Cristo, que para la agonía última se apartó de los suyos todos. ¿Es posible que no pudimos, amable Padre, recibir vuestra bendición? ¿Que nos tiranizó la muerte aun el cerrarte los ojos? Mas si acaso fue también otro privilegio escondido de vuestra madre. Costumbre fue y descanso de la antigüedad, la madre o el hijo y, a falta, el más cercano pariente, recibir en sus labios el último aliento del que moría y cerrarle los ojos a la despedida última de esta luz. Así introduce el otro latino a la hermana de la reina de Cartago no tanto cogiendo con los labios la sangre de la herida, cuanto buscando en ella si erraba todavía algún aliento. Hallóse imposibilitado de ejecutar esta piedad Cristo en la Cruz con su Madre. Así la llamó mujer, cuando no pudo ejercer con ella oficios blandos de Hijo, así encomienda al Eterno Padre el espíritu, pues a ningún pariente de su sangre podía. ¿Cómo no te pudimos tus hijos, gran Padre, cerrar los ojos, depositar en nuestros pechos, asegurar en nuestras memorias tus alientos? Porque a la verdad, más pariente, y mejor, era la madre y encargóse de ello María. Al fin, te vimos muerto antes de morir, y tú ¿aun nuestro vivo llanto no pudiste registrar, que te fuiste? ¿Y qué, en esta vida mortal no hemos más de verte? ¿Que el amor ha de padecer experiencias y creer sólo consuelos? ¿Que han de apelar a la eternidad sola nuestras ternuras?

Yo no puedo más, fieles, con la mía. Al punto que me llamaba algún eficaz agradecimiento, una muerta gratitud me arrebató.

¡Oh, ilustrísimas religiones, esclarecidas comunidades, oficinas de santos, talleres de virtudes y letras, seminarios de dignidades, gobiernos, mitras, tiaras! ¡Colegios de noblezas, de ingenios, de cortesías! Nadie da más que quien tiene mucho, y más en materia de honra, que es envidiosísima pretensión. Pródigas habéis andado con la mía, pero tal honra tenéis, tal eminencia de ella gozáis seguramente os habéis derramado; que ni los vapores que encarga al sol, ni las aguas que fía a la tierra le pueden hacer al mar falta. La menor hermana, si no la de menos edad, es entre vosotros la mía, pero desde hoy, con vuestras bendiciones, ha de crecer a millares.

Ministros sagrados de Jesucristo, trompas sonoras, dulces, eficaces del Evangelio, Padres míos en la doctrina, cuyas huellas, como las del suyo Ascanio, voy siguiendo con pasos desiguales, de Dios tendréis el premio, de este varón insigne la intercesión, que son a tanta deuda tibias mis gracias.

Gloriosa madre mía, Madrid, Villa capaz de la mayor Corte, patria generosa de Dámasos y de Melquíades, de Isidros y Marías, fértil solar de armas, de letras, de religión y de urbanidad, atención agradable del Cielo, envidia hermosa de todo el mundo, en quien amigablemente conjuradas, si la naturaleza te favorece, la gracia te honra. Y tú, espirituosa alma de ella e ilustre comunidad, diez años de vida hacen naturaleza: más que doblados te amó, te sirvió, te asistió, te vivió tan venerabilísimo Padre. Suceda en tu amor y en tus oficios a mi labrador divino este pastor más que humano. Pon, sí, a tu mano derecha el patrón, el abogado a lo menos a la siniestra, y débale tu amor nobles y religiosos cuidados de ayudar a que se declare por de fe su *gracia*, por de fe su *gloria*: que Atlante serás a mayores y reales hombros en esta celestial pesadumbre.

Sub correctione Sancta Mater Ecclesia.

A DON MIGUEL DE NOROÑA, CONDE DE LINARES

Señor de las Villas de Algodrez, Fornos, Peñaverde, Noudar, Alcaide Mayor de Viseu, del Consejo del Rey su Señor, Comendador de Barrancoa en el Orden de Avís, Gobernador y Capitán General del Rey Nuestro Señor en la ciudad de Tánger

Esta Oración Evangélica, o Sermón (como quiere el uso común, hábito tan imperioso en las voces, que suele hacerse tirano de ellas) que dije o prediqué a la Majestad Católica del Rey nuestro Señor Felipe el Grande (seña más suya que la del Quarto, pues tantas glorias reales, tanto imperio político, tanto esplendor militar, aun le desean lugar antes que primero), esta Oración, pues, que prediqué o dije en voz al Rey nuestro Señor (y háyame Vuestra Señoría estimado, no sólo permitido, este leal y verdadero, si humano, éxtasis) remito y ofrezco en estampa a Vuestra Señoría.

Que me haya obligado a ambas cosas, deseara decir brevemente, por no hacer ambicioso aparato a tan limitado escrito. Si me detuviere algo en ello, será natural embarazo de mi pluma, y parece que ignorar, en rigor, no es delinquir. A la primera de dar este borrón casi extemporal (hado de mis estudios) a la estampa, no me engañaron confianzas propias, que fuera errar el tiro hacia ambos extremos, presunción y puerilidad, de un golpe solo. Hacia la presunción, en prometerme, del consuelo dulce de los amigos, el aplauso ceñoso de los émulos. Si ya no es nuestro genio mismo (aun antes de admitir culpables borriones) la causa original de este achaque. Achaque verdaderamente de la profesión más modesta, y que la espiritual de nuestro estado tanto más debiera huir, cuanto menos se sabe esconder, aun en los mayores hombres.

Errara también hacia la puerilidad, que es el otro extremo, pues cuando esta acción hubiese hallado en los oyentes la estimación que mostraron, hacer misterio de acertar una o otra, quien tantas habrá errado, muy amorosos humos de sí, sobre contentadizos y crédulos, arguye. Bien que, mirados a otra luz, pudieran ser amagos, si no de valor, el exponerla a tormentas vulgares (que tales son las de esta calidad siempre). Porque las acciones erradas, entre el deleite de ver las inferiores, ya las suele mirar piadosamente la

envidia. Las que con voz universal (engaño fiel a que no es mucho que se crea el dueño) se aciertan, no las perdona nunca. ¡Extraño siglo, donde los errores solicitan piedad, y los aciertos odios! Si bien le podría yo señalar cerca a Vuestra Señoría alguna apariencia que se ha pasado a desprecio, cansada de ser constancia. Movióme, pues, por acabar esta parte, a esta impresión, la facilidad introducida entre más y menos doctos. Y obligóme una gran sospecha no vana (puede, empero, ser que yo leve, o necesitado a alentar mis modestias, la haya hecho mayor) de que algún oyente soberano de aquel Sermón no se ofendiera de leerle, aun después de haberle sufrido. Sospecha, vuelvo a decir, no imperio. Antes bien, con ofrecer tan lejos (aunque tan ilustres lejos) este sudor, saldrá en su obligación más de rebozo la vanidad. Y cuando quiera helarle la envidia (presumido aquilón contra las virtudes, si natural el otro contra las flores), sea temeridad inconsiderada el atreverse a la protección de Vuestra Señoría y quitémosle la ocasión de ser sacrilegio humano y crimen ignorante de majestad estudiosamente lesa, perder el respeto a la sombra real, aún caliente por la vecindad y gusto de su luz, cuando los bronce helados de los príncipes abrigaron delincuentes. Y a la verdad, si los que sabemos poco somos arrojados (como suele siempre ser), mucho podemos estragar la autoridad de quien nos ampara. Estas causas, o eficaces ellas, o fácil yo, me han sido razones para la estampa. Mas, el ofrecerle a Vuestra Señoría, así se me representó necesidad que la dudé elección. Fineza no la pude mirar, porque no habiéndose de consagrar al Rey nuestro Señor estos borroneos (si bien donde quiera que vayan, siempre van suyos, como caudal de un hombre tan esclavo de su Majestad, por la honra y gusto con que le oye, como criado, por el oficio en que le sirve, y vasallo por la dicha con que nació), no habiéndose, pues, de consagrar a este único y grande dueño, porque, pues no quiso darse a otra noticia que la de oyente, fuera vanidad importuna empeñarle a más protección, y más, tan pública, siendo memoria sagrada de la gloriosa reina de Portugal Isabel, ¿a quién, sino a Vuestra Señoría, se debía la prescripción de este monumento, como sucesor de esta ilustrísima Santa por tantas partes? Pues el Señor Don Alfonso, hijo del Señor Rey Don Enrique el Grande, Señor de la Casa de Noroña, por adopción de Pedro Álvarez de Asturias (prosapia ilustrísima y en nuestra antigua voz, grande alcuña de Vuestra Señoría, la Casa de Noroña), fue nieto del Señor Rey Don Alfonso el Onceno y bisnieto del Señor Rey Don Fernando, que llama el *Emplazado* el vulgo, y de Doña Constanza, hija del Rey Don Dionís de Portugal y de esta gran Santa, habiendo sido su mujer de el Señor Don Alonso, hija del Rey Don Fernando de Portugal, segundo nieto del Rey Don Alonso y tercero del Rey Don Dionís y de nuestra Santa y Serenísima Reina. Conque, de una y otra línea se halla Vuestra Señoría (como de una fuente y otra originales del Paraíso se ve, no soberbio, caudalísimo sí, el Jordán) heredado de sangre real, de virtudes canonizadas. Que si bien el resplandor de los progenitores nunca ilustró los descuidos, sino para salir más (¡Oh, si conociesen esta verdad tantos como deben a su luz su mayor descrédito!) no se le puede negar que hace más de día el valor. Queda ahora por averiguar si tan majestuosa ascendencia, árbol tan esclarecido y real, ha parado estérilmente en Vuestra Señoría, en el descuido, o, con eminencia fecunda de acciones y esperanzas, en frutos gloriosos, si es retrato Vuestra Señoría en pincel de sus padres, por descendiente o imagen viva, por hijo, en especial de su padre Don Alonso de Noroña, cuyo valor y méritos en un orbe y otro, siendo tan sustanciales en sí, parecen aire en no dejar en alguna parte vacío. Contra las leyes rigurosas de la dedicación quieren que sean las alabanzas de estas cartas o prescripciones los puntuales de la erudición. Mas yo veo

las de los más doctos hombres tan poco atenta a esta ley, o tan dispensadas de ella, que más que la ley, parece ley la dispensación. Fuera de que yo no alabo, sino examino. Si de esta inquisición resultare la alabanza, será fuerza generosa de la verdad, no sea servidumbre de la lisonja.

Tolere, pues, Vuestra Señoría este examen, seguro que no podrán errar la verdad, ni en mí la ignorancia, ni en los demás la envidia, que casi le sirve a Vuestra Señoría, no sólo de lustre, sino de obediencia. Y con esto, parece que no son ya leones solos (aunque imperiales fieras y trabajos coronados de Alcides) los que Vuestra Señoría mata a lanzadas, como esas arenas de África son numerosos testigos, sino hidras y sierpes de veneno tan vivazmente mortal, que halla en las heridas la fecundidad para las cabezas. El fuego, empero, de la virtud, en manos de los verdaderos Hércules, no sólo enjuga la sangre, las vidas de estos monstruos restaña. Si hubiera sido de ellos la sierpe a quien en esos parajes sacó la lengua el gran Guzmán de San Lúcar, no molestaran tantos los buenos. Mas, donde hay espadas que cortan lenguas, hay manos que las afilan. Pero muy gigante nombre a un vicio que le pareció tan de los muchachos a alguna pluma canónica. Cigarras las llamó una y otra erudición, y que no servía el quererles quebrar las alas, sino de hacer su estruendo (que ellas piensan que es su canto) más importuno. Moscas no asqueó llamarlas la cultura, por infamarlas, y me empeñara yo a que estos torpes e importunos partos de la corrupción se han de alejar levemente con la mano, como lo hacía el otro docto ocupado: no apretar cuidadosamente con el estilo, como se ocupaba el otro príncipe ocioso. Que las plumas con las moscas, y a más en nuestros términos, son para aventar, no para escribir. No sé cómo he interrumpido el examen que llevaba, con embarazarme en la envidia. Debe de ser que he querido tomar, como el más sospechoso, este testigo el primero. Mas él, y los demás, con aclamación conteste, confiesan en Vuestra Señoría la disposición gentil (antigua llama de imperios) y airosa, que llamábamos antes *talle*, *arte* ahora, quizá porque en los más aun aquesto es arte. Una alma espirituosa, flamante con tan extraña emulación en sus mismas luces, que no se atreven los ojos a mirar alguna, porque es mayor la que dejan siempre. La liberalidad testifican perpetuas mercedes, el gobierno la paz, la fortaleza o valentía la guerra, y ésta hacen gloriosa los miedos africanos desde el primer día, los despojos de sus victorias hasta el último. El ingenio, las noticias, el seso (méritos y mayor aparato que el con que se dan por entendidos otros de que lo son) no los celebran adulaciones o respetos cortes: verdaderas estimaciones (entre irrefragable autoridad de experiencias continuas) lo protestan, si ellos mismos se califican. Con esto, confieso a Vuestra Señoría esta ofensa, que llegué a dudar cómo se componía con estas partes el ser tan honrador de los inferiores, tan buen amigo de los iguales, y tan seguro caballero con todos. Porque ya se llama Norte el viento que intenta zozobrar los navíos, siendo nombre de la luz que había de guiarlos; y hay Mercurios humanos que abrigan los escorpiones contra las águilas de Júpiter: desatención perniciosa (no le llamemos cuidado) que a menos deidad solía suceder en los emblemas. El punto de los amigos quédese en esa voz invisible, escondido entre el silencio, porque está tan estéril de ellos el siglo que, con sólo tocar en la obligación, les dolerá los más en la ofensa. Salí, empero, de este escrúpulo, con hallar a Vuestra Señoría tan buen cristiano como Señor: en una palabra lo encarecí. Con que todo el amparo que en Vuestra Señoría halla la virtud, todas las finezas de su proceder y costumbres, no son méritos solamente en Vuestra Señoría, sino deudas. Pues, con este

empeño, heredan los Señores la fortuna y naturaleza en que los diferenció el Cielo de los demás.

Ésta es la información que, ausente y apresurado, bien que cándido y verdadero, he podido hacer de Vuestra Señoría. Perdónemela su singular modestia, que la satisfacción pública de todos me la llegará a agradecer. Y llegue ya Vuestra Señoría, que es tiempo, a leer los discursos que pude formar (en el poco que tuve) para gloria de Dios, servicio de esta Santa Reina y de su reino, de cuyas armas y letras siempre viví afectuoso estimador. Fuerza será descubrir Vuestra Señoría errores, como tan entendido; mas no tengo por menos fuerza que volverá a cubrirlos, como tan Señor.

Guarde Nuestro Señor a Vuestra Señoría como deseo.
En Madrid, a primero de agosto de mil seiscientos veinte y cinco.
Fray Hortensio Félix Paravicino.

Sermón de Santa Isabel

Ya que por obediente no cante victorias (con ser promesa del Espíritu Santo antigua), a lo menos, por desconfiado, si no por temeroso, no debo ser aplauso de ruinas, siendo mayor en mí el conocimiento de mi insuficiencia que el de la edad, el uso y la dignidad de mi oficio parece que pedían. Hoy hace ocho días que en el Santo y Real Monasterio de las Descalzas (con tan poca prevención como la del día antes) prediqué a esta gloriosa solemnidad y dije lo que mi cortedad alcanzó de la Serenísima Santa, ínclita Reina y singular Corona de Portugal, Isabel, mujer del Rey Don Dionisio, natural Señora de aquel breve pero ninguno más glorioso imperio, altivo clima en ingenios y alientos, en letras y armas digo, que desde el Poniente del mundo llegaron a desafiarle, o antes a vencerle en sus aceros la luz del sol, siendo sus prodigiosas hazañas las primeras que a la verdad le quitaron el parecerlo. Hija de Don Pedro el Tercero, noveno Rey de Aragón, y de Doña Constanza su mujer, hija de Manfredo, Rey de Sicilia, nieta de Federico segundo, Emperador de Alemania, en la miseria humana, divina origen. Hoy, con poca más prevención y con mayores dificultades, vuelvo a hablar, en lugar tan grande y a Corona tanta, de la misma Serenísima Reina, Ilustrísima Santa, Divina Predecesora de nuestro Católico Príncipe, Rey y dueño natural, cuya augustísima sangre, al cabo ya de trescientos años reconoce la presencia canonizada de su ascendiente gloriosa con fervientes demostraciones. Grande, hermoso, es el asunto, fértil la materia. Mas, nunca pesos grandes ayudaron flacos hombros, ni resoluciones honradas salieron dichas siempre. No es cobardía reconocer el peligro; presumir sobre las fuerzas, temeridad. Pero obedecer en el mayor riesgo, siempre será gloria.

La de nuestra Serenísima Reina comienza la Iglesia, que hoy la venera en el número de los Santos, por un texto del Evangelio de San Mateo. En él, Jesucristo nuestro Señor, previniendo a sus discípulos que quien tiene orejas de oír, oiga (que el que las tiene de escuchar, no oye sino calumnia), les dice que es su Evangelio cristiana y buena nueva de un tesoro. Nombre es éste de precio (no sé cómo le hacemos de esta verdad tan poco), y éste, escondido, que pide cuidado; y los acasos no son valor. En un campo, no en las

ciudades, menos en las cortes, y, por la consecuencia, en los palacios menos. Halló, dice, este tesoro un hombre y escondiéndolo. ¿Para qué? Que no son los bienes del Cielo caudal de la envidia o trabajo del codicioso, como los de la tierra, que no parece que tengo yo lo que no le quito a otro. Callólo, quiere decir, y viviendo entre hombres, bien hizo, que no pueden sufrir los concursos un hombre singularmente beneficiado, aunque sea de Dios. Pues ¿qué de la ventura? Fuera de que era bien propio, fue natural esconderlo. Si fuera bien ajeno, él lo publicara. Fue tanto, dice Jesucristo, el gozo de este hombre, que dio cuanto tenía para comprar la heredad. Gran tesoro, fieles, el que aun antes de asegurado él, asegura el ánimo así. No así los bienes humanos que, esperados inquietan, poseídos congojan, perdidos matan. Todo cuanto tenía vendió por una verdad: ahora todo se compra por una mentira. Ya no hay quien venda su hacienda por nadie, sino quien por tenerla venda a los otros. Parece también, dice nuestro Redentor, la doctrina de su Evangelio la profesión de un hombre de negocios, o tratante en piedras, que reconociendo una margarita preciosa (un diamante rico, dijéramos ahora, bruto), dio, por comprarle, su hacienda. Ya no hay hombres de negocios: de su negocio es gran hombre cada uno. Lo de los diamantes es verdad, mas no son piedras que dan luz a la virtud, piedras en que da de ojos más de una honra, sí. A estas dos cosas dice Cristo que se parece la profesión del cristiano, pero la Iglesia, de ellos, a una red y a un lance echado en que saca el pescador a la playa y variedad de pescados: los buenos aparta para vianda, los ruines y de linaje de culebras se deja en la arena entre las horruras. Así será, dice, el día del juicio: que los ángeles apartarán los buenos de los malos, aquéllos a la mesa, éstos al fuego. Tan mezclados andamos todos que es menester un día de Juicio y un ángel, para saber quién es cada uno.

¿Habéis entendido esto? dice Jesucristo (que también fue la suma Sabiduría pescador a quien achacaban que no le entendían). Sí, dijeron ellos. Los apóstoles cándidamente procedían con Cristo. Los Fariseos no. Pero bendito sea Dios, que los que revientan de entendidos algún día se confiesan de entendedores: será para notar algo. Que es muy de cortos de vista preciarse de que ven en oscureciendo. Yo leo de noche, dice el otro, y no hay hora de luz a que sepa leer. Parece a la agudeza de las lechuzas, que de noche dicen que le ven los átomos y de día no saben sino hacerle gestos al sol. Así, acaba Cristo, ha de ser un predicador docto en sus obligaciones: valerse de cosas antiguas y nuevas, de uno y otro Testamento, de una y otra Comparación, para calificar su doctrina. Que buscar y aun hallar las cosas, tal vez le sucede a un bárbaro, dijo alguna erudición celebrada; escogerlas, apartarlas, saberlas decir, nunca fue sino de juicio grande. Bárbaro yo, he hallado dos tesoros hoy en el Evangelio de San Mateo y en la canonización de Santa Isabel. Para escoger, apartar, decir, no me basta la corta vista de la naturaleza, menester he la luz de la gracia. Si es Cristo sol que la da, María es aurora que la previene. Pidámosle nosotros su intercesión, con que lograremos los tesoros, la luz y el día. *Ave Maria.*

*Simile est Regnum Coelorum
thesauro abscondito in agro.
—Mat. cap. 13.*

- I -

Porfiar (Sacra, Cesárea, Real Majestad), porfiar no es seso, ni aun ingenio tampoco: no suele ser sino ignorancia y, cuando menos, es condición. Porque si no tengo razón, debo ceder a quien la tuviere; y si la tengo, componerme con mi razón, que no hay razón que no sea victoria. Cuanto se sabe es opinable. No hay sol de julio que no levante alguna nubecilla; aun suele ser polvareda. ¿Pues hase de poner con ella el sol a porfiar si es de día? Esta doctrina, que en los particulares es verdadera, en los soberanos es ejemplar. Porque siendo su poder el mayor, si por porfía obrasen, no sería la razón, sino la fuerza, la que pudiese más siempre. Y en materia de razón, obrar la fuerza no es valentía de la prudencia, sino temeridad del antojo. Y si se comenzase la porfía sobre daño ajeno (como suele siempre ser), es más odioso el error. Porque hacer tema de la inconsideración que suele comenzar los mayores desaciertos, no es honra de la justicia, sino agravio de la verdad. No es capaz de mudanzas Dios, por Dios y por sabio, y en orden a nosotros, muestra cada día mudar intentos: tanto, que llega a decir Tertuliano que era el primero que había consagrado el arrepentirse: *Jam inde in semetipso poenitentiam dedicavit*. Determinóse acabar el mundo, y guardó en una arca o urca reliquias en el agua, de que volver a fecundar la tierra, probando su soledad en la especie de la imagen misma que había borrado el número. Envió a Jonás, estruendoso predicador (¡Ah, qué tendría de batallas!) a la sentencia última de Nínive; y al primer memorial que humedeció el llanto, si no formó la tinta, la revoca. Juró de no dejar su espíritu en el hombre, y atóle alguna vez de manera a su humanidad en su Encarnación, que a un lazo formado en tiempo, toda la eternidad no podrá desatarle el nudo. Por Oseas ofreció, sentido del tesón villano del hombre, no entrar en ciudades suyas: y llegó algún día hasta la casa de un pobre carpintero a pedir a su mujer (¡y cómo os llamo yo así, singularísima Virgen!) si quería ser su Madre. Es muy grande Dios. Es muy sabio, sobre amoroso. Ve el natural grosero del hombre tan recio en sus empeños: ¿qué ha de hacer? ¿Hacer el intento porfía? ¿El gobierno tema? *Nequaquam ultra maledicam terrae propter homines*, dijo una vez, desazonado de sus rigores mismos en el naufragio universal del mundo: No castigaré más la tierra por los hombres. No quiere decir sólo lo que comúnmente se dice: que eso era muy cierto. Sentimiento fue de David, no sé si acción real, maldecir los montes de Gilboa porque mataron a Saúl entre ellos. Al adulador sanguinolento (que tales suelen siempre ser estas torpes avispa que con mentido susurro de abejas señalan honras), al que infamó cobardemente o, por decir mejor, infamemente acobardó el estoque en un príncipe tendido y vino a pedir albricias del sacrilegio, gloriosa acción fue hacerle pasar por las alabardas. Pero llover un rey maldiciones sobre el ceño de los montes (que les sirvió de caso natural de testación de la rota miserable), más parecieron rayos de nube que no de sol. No quiere decir, pues, no castigaré la tierra por los hombres, sino por los hombres no haré mal a la tierra. Como si dijera: sé lo que son hombres. Si a cada ofensa desembarazo un castigo, me habré de quedar sin hombres y sin armas, que no son diluvios para cada día, que tal era el caso para un ministro sangriento. No sólo anegara con las aguas la tierra, con el fuego enjugara el mar. Gobiernos porfiados tocan derechamente en violentos. La clemencia prudente, aun en lo justo, muda pareceres y templa eficacias, si descubre conveniencias. ¡Oh, que es honra de la justicia! Lo mejor es honra siempre. *Bona ista levitas*, dijo cuerdamente Tertuliano, *quae ad meliora ducit*. No es liviandad mejorar las materias, porfiar en las erradas, sí. Dice otro mayor africano, si no mayor que

todos, Agustino, que fue el encarnar Dios no más de mudar parecer. ¿No lo oís? ¡Rara cosa! Tan sutil la juzgo, que se le huye al crédito. ¿Mudar parecer fue el encarnar Dios? Pues ¿sabemos de Dios más deseada cosa que ser hombre? ¿Entre las luces severas de su divinidad no centellearon estas ternuras siempre? ¿El criar el mundo no fue con ese fin? ¿El escoger pueblo, no fue prevenir linaje? ¿El prevenir linaje, no fue disponer de Madre? ¿A qué amigo no lo dijo? ¿Qué profeta no lo enseñó? Ahora mirad, dice el gran Padre: ¿Con qué fin crió Dios al hombre? Con que se le pareciese. Él lo dijo: *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram*. ¿Y se le parece? ¿Vos no lo veis? Acabada de salir de las manos de Dios la imagen, la borró toda Satanás: y de lo más parecido del retrato (como hondamente lo miró San Jerónimo) se sirve de imprimación en que cada día no sólo da golpes de pincel con sus antojos, sino muda con los vicios copias enteras. ¿Pues qué haría Dios en esta ocasión? Un gran pintor, por modesto que fuese, haría pedazos el lienzo suyo en que otro metió color o puso pincel, cuanto y más alteró figuras. Pues él, viendo que no se le acababa de parecer el hombre, quiso parecerse a él. No te puedo acabar que te me parezcas: quiero yo parecerme a ti. Mudemos de parecer para tu provecho: *Vice versa* (dice el grande Agustino) *factus est Deus ad imaginem hominis*. Haciendo el apóstol fe, lo que en San Agustín era piedad y agudeza: *In similitudinem hominum factus*. No fuérades Vos, Señor, no hiciérades eso. ¿Deseáis vuestra majestad o mi bien? ¿De mi bien hacéis vuestra majestad? ¿No veis, fieles, cómo la mayor obra de Dios, que fue encarnar y venir al mundo a publicar su Evangelio, en mudar parecer estuvo? Pues en eso mismo parece que estriba hoy la doctrina de él.

¿Qué ha sido siempre el enseñamiento cristiano? Dejarlo todo, huir el peso a los bienes, el peligro a las haciendas. ¿Pues, cómo, predicando Cristo una vez dijo a voz: *Facite vobis sacculos, qui non veterascunt*, haced talegos que no se rompan? (¡Qué voz para Palacio!) Pues, Señor, ¿qué más podíades decir a un alcabalero o a un cobrador de millones? ¿Así acusáis los deseos? ¿Así curáis los achaques? ¿Qué tienen que ver los cuchillos aquella noche y talegos este día? ¿Es posible que en vuestra boca se dan las manos tan encontradas doctrinas? No es mía la ponderación: San Pedro Crisólogo lo dijo de modo que la relación hace miedo. Basta, dice el Santo, que hasta Dios muestra que el tener es necesario: y muda tan duramente de parecer que el que había comenzado a persuadir desprecios, ahora sale con enseñar avaricias: *Ecce avaritiam docet, qui coepit persuadere contemptum*. Es así, fieles, que muda de parecer en orden a nosotros. Y como ve que no hay quitar el corazón del hombre de la hacienda, dale la hacienda, por llevarle el corazón. Es verdad que es mejor hacienda; pero no lo deja de ser por eso, antes por eso lo es. Había predicado pobreza, renunciación, dejarlo todo: no lo acaba de conseguir. Muda intento y predica hoy tesoros, margaritas, diamantes: hasta obligado de pescados se hace y está entre los playeros al sacar del lance, al desvolver de la red: *Simile est Regnum Coelorum*. Y lo mismo sucede admirablemente en nuestra solemnidad. Que si en la última canonización que habíamos visto de Santos españoles, hizo alarde de pobres humildes religiosos que conforme al un parecer lo habían dejado todo, también le hace ahora de Grandes, de Reinas, a quien todo debe servir conforme al segundo intento.

En el primero lleva la bandera Ignacio, Capitán y compañero suyo, que el sol de su nombre que lleva en las manos tantos rayos, tanta luz, tantas noticias despide al mundo, que no parecen nubes sus hijos, ni arboles solos sus casas, sino rientes todos de la

doctrina y de la verdad. Sea dicho sin ofensa de las otras religiones que por tantas causas respeto. Síguesele un soldado que de los hombros arriba parece que excede los hombres todos: valeroso Francisco, que si no recibió las heridas seráficas de aquel Cristo mío de sayal, supremo ángel en carne, en pie y manos, todas las flechas del amor en lugar de la lanza admitió en el pecho, no aljaba sola viviente de plumas, sino un volcán a las puntas divinamente inflamado que el incendio espiritual a que vino Dios al mundo dilató apostólico, prendió eficaz, en la India. Una Teresa de Jesús, también, si no de su Compañía en el hábito, de ella misma en el amor: que no sólo apostó en España asperezas al Carmelo, sino que heredó multiplicado el espíritu, si más cortó el manto de su Maestro Elías, para religiosa sombra de tantos Eliseos. Un Isidro, divino labrador mío, hijo de vecino nuestro, amiga Patria Madrid, que si su celo no dividió con propria capa las ondas de Manzanares, sus celos a lo menos hicieron que el manto de su mujer le fuese barco en las aguas, que interesadas de besar su pureza, no acertaban a dividirse, medrosas de apartarse, generoso villano que cargó a la hidalguía de los ángeles la maldición de los hombres benditamente, haciéndolos labrar mientras él oía misa (que era la ocupación de ellos) los campos de los Varga dichosos, las manos a la esteva, al sudor las frentes. Con la ardiente espada en la mano, miraba el querubín desde la puerta del Paraíso que perdió Eva, romper a Adán la tierra. Suelte la cuchilla y asga de la reja: que desde la puerta de la iglesia de Santa María, le está mirando Isidro. Éste fue el primer intento de Dios en sus santos pobres.

El segundo, en los poderosos, vimos el año pasado, en la beatificación del Santo Francisco de Borja, milagroso fénix de las cenizas de alguna Isabel, reina nuestra. Y digo, con novedad, milagroso: pues esotro creído renace de sus cenizas, éste, experimentado de las ajenas, sagrado despreciador de los aparatos del mundo, victoria del ayuno, despojo de la humildad, triunfo de la religión, progenitor glorioso de tanta nobleza nuestra, ejemplo tan necesario como lustroso a los Grandes, que por el tesoro de la gracia vendió estados de naturaleza y fortuna.

Y hoy, finalmente, nos ostenta Cristo canonizada, no la ceniza, sino la incorruptibilidad de otra Isabel, reina nuestra. Nuestra, digo, que Portugueses y Castellanos, Españoles somos todos. ¿Qué cosmógrafo, envidioso de unas y otras armas, y de unos y otros ingenios, nos dividió? Dichosa desgracia digna de llanto y de gozo la que en tan majestuoso lazo coronó ambos pueblos. Perdóname, valeroso Príncipe, que borrar quisiera con lágrimas, y no ofender con consuelos la sangre tuya que mancha valerosa, si calificó real, las arenas de África. Reina, pues, Isabel, que enseñó a las religiosas, y religiosa que enseñó a las reinas, santidad que mostró al mundo que en la cumbre del imperio hiere tal vez el sol de la gracia primero que en los valles, ya que el natural siempre favorece los montes; que tesoros, grandezas, reinos, sirven también para allá. ¡Bendito seáis Vos, Señor, que para tanta gloria de vuestro nombre, para tanto bien de nuestras miserias, así mudáis pareceres, siendo incapaz de mudanza vuestro ser, como vuestra ciencia de novedad. Y habiéndonos obligado a pobrezas siempre, nos representáis hoy tesoros: si ya no es el tesoro del Evangelio, la margarita Isabel, como la red toda la Iglesia entera, que es entero el Sagrado texto de hoy: *Simile est thesauro abscondito; simile est homini negotiatori; simile est sagenae missae in mare.*

- II -

Diréisme, empero, que ésta es paradoja, como otras más, pues vemos que Santa Isabel de tal manera fue Reina que dejó cuantos aparatos eran de tal: la corona de Portugal por el velo de Santa Clara; los tabíes, espolines y lamas de Milán por los sayales, jerga, sacos de Francisco; las mesas reales por los ayunos religiosos; los saraos por la labor; las mercedes por las limosnas; los jardines por la oración. Y que aun el mismo Evangelio dice que para gozar este tesoro ha de vender cuanto tiene un hombre; que así lo hizo también el Santo Duque. Luego no nos enseñan tesoros, ni reinos, sino todo nos lo quitan. La verdad es, fieles, lo que os predico: lo demás lo parece, mas no lo es. Y esta respuesta es la sutil y espiritual, como se debe al *omnia* de nuestro Evangelio: que vendáis todas las cosas, porque, a la verdad, todas las cosas de acá son nada, y Dios anda porque vos tengáis mucho. Pero llamélo así, porque vos lo llamáis, no porque lo sea. Lugar valiente en San Juan: ya os acordáis que él y su hermano pidieron a Jesucristo las sillas de ambos lados, petición que escandalizó el Colegio todo por grande, y que ha menester cada día disculpas por ambiciosa; que quererse alzar con todo, aun a los muy grandes no lo sufren los menores. Y así los que en mares humanos se ven demasidamente lisonjeados de la fortuna, cuando pueden templar la gallardía del viento, humildes tasan el seno de las velas cuerdos y contra los alientos del lino se asen del peso del lastre. Más en romace: se escusan, se templan, se recatan de su poder. La madre, que no era deseosa, aunque era la interesada, no le pareció tan gran cosa; así no lo llamó todo, sino algo: *aliquid*. Que es muy poco, fieles, el poder del mayor, si no fuese el deseo de los menores tanto. ¿Queréis los quejosos de la fortuna (que ya suele ser vicio más que desgracia) vengaros honradamente de un poderoso? Pues ahorrad vos de deseos y veréis cuánto le quitáis de poder. Mas el dolor es que acusáis la felicidad cuando vos la estáis procurando. Pero no descanso aquí, ni hemos llegado al nervio del lugar. Oíd a nuestro Redentor la noche última, sobremesa, que animando el desmayo de sus discípulos a que le pidiesen algo, les dice: *Usque modo non petistis quidquam*. Hasta ahora no me habéis pedido nada: pedidme algo. Pues, Señor, no os dejan lugar, ni donde extender el brazo, pidiéndoos un lado y otro. Habláislo Vos desabrido: escandalízanse los demás, ¿y ahora salís con que no os han pedido nada? No os debéis Vos de acordar. Sí, acuerda, fieles; pero como no le han pedido nada de la otra vida, aunque de ésta fuese todo, él lo juzga como nada: *In tantae rei comparatione* (dijo Agustino): *Quidquid aliud concupiscitur nil est*. Nunca me habéis pedido nada; pedid algo que sea mucho. Que pedir algo que es nada, no es pedir vuestro, ni a mí. ¿Qué mucho es, pues, venderlo todo, si todo es nada? Por un tesoro tal, por una piedra tan rica, dichoso lance es.

Y no es menester acercarnos tanto al Evangelio. Abraham, Isaac, Jacob, que aun no alcanzaron sino promesas de tierra, lo juzgaron así. Pues dice San Pablo que murieron estos grandes Padres en su buena fe, no recibiendo las promesas que Dios les había hecho, sino viendo la tierra de lejos, saludándola y confesando que eran peregrinos en ella. ¿Cómo es esto, dice San Juan Crisóstomo, que Abraham no recibió la promesa, si dice el mismo Texto que bajó a Palestina? ¡Oh, que no era ésa, responde, la tierra que esperara, que no era promesa para que Dios la hiciese; que todo lo humano es nada: *Venit*

quidem in Palestinam, non hanc autem spectabat, sed aliam quam desideraverat in Coelis. De suerte que la misma tierra que Dios promete, dice San Pablo que entrar en ella es recibirla, porque es nada lo que se recibe, al que del Cielo lo esperaba todo.

¡Oh, peregrino ejemplo de esta verdad, Isabel! Pues el verano siguiente, a la muerte de su marido el Rey Don Dionisio, fue en peregrinación a Santiago a cuyo templo ofreció dones verdaderamente reales, y donde recibió de su Arzobispo una alforjuela y un báculo, dádivas propiamente peregrinas. ¿Qué quiere esta Santa de Dios? ¿No la hizo biznieta de un Emperador de Alemania? ¿Nieta de un Rey de Sicilia y de otro de Aragón? (Y ¿qué tal el Santo Jaime Conquistador?) ¿No es hija de otro, heredero de él? ¿Mujer de otro de Portugal? ¿Qué más tesoro? ¿Qué más reino? Quiere el del Cielo: los de la tierra no los da por recibidos, y se va a peregrinar y a confesar a voces que no se da por heredada en promesas de tierra, y que con Abraham, Isaac y Jacob se confiesa huésped y peregrina en el mundo: *Quia hospites et peregrini sunt super terram.* El báculo y la alforjuela del Arzobispo, sí, da por recibidas, para decirle, como Jacob a Dios: *In baculo meo transivi Jordanem.* Este Jordán de los bienes humanos que Satanás espera beberse (como Job dijo), en este báculo le pasé. Del cetro supe hacer báculo, que otros de los báculos hacen cetros. Pero más Jacob nos queda. Al morir, ¿no dice la Escritura que recogió los pies, siendo tan natural extenderlos cuantos expiran? Pues San Ambrosio reparó delgadamente que fue hacer ademán de apartarse de la tierra con el ánimo, cuando más le había de igualar la muerte con ella. ¡Válgaos Dios, poderosos! que aun en la muerte no sabéis mostrar que dejáis con gusto la tierra, siendo fuerza el dejarla. Yo, discípulo de Ambrosio, humilde, ponderaba el amago de caminar, que para haber de levantarse el que está echado en la cama el ademán natural es recoger los pies y saltar de ella, como del que no se quiere levantar es extenderlos. Había sido Jacob huésped del mundo toda la vida, sirviéndole la usura de la luz de una resignada peregrinación. No quiso morir en ademán de quedar gustoso con ella, sino como de quien se levantaba para dejarla. E ilustra mi pensamiento divinamente la pluma de San Ambrosio, ponderando el haber mandado Jacob a su hijo que llevase sus huesos al sepulcro de sus mayores: *Ut post mortem etiam peregrinaret.* Porque aún después de muerto quiso peregrinar en el mundo. ¡Prodigioso caso, fieles, y sobre la fe humana! De sesenta y cuatro años volvió segunda vez una Reina a pie, con el envoltorillo de la ropa blanca al hombro tantas leguas de Santiago. ¡Oh, peregrina mujer! ¡Reina peregrina! ¡Muda excomunión de sillas y de coches! Tan huésped viviste de tu reino como de un mesón. Bien recogiste los pies para caminar al morir, pues en aquel mismo año fue. Y al fin también saliste de Coimbra para morir a Estremoz, donde fue tu dichoso tránsito. Que aunque barros todos los humanos, búcaro de Estremoz habías de ser tú. De esa misma tierra fue el rey primero Adán, y tú vienes a acabar en la hermosura de donde comenzó él. Ni pase por menudencia esta ponderación: que Adán, eso quiere decir en la lengua santa. Entre muchos ejemplos, baste el de David: *Vos autem sicut homines moriemini.* Del hebreo *rubricati, aut miniati,* y explicóse: *Et sicut unus de Principibus cadetis.* Por más príncipes que seáis, dados de tierra roja de carmín o arrebol, moriréis. Y en la erudición profana saben, o deben saber, los curiosos de ella la veneración supersticiosa de dar colores a sus dioses, la imitación que tomaron de ella los triunfadores de ellos los príncipes para ser a sus pueblos gratos. ¿Y adónde quieren que haya mirado el otro gran latino: *Quem vidimus ipsi sanguineis ebuli baccis minioque rubentem?* ¡Feliz el príncipe a quien exentó la naturaleza de

atención supersticiosa o afeminada; antes, con nativa viveza le encomendó al triunfo de sus enemigos y al amor de sus vasallos!

En Estremoz, pues, patria de barros hermosos y tierra roja como carmín, fue a morir nuestra triunfante Reina, peregrinando como Jacob. Pues, porque no le faltase ni esa circunstancia, mandó llevar su cuerpo, sus huesos no (que al edificio mortal de carne tan pura era poco gusano el tiempo), su cuerpo, digo, a Santa Clara de Coimbra, para mostrar que de su propia patria, que es la tierra de los muertos, era peregrina. Que su alma, claro estaba que era peregrina de ella y que sola la tierra celestial de los vivos había de reconocer por su patria. No es color éste del arte, fuerza es de la verdad. Pues, habiendo de Estremoz a Coimbra ciento y veinte y ocho mil pasos (si ya algún correo desatentamente calumniador no me acusa), los calores del julio tan ardientes que aun los vivos pudieran temer la muerte, cuanto y más los muertos la corrupción, se trataba de dejar el cuerpo santo en San Francisco de Estremoz, o en la iglesia mayor de Évora, que distaba menos. Magnánimo creyente, su hijo Alfonso no quiso frustrar en nada la voluntad de su madre, y mandó llevar a Coimbra el cuerpo. Siete días tardaron en el camino. No tardó el mundo más en orlarse, y se deshacen más presto que se fabrican las cosas. El concurso era justamente grande; los movimientos del ataúd, ya a la veneración, ya a la resistencia, forzosos; diligencias todas opuestas a la incorruptibilidad, sobornos antes de la corrupción. Pero estuvo tan lejos de ceder el cadáver santo que la fragancia alentaba a todos. ¿Qué sé yo si volvió, si no el Jordán, el julio atrás, a volverse de la luz? ¿Si le mudó el ataúd la cabecera tiempo, y por asegurar el estío, asió de la primavera? Pareció que había recogido la fénix Isabel los aromas que había prohibido; y en aquella Arabia dichosa de Portugal, en el nido del ataúd, en el poniente portátil de la caja, había abreviado, si no el milagro de la resurrección, la llama fiel, el oriente agradecido de los olores.

¿Mas, qué mucho que, muerta, no se corrompa la que desde la oficina de la corrupción, como es el sepulcro o el ataúd, ahuyenta de los vivos las corrupciones, sin poderlas llegar a ver? David lo dijo de Cristo: *Nec dabis sanctuum tuum videre corruptionem*. No le dejarás a tu Santo ver la corrupción. No se corromperá, quiso decir sólo. Pero Isabel, no sólo no la padece en sí, pero ni en otros la puede ver. Así sucedió, acabado de llegar el alegre entierro en Coimbra, que una religiosa de Santa Clara, natural de Évora, padecía el mal de *noli me tangere* que llaman, en la boca, cuyo pestilente cáncer se la iba toda comiendo entre dolorosos gritos de la paciente y penosa inquietud de las demás religiosas. Llegó ésta con ardor sediento a tocar el ataúd, imprimió los labios feamente cancerados en la madera, besó la caja o el relicario. No pudo sufrir la muerte la vecindad de la corrupción: sanó la boca, restituyó dientes y labios y aseguró la salud. Al acercarse el cadáver santo de Jesucristo a la tierra (si se puede dar este nombre de cuerpo muerto al que la divinidad, aunque escondida, no desamparaba), la tierra toda se estremeció y, abriendo las sepulturas, arrojó las cenizas que recibió la vida, resucitando muchos cuerpos de santos en aquel punto. Que a la vecindad de la vida no podía esperar quieta la corrupción: las venas se alteraron, la muerte huyó. Así parece que aun en medio del ataúd, ni el cuerpo de Isabel sufrió vecindad de corrupción, ni al eco de cadáver tan limpio se atrevió a esperar el cáncer. Levanta la monja la voz, con ella la gente toda, alabando a Dios por maravilla tan grande.

¿Qué maravilla, fieles, si la levantó Tertuliano, cuando la otra sirofenisa quedó sana de haberle llegado al vestido a Cristo y dijo: *O Deum non natura, sed aemulatione beneficum?* Que ya no parecían milagros de condición sino de porfía: que para hacer bien es bueno porfiar solamente. ¿No aguardárades, Señor, a que la tocara vuestra mano? ¿A que ella os besara los pies? ¿De los vestidos se os caen los milagros? Era feo el mal, no convenía llegar a Cristo, ni aun ponérsele a los ojos; así llegó a las espaldas y él parece que porfió a hacer este milagro que ella no se atrevió a pedir. No vio Cristo allí vivo la enfermedad torpe: pero Isabel, ni muerta, mira la corrupción. ¿Qué diremos, fieles, cuando vemos que, no sólo no tocó al cuerpo, ni a los vestidos el cáncer de esta mujer, sino que por los poros brutos de la madera que no pudiera contagiar el veneno, se trasminó la salud? *O Elisabetham non natura, sed aemulatione beneficam!* ¡No bienhechora de condición, sino de porfía! Tema parece a queste milagro.

Con la sombra hizo milagros San Pedro, y no parecía en este lugar, quince días ha, que había hecho más que Cristo, que los hizo con la luz. Pero, al fin, era sombra de cuerpo vivo: tu ataúd es sombra de cuerpo muerto. Y siendo la muerte sombra de la vida, con la sombra de las sombras la das, para que, como dijo Job, aunque a otro caso, las sombras de la madera abriguen las sombras de su cadáver. Al fin, son los tuyos milagros de porfía. ¡Qué gran Dios, fieles, tenemos! ¡Qué seguramente libra el poder en los hombres! Pues muestran hacer sus santos mayores milagros que él, siendo él sólo el que hace milagros y que en ellos es milagroso, como dijo David una y otra vez.

Digo milagros, porque otro raro de porfía más declarada se probó en su canonización. Labrábase, después de ella muerta, en Santa Clara de Coimbra, un cuarto. Poníanse ya las vigas de los techos y éstabalas clavando un carpintero que, mal atento él cuanto mal asentadas ellas, al hacer fuerza en el poner un clavo, se deslizó de donde estaba, y con él se derribaron todas las vigas sobrepuestas al suelo. Al precipitarse el miserable imploró el favor de la Santa Reina que en aquella casa, si viva se hospedó, aun muerta peregrinaba. No fue oído el ruego de orejas sordas: porque, no sólo al caer se halló el hombre sano, sino que con milagro debidamente exagerado por sumo, el maderamiento derribado, el carpintero que se despeñaba con él, volvió como eco vivo, con oculta fuerza, el aire arriba, restituyéndole el precipicio al mismo lugar de donde le había derribado. Ni él solo cobró su lugar: el lugar, que es nueva filosofía, cobró su lugar también. Volvieron, quiero decir, las vigas también arriba y se asentaron en el lugar mismo que estaban antes.

Poca pluma, menos voz, menos aliento es el mío del que pedía alegría tan pavorosa, tan alegre pavor como el de esta maravilla. Un ángel se despeñó una vez de los techos mismos del Cielo, y no sólo no volvió a subir, pero el mismo lugar se desató tras él, sin que jamás haya parecido: *Neque locus inventus est amplius in Coelo*. Aquí, del Cielo de Clara se despeña un hombre, y él y el lugar los vuelve arriba Isabel. Ya salió alguna vez de las aguas el hierro a formar la azada con el astil que se le quedó en la mano al discípulo de Eliseo, pero si no salía de la agua no se podía hacer el milagro. Ya tal vez destechó la caridad la casa de un hombre tullido, y por la vigas se le arrojaron entre unas sogas a Cristo que estaba en el suelo, para que lo sanase, pero no daba lugar la muchedumbre a otro género de contacto. Mas, que bastando para el milagro caer el

carpintero sano, porfíe Isabel a que el carpintero precipitado ha de volver arriba, y no él solo, sino el lugar, el enmaderamiento también, y que, ni en el hombre ha de haber señal de daño, ni en los techos de ruina, ni el aire se ha de dar por entendido del estruendo, ni la tierra de la caída: ya esto no es hacer milagros, sino porfiar a hacerlos. Pues Eliseo aguardaba en las aguas, Jesucristo en el suelo. A Isabel han de obedecer el arte y la naturaleza por los aires. Ni una ave, natural vecino del aire, tan diestramente rebate, pues para ponerse eminente o superior a la prisión (que allá llaman *repullar*) le cuesta muchas puntas, una vez compuesta y calada a ella, no vuelve así, presta ni fácilmente, a la misma altura. Pues aunque fuera pelota, el primer brazo milagroso ha sido que ha vuelto como ha sacado, y aun la primera gracia real que ha restituido cuanto había privado. Porque de los techos de Palacio, no sólo no hay quien dé la mano al que cae, antes quien le dé del pie, porque caiga y ya caído, tenerle lástima será soberana clemencia. ¿Volverse el lugar de donde cayó? Ni la naturaleza ha acertado a volver la vista a los ciegos, ni la fortuna el puesto a los desvalidos. Porfía es santa y sola de Isabel ésa. No es mucho, pues, que quien tenía tanto poder del Cielo, peregrinase siempre en el mundo y que lo vendiese y despreciase todo por tesoro tal, como en sus virtudes esconde el Cielo: *Simile est Regnum Coelorum*.

- III -

Hallóle, pues, nuestra Santa Reina con el gozo de él, como dice hoy Jesucristo, lo despreció todo. ¿No reparáis en la palabra del Evangelio *praegaudio*? Pues merece vuestra atención: no la pido, sino agradézcola. Con el gozo del tesoro fue a vender lo que tenía, para comprar la tierra. Pues si no era suyo, ¿qué se gozaba de haberle hallado? Mayor cuidado debiera darle. Que un bien descubierto y no alcanzado, es un dolor de buen nombre, que se da en llamar esperanza, siendo miedo la mayor parte. La respuesta de la Escritura es que allí gozó, quiere decir deseó: y entra otra duda mortal. Si los deseos son cruz ¿quién los llamó gloria? Si son ansias de alcanzar, ¿cómo son gozos de haber alcanzado? Y esto tiene también en los espirituales fácil respuesta: que en los tesoros de Dios es tan alegre el deseo, que pasa a veces por posesión, siendo ésta una de las causas principales porque no nos debieran arrastrar loables bienes humanos nunca, verlos tan fuera de la jurisdicción del gozo siempre. ¿Siempre? Mucho apretar es. ¿Las más veces, vaya? No digo sino siempre.

Oíd a Agustino. Dos verdugos tiene continuos el ánimo humano, que si bien no tuercen ambos a un tiempo la cuerda, ninguno suelta de las manos el torcedor: *Duo sunt tortores animae, non simul torquentes, sed cruciatum alternantes*. En la pérdida, el agravio, el encuentro, siendo el dolor de casa, dobla el mal con el sentimiento. En la honra, en el gusto, en el buen suceso, como si fuera envidia de la ventura, el miedo roe las primeras muestras de la alegría, y así turba la posesión más deseada, que atendiendo a los discursos que os musaraña el temor, no sabéis adónde cae el gozo.

¡Oh, bienes humanos, qué achacosos sois! Si faltáis, dais dolor. Si venís, miedo. Decidlo, experimentados que hartos me oís. ¡Oh, bienes del Cielo, tesoro de la fe, margarita de la gracia, qué seguros estáis de todo, como escondidos! Bienes, al fin, como Agustino dijo:

Qua nec dari possunt ab hominibus, nec auferri. No los pueden dar ni quitar los hombres. Notad las palabras de esta gran pluma, que tanto encierran de valor como de agudeza. Que no puedan quitar los hombres estos bienes, gran dicha es, porque con eso no peligrará su seguridad y, a un tiempo, se le romperán los cordeles al dolor y al miedo. Pero que no los puedan dar hombres, ¿qué ventura es? Grande, cierto, y de generosa nobleza, que a veces, por no recibir de algunas personas, fuera dicha no tener. Yo por gran trabajo tengo el haber de llegar a pedir a otro, pero siendo fuerza el padecer eso, os confieso que tendría a dicha con algunos, no tener efecto en la petición. Tal servidumbre inducen algunas obligaciones. Y la de algunas personas es tan indigna, que tendría por descuento de la vergüenza con que pedí, no el desaire (que no quiero darle este nombre), sino la libertad con que me deja el que me lo negó. ¡Ea, fieles, buscad este tesoro, solicitud esta margarita, diligenciad estos bienes que nos los dan ni los quitan hombres, ni se pueden perder, sino queriendo vos mismos!

*Omne bonum mundo concretum et tempore partum
quacumque amitti conditione potest.
At bona, quae vere bona sunt, nec sine tenentur.
Semper habet quisquis, semper habere cupit.*

Cuatro versos son de San Próspero, entre otros muchos que hizo: que muchos Santos hicieron muchos. Pero bueno es advertir esto, cuando la pluma misma de Dios nos los dejó, sobre sagrados, canónicos. Cuatro versos son, pues, de San Próspero, que si los quisiese ponderar el predicador de más verdadero y cándido espíritu, mereciera alabanza en su profesión. Su sentencia es: ¡Qué de achaques tienen los bienes mentirosos del mundo para perderse! ¡Y cuánta gloria es de los bienes del espíritu verdaderos tener en la propia voluntad asegurada la duración pues los tendréis siempre que quisiéredes tenerlos! Pues ¿hay dicha, fieles, como poder, no sólo ser artífice vos de vuestra fortuna, sino tener en vuestras manos su rueda, aun en lo natural, sin pender de que el ignorante envidioso os murmure, el lego presumido no os entienda, el señor desatento se os desiguale, el amigo más o menos noble, en más o menos veras, os salga falso, las más honradas obligaciones os mientan, cuidando de la obligación propia y no del sentir ajeno? Pues, en rigor, ni vuestra virtud pelagra por la calumnia de otro, aunque el estado humano peligre, ni pende vuestro entendimiento, siendo él y la virtud la verdadera felicidad, de que el otro sienta o diga que no le tenéis. Digo, sienta o diga, porque no todo lo que se dice por la calumnia se siente por el crédito, si bien lo que se siente por la envidia se dice por el dolor. Preguntádselo en buena amistad a cualquiera que murmura y veréis cómo os lo confiesa. No sois vos entendido por lo que el otro entiende de vos, sino por lo que vos entendéis de las otras cosas y de él: y como tal debéis despreciar, con el valor que da la misma verdad, las acusaciones vulgares de la mentira. Bien así la luna con serena luz, más hidalga que el sol, pues a la mayor soledad y al menor aplauso del silencio, suele comunicarla a los humanos (ya que por haberla recibido de mayor planeta, se la quiso manchar alguna pluma latina, y se la llamó bastarda), desprecia los ladridos del can a quien molesta su resplandor y, con la generosa, si muda venganza de su desatención, castiga las ansias de su estruendo torpe. Torpe, digo, que envidioso. ¿Por qué? El latir a la luna, en una estrella pudo ser envidia, en un perro es enfermedad. ¡Oh, cuán a propósito de los Palacios puede ser esta doctrina! ¡Y cuánto importa para con Dios

y los hombres hacer el tesoro escondido del caudal propio! ¡Qué público suele ser, y granjear, no sólo consuelo, sino fortuna. ¿No os acordáis del caso de Carneades, cuando dio en Sicilia al través con el navío de los mercaderes y le escogieron por maestro de sus hijos los isleños, dando libertad por él a los prisioneros de aquel despojo? Preguntándole, pues, al partirse, qué les dirían a los amigos de la tierra de su parte, les respondió que enseñen a sus hijos negociación y trato, que aunque corran tormenta, no puedan perder el caudal. ¡Dichoso el que aprendió tan honrados y tan seguros negocios, que en la mayor fortuna de una corte, en la peligrosa borrasca de un palacio, asido a la tabla de su verdad, aunque le desnude la furia del enojo, le trabuque las ondas de la envidia, lleva en su cabeza su caudal, su puerto en su corazón!

Dicha fue ésta de Isabel, que en tan varias fortunas llegó a verse, no sólo constante, sino vencedora, ya en caseros (ni por eso menos pesados) disgustos, ya en públicos y escandalosos accidentes. Su marido con su hijo en batalla, ya con su hermano, ya con su nieto, hasta llegar a atravesar sola las haces de Dionisio y Alfonso armadas (trocada, si no menos perpleja emulación de Agustino) sin saber dónde volverse, o al padre más ofendido, o al hijo más irritado. Una mujer, al fin, entre tantos elementos de envidias, de ambiciones, de armas, conjurado contra la pública paz, Iris humana (si no deidad mentirosa, divinidad a lo menos participada), lo compone, lo tranquiliza. Que el valor y la virtud no están determinados a sexo alguno, fiados, sí, de la verdad siempre. Esta seguridad, pues, de bienes, este tesoro de felicidades ¿cómo no ha de tener el gozo consigo hallado, si el aviso sólo suele traer la risa? Sabroso y alegre ejemplo sea Abraham, de quien dice el apóstol que teniendo cien años, y noventa su mujer, le prometió Dios un hijo, y no sólo lo creyó en su corazón, pero ni flaqueó un leve ceño en la fe. La extrañeza es que cuando sucedió el caso, en el Génesis dice el texto santo que se rió. San Pablo dice que cree, Moisés, que se ríe. Y no hay cosa más lejos de crédito de un ofrecimiento, que reírse de oírle hacer, porque es, no sólo dudar de la fe, sino burlarse de la promesa. Pues tan de fe es la risa como la fe. ¿Qué haremos? San Agustín, y con él San Ambrosio y Ruperto, lo componen con que no se rió de incrédulo, sino de gozoso: *Non incredulitatis, sed exultationis iudicium fuit*. Prometióle Dios el hijo y adelantó tanto el cumplimiento el gozo, que tras la promesa se entró la risa. ¿Qué os espantáis que se goce un hombre hoy con un tesoro hallado, si se puede reír como poseedor, con sólo el prometido? Éstos sí que son gozos grandes que dan tan alegres las sospechas al corazón, que le sobra risa para los labios. ¿Sucédeos a vos así por ventura? Antes están acechando a los gustos los sobresaltos, que desde la hora que os prometieron la dicha, podéis prevenir el llanto. Que es sólo de los tesoros de Dios, entrar con el deseo de lo hallado el gusto de lo poseído. Y no os espantéis que, hallado el tesoro, se vea el gozo; que David le reconoció aun en el buscarle: *Laetetur cor quaerentium Dominum*. Lugar, éste y otro, que dejaremos para otro día, que se van atropellando muchas cosas éste.

- IV -

Vamos coronando nuestra oración con los tesoros que halló Isabel, escondidos en la esterilidad que mostraba de ellos su reino. Sea brevemente el primero la penitencia: tesoro, pero ninguno más escondido a los palacios, antes parece que ajeno a ellos. Pero

¿por qué? Y aparte de las paredes que miró, ¿no reconoció sangre real en crudas disciplinas? ¿No han sentido silicios las galas? ¿Oraciones y dolores los oratorios? ¿No son hombres los poderosos? ¿Quién les exentó de la penitencia por soberanos, si por humanos no huyen de la culpa? Pues Dios (hondo pensar de Tertuliano, de Tertuliano digo, aunque lo ha sido mío, porque habiéndomela ocasionado sus palabras, no le creo a mi rudeza sentencia tanta) con ser impecable, por haber hecho el hombre que pecó, hubo de tener dolor: *Tactus dolore cordis*. Consagrando también a esta luz en sí mismo la penitencia de que no puede ser, por inmutable, capaz. Si no se peca en los palacios y casas grandes, no haya penitencia. Si se peca, no haya regalos. Que en pecando el hombre y su mujer, los echó Dios del Paraíso, pues, como notó San Ambrosio, no son regalos sino para inocentes.

Pero pasaba al revés en el palacio de Santarén. La penitencia era de la Reina Santa, los deleites del Rey divertido, que lo fue cuando mozo el Rey don Dionisio, hasta traspasar decoros reales y llegar a conocer y aun a regalar Santa Isabel vivas ofensas de la fe del matrimonio. Sensible dolor en la mujer, si agravio duro en el hombre, porque si en él ofende la honra, en ella la belleza y el amor, y aun el respeto, y cada cosa de éstas duele un rato. Quien se acordare cuánto sentía Raquel aun hijos legítimos de Jacob en Lía verá cuánta era la paciencia de Isabel con los bastardos de Dionisio en casa. Bastaron, el fin, su paciencia y sus oraciones a que el Rey se redujese, acabando su vida en tan santa muerte como loable memoria, pues en opinión de incorruptible su cuerpo y de bienaventurada su alma le han respetado sus pueblos. ¡Dichoso príncipe, que si le arrastró alguna humanidad, como a David, la supo corregir como él! Buen pedazo de penitencia fue esto. No lo fue menor el otro caso del calumniador que ardió holocausto profano de cal, cuando el sacrificio de la misa santa favoreció el inocente. Pero este género de materias tienen inconveniente grande para la pureza de algunos oídos. Ya me las oyó otro lugar.

Otra gran parte de tesoro halló en la humildad y en la caridad esta gran Reina. Fuerza es ir recogiendo velas, que se descubre cada hora más mar, si no buscamos el puerto. Todos los Viernes Santos daba de comer a algunos leprosos y lavaba los pies a mujeres de este mismo y peor mal molestadas. A lo primero toca el milagro, cuando curó al pobre con una clara de huevo, a quien un portero de Palacio abrió la cabeza. ¡Oh, orejas reales y santas! ¡Qué inclinadas estaban, como las de Dios, al llanto del miserable, pues oíste en tu cuarto la voz de un pobre! De la segunda clase es, cuando con la señal de la Cruz y besándole el pie cancerado a una mujer, aquel día le dio salud, no constante sólo, sino caritativa, en la fuga del mal olor, que no dejó en la pieza dama alguna. Melindre nunca menos culpable, por natural, pero vencido valientemente de una Reina, que hasta besar el pie podrido llegó, que juntándolo con la vista que dio a una ciega de nacimiento en una aldea, camino del puerto, podía decir lo que Job: *Oculus fui caeco, pes clauda*. Bien que aquí, no sólo halló el tesoro, sino (como dice Jesucristo) que le volvió a esconder, encargando a la niña y su madre no contasen este milagro y dándoles dos vestidos suyos por que callasen. Ponderó la Escritura, cuando la hambre de Samaria, que del dolor de oír la mujer que se había comido con la vecina el hijo, se rasgó las vestiduras el Rey que se paseaba por el muro, y vio el pueblo el silicio que interiormente traía ceñido: *Viditque omnis populus cilicium quo vestitus erat ad carnem intrinsecus*. Pero nuestra Reina no

rompe una vestidura, dos vestidos enteros echa sobre su virtud. Pero cuando más la esconda, le hará más pública Dios.

Bien que en casos de tanta hambre como éste, no se contentaba nuestra Reina con el dolor del corazón, ni echaba las manos a romper el vestido, sino a remediar la necesidad con tantas limosnas, que se pudieron referir a Su Santidad por milagros, y en que hospitales, conventos de niños y de mujeres, de hombres, religiones francisca y dominica, un reino entero, por abreviar, serán irrefragables testigos siempre, adonde vemos ir continuándose al fin la comparación de nuestro Evangelio pues *Vendidit omnia quae habuit*, llegó a vender y trocar todo cuanto tenía por este tesoro. Y digo trocar con toda propiedad, pues se vio tal vez trocar en rosas (extraño tesoro en el mes de enero) las riquezas, oro o plata, que llevaba en el pecho, que en esta circunstancia varía la relación, siendo en la sustancia constante la verdad. Pues reconociendo el Rey el embarazo con que iba, le preguntó qué llevaba escondido en la ropa. Respondió, disimulando, que unas rosas, y al sacarlas, halló el Rey, admirado, que lo eran. La naturaleza no labra el oro, ni acomoda sus minas, sino en tierra estéril. Aquí, entre fertilidades de rosas, esconde su oro la gracia. Acusóle Judas a Magdalena el olor o unguento que vertió a la cabeza de Cristo, con que fuera mejor para los pobres, y disculpóla el Señor, con que para su sepultura lo había vertido; que verter olores y rosas en sepulcros, erudición sagrada y profana es. Pero en este milagro de Santa Isabel, ni Judas tuvo que murmurar, porque fueron rosas y olores para Dios, hacienda y limosna para los pobres. A las espinas comparó Cristo mismo las riquezas; pero ningún alma como Isabel hizo rosas de esas espinas, o hizo que esas espinas sirviesen a las rosas. Rosas mintió la antigüedad que sucedían al pie rasgado de la otra diosa. A las manos abiertas y liberales de esta santa más ciertas rosas suceden. Manos de rosas atribuyen a la Aurora los curiosos, por tanto bien como descoge con las luces del sol al mundo. Tanto bien como Isabel hacía, sólo con manos de rosas se podía hacer. Bien trocadas están en rosas las espinas, la hacienda en el tesoro, para que muera Isabel como Tabita, llena de las limosnas que había hecho, con que no hace mucho en vender y dar su hacienda, sí la vuelve a recibir con mayor tesoro. Para que por ninguna matrona mejor que por la nuestra pueda decir el Espíritu Santo que es la mujer valiente que descubrió en los fines de la tierra, cuyo marido se sentaba, no sólo a la puerta de los jueces, sino en el sitial de los reyes; que supo hacer labor para los sacerdotes de Cristo y sus ornamentos y altares; que supo negociar y reconocer tesoros y margaritas, vendiendo a Cristo mismo la labor de sus manos, habiéndolas abierto para el pobre, pero extendiéndolas también al necesitado. Abrir la mano es para dar limosna, extender la palma es para recibirla. Pues ambas cosas le sucedieron a esta Santa y al que sabe ser persona de negocios, como hoy advierte Cristo, pues cuanto tiene da, y más que tiene recibe. Lugar es todo el de Salomón, que retrataba la vida de esta Santa. Mas acordámonos ya cuando se va haciendo tiempo de dejarlos todos: algún otro nos volverá la ocasión.

Y ahora reparemos en el tesoro que halló en el ayuno, excelente virtud de esta santa, pues en las cuaresmas de la Asunción, de los ángeles, del Adviento de la Iglesia, apenas le quedaba día a las viandas reales, pero dejábalas bien por las divinas. Que de menos vianda que Dios, dice San Pedro Crisólogo, que se sustentaba al ayuno de Moisés en el Monte Sinaí: *substantia Dei pastus omnia mortalia oblitus est adjumenta*. Y de Elías en

el Tabor se atrevió a decir Tertuliano que era por ayunador, no sólo compañero de Cristo, sino igual verdaderamente a Dios: *Et parem re vera pari*. Si ya no lo encareció más San Pantaleón Mártir, cuando en el bautismo de San Juan se admiró de que quien ayunaba tanto como Juan, pidiese la bendición a quien no ayunaba tanto, aunque era Cristo: *Jejunio clarus ab eo qui non jejunabat, benedicitur*. Tan sagrada virtud es ésta del ayuno, aunque tan ignorada de los palacios, que hablan con estos temerosos encarecimientos de ella los santos. Pues en rigor, ni a Cristo, ni a Dios, llegan los humanos, sino con imitación bien distante. Quédense a la soberbia estoica igualdades mentirosas. Conociólas Isabel: pocos hombres de sangre la conocen. Mas a nuestra Reina sirvióle, entre otros favores, de un milagro particular, cuando instándola por cierto achaque a que bebiese un poco de vino, y rehusándolo ella por su templanza, milagrosamente se volvió en vino un vidrio de agua que la traían. Maravilla tan ilustre la de volver la agua en vino, que dio principio con ella a las suyas Cristo, y tan extraño, que aun se le recateó a su misma Madre: *Quid mihi et tibi est, mulier?* Punto en que dice San Ireneo que por ver algo apresurada a la Virgen, la quiso su Hijo templar el afecto santo: *Properante Maria ad admirabile vini signum, Dominus repellens festinationem, dixit: Quid tibi etc.* Ponderad ahora nuestro suceso, y notad que milagro de agua en vino, aun pidiéndole María, Dios le recatea, y sin pedirle Isabel, le hace. Y maravilla en que aun los ruegos de la Virgen, omnipotente en ellos, hallaron algún linaje de estorbo, el silencio de Isabel lo consigue, y caso en que parece prisa la piedad de María, se da Dios prisa a hacerle para Isabel.

Serenísima Reina de los ángeles, con Vos, nada que no sea Dios es comparable. Dejaos, empero, Señora, oír de mí con el respeto amable que las criaturas todas os deben, que como permitió vuestro Hijo, Redentor nuestro, que hiciesen sus discípulos mayores milagros que él para mayor gloria suya, así la devoción que con Vos tuvo esta discípula vuestra, haya hallado en el silencio la eficacia que solicitasteis a ruegos Vos.

Que esta devoción contestada parece que quedó de María, cuando se le apareció en forma visible a la hora de la muerte a esta Reina Santa. Que así lo confesó ella a la de Castilla su nuera, cuando le decía que hiciese lugar a aquella Señora que, cubierta de un manto o cendal blanco, la entraba a ver. ¿Pero cuál otra persona pudiera ver en la muerte María, cubierta de un cendal blanco, como Isabel, que nació con manto, envuelta en un natural y cándido cendal, toda ella recatada a los ojos humanos, desde la primera luz que usurpaba al mundo, bien que en tributo lento de lágrimas? Diole pena a Tertuliano que las doncellas de su tiempo no anduviesen con mantos y cubiertas como las matronas o casadas andaban, e hizo un libro entero, deseando persuadirlas esta modestia que ya se ha vuelto gala. Celebró la dameraía honestamente gallarda de Rebeca, cuando se echó sobre el rostro el velo al primer llegar a ver a Isaac, que había de ser su marido, vistiéndose recatos de casada en las primeras vistas de esposa, con que la llamó mujer, aun entonces, de la disciplina de Jesucristo ahora: *mulierem jam de Christi disciplina*. Insta el modesto cuanto docto africano a que por lo menos desde doce años, edad achacosa a los matrimonios, anden tapadas las mujeres mozas, y trae con el ejemplo de nuestros primeros padres, que el primer bien que les enseñó la ciencia del árbol fue a tener empacho y cubrirse. ¡Oh, mujer santa, más que Rebeca, de la disciplina de Jesucristo! Ocioso es el libro de Tertuliano contigo, sobradas las instancias de su doctrina, pues no te tapaste sólo cuando casada, cuando esposa, cuando concertada, cuando de doce años en la

casa de tu padre, cuando de cinco en la de tu abuelo, desde las entrañas mismas de tu madre saliste negada aun a los ojos naturalmente alegres, cuanto y más a los libremente curiosos, naciendo cubierta y tapada, no entre telarejos y puntas (impaciencia de la hermosura más que atención del aseo), sino en manto y en cendal humano, en naturales velos. Desde las entrañas de sus madres salen errando los pecadores: *Erraverunt ab utero* (dijo David). Isabel, desde las entrañas nace acertando y atendiendo a lo que hacía. Un espantoso lugar hay en Oseas: ¡Oh, si no fuera tan tarde, cómo ilustrara esta verdad, aunque tan al fin! Pero serán las luces del puerto: *Ipsse filius non sapiens; nunc enim non stabit in contritione filiorum*. Él es hijo, pero necio, que no se detuviera en el quebradero de los demás. Dificultad que se aclara con un testimonio de Aristóteles: que los niños nacen durmiendo y que la ocasión de llorar en recibéndolos la tierra, es la desazón de los muchachos, o *desgracia*, que llaman, cuando los despiertan. Y no viene mal al nacer el término de desgracia. Hijo es, pues, de su madre el que nace, parece que dice Oseas, pero necio en nacer durmiendo, que si atendiera al riesgo en que está y a los que nace expuesto, él se apresurara y se compusiera. Milagrosa niña Isabel, entendido ángel humano, ¡qué atenta naces, qué compuesta, qué cuidando los peligros a que se asoman tu belleza y tu alma y, como tal, recatada y envuelta, si no negada mejor a la vista sedienta de los que te esperaban, y tan sagradamente postrada en esta modestia, que no sólo te duró la toca casada, el velo viuda, sino que, muerta y enterrada, continuaste el ademán de ella. Pues llegando, hace doce años, a tomar testimonio de la incorruptibilidad de tu cuerpo santo obispos, jueces, médicos, teólogos, religiosos, levantándole los brazos que tenía sobre los pechos, los volvió a poner sobre ellos mismos, como ocultando el seno purísimo. ¡Oh, vivo decoro de un cuerpo muerto! ¿Y a qué parece que atendía el velo en el rostro, recogiendo los cabellos rubios que en el mismo hermoso ardor de la vida se defendían de los hielos y sombras de la muerte? Hebras de oro propiamente esta vez, pues duraban contra el tiempo en oculta mina, si no entre rosal de Isabel bellísimo, que rosas y oro juntos saben andar en el cuerpo de esta santa. Un cabello pondera su relación que no le faltaba. Así se lo había prometido a sus discípulos Cristo en vida: *Et capillus de capite vestro non peribit*. Lo mismo dijo San Pablo a los navegantes todos, con quien a vista de Malta corrió una recia fortuna, como asegurándolos que no tendrían necesidad de cortarse un cabello, última y supersticiosa esperanza la de este rito con que entendían los antiguos gentiles aplacar al Dios Neptuno, o a la violencia misma del naufragio, de que hay lugar escondido en un autor tan impuro de materias, como culto de latín. Y usándose esta ceremonia misma de cortarles los cabellos con los muertos, daban justamente a entender, aunque yo lo abrevio y desperdicio (más cuidadoso de que voy largo que ambicioso de parecer erudito), que el que vive naufraga, el que muere llega al puerto. Y no quede este punto imposibilitado de volver a él otro día. Isabel, empero, que halló el tesoro, que logró la margarita, que acertó el lance, no ha de perder un cabello, viva ni muerta. Célelos, sí, con el velo, como toda entera se cela con los vestidos, los cuales, testificaron los examinadores de aquella maravilla que estaban enteros, firmes, con resistencia al tacto, y una tela de lienzo blanco en que sobre ellos se envolvía el cuerpo estaba, no entera sólo, sino sólida y tenaz. Pues el milagro en el cuerpo bastaba. ¿Para qué en los vestidos? Y luego, ¿para qué en los lienzos? Son milagros (ya lo habéis oído) porfiados los de esta santa. Pero éste, en continuación también de su modestia y decoro, que Dios, que la envolvió aun en velos naturales cuando nacía por no exponer su desnudez a vistas humanas, muerta la quiso conservar los vestidos y dispuso que sobre

ellos aun se envolviese entre lienzos blancos, porque, cuando al fin de trescientos años llegasen a ver su cuerpo entero, no pudiesen verle desnudo, y se hiciesen divina correspondencia los velos cándidos del nacimiento y los lienzos del entierro blancos. Que si en los pañales de los hijos todos de Adán reconoció mi africano insigne las mortajas y unas vendas y otras juzgó por iguales lazos, tan singular criatura como Isabel, con el mismo puro velo que se entierra debe nacer. También debemos nosotros ya acabar del todo nuestra oración, pues hemos llegado a unir el fin con el principio de ella, como la muerte y el nacimiento de nuestra santa, mientras íbamos descubriendo los tesoros que en el Evangelio de hoy nos enseñó nuestro Redentor escondidos.

Serenísima Reina, Santa ilustrísima, corto orador, pero afectuoso a vuestros loores, han tenido vuestros méritos hoy. Vos que, aun mortal y peregrina, despreciasteis reinos, inmortal y triunfante, no atenderéis a alabanzas. Santa, empero, y agradecida, sí, estimaréis deseos. Los míos, Señora, bien premiados quedan con el sudor mismo. Los de este reino premiados, con alcanzar para todos parte de tesoros tan escondidos, verdadera estimación de los bienes divinos, justo desprecio de los humanos. Ya que os llevasteis tesoro y margarita, tomad también, con Cristo, parte del lance de los peces de hoy. Pedidle que sean, a lo menos, vuestros vasallos todos para la mesa de Dios: que no me he atrevido a hablar de los desechados, por no mezclar con tan ruin olor la fragante memoria vuestra. Y si esto a los vasallos todos, a nuestros Señores, Señora, todo lo bueno del Evangelio habéis de alcanzar, tesoros, margaritas y lances. A nuestro augusto y gallardo dueño, hijo de tantas noblezas imperiales, hacedle padre de otras mayores. Tan sagrado ardor católico, tanta llama de celo de la Iglesia como resplandece en él, sea prodigiosa señal al mundo, y no señal sólo, sino soberana y eficaz causa de efectos admirables. Sea, como descendiente vuestro, santo en sus acciones todas, pues como hijo de sus padres, nace empeñado a la valentía y prudencia de ellas. A nuestra amabilísima y serenísima Reina, pues es Isabel también, tenedla por vuestra: dadla, en la imitación que de vuestras virtudes lleva, la fecundidad natural que no os faltó a Vos. No falten a este candidísimo lirio, a esta azucena purísima, animosos hilos de oro, hijos, digo, hermosos de madre tal. Vean lograda esta esperanza sus méritos, nuestros votos, el cuidado y deseo del mundo. Divino agüero ha sido venir el día de vuestra memoria la nueva del Brasil, ilustre conquista de vuestros Portugueses, restitución honrada de nuestros Castellanos y de ellos. Fueron, llegaron y vencieron. Dejó el ladrón el hurto y supo España, no ensangrentar el acero en sus rebeldes (aunque victoriosa), amenazar, sí, como Señora, el azote. ¡Oh, nación gloriosa! ¡Oh, feliz yo, no presuntuoso, que parece que destina mi humildad el Cielo a todos los parabienes de mi príncipe! Admita el respeto palabras del amor y no huya la verdad, por humilde, la confesión de un afecto casi tan impaciente como leal, que Dios es omnipotente y no desdeña el amor del hombre. En este lugar me vi el día que nació nuestra primera Princesa, como el primero después del nacimiento de la segunda, cuando vino la nueva de Breda, cuando la del Brasil ha venido. ¡Oh, pueda yo continuar parabienes, escribir sucesos admirables de Vuestra Majestad Católica a quien dé Dios, con liberal mano y con mucha vida, entre victorias largas de gracia, triunfos eternos de gloria.

Ad quam nos... etc.

AL REY NUESTRO SEÑOR DON FELIPE

Monarca Católico en ambos mundos

Señor,

Humilde a los pies de Vuestra Majestad, pongo en sus manos, no ofrecimientos míos, sino obediencias, con el *Panegírico u Oración Fúnebre* que dije a la presencia de Vuestra Majestad en las honras de su santísimo Padre. Sólo el empeño que Vuestra Majestad hizo de su autoridad soberana al crédito de aquel piadoso y entendido Príncipe pudiera haber conducido al acierto mi insuficiencia. Y esta voz, de sí confiada, no es en mí sino lealtad. Porque ordenándome Vuestra Majestad que le dé a la estampa (examen duro que ni a excusas ni a enmiendas deja lugar), juzgar debo de tan benigno como real ánimo que ha querido Vuestra Majestad servirse de premiar mis deseos con su juicio, no de castigar mis errores con su imperio. Permítase, empero, Vuestra Majestad, decir de mí (con la humildad cándida que a tan sagrada distancia debo) que suma así breve de los admirables méritos de su Padre sonara a ofensa, si no fuera ya defecto glorioso de la eminencia no poderse ver bien servido. A esto, y a que tanta verdad aun de las historias no depende, miraría Vuestra Majestad cuando fió de mi ignorancia tan grande acción en tan breve tiempo.

Guarde Nuestro Señor la real persona de Vuestra Majestad los siglos que ha menester la Iglesia a quien reina, y los reinos en quien impera.

Fray Hortensio Félix Paravicino.

Panegírico Funeral

Hállome no medroso, que fuera torpe cosa el entrar temiendo en la oración de tan glorioso Príncipe, en especial cuando me acuerdo cuánto más Padre, verdaderamente, que Rey (con haber sido tan Rey como Padre) fue el Señor Rey Don Felipe Tercero de sus vasallos; y yo digo delante vasallos e hijos. Hállome, empero, embarazado, y no tan poco por la grandeza de la materia y la de mi obligación, que ya vengo con esta desesperación honrada a ambas cosas, conociendo que ni puedo igualar la una, ni podré satisfacer a la otra. La cortedad de mis estudios, la infelicidad de mi estilo, menos me acobardan. Los sujetos humildes, grande aliento han menester; pero los asuntos grandes, de humildes voces se sirven más. Lo que me encoge justamente el ánimo y me tasa en la misma respiración el intento, es el haber de hablar como de muerto de un Rey que veo vivir a tantas partes gloriosamente; y no menos el haber de tratar y dolerme de la falta de un Príncipe que, cuando más la desea persuadir con desconsolados horrores su apresurada muerte, más la hace esconder entre luces alentadas su ínclito sucesor. Desmáyme también el verle tan fresco el dolor en los ojos con la piedad, cuando ya no le solicita sólo, sino le acusa a olvidar la fe en los oídos. Llego en estos embarazos a consultarme a mí, artífice deseoso de esta oración, y hállome sobre insuficiente, mal libre. Porque no ignoré a aquel Príncipe por beneficios y por injurias, como el otro mentiroso historiador (si merece Tertuliano crédito) blasonaba. Pues él fue el que me honró con la dignidad,

entonces, que aún no merezco ahora. Conservo entre las memorias de obligado las verdades de agradecido, y entre verdades de agradecido, lágrimas interiores de tierno. Éstas, se querelló el gran político que habían faltado en la muerte de su suegro, habiendo sido las honras demasiadas. Gran dolor sería que se pudiese decir que en la muerte del mayor y mejor Monarca que quizá han visto unos siglos e informándose otros, hayan sido demasiadas las lágrimas, no muchas las honras. Infelicidad de los oradores sería, pues, como por de Salustio dijo en la vida de San Hilarión San Jerónimo, mucha parte del mérito de los varones grandes (de la fama quería decir) pende del ingenio del que los aclama: caso en que humildes hombres han tenido dicha, y reyes insignes desgracia. Si ya no fue permisión divina (por haber desatendido entre el ruido reciente de la herencia, a los rumores publicados y escritos contra sus padres o antecesores) que los que los tenían más obligación, menos la mostrasen. Mas ahora suplirá mi cortedad excesivamente la ansia generosa del sucesor heroico que, contra la villana, si natural, pretensión que tiene siempre el tiempo en consuelos y en olvidos, cada año renueva las memorias, cada día las virtudes de tan gran Padre, con que asegura más su verdad real que José solemnizando los oficios justos a que le dejó Jacob conjurado, pues no atiende a un paternal mandato tierno, sino a un perpetuo afecto filial, haciendo verdad la costumbre de esta repetida y lúgubre ceremonia.

Entro, pues, como temerario de medroso, atreviéndome a nombrar por muerto un Rey de tantas vidas. Así lo sintió de otro grande Rey el mayor voto de nuestra fe, San Pedro, cuando desde otro lugar como éste dijo a los hebreos que les quería decir aunque fuese atrevimiento, que había muerto David y le habían enterrado, y su sepulcro duraba hasta aquel día. Tan ajena juzgó de la gloria real la sombra de la muerte el apóstol, tan lejos de la púrpura de la cortina los paños de su túmulo, que le pareció linaje de temeridad hablar en que un príncipe como David fuese muerto, y el bulto de la Majestad adorado se desvaneciese entre las cenizas. Bien así refiere Agustino que adoraban a Apis los gitanos en un sepulcro, pero delante de la imagen de Harpócrates, con el dedo en la boca, en muestras de silencio, para advertir que entre las honras divinas de Apis nadie se atreviese a hablar en su muerte. Tan indigno accidente calificaban de un varón memorable la muerte de él. Así cogían horror a que la hidalguía humana, a quien sirve luces el Cielo, la envolviese en sombras la tierra, que ni el amago de nombrar su fin les permitían a sus labios. No te adoramos, piadoso Padre, dulce y entendísimo Rey, como a Apis, los españoles, aunque a tu alma ya recibida en el Cielo ofrecer pudiera, si no hostias nuestro sacrificio, votos a lo menos nuestro cuidado. Venerámoste sí, como a un retrato fiel de David, pues en la humildad decente, en el temor perpetuo de Dios, en la oración continua y trato con él, en la defensa de la religión, en la felicidad de las batallas por ella, le pareciste tanto (bien que la victoriosa e imperial virtud de la castidad llegaste a excederle), con que, del voto de San Pedro, queda por atrevido el hablar en ti como muerto, el que tratare de ti como sepultado. Mas si de ver en el sepulcro los ángeles juzgó la boca griega de oro que allí estaba enterrado Dios, pues asistían los ángeles a aquel cielo, templada la armonía divina a consonancia humana, cuando no sea deidad la tuya (si bien David a los reyes y a los justos este nombre participado les da, y tú fuiste Justo y Rey), Cielo a lo menos parecerá el lugar de tus honras, donde con presencias y obligaciones de ángeles te asisten hoy tantas prendas tuyas. Los verdaderos fieles e hijos suyos (que son el Israel de Dios, le prometió su Majestad a Abraham que serían como las

arenas del mar, como las estrellas del cielo. El término de arenas propio nos le da en lo terreno y en lo pesado la vida; lo incorruptible y lo resplandeciente, nunca lo averiguó el docto Niseno, hasta mirar con San Pablo el sepulcro de Jesucristo y ver que a vueltas del primogénito de Dios, Rey de los reyes, se levantaban también los reyes de aquel reino, como en pos del sol las estrellas. Condición de carne mortal, dice Salomón, es acabar esta vida. Una parecida infamia, desde el príncipe soberano al villano humilde, es la que iguala los nacimientos. Una corrupción misma es la que recatan las sepulturas. Pero el verdadero hijo de Abraham, la copia de David cristiana, el fénix de la piedad, religioso Filipo Tercero, no sólo se levantará, ave nueva y solar, del mármol donde selló la fe los despojos de la parte o porción mortal temporalmente; no sólo será estrella que en perpetuas eternidades manche hermosamente de luz la parte que le toca del cielo; sol y ejemplo será de singulares virtudes a la tierra. Comencémosle a mirar, pues, el oriente de su claridad en su nacimiento, los pasos de su luz en su vida, y la sombra de ella en su muerte. Y para mirar el oriente distinto, fuerza es mirar hacia los cielos, por la parte donde nace, que no merecen nombre menor las familias goda y austríaca en perfil de cuyas líneas rayó Felipe al mundo sus resplandores.

Nuestros antiguos Reyes godos y los primeros a ellos antecesores de España no se sirven de encarecimientos mortales, tan sagrada niebla hace venerable su origen, tan prodigiosos encarecimientos hacen religiosamente superior a toda presunción humana su esclarecida sangre, donde aun los sudores aclamados de Hércules no son admitidos por dignos ascendientes, y donde los primeros dueños del mundo previnieron honrarse con la prescripción magnífica de ser reyes de España. Los augustísimos Austrias no ceden a tanta gloria. Once Emperadores ha dado al romano y alemán imperio (si ya no han sido otras tantas luces al orbe cristiano) en trescientos años su casa. Tal no nos ha enseñado jamás la historia en toda la clase atrás de los príncipes. En la misma familia de Julio, admirable autor de este imperio, apenas los prorrogó la adopción a seis. Ambas soberanas estirpes le dieron por padres a Felipe Segundo en compañía de la Señora Reina Doña Ana, ilustrísima rama de aquel árbol (como divino) dado al mundo para imperar, cuyas flores de virtud, cuyo fruto de sucesión metió en envidia, si redujo a vencimiento, los laureles y palmas de todo el mundo imperial. ¿Filipo, dije, segundo? La idea de los príncipes, digo, el padre de la patria, el tutor de la religión, el maestro del gobierno.

Nació en esta real Corte, en aquesta dichosa villa, cuna de santos, de pontífices y de reyes, parte dulcísima de la tierra, clima cuidadoso del Cielo, patria, si no original, taller de letras y de armas, madre de singulares y numerosos hijos. Nació el año después de nuestra salud reparada de mil y quinientos y setenta y ocho, en el mes de abril, mes, por la juventud solemne del año, por los triunfos insignes, fiestas y coronaciones, venerable entre los romanos. En el día catorce, día en los anales divinos célebre, por haber sucedido en él la redención hebrea, la divisiones pasmosas del mar bermejo y el naufragio escandaloso de Faraón en sus ondas. Pronóstico legalmente sagrado o ya sagradamente lego del Moisés que nació, no a España sola, sino a la Iglesia. Y nació con tan primera hermosura, como del Hijo de Dios (advertido de Tertuliano) entendió David. Y el mismo Moisés bastaba para ejemplo, cuya nativa belleza obligó la Infanta de Egipto a hacerle criar en adopción suya cuando le halló en la cestilla de juncos en el Nilo, fecundo esta vez a lo menos prodigiosamente.

Creció siempre en ella con majestad real y decoro. Circunstancia la de la hermosura al reino que Dios mismo observó en David, San Basilio y Séneca en las abejas, que nuestro sabio Alfonso previno en sus descendientes y que hasta los Etíopes, desobligados por el natural disfavor del Cielo a pleitar hermosuras, solicitan (en opinión de Aristoteles) para sus magistrados. Parece que miró aun a estas no afectadas sospechas su atento Padre, y teniendo apenas seis años, le hizo jurar por Príncipe. Para que (como dijo Aureliano el otro panegirista) no sólo por beneficio de la naturaleza, que suele dar tan casuales dueños, sino por voto de tan prudente juez como era su Padre, tomase las riendas de esta monarquía. Y fue solemnidad la de este juramento a que empeñó tantas esperanzas como prestó luces la asistencia de los embajadores japoneses que para profesar nuestra religión enviaron a Gregorio decimotercio los reyes de aquella rica y retirada plaga, hermosa sombra de más luciente jura, cuando la gentilidad la primera vez vino a hacer a Cristo (heredero del Padre Eterno) en tan tierna edad la profesión de la fe. Ni a él se le representó menos temprana la carga del gobierno: pues casi las vendas de las mantillas parecieron del principado y el cetro imperial (como de Jesucristo dijo Isaías) la Cruz misma de sus cuidados. Oficio es el reinar (en opiniones grandes), no dignidad; y del término de rey, no la voz de reinar, sino la de regir quiere el grande Agustino que sea el origen. Que si el pelo solo dorado de las guedejas de Absalón rizas le hacía tan molesto peso que se ponen los textos santos a referirlo, el oro mismo de la corona sobre melenas rubias, gran cabeza había menester para no torcerse.

En este conocimiento, digno de estar a los ojos de los príncipes siempre, se crió el nuestro, cultivando el genio excelente que le dio el Cielo, con las artes estudiosas que le proponía el cuidado de sus maestros. Educación en aquella menor pero generosa edad necesaria y que Faraón logró desadvertido en el hijo de la agua, Moisés. ¿Cuánto mejor lo lograra en el heredero del reino? Pues toca al príncipe saber las historias propias y ajenas, las costumbres de sus pueblos y los extraños, de unas y otras gentes a que los testimonios de Salomón, Livio y Aristóteles, los ejemplos de Moisés, Asuero y Alejandro, la ilustración de Jerónimo, Agustino y Gregorio (lumbreras mayores nuestras) nos dieran saludable divertimento, si el curso de mi oración no me llevara arbatadamente tras sí y las mayores materias de este piadoso Príncipe, aun así apresurado, no me acusaran de perezoso.

Caminaba ya al fin del año de mil y quinientos y noventa y ocho, cuando, grave de años, más de enfermedades, pero más de virtudes y méritos y de obras dignas de sí, se puso el Sol de Filipo Segundo a España. Cayeron, mayores, las sombras a la tierra. Eterna noche, como los pueblos de Arcadia, temió ya el mundo. Comenzó, empero, el oriente de nuestro Tercer Filipo, con blanda lumbrer, con dulces si animosos rayos, a dar vida a sus gentes, pudiendo decir San Ambrosio de él, lo que que ya dijo de Teodosio, que de las cenizas del muerto fénix con fin natal y fecundo acabamiento, se levantaría la misma ave copiada en las virtudes flamantes de su hijo. Ni es esta alabanza obligación del estilo o ardor, pues, en la mayor cumbre de grandeza que ha visto el cielo, inferior pero muy vecina a sí, se portó siempre con tal decoro que ni a la alegría modesta ofendió la severidad, ni la gravedad al ánimo sincero, ni a la Majestad Suprema la humanidad suave, ni (lo que es raro en un príncipe o en un particular, antes bien lo que es no visto) llegó a

tocar la raya de lo prohibido jamás. Nunca la suerte de los bienes entera se concedió a algún rey. Al que hermosa el rostro, le afean las costumbres (voces son de la antigüedad). A quien el ánimo gentil más le adorna, no le favorece el cuerpo o el talle. Fue aquél insigne o venturoso en las guerras, pero manchó descuidado la paz con los vicios. En ti ¡oh, gran Filipo! se unió todo lo bueno y mejor que de Trajano dijo afectadamente Víctor: pusiste a las virtudes todas el modo.

Alaben, pues, los monumentos de unos y otros anales (bien que tuyos todos) la gloria militar de tu abuelo, la prudencia pacífica de tu padre, la religión de Rodolfo, la castidad de Alfonso, la monarquía de Fernando, la clemencia de Austria, la justicia de Castilla, que en tu imagen dejaron con amiga apuesta, no sólo sus copias estos y otros originales, sino parece que la misma valentía, la misma idea del artífice. La gloria militar de Carlos, la prudencia pacífica de Filipo no se ven sólo, se representan mayores en el nuestro, y no oratoria, sino verdaderamente. Pues habiendo heredado el Señor Rey Don Felipe Segundo, ya de la espada y mano, ya de la prudencia y autoridad de su Padre, el reino de Túnez en África, la república de Sena y la ciudad de Placencia en Italia, Aste y Vercelí en el Piamonte, los Estados todos en Flandes, forzosos accidentes y prudenciales del tiempo y del estado le obligarían a enajenarlo de este Imperio, si no del cuidado de él. Pero Filipo Tercero, de los lienzos largos de su Monarquía, que casi le querían emular el ámbito al mundo, no dejó caer una almena. Ni se atrevió a nuestras fronteras o puertos españoles invasión enemiga. A nuestras fronteras o puertos españoles digo que los hurtos que los ladrones, entre rebeldes y fugitivos, de nuestras armas hacen a la sombra de tan grande Imperio y a las oscuras del otro mundo, no es maravilla que no se puedan prevenir siempre. Siempre monarquías dilatadas padecieron de su grandeza misma continuas, si leves, pérdidas. Sola una providencia divina pudo atender igual a dos mundos; pero obligación también tendrá la humana a no soltar de la mano las armas tuyas, si no tremendas, respetables, ya para la prevención ya para el castigo. No se atrevió, pues, digo, a nuestras fronteras y puertos españoles invasión enemiga, que dejase, no sólo el arena, si bien despierta, bruta, sino en las losas sagradas, profanas y heréticas huellas en fatal desdicha, ya que no en oprobrio de España. Daño que hizo olvidar el cuidado de aquel Santo Rey y que mostró (no suene a lisonja el celo) y que mostró no sólo continuar, sino llevar adelante el hijo, cuando el puerto que ya padeció escuadras isleñas, vio formar a su amable y espirituoso dueño alardes españoles. ¡Oh corre así! ¡Oh, dura en religiosa y española porfía, espíritu bizarro! No pudo Filipo volver a echar el yugo a los rebeldes, que halló frías las cervices y descolladas, con insolencia no reciente, antes dura. Corrigió, empero, la desleal lozanía, tomando en Frisia a Rimberg, Grol, Linguen, Aldoneel, Ursoi, Mullen, Duren, Gorgen; en el Ducado de Gueldres a Guatendón; en el Condado de Flandes a Ostende, costoso sepulcro y rico de españoles, pero monumento también del más honrado y vencedor coraje que sospechó la temeridad, no digo el ánimo sólo, de sitios y ocasiones militares en unos siglos y otros, en unos y otros Imperios. En Alemania ganó a Besel, escuela universal de los herejes paisanos, a Aquisgrán, de donde echó los dogmatistas, poniendo en los católicos el gobierno. En Italia adquirió a Monaco y al Final, y aun en su vecindad se hallaba más dueño, si a instancia de su modestia y su sangre no dejara caer victoriosamente las armas.

Vínole estrecha Europa: extendió al África el brazo y le admitieron sus dos senos abrasados, Larache y La Mamora. Deseos, no efecto, del corazón magnánimo de Carlos, con que desmintió en parte tanto agüero africano como a la felicidad triunfante de aquel Máximo Emperador hicieron, si no zozobrar, correr entre tan recios vientos poco airoso naufragio y frustrar tan religiosos intentos en sus orillas. Venganza que previno alguna vez tomar (no habiendo sido ofensa) nuestro Filipo con suma atención, con inmensos gastos, con mayor celo de la religión. No llegó a tener efecto, ni Argel vio sus armas, pero temiólas, casi dejando cadáver el pueblo la fuga universal de su gente. Escondidos juicios y sagrados lo suspendieron; pero pagóle la fama en reputación lo que de su intención sabía el Cielo. Ni en este mundo y en el otro quietaron tantas glorias el corazón de este nuevo Alejandro, hijo al fin de Filipo, hasta reducir las islas Malucas y ganar a la de Ceilán más que muchas partes. Mas ¿qué no haría su religión? Su respeto al Cielo, ¿qué no obraría? Si sabe del sol mismo de Dios su fénix amoroso Agustino, que no le parte nunca en las batallas, antes bien atiende (como si pudiera dudarle) a las armas más justas y religiosas, para entregarles con la luz la victoria, como lo experimentó Abías, con cuarenta mil hombres menos que Jeroboam en su ejército.

Quien a primera luz mirare a Josué, por más valiente le tendrá que a Moisés, viéndole siempre entre las armas de las victorias. Mas quien atento considerare que al ademán que Moisés levanta en el monte los brazos, él los juega allá en la campaña y que no vence el uno en el campo más que el otro dispone en el oratorio, verá que Moisés, si no es mayor soldado, mejor rey y gobernador es. Que el sol, para obrar en la tierra, no se arranca de su orbe: desde lo más alto de él, mientras más mesurado, está más activo. Y a la verdad tan valientes son las manos del príncipe que las levanta puras a Dios en las ocasiones de la guerra (óiganme los príncipes todos), que quien lo era tanto como Josué (valiente digo), que pudo arrollar esta piel estrellada del cielo, como David dijo, como si revolviere la capa o el manto militar al brazo, y para permitirle o prohibírsela al mundo, fueron árbitros imperantes de la luz sus manos: para sacar felizmente la espada propia, le libró Dios, no sólo el tiempo, sino la destreza en ajenos brazos. Ni fue tan Moisés sólo nuestro Filipo que los milagros de Josué no le obedeciesen, haciendo parar su voz pública, no su particular intención (bien que con extraños ecos, no sé cómo formados en ocultísimos y altos senos) haciendo parar, digo, los planetas más grandes que los cielos políticos han visto, y cuyos rayos de guerra amaré la estimación siempre, los cuales, cuando más empeñados con dudosa luz estaban en su carrera, no sólo pararon su curso, sino se acabaron entre sombras sangrientas de alguna exhalación, no sólo temeraria, sino infame. Caso en que el mundo pasó el recelo del poder humano a asombros de la Providencia Divina, pues pudo obrar una permisión suya (divina digo) lo que muchos cuidados de otros (hombres, quiero decir) no pudieran.

Muevan la religión y el celo de ella las armas, que Dios dará las victorias. Aparte ella las comodidades, que él las sabrá disponer mayores. Quita Dios reino y vida al príncipe de Siquem, por tomar religión verdadera, con atención sola a su materia de estado. ¿Cómo no ha de agradecer con prósperos sucesos el no querer aventurarla (la verdadera religión digo) en la prenda mayor suya, si admite voz de menor prenda tan grande y a quien los empeños mayores de la verdad, no del encarecimiento sólo, le son debidos? En pecho de Españoles, ni eclesiásticos o religiosos que suele temprarlos la devoción, no cuitarlos

como el otro impío estadista dejó escrito, no cupo miedo, sino de haber ofendido a Dios. No hizo esta nación Dios sino para poseer en las otras temor o respeto y darle al hombre cristiano gloria. Permita la atención más distante este calor verdadero a un orador español: que ya saben los hijos de Judá, no sólo humillar a los de Israel, sino infundir miedo en todos los términos vecinos, por haberse dado a esperar en Dios, como él lo asegura en Escritura propia. ¡Oh, qué de dificultades, de intereses perdidos, de enemigos ganados, representó la desconfianza, para que no acabase España de exonerarse de las horras del África, por no llamarla afrenta! Escuro tesón y reliquia de sombra torpe que a toda la luz de los Pelayos, Alfonsos, Fernandos, había porfiado. Las mismas razones que obstinaron a Faraón en semejante caso, aunque en religión opuesta, parecían. Pero era Filipo el que regía España y sabía que el idólatra, apedreado ha de morir, porque no pegue con cercanía de la muerte el contagio aun más mortal de la vida, y con él toda su hacienda, que suele la del anatema costar con la vida el reino. Dígalo Saúl, mal misericordioso con Amalec, Acán, mal codicioso con Jericó.

¡Oh, ánimo y estilo!, levanta y refiere con mayor aliento tan grande caso, hazaña más verdadera que verisímil; intento, aunque de Filipo, mayor que él sin duda, a que no hallaba el crédito extranjero otra excusa que el interés y cuyas intenciones groseras sobre infieles, retó de falsas la resolución más cándida, más religiosa y magnánima que amaneció a la prudencia, al valor, al corazón más desembarazado de afectos que acreditó jamás príncipe. No tuvo mayor aprobación este hecho que las calumnias y dudas de los enemigos descubiertos o simulados, pues apenas hubo Nación que no lo extrañase. Sagrada materia de estado, confundir toda la expectación y sentimientos políticos, atento sólo al servicio de su Dios, a la pureza de su religión, a la seguridad cristiana de sus gentes, no permitiéndoles más fraternidad y compañía de los dragones (como dijo Job), apartando (como dijo el gran Gregorio) la rapacidad de las águilas adúlteras de la candidez de las palomas legítimas, los lobos de los corderos, los cambrones de los rosales. Advertido de David, ¡qué fácil es en la compañía de aprenderse el mayor error, y qué insensiblemente doblaban al ídolo la rodilla, con la dulzura de la conversación idólatra, los que a toda la fuerza de sus armas no dieron jamás a torcer el brazo! Que si bien en tantos siglos no prendió ni la centella oculta en la selva católica, ni la peste mahometana en la salud española, no podía el ánimo piadoso de Filipo caber en sí, juzgando prudencialmente que en su misma tierra, en su reino mismo, se hallaba (si no se veía) blasfemado el nombre de Dios, cuando David, de que lejos de sus pueblos se ofendiese, en los extraños se congojaba. Mas ¿dónde me lleva el ímpetu, si han menester esta hora tantos siglos de otros méritos?

¡Oh, qué de discursos medrosos, si no interesados de prudentes, le disuadían a Filipo tanta asistencia a Alemania, cuando la turbación de sus desleales rebeldes fatigó la majestad sagrada del imperio! Cuyo despojo (de los rebeldes digo) parece que dura, no sólo por padrón de la fe rota a la naturaleza del derecho violado de las gentes, con pública y legal nota, sino por trofeos de las armas de España, a quien el celo de la religión dio siempre en los más distantes climas aceros victoriosos. Si importaba, pues, a la religión, si conducía a la Iglesia ¿cómo se embarazara en gastos ni atenciones Filipo? ¿Dónde está el Dios de Teodosio?, dijo el otro español príncipe, encarecido de Ambrosio. ¿Dónde está el de Filipo?, dijo el nuestro. Es mi sangre la de Rodulfo, ¿cómo recatearé

demostraciones por la fe grandes? ¿Soy yo descendiente de Fernando, a quien Alejandro Sexto dio por su valiente piedad, el título de Católico? ¿De Alonso, el que por sus religiosas conquistas se honró con él? ¿De Recaredo, que por celos y armas piadosas le oyó del concilio toledano? Bastó Filipo (el otro Macedonio) a vencer los Focenses que habían ofendido los depósitos supersticiosamente sacros de Apolo en Delfos, con hacer de ramas de laurel las cimeras o los penachos a las celadas de los soldados de que formó su ejército, y ¿no he de pretender yo laurel eterno de los que le han profanado templos y sagrarios al verdadero Dios? Sí, bastará, Filipo, sí bastará. Forma tus campos, descoge tus banderas, que ya contestan los ojos de todos los enemigos la admiración y las espaldas de los más el miedo. Enviaste. Vieron. Venciste.

Mucho nos ha llevado la gloria militar de nuestro Príncipe; pero éste es propio loor de rey: que los de buen rey y virtuoso tocan más en alabanzas particulares de hombre. Fuera de que han sido forzosos testimonios de su religión, cuyo celo ardió tanto en él que pudo darle a Elías celos. Pues no fue sólo religioso en la fe, sino en las virtudes de ella, dando a Dios las gracias de las victorias, como le pedía los sucesos. Que no había de ser Germánico sólo el que sobre la montaña de armas de las naciones debeladas de Arimino, entre el Reno y el Albis levantase a Júpiter, a Marte y Augusto monumentos. Que ya sabe poner Josué doce piedras firmes en las ondas del Jordán instables. Que para ser un rey agradecido a Dios, no ha de haber olas que estorben.

Ahora miremos en paz un rato a este padre común de tanta patria como la nuestra y de quién podrá Tertuliano decir por imitación, lo que de Dios dijo: que no sólo ninguno más rey, pero ninguno en rigor tan padre, y en quien las señas que dio de Jesucristo Isaías de no acabar de quebrar la caña sentida, ni apagar a la estopa el humo, resplandecieron tanto. Así, aunque entre tan públicos y particulares menesteres, no agravó el peso a sus pueblos, antes, con la afabilidad a lo menos se le aliviaba. Los dedos de las manos quería Roboán hacer gruesos como las espaldas de Salomón su padre, habiendo Samuel, cuando le ungía a Saúl el reino, dejádole de industria una espalda de carnero por mejor plato y jurado Job, que si al afligido le dio de mano, se le cayese el brazo del hombro: señales una y otra que han de ayudar los príncipes con el un hombro de la compasión al otro del servicio, y que deben estimar amorosamente de sus vasallos el gusto con que se empeñan por ello; pues aun de Dios, dijo Sofonías, que él mismo ponía el un hombro adonde el otro los hombres. Suave, dijo nuestro Redentor, que era su yugo y cargando el yugo sobre el cuello del que le lleva. Sobre el cuello de un hijo pródigo cargó el padre el rostro por yugo, cuando llegó a abrazarle, que un padre ¿qué otro yugo había de poner sino el rostro? Y ¡qué dulce que es de llevar el yugo que el Rey, si se ve obligado como tal en ponerle al cuello, siente el ponerle como padre sobre su rostro! El león, voceó San Juan que vencía, y al fin, fue cordero el que abrió los sellos del libro y al que con particular misterio cantaron la gloria. Que el león de España no trae acaso el cordero de Austria en el pecho sino para mostrar al mundo que tiene garras de león para el enemigo y entrañas de cordero para el vasallo.

A esta disposición, pues, natural y suave, fue su gobierno, con que no tuvo imperio sólo en sus pueblos, mayor le tuvo en los corazones. De sentir los pasos de un Dios muy severo huye un hombre solo que había en el paraíso: y ya hecho hombre ese Dios, andaban mirándole a los semblantes los hombres. De la vecindad de la Majestad Divina,

aun cuando se hizo Rey de su gente, huyó el mar medroso, y el Jordán volvió atrás las ondas, cobarde. Y ya que fue hombre y gobernó como humano, pondera San Cirilo que el mar aguardó a que le hollase y el Jordán se apresuró gozoso a servirle el baño en misterios, que las majestades mortales, aun entre los alientos divinos, templan los gobiernos humanos. Jamás vieron los enemigos en Dios humanado acción lustrosa de aparato o grandeza: todas fueron de piedad, curando enfermos, resucitando muertos, librando endemoniados. Y quiere San Atanasio que no haya sido leve fundamento para calumniarle que se quería hacer rey; pues ninguna acción es más de rey que la que llega a hacer bien a tantos.

Es bien verdad, empero, que la justicia es parte del gobierno forzosa; mas ha de ser templada. Que si todo se perdona (como advirtió Ruperto bien), el rostro de la majestad llega hasta el desprecio; y si todo se castiga, las entrañas reales se manchan de crueldad. Y no le son menos desairados al príncipe soberano los suplicios (advirtió un gran político) que al médico de su cámara los entierros. Entre las luces y gloria de su transfiguración puso Jesucristo Redentor nuestro a Moisés y a Elías (suavísimo ministro el uno, pero rigurosísimo el otro) a sus dos manos, él, para templarlos, en medio. Mas a la mano derecha, y primero, como notó San Pedro Cluniacense, la suavidad de Moisés y a la siniestra, el rigor de Elías: que las excelencias supremas, como San Cirilo le representó a Teodosio, han de ser serenas y fáciles. Que ya sabe el Cielo enviar fuego sobre tan crespo y corrido vasallo como una zarza, y contentarse con alumbrarle sólo, sin que le permitiese quemar. En casa de Abraham, que se hacían mercedes, se apareció el Hijo entre las dos Personas Padre y Espíritu. Y en los pueblos infames que castigaba, el que desapareció fue él, a las sospechas pías de San Ambrosio, que como humano y prudente gobernador, desde que se empeñaba con ser hombre, dando por su mano los premios, no ejecutó por sí los castigos. Toca al príncipe encargar que se haga justicia, mas instar a su rigor, no. Cuidado suelen tener las inclinaciones de algunos ministros de eso, y es bien que sepan los pueblos que la ley es quien los castiga y su príncipe quien los premia. Querer ser solamente temido, es tirana voz; ser amado solamente, es desmayada; templar (como en el sacerdote) la sangre con el olio, es unción real, y tener necesidad de buscar enojos es condición de Dios, de quien dice la Escritura que es cosa añadida el enojarse en él. Si ya no es, como de su Emperador dijo San Ambrosio, que era en él prerrogativa de perdonar el estar enojado, y que el ímpetu que en otros se temía, en él se deseaba. Y al fin, como aduló verdadero el otro gentil, la potestad tranquila acaba lo que no puede la violencia: y una quietud imperiosa insta más en las obediencias. ¿Cuándo dijo Filipo que no se hiciese justicia? ¿Cuándo no advirtió en severo semblante, si en ánimo plácido, los descuidos de ella? ¿Qué nueva de ofensa de Dios, de libertad de costumbres o religión no le despedazó debajo de la púrpura las entrañas, como el otro sabio solía afirmar? Es verdad que deseó ejercer más la misericordia. Todo Dios tenía de quien aprenderlo: bastante ejemplar era. Esto mismo nos dicen de él Escrituras y experiencias. Disimuló algunas cosas. Doctrina y aun ciencia de reyes fue siempre ésta. José, cuando más mozo, acusó luego a sus hermanos; ya hombre experimentado, y en una cárcel, no habló ni en el testimonio insolente por qué padecía, porque le prevenía Dios al reino. Y cuando ya dueño, se vio con los hermanos, aun en la venta envidiosa no habló. Que como nos enseñó santamente político San Zenón, vio que si habiendo de ser, por la profecía, Rey de sus hermanos, el acusarlos lo volvió sueño, el disimular con ellos lo haría verdad. Tardó en ejecutar

castigos mucho. Mucho, dicen que se tarda en forjarse un rayo; y amenaza Dios a los hombres, que ha de dar un filo de rayo a su espada primero que la juegue; y al fin no la desnuda él (como lo miró David), los pecadores la desenvainan. Priesa fue en su misericordia el aguardar cien años a los hombres para una dura sentencia; pues aun veinte más les había señalado su justicia: y para ejecución de la última, en que ha de tocar a los castigos las manos y servirse de fuego por más presto y ruidoso ministro, si no más violento que el agua, atiende siglos enteros. Y ¿qué juez hay tan recto a quien no esté dando espera Dios por sus culpas, cuando él fulmina más las ajenas? ¡Oh, que esto ocasiona delitos! Así lo conoce Dios; hasta desconocerle loca más que blasfemamente los ateístas, perdiendo (como dijo el grande africano tres veces Tulio) entre las sombras del sufrimiento el sol de la verdad, si no es aquella mentira de sus intentos. Y con todo eso, de una vez que castigó tanto, juró (como de escarmentado) no hacerlo más, que es tan natural el errar en los hombres, ya después de su ser estragado, que no tendrá vasallos si no perdona ofensas. Pues aun el miedo de Sila, tan sanguinolento como tirano, advirtió el otro cuerdo (referido de San Agustín) que dejase siquiera vivir algunos, para tener a quien imperase después.

Real virtud es la clemencia. Poco he dicho: divina virtud es. De tanta familiaridad y confidencias con Dios ganó Moisés, no las luces sólo, sino las suavidades. Sí, mas hizo faltas al pueblo. A la impaciencia del pueblo, sí, al gobierno, no, pues estaba papeleando con Dios cuando juzgaba el pueblo las comunicaciones divinas por ocios; que es tan irregular el freno del vulgo, como no capaz de toda libertad, ni tolerador de toda servidumbre, que importando más en todas las cosas la verdad que la opinión, puede siempre la opinión con él más que la verdad. Cuando pasó a ver la zarza que, regada con lumbre, lisonjeaba su verdor, hecha pompa del fuego, como pudiera del aire, le parecería a la muchedumbre que se andaba por las zarzas. Y dijo un santo elocuente que así guardó mejor los ganados del suegro. ¿Qué tenía que tratar tanto con Dios Felipe Tercero de sus pecados, si nos hemos criado todos con que un pecado mortal fue siempre su miedo? De los míos y de los vuestros trataba; del bien de sus pueblos le hacía Dios las consultas. Y si pudo parecer castigo el perderle, fue parecido al de Cristo inocente, muerto por las culpas de los vasallos, no al de David culpado y vivo, y sus gentes apestadas por él. ¡Oh, juicios grandes de Dios! Más atento príncipe, ni más trabajador en los estudios de rey no ha tenido el mundo. No pensábamos tal. Como eso dicen de Dios en aquesas islas de gente errada. Véanse escritorios de secretarios, archivos de papeles en Consejos y Oficios. Juzgaráse de que, de antecesor suyo, ni de su gloriosísimo abuelo, ni de su prudentísimo padre, se halla tanto escrito en consultas, en órdenes, en motivos. Y esto desde que comenzó a reinar hasta que enfermó del mal de que llegó a morir. Sabía que aun a Dios no nombra Moisés hasta haber dicho qué hacía criando el mundo. Había oído, o leído, que hasta el fin del mundo, dice San Juan que no se ha de cerrar el libro del Cielo. Tan de toda la vida es el negociar con los puestos soberanos, que habiendo criado Dios todo el mundo en seis días, parece, dice el Fénix Agustino, que tomó aliento en el séptimo, para ir descifrando aquella brevedad en tantos siglos y criaturas como de los senos de ellas descoge.

Tan de toda tu vida fue el asistir a tus obligaciones, Monarca Piadoso, que te era tan natural el influir, como el lucir lo era. Condición resplandeciente del sol, como Sinieso

dijo. Es verdad que sin estruendo, que tampoco le oímos hacer ruido al sol, y es el más eficaz planeta. ¡Qué de veces me da en los ojos su imagen! Pero tan esclarecido Príncipe con menos flamante y universal emulación no se comparará. Digan los que más le trataron, hablen los que recibieron de él órdenes o papeles, si más bien entendido, más bien hablado, que escribiese mejor, ha habido, no digo príncipe, sino hombre particular en España. Pues parte es ésta que humanas y divinas letras piden en los reyes, y de que llegó, en muchos Césares, el deseo a pasar por afectación. ¿Por qué sobradamente, pues, instó en estas certezas? Porque de todos sus nombres misteriosos (dice San Gregorio Nacianceno, luz de unas letras y otras) con ninguno se deleita Dios tanto, como de oírse llamar entendido, viendo que hay de él en el mundo tantas opiniones. ¿Cómo no las habrá de nuestras moralidades, si a la divinidad (como él dijo) aun se atreven las ignorancias? Mas ¿cómo no regiría justa y dichosamente a los otros el que a sí se rigió tan dichosa y tan justamente, que ni afectos naturales desobedientes a la razón se sospecharon de él, ni en la edad ardiente, ni en la templada, ni en la salud gallarda, ni en la soberanía libre? Virtud tan real, y más que la clemencia, parece la castidad (no corra por el hombre sólo, sino por de rey tan excelente parte) pues reyes crueles llegaron a temerse, y mal cautos a despreciarse. Y si de José dijo San Ambrosio que coronó la cárcel su resistencia, el gran discípulo de Tertuliano añadió que a la eminencia de su castidad se le debía la cumbre del reino. A los cabellos o pensamientos de él llamó Salomón, por castos y puros, púrpura real. De donde, no acaso Dalila intentó los de Sansón tantas veces. Porque como dijo delgadamente el Pelusiotas, a cortar la greña casta y real que al león hace rey y al hombre rey y león, tira la belleza y ha de temerse el cuidado. Perpetua batalla de la vida, adonde tantos Sansones, no sólo han perdido el cabello, sino la cabeza también. Campaña donde tanto Absalón, tanto bizarro mozo, ha hallado para sus guedejas encinas, si no tijeras, y para cuya protección es menester (al sentir común) un Dios todo, pues el introducirle Tertuliano ocupado desde las manos a la prudencia en formar al hombre, si el mismo docto cartaginés buscó la excusa en que se hacía ya sobre aquella imprimación el diseño de Jesucristo, San Ireneo quiso que fuese porque le formaba de tierra virgen: que para hacer a un hombre señor de todo, dueño de sí y los demás, y que se ajustase a una pureza tan grande que no se la daban sólo por ley, sino por materia, menester parece que es todo un Dios, porque no le atan las leyes, ni corrigen las resistencias. Siempre la porfía fue a lo vedado. Ni para tomarle la sangre toleró el otro Príncipe (como ponderó San Bernardo) atarse una venda por las sombras, que blanqueaba de prisión la cura, y al fin, el poder no luce con la razón, sino con la demasía. ¡Ay, purísimo Príncipe, campeón de la castidad, real y moderado dispensador de ella, que cuando importó a España y a la Iglesia, te permitiste a la sucesión de que necesitábamos entonces, gozamos y venerarnos ahora, y habiéndotela concedido tan fecunda como puramente el Cielo te llevó tu preciosa compañía, no sólo para resplandeciente lintel de su mejor puerta (pues todas doce vio que eran de margaritas San Juan) sino para corona (con visos si no forma de laureola) a tu conyugal fe, a tus reverentes ausencias! ¡Oh, Margarita, qué debido era aún a tu mención leve, no sólo a tu memoria, mi llanto particular, como el sentimiento común! ¡Oh, qué honrada y agradecidamente zozobraré en estas lágrimas mi oración! No te merecimos más, no te merecimos. Solas las prendas que nos dejaste estorban que sea impaciencia dolor tan justo. Quien te mereció más se adelantó a eternizar en tus puros y espirituales abrazos su compañía. ¡Oh, felicísimos dos casados, Eterno monumento levantará mi piedad a la memoria vuestra, si puede tanto mi pluma.

¡Cuánto mejor, Filippo (que me arrebató el dolor), pudo decir de ti Plinio que de Trajano, en la vuelta o cerco que diste a reinos tuyos, que ni maridos ni padres te temieron! Porque la castidad, en los demás afectada, en ti fue natural. ¡Oh, qué instante ejemplo dio a los señores del mundo Job, cuando concertó con sus ojos el no pensar hermosuras tiernas, que se ha llegado ya en muchos afectos hasta los ojos el corazón y, como tales, de vistas soberanas se pueden ahogar fácilmente! ¡Cuántas ruinas te enseñan en Betsabé! De ellas debió de advertir tan pura Tertuliano como sutilmente, que en viendo Rebeca la primera vez a Isaac con quien había de casarse, se cubrió el rostro, que era el traje de las casadas. Porque con sólo ver que le había mirado su esposo, sentenció contra su entereza y trasladó la sencillez de su estado a los recatos del matrimonio. Tan a riesgo del crédito, si no de la culpa, está una belleza grande, mirada de igual autoridad, o mayor.

No sé quién vivió tan puramente como murió. Mas iráse acercando el fin de nuestra oración al principio: conque no se podrá juzgar por muerto Filippo aun en el depósito helado del panteón, pues el legislador mismo que hizo religión el no tocar a un muerto, obligó a su pueblo a llevar en la vanguardia, no en los bagajes del campo, los huesos de José, porque quien había muerto tan casto, siempre se juzgaba vivir. Murió, empero, Filippo, murió, murió. No renovemos el llanto, que si le derrama con ternura el sentimiento sobre la piedad del que se ausentó, se le bebe con gozo el decoro a vista de las prendas que nos ha dejado. Pues pródigo padre, no sólo a la inmediata, sino a la más distante posteridad coronó de lirios hermosos por su casamiento el león joven en quien sustituía los rayos de su diadema por la sucesión. Montones de trigo suele coronar también Dios de esos lirios blancos, de esa nieve vegetable de las azucenas, para lograr con la fecundidad la pureza. ¡Oh, lléguese a dorar ya! (queredlo, Señor, así), ¡oh, lléguese a dorar ya de macollas rubias de trigo azucena tan cándida a quien, no sólo no se atrevieron, pero respetaron tantas espinas, hasta transplantarla a tan religioso como culto jardín! Pero oraciones de Moisés, no sólo en las rosas, en las espinas suelen enseñar milagros. ¡Don siempre del Cielo el de la compañía religiosa!

Miremos ya su muerte, que es tiempo, y suelen las nubes del ocaso aún asombrar el sol antes que se ponga. Encarecióse siempre (pública voz fue) que había temido Filippo con demasía la muerte. Si fuera del brazo de un enemigo, no la temiera el valor. Del de Dios, con temerla comienza la sabiduría. No sabe bien qué es muerte ni que puede dar por ese paso oscuro, el último en su condenación, el que no la teme. En una puerta baja, dijo San Bernardo, inclinar mucho la cabeza, nunca pudo ser peligro; levantarla dos dedos más, puede ser gran riesgo. Al morir, estar muy humilde, nunca fue riesgo; acabar presuntuoso, siempre es peligro. ¡Cuánto más seguro es, dicen grandes Padres, salvarse entre miedos, que perderse entre confianzas! Y ¡qué generosos temores son los que las culpas no han merecido! Sudores de sangre le costó a Cristo el miedo de su muerte. Filippo no la sudó, pero de señales de sangre abundante y fuera de sus venas se cubrió todo al morir. A gritos se mostró quejar de su Padre Cristo, que le dejaba, cuando vio que se moría. Sacramento que no se puede dar a esta brevedad, ni hay para qué darle a esta lengua, y ha habido orejas, sobre erradas, blasfemas, en quien sonó duramente la queja misteriosa. ¿Qué maravilla sería que a algún error humano pareciese desconfianza, lo que era sólo filial temor? Quien vive bien, no teme porque desconfía sino porque espera; que

los desconfiados, porque no esperan, no temen. El aliento del apóstol que se arrojó a las aguas cuando le llegaban al rostro, temió el irse a fondo; no sólo por celos de su Maestro (como alguna vez devoto encareció San Máximo) sino (como otra ponderó literal) porque, como hombre, se temía del mismo Dios de quien se fiaba, que si no confiara de él, no le invocara, como ni le invocara si no temiera. Cuando más risueño mira el mejor Job sus criados, quiere que le teman. Que apacibilidades de Dios, como ampos de nieve poderosos, el calor confiado las desata, y sobre el hielo del temor duran. El tercer Cielo había penetrado San Pablo, y hurtádole fielmente luces acaso con ojos, que aun no daba cuenta de ellas por excesivas el corazón; y a silicios y disciplinas se atormentaba, temeroso de condenarse, habiendo enseñado a otros. Que el más aclamado predicador con la reprehensión ajena no suele asegurar la conciencia propia. Y en tan grande caso, nunca el conocimiento del hijo tocó en pusilanimidades de siervo.

Ejemplo hiciera a esta verdad, si tal temiera de ella, con el cuidado que Abraham tuvo en su hijo Isaac, cuando vio en él más gusto de consagrarse al cuchillo, o por excusar la turbación de las aras con algún estremecimiento del sacrificio, como ponderó un grande autor, o por prevenir la impaciencia a que podía obligar el dolor a una víctima racional y gallarda, como sintió Agustino, o porque, como ilustres plumas notaron, juzgó que le era a un gran dolor algún exceso lícito, mientras no ofendiese ni la obediencia ni el ánimo. Asombre, empero, gloriosamente, o en más conocida voz, hermosee, estas oscuridades un gran misterio de Jesucristo, que ya vecino, dice San Juan, a su muerte, se vio como obligado en la mesa a hablar en Judas y en su perdición; se turbó y estremeció al protestar qué desdichado había de ser aquel hombre. Pues ¿de qué se turba la serenidad de Dios? ¿La tranquilidad, en qué se estremece? ¿A qué hondo pensar nos empeña el Hijo? De oírse a sí mismo, dijo en la misma ocasión San Cirilo Alejandrino, la voz en que Judas se condenaba. Tan dura cosa es la condenación de un alma, tan espantable, si no espantoso, es hablar en el infierno de un hombre, que hablando Jesucristo en la condenación e infierno de Judas, no pudo (dice San Cirilo) su carne sacrosanta dejar de mostrar algún horror (no cogerle) a su misma voz. Con cautela piadosa, voy templando las palabras. Salgamos de todo recelo con que sea, o compasión de la desdicha ajena, o permisión de la apariencia propia. Pues, voz a quien permite la carne de Jesucristo son temeroso, ¿se oye en un hombre sin miedo? Un hombre espiritual, que cada día se retiraba privadamente con Dios y aprendió cómo a amarle, a temerle, sabiendo pensar infiernos, aunque sean de otros, ¿no ha de temer, viéndose, no hijo de Dios natural, sino adoptivo, y muy cercano a la muerte? Yo te fío la vida.

El caso es que quiso Dios, como en su Hijo, que viésemos todos sus agonías: sus glorias y favores él sólo las vio. Vi su gloria, dijo en singular Isaías, y vimos sus congojas, dijo en común. Vencer sabía, antes de nacer, Jacob a Esaú, como pensó la sutileza florida de Crisólogo, y le llegó a temer después, cuando se halló hombre y poderoso. Mas la victoria fue tan a oscuras, como en el seno de su madre, donde la naturaleza se lo había de confesar a la fe a solas, y el miedo fue tan claro como a la vista del sol y a la de unos vasallos y otros. Los ratos que tenía en victoriosa lucha con Satanás Filipino, los que tuvo con Dios para asegurar este paso, nadie los llegó a examinar. Sólo su oratorio lo supo. Los miedos que tuvo ya en conflicto, como si fuera una persona particular, entramos a verlos todos: Su alcoba los gritó, que ya tienen de sí mismas el sonar. ¡Ay, Dios de mi

alma! ¡Divina inocencia, que te retiraste a un monte solo para las luces de tu gloria, y a las ansias de aquea Cruz, todo el mundo te asistió entero!

Entre las de sus afectos, como en un purgatorio breve, o ya como en llama triunfal, se nos fue al Cielo nuestro Elías. El coche y el cochero pudiéramos con Eliseo vocear ahora cuatro años, representándosele al sentimiento que le perdían todos, que hay voces en que se acredita el juicio, aunque corran por del dolor. Pero imitar debemos al sucesor de Elías, el cual, al volver a pasar el Jordán, viendo tan soberbias las aguas, las hirió con el manto de su Maestro (que desde el aire encendido en que triunfaba, le había dejado caer), para que le franqueasen el paso, como ya había él mismo experimentado. Pero las aguas, si no callaban mudas, dejábanse ir corriendo sordas, hasta que él, no temeroso, ofendido sí, de la rebeldía, alzó al Cielo el grito, diciendo: «¿Adónde está el Dios de Elías?» como sofrenando aquella bestia fiera de que reconocía con el mismo bocado las riendas por diferentes en una mano, pues aunque era diverso el ministro, el dueño era Dios siempre. Conque segunda vez, tocando con la capa las aguas, halló la obediencia que deseaba en ellas y, apartándose a un lado y a otro las ondas, cuanto bebieron de temor al manto del Maestro, tanta arena enjugaron al paso del sucesor.

El mismo Dios de Filipo Tercero reina en el Cuarto: el celo suyo vivirá en él y le alcanzará del Cielo doblado el espíritu. Teniendo siempre la mira en Dios, no hay sino vadear ríos neutrales, abrir mares de enemigos. Que las olas del mar, lejos de la tierra que tiene por freno, se espuman soberbias, pero en acercándose a la orilla, se desvanecen confusas. Muerto David, se temía de la edad de Salomón el gobierno: consultóse el entendido mozo con Dios, y asegúrole todo, que entendimiento y bondad le pedía su padre, y mientras le duraron ambas luces al hijo, ninguno acertó tanto con el imperio. El mayor don (decía el otro Comasco docto) que sabemos de Dios en las repúblicas, es un príncipe que sea muy parecido a él. Ése perdimos en Filipo, pues, a tan parecido que aun quiso como él parecer más bueno que grande, con ser tan grande como fue bueno. La benignidad y humanidad de nuestro Salvador Jesucristo, dice San Pablo que aparecieron primero que él, y la benignidad y humanidad de Filipo, es lo que de él se ofrece primero. Pero en toda calificación política y humana, más grande, más bueno, más digno, más heroico, más glorioso, más clemente, más casto, más prudente y religioso príncipe que Filipo Tercero, no ha visto el mundo.

En estas aras le honra la piedad de su sucesor todos los años, en este túmulo honorario y en el sepulcro legítimo de sus imperiales antecesores, mientras la obediencia de la religión no le señala mayor lugar, prometiéndose que le tiene en el Cielo. Pues (como dijo Plinio a Trajano), con nada acredita la gloria del padre el hijo, como con vivir como él. Pues no hay en el antecesor prueba de divinidad más ilustre que sucederle un buen príncipe. Tal tenemos, tal veneramos. No será la alabanza lisonja, ni la verdad dejará de ser doctrina. Que tan grande y luciente espejo de armar reyes como hemos puesto a los ojos, donde se ve político y moral, soberano y religioso, humano y divino, guerra y paces, virtudes y seso, no ha de permitir que falte pieza a la imagen generosa del hijo, que tan dulcemente le mira y compone en su padre.

Hazlo así, Dios, Señor omnipotente, árbitro eterno del mundo todo. Que en el fin de mi oración con afectuosa verdad te ruego: Tengas en continua y admirable protección el dueño que nos has dado por tal, en sustitución de Filipo (cuyo peso real allá arriba hizo mover el Cielo más tardamente). Ilustres su entendimiento, enciendas su voluntad, dirijas sus acciones. Ámenle cada día más sus vasallos, témanle sus enemigos, reveréncienle los neutrales y los más distantes le admiren. Alarga su vida, asegura su salud (sean tan públicos votos eficaces), alienta sus fuerzas, logra sus intentos, para que en servicio tuyo, en gloria de tu nombre, en amparo de tu Iglesia, en aumento seguro de sus Reinos, viva, venza, triunfe.

AL SERENÍSIMO SEÑOR EL CARDENAL INFANTE MI SEÑOR

Serenísimo Señor,

El *Panegírico Funeral* que dije a la santa memoria de la Señora Reina Doña Margarita, Madre de Vuestra Alteza, en la presencia del Rey nuestro Señor, su glorioso hermano, consagro al nombre Serenísimo y purpúreo de Vuestra Alteza. Dignación fue ya de Su Majestad (Dios le guarde), admitir como a la protección de su grandeza, a la prescripción de su real nombre, el otro panegírico que dije a las Honras del Señor Rey Don Felipe Tercero el Piadoso, Padre suyo y de Vuestra Alteza, primero dueño mío. No molestemos los humildes tantas veces una misma deidad humana con la devoción importuna e interesal de nuestros menesteres. Estos segundos borrones ampare Vuestra Alteza, que en la misma eminencia de sangre, si recibió el Cielo sin la corona de rayos, templado el sol, con amor y respeto a la mayor luz de la Majestad la Alteza, se le ha querido también vestir de púrpura con humanidad y favores a los menores la soberanía. La profesión también sagrada de Vuestra Alteza, el genio, si de la naturaleza majestuosa, inclinado a más arduos manejos de la elección sabia, casi genialmente amator de los estudiosos, y el juicio que de unos talentos y otros, mayor que pedían sus dulces años, hace Vuestra Alteza, no sólo ofrecen a mis deseos, desafían a mis temores, defensa muy sensible. Aliento que casi está para atrever a la afabilidad de Vuestra Alteza alguna respuesta, no satisfacción, a tantas censuras. No sé, Serenísimo Señor, si las llame envidias, por no arrojarme más animoso, ni recibir más calor del que la humildad de criado y la modestia de un religioso deben creer a los rayos de Vuestra Alteza. De tantas censuras, pues, digo, de palabras, de plumas, de prensas, de otras profesiones y la mía, hasta en lugares obligados, como a más pública, a doctrina más sana, desatendí siempre. Siempre fue descanso de trabajos eruditos el sudor de la verdad, y a los que arribaron con sus estudios a parte que otros no llegaron, se les permitieron aun los descuidos por leyes. En este siglo, y más en nuestra nación, no hay tranquilidad de letras. La calma es borrascosa, el puerto se ha hecho escollo y naufragio el muelle. Alguna singularidad (no dice esta voz soledad, acierto, soledad dice) de mis estudios y estilo comenzó a hacer, no envidias, odios: gran culpa es desear saber más. La edad me descuidó, ya no lo ignorara. La edad, empero, ni el crédito, no son remedios contra este miserable afecto que con el mal ajeno se quieta o con la muerte se engaña, tan violentamente enferma. Conque en tanto espacio de la vida humana, cual es el de veinte años que he asistido, en tanta obligación de

ocupaciones, a la mira, no a la vista sólo, de esta Corte, sola la emulación, o amiga o enojada, me anda a enjugar los sudores. Quiera Dios, como se sirve de darme algún espíritu y celo de su gloria, libre de afectos para la doctrina, no negarme al aliento, no espirituoso, sino espiritual, de que necesita el valor para recibir mortificaciones las que vienen calumnias, y más si fuesen de los hermanos, aunque mayores. Juez es el Padre de todos también, remitámonos a tanto arbitrio. El sentimiento mayor de los que carecieron de este genio (si dichoso o infeliz, no sé determinarme), es contra la novedad de las oraciones fúnebres o panegíricos que en forma castellana perpetua he introducido. Y desde el nombre a los puntos, no hay coma (que llaman) que se huya a la acusación. A nadie, a nada, he respondido. No por desprecio, que soy y debo ser muy humilde, ni por constancia, que no necesitan tales injurias de tanta resistencia. Blando, sí, excusé manifestar con afectación impaciente a mis desagradados (sea ingenuamente dicho) los errores que la verdad, con severidad tranquila y risueña, les enseñaba. Ni dejé de temer la ofensa de cuantos tienen vista de libros y luz primera de erudición. Pues, contra cuanta hemos alcanzado a descubrir de Grecia e Italia (no sólo en Demóstenes, Cicerones, eminencias profanas, sino en los Naciancenos y Ambrosios, maestros divinos), militan las calumnias que contra mí se arman. Y he hallado por más seguro, errar acertadamente con ellos, que acertar con los mayores de mi profesión (que también confieso maestros) dudosamente. ¡Oh, Señor, si se dejara de hablar algo por leer más! Si copiar (bien que con aprendiz pluma) en nuestra habla española las ideas de estos idiomas valientes merece castigo, Vuestra Alteza me le señale, que yo le esperaré, más que obediente, ambicioso. Es verdad que ya excusan (quizá acusados de su conciencia) la acusación con que no mira a la ejecución mía, sino al ejemplar y a las demasías de estilo que ocasiona.

Confieso que sin cuidado y casi sin libertad (no sin elección), he deseado con esta tal cual pluma levantarme de tierra. Mas no las presunciones del águila al cielo verdaderas, las templanzas de Dédalo, que fingen en lo peligroso del vuelo, si sublime del aire, desee imitar. No corren las ruinas de los ícaros por mi cuenta, si bien el que va arrastrando, más seguro está de caer. No fue temeridad y soberbia, sino curiosidad y ánimo el de Colón, ni inventó nuevos climas: hallólos. Haber hallado, después de tantos, algo nuevo en esta lengua (sea estrecho, nuevo mar es), a confesión de los que viven y murieron con amor de ella, no es formar otro idioma, sino venerar tanto el vulgar castellano nuestro, que nos prometemos de él la sublimidad clásica de los otros. Ya hubo seso grande en la antigüedad que, no saber pecar en estos intentos mayores, lo llamó culpa. Más allá del seso debo de pecar yo en el estilo, que así acongojo las inocencias, y más en esta oración, escrita el domingo, primer día de octubre, encargada a la memoria el lunes inmediato, y fiada a la lengua y al caso el martes siguiente. Tropel que en fe de su obediencia merece perdón de los descuidos: el género de la oración, la materia, el asunto, la audiencia, el lugar, todo grande, la estampa ausente y tumultuaria, con ocasión del camino y obligaciones de mi oficio. Estos pocos días que hurté a la asistencia de Madrid, juzgándolos vacaciones, por no estar Su Majestad, Dios le guarde, en él, ayudará a granjear algunos achaques más a este mi trabajo, unos, empero, y otros, todos los descansos y me aseguro, arrojándolos a ellos, y a mí a los pies de Vuestra Alteza.

Todavía, al expirar último de esta humilde dedicación, me falta pedir perdón más forzoso a Vuestra Alteza de haberle embarazado este pedazo de tiempo con oración, aunque

epistólica, al parecer más descogida que la suma diferencia del dosel de Vuestra Alteza a la tarima de mi profesión me enseñaba. Mas los cetros augustos no desdeñaron las pláticas familiares, ni aun las porfías estudiosas con los ingenios de sus vasallos. No estrañara Alteza tan humana favor que Majestades terribles afectaron. Demás, Serenísimos Señor, que a Dios vamos con quejas y con lástimas cada día.

Guarde Su Divina Majestad la real persona de Vuestra Serenísimas Altezas largos años.
Fray Hortensio Félix Paravicino.

Panegírico Funeral

Otra vez, Corona católica, generosos fieles, otra vez, vuelvo a decir en la presencia vuestra y en linaje de oración, si bien enseñado de las lumbres griegas y latinas de la antigüedad, de las menos ancianas trompas del Evangelio, o no entendido o excusado, al fin no ejecutado en el idioma nuestro hasta mí. Empeño fue de mi afecto, entre el ardor del estilo, habrá largos tres años, cuando más verdadero que elocuente, oré en las Honras del Señor Rey Don Felipe Tercero el Piadoso. Hoy me desempeña obediencia soberana, en días bien cortos, apenas justa hora.

La costumbre de invocar el favor divino en las oraciones evangélicas o sermones, es tan religiosa y sabiamente útil, que si (en aprobación de los que han omitido la memoria expresa de ella) no ven nuestros ojos en los santos y Padres las estampas, debe nuestra fe (aunque opuesta a las leyes más severas de la oración profana) venerar sus huellas pues aun el error soberbiamente supersticioso de los romanos no olvidó a sus mayores esta reverente memoria en las acciones del cuidado público. Y si esto siempre, ¿cuándo más providente, más rita, más decorosa esta invocación, que en el día que llega a decir de la más gloriosa Reina, más amable, más resplandeciente en méritos naturales, ilustre más en virtudes y ejemplo católico que (sin afectación dicha) nos acordamos, un orador religioso, humilde, si no del todo desnudo de los arreos de la elocuencia española, mal aseado de la improvidencia, peor dichoso del genio? ¿Dónde, más que en presencia tanta, en tal corona de fieles, si breve por el sitio, tan preciosa por el valor, que dobladas en ella y en nuestra voz más propias las coronas (una y otra, digo del occidente y del norte), si no confunden flamantemente en los rayos, abrazan (no mezclan) dulcemente los resplandores, formando en los orientes de Su Majestad el mayor mediodía que desde la eminencia de sus luces ha visto el sol? Y ¿cuándo mejor que cuando se han de decir las verdades severas que esta Reina santa ocasiona a oídos soberanos, con quien tan poca dicha (en todos los siglos) suele tener la verdad?

Así, pues, omnipotente, eterno Dios, en quien nos movemos, vivimos, somos, Padre de las lumbres a quien no se puede acertar mudanza inestable de claridades ni achacosas veces de sombras, de quien toda dádiva grande descende y todo perfecto don, me da gracia para que sea hoy esta oración mía digna del palacio, digna del príncipe, ya que a la memoria de reina tanta y sus gloriosos y piadosos manes no baste a corresponder.

Y Vos, Reina de hombres y ángeles, y de este Dios Madre Virgen, ¡Oh, María! sed de protección tan grande eficaz intercesora. Sean fructuosamente recibidas la verdad, la fe, la libertad de lo que hoy dijere, y si bien parece error mal erudito ocupar de horror el principio y los ánimos, despierte hoy mi humildad afectuosa a los ojos lágrimas, al corazón sentimientos de tan enorme pérdida, que la misma razón que en las muertes recientes solicita consuelos, obliga a mover dolor en las que se olvidan. Olvidar la memoria de Margarita no es obediencia descuidada al imperio villano de los tiempos, no es ingratitud; riesgo es, e infidelidad. ¿Cuándo, empero, de virtudes tan excelentes, por hacer algún ruido a nuestro proceder, no afectamos el desacuerdo?

Oye, pues, tú, Reina santa, tus loores, si acaso la condición afectadamente ignorante de los mortales, medrosa a la imitación desde el ejemplo, se ensordeciere. Comenzarélos, poco adulador, por los que nunca más afecto tuyo que la desatención pudieron merecerte. Si ya no fue para aprender de tus padres (que tu imperial nobleza voy a emprender) la virtud y el verdadero trabajo, mejor que Ascanio de Eneas y como de los suyos Tobías.

Naciste de la naturaleza como pudieras de la adopción. Séate culpa tu nacimiento (seguramente me arrojó), como si fuera acción tuya, pues si no escogiste el linaje (porque sólo se dio a sí mismo Dios esta excelencia no comunicable a los hombres), como si le escogieras le tuviste en las generosas y esclarecidas casas de Austria y Baviera. Austria, la que excedió en Emperadores el número que en hijos particulares premiaba Roma, la que comenzando reverencia de sacerdotes, creció amparo de pontífices. Austria, la que dominó la parte del norte habitable del mundo, para ser imán del corazón de España, aguja al norte de Roma. Austria, la patria animada de los Carlos, de los Fernandos, Maximilianos, Albertos, Filipos, Federicos, Rodolfos, águilas de dos cabezas contra el dragón de tantas, nunca bastardeando las sucesiones. Baviera, la columna de estos imperios, la casi de la fe de Alemania única conservadora, el rayo de los sectarios, la hacha de las hidras, llama de culpados y luz de fieles. Éstas fueron, una y otra sangre, las que resplandecieron siempre con rayos de majestuosa serenidad a la Iglesia, de nube turbulenta a sus enemigos. Éstos los dos ramos racionales de aquella vena tan rica que en todos tiempos da siempre mejores (no buenos) los metales humanos. Nada mediano sabe nacer de ella. Cuantos hijos da, tantas eminencias ostenta. Y lo que difícilmente acaece, la frecuencia de ella es más rara, más estimable la muchedumbre.

De este, pues, más que mortal (si bien mortal) origen, fueron, Margarita, tus padres. De Austria, el Archiduque Carlos, dueño de Stiria, Carintia, Carmola, del condado de Coricia y parte de la Dalmacia, hijo segundo del emperador Maximiliano, nieto de nuestro Filippo Primero, primero por su nombre, por sus sucesores y nuestra dicha, primero. De Baviera tu madre, la archiduquesa María, hija del grande Alberto, el que en los pendones sagrados, en las banderas católicas acreditó con el hecho (no con la presunción o la apariencia) el blasón augusto de perdonar humildes y debelar soberbios, tremolando contra las panteras septentrionales la greña del león imperial, que transformado can, fiel por el afecto pío, intentó reducir los lobos de la herejía, ya al cordero en piel de púrpura Cristo, ya al pastor (en su perpetua sucesión) Pedro.

Héroes son éstos, Margarita, que si tu modestia, aun ausente, no me arredrara, si no me desaconsejara judicialmente la fe, cuando por traslados a no alterable imperio no los llamara dioses, como cultamente bárbara solía Roma desperdiciar los títulos de divos o divinos, como a un Antíoco, tan feamente fallecido en las historias, de Dios se le quiso adoptar, medrosamente soberbio su sucesor. Por haber sido padres tuyos, les diera yo este culto que Enós mostró prometérsele en el idioma santo, no siéndolo más que Abel (primera imagen de Cristo, en carmín tan costoso como su sangre), por haber dejado tan santos hijos. De estos padres (venzamos ya esta luciente niebla) naciste, Reina ínclita, el año de mil y quinientos ochenta y cuatro, en veinte y cinco de diciembre, entre las nueve y las diez del día, cuando tocaban al alzar de la misa, como el pueblo dice. ¡Dichoso y cristiano agüero nacer para el bien de España el día en que Dios mismo para el del mundo! Y en aquella dichosa tierra, términos de Carintia y Stiria, donde se vieron amanecer tal día dos soles, o porque para esforzarse contra tan clara noche buscó el sol compañía, o porque para reconocer al sol Dios que en un establo rayaba luces, menos hachas no bastaran. ¡Ay, cuántos vicios murieron en otros al mundo este día! ¡Oh, cuántas virtudes en ti nacieron! Siempre observaron los nacimientos de las personas grandes los tiempos todos. La suerte de Matías sagrada hizo dichoso a tu abuelo magnánimo día veinte y cuatro de febrero, más que el diez y ocho de julio a César su vanidad supersticiosa. Y yo noto ahora que al levantar brazos sacrílegos en un leño el precio de nuestra salud y el fiador de ella desnudo el viernes de la semana mayor, nació después tu hijo y Señor nuestro, y tú naciste cuando entre celajes cándidos de sencillísimos accidentes, misteriosamente vestido el sol mismo, le levantaba también la fe de los sacerdotes: que parece que no contento Dios con hallarse en un pesebre reclinado por su amor entonces, quiso que aun el horóscopo de tu nacimiento le tuvieses en las aras por ascendientes. Sirvan (breve y hermosa seña de mayores glorias) estas observaciones hoy a la ejemplar expectación de tu vida y hieran como en eco cristiano y culpen la credulidad ambiciosa, la superstición tímida de los poderosos que, en esta prohibida y falaz vanidad, tanto como yerran padecen. Cual si no hubiera enseñado Dios a los reyes más sabios de estas ciencias o opiniones a observar la genetlítica más útil y más segura, buscándole con tan buena estrella, que hasta la casa del sol llegaron al no romper, sino clarear la alba de María, arrojando a sus pies la cláusula religiosa de todos los sacrificios, en dones, tributos, despojos divinos, humanos, reales.

Así, pues, con altas circunstancias, tu nacimiento fue en Graz, metrópoli de la Stiria (en más distantes siglos Valeria). Bien te describiera, ciudad dichosa, para granjearte atención, para solicitarte más puntual crédito. Bien te describiera, desde tus collados fértiles a tus bosques gustosos, del Mora que te baña a la vega que te sustenta, de los hospitales que te curan a la plaza que te hermosea, desde el castillo que en tantos militares tormentos te ampara a las escuelas insignes que en más sudores católicos de Ignacio te enseñan, si alcanzando a ser patria de Margarita debiera reparar de ti más que en tu cielo. ¡Oh, ya mejor, metrópoli ilustrísima tenga también nombre de cielo tu tierra: y sea del primero, por la imagen de media luna que forma, gallarda ostentación o amenazado triunfo de las banderas de Agar! Mayor, empero, y más vecino símbolo descubro a este cielo en ti para la formación tuya: que así me obliga a discurrir el nombre que te pusieron de Margarita. Séame lícito, si no augurar, filosofar cristianamente en él, pues Dios cuidó tanto, no sólo del suyo y de su Madre (que son sobre todo nombre), sino

del de Abraham, del de Sara, alterando sus letras hondamente, del de Jacob, trocándosele entero, con tan diversas letras como significación, como el de Pedro con alusión grata, con seguridad misteriosa. Misterioso nombre el de Margarita, pues le pudo servir de símbolo a Jesucristo para su Evangelio y su amor para la ley y salud nuestra. Una y otra purísimas veces repetida y sutilmente forma una margarita, emulación vistosa de esos cielos, tan amigamente encontrados o encontradamente amigos, si bien Jesucristo y sus apóstoles (cielos místicos de la Iglesia) la acercaron plumas mayores, por el parto más precioso de los insensibles que aborta el mar o la tierra la codicia humana, la ha estimado siempre el mundo. ¿Tierra y mar dije? Cielo dijera mejor, pues formándose esta perla del aliento húmedo o rocío del cielo (fecundo si puro marido de la hermosura del nácar) más sangre muestra tener con el cielo que con el mar, cuanto es más sangre, más parentesco que la patria los padres. Pidamos, pues, a Dios, en esta parte de oración que este dulce símbolo nos halla, que suden blandamente divino humor los cielos, que dirijan gratamente liberales su rocío, si no para formar, para ilustrar a lo menos, esta margarita, para que a su luz bermejee la claridad interior, como en las naturales suele, y arda el sol de su criador la alma purpúrea de este sazonado aborto de su influencia, de esta humana perla, Margarita, antes que la edad (que también este ademán padecen las perlas) porfíe rugas o deslucimiento a su tersa preciosidad, a la opacidad diáfana de su ser. ¡Ay, a qué tan presto me he herido de mi voz importuna e intempestivamente! ¿No fue bien breve el período de tu vida, y más que adelantado al peligro de estas naturales injurias? Veámote ya crecer, Margarita, y juzgo que no veremos sino el haber crecido, como en los árboles, pues cuando llegaste al uso de la razón, practicaste la doctrina (que tan dura como saludable tal vez ha parecido) de haber de amar a Dios con acto expreso o con el mismo desviarse de él. ¡Oh, en qué obscuridad ruda de naturaleza aprieta tanta elección! No pudiste, antes de nombrar padre, madre, andar inquietando en niñerías valiente el basilisco, en victoriosos juegos la víbora, con las manezuelas tiernamente duras, hermosamente triunfantes, como Cristo. Supiste, sí, en pudiéndolos nombrar, escoger sus padres por tuyos, a María y José por tus abogados. Si no ofendiera con la piedad el respeto, entre esos padres, y no entre tus Archiduques, te retratara de aquella edad. No acabó Rafael lienzo grande en historia, colorido y decoro, que no le comenzase o más medroso hieso, o menos cierto lápiz que su pincel tan nombrado y valiente. Ni Micael, el que si no ajustó pinturas, nunca erró dibujos, esforzó tanto el mayor diseño que en menos puntual esquicio no le borrarse. En la tabla, empero, pasmosa de Margarita, el soberano pintor y primero, Dios (a tanta luz indigna sombra, la mayor humana), que suele disponer a nuestra cortedad sus favores, tasando pródigo con la naturaleza lo que quiere liberal condescender con la gracia, así hizo el primer rasguño que pudo parecer última mano. Que en los sujetos grandes (como en Juan vimos) desde les trazos la pone Dios, bien que raras veces.

No naciste como él, como Jeremías y José, santa Margarita: mas la santidad o gracia del bautismo (en el nácar material de la pila, generación espiritual) hasta llegar a España no la perdiste. ¿En España? ¿Por qué? Son preciosas las margaritas del oriente, a cuyas líneas está señalando Graz. Pues no tienen precio por sumo las del poniente, cuyo centro asombra Madrid. Sospechas verdaderamente de divinidad (en la forma que puede ser) engendra preciosidad de méritos o adelantamiento tan grande. Así pareció reconocerlo Saúl en el mozuelo hijo de Isaías, por el alarde que le hizo del león y el oso

desquijarados. ¿Cuántas más fieras, más monstruos de afectos suele llevar y esconder la selva más culta del pecho humano, aun antes que lleguen a boscaje bárbaro sus malezas! De doce años hiciste una confesión general. ¡Oh, afrenta de los que necesitan, no sólo de la persuasión de los jubileos, sino de la cuerda del precepto para la ordinaria o anual de sus delitos! ¿Qué acusabas, ángel hermoso? Porque si no es haber heredado la mancha de Adán, no te sospechamos otra. ¿Reprehendiste de haber errado en la primera cabeza? Porque ese achaque fue menester ser deidad o término de ella, quien la excusase: y ya la sangre de ambos, si bien los méritos del Hijo solos, te limpiaron en el bautismo de ella. Nada que mereciese nombre de culpa pudo dejar aquella agua liberal y piadosamente sangrienta. ¿Congojariáte (como mancha sospechada en el lugar que cayó) lo material de la yesca que abrasó la culpa, que por nacer de ella e inclinar a ella, el estilo irrefragable de Dios la suele llamar pecado? Prevendrías con razón desde esas niñeces, ciervecilla pura, la tierna y hermosa cerviz al yugo suave, que de sus mismos brazos sabe formar a hijos menos atentos aquel Padre, más que de familias, de amores, Dios. Desearías ignorar en el afecto más leve (como ya un alma que despertó su Divino Esposo) la túnica molesta que al baño soberano la primera vez depusiste. De doce años se perdió Jesucristo, bien que de amor por nosotros. Y tú te ganaste niña (sería niñería de la lengua llamarte de los ojos de Dios) entrando de esa edad en la congregación del Espíritu Santo, edad capaz, no de esponsales solos, sino de último desposorio tratado espiritualmente con tu hacedor mismo. Cera fuiste a su ardor divino, para recibir su imagen, si Margarita, más tenaz que el diamante al conservarla, si sedienta esponja al beber, más estampa siempre. Fue tu seso, niña, como de anciana. ¿Cuántos ancianos vemos como niños? Enseñaba a idolatrar desde las niñeces a Isaac Ismael tal madre tuvo en Agar. Entre las mismas, aprenda a bailar la hijuela de la majestad, sobre tirana, adúltera, de Judea: tal madre en Herodías tuvo. Tus niñerías eran virtudes; tus cuentos, oraciones; tus juegos y entretenimientos, limosnas; tus danzas, disciplinas; tus visitas, de lugares santos; los almuerzos, comuniones; tus golosinas, lágrimas; las músicas, suspiros. Tal madre tenías en María, y en María y en José, tales ayos. ¡Ay, educaciones de Madrid! ¡Ay, crianza de gente ilustre, niñeces de nobleza! ¿Criáis los hijos para Ismaeles? Y asimismo ¿las hijas para Herodías?

Entre estos devotos alientos, se iban abrazando y creciendo la hermosura interior y la exterior belleza. Flor es la hermosura de la virtud, fruto debe de ser la virtud de la hermosura. Y el arte augusto de las personas reales, mucho trae del Cielo. No fue casual efecto de su formación la hermosura de Moisés, pues blandió con ella (eficaz, si lisonjero) a los padres, como envueltas entre la risa las lágrimas al nacer, y obligó la piedad paternal, contra más dura ley, a arrojarle al río. ¡Ah, condición miserable humana! ¿Qué puerto prevenía la crueldad, si fue piedad el naufragio? Sombras son éstas, no vanas, de Margarita, cuando se vio preferida a otra hermana mayor para Reina nuestra. Tu virtud, Margarita, mereció este imperio, tu hermosura añadió sufragios, calificó votos. Aquélla te puso la corona, ésta la decencia. De cuantas bellezas (que son muchas) nos dejaron memoria las noticias sagradas, la de Ester, por no vulgares atenciones, veo resplandecer en ti; y ahora, baste haber sido como fuente de agua que sonroseó la luz (¿qué luz o qué lustre en rostros generosos como la agua?) y que esta fuente de agua y luz creció hasta sol, convertida en él.

Aquí Tercer Felipe, última pérdida nuestra y primera gloria (a cuyos lazos nupciales disponen prevenciones de aliño santo), tu hermosa Ester grande ocasión me ofrecía el estilo de torcer hasta las antenas y divertir a nuevo y piadoso rumbo los linos o vela de mi oración. Temo, empero, tocar en la misma laja dos veces, si no embestir en su escollo y esme fuerza engolfar en el rumbo que llevó al mar más alto de España, para descubrir esta margarita.

Margarita, a tus méritos procedo: pues fuiste la mujer fuerte que el mejor Salomón, en fábricas divinas y humanas, Felipe Segundo halló, habiéndola buscado el hijo de David, con tantas señas inútilmente. Tú fuiste en quien descansó el corazón de tu Esposo, hasta imposibilitarle de otra mira mortal los deseos; la casada perfecta, que en todas circunstancias de valor, de virtud, de sexo y honra, ejecutaste la idea del Príncipe más infelizmente sabio, sin que la parte hacendosa, sobre la varonil y real, te faltase.

La nueva de este cuidado y de la pretensión (no elección sola) que hizo de ti este Príncipe. ¿Dónde hallarla, Margarita? ¿En tu palacio magnífico, en el estrado y dosel realmente archiducal de tu estado? O cuando más privadamente, ¿en tu oratorio devoto y rico? En un hospital haciendo a los pobres las camas te halló. Melindres femeniles, asquead la vista del pobre, que al horror de sus lechos, a las vecindades feas de los males de un necesitado y de muchos, pone manos, rinde sudor Margarita. La blandura o apacibilidad de Rebeca (cuando se parecía ofrecer menos a los ojos que al cuello, la coyunda de Isaac) pudo en un pozo, al dar agua a unos camellos, ofrecerle herencia tan grande. Y tu caridad ferviente te dispuso a ti a la igualdad de Felipe, haciendo las camas a los pobres en la enfermería de un hospital. ¡Cuántas majestades arrastraron sus excesos desde el reino al hospital! A ti te llevan tus virtudes desde un hospital al reino: y ya que te halló la nueva de un reino en un hospital, en tu ánimo, ¿qué obró? Congojas en el pecho, llanto en el rostro, verdades en la razón. Pues a las sospechas solas del matrimonio, no hay mujer moza que sea prudente en recatar el gusto a los ojos, ya que sea atenta en sellar la risa a los labios. Si fueran parabienes de casamiento como pésames de orfandad, las bascas del hermano (aun en lo sagrado de la mesa), no estuviera tan diestra Octavia en callar a los semblantes del rostro, los afectos del corazón. Llore la hija de Jefte, en el voto desalumbrado de su padre, su belleza violentamente infecunda, su edad supersticiosamente malograda. Mas tú, a quien no esperan aceros, fuegos, aras, antes vendas de principado, trono español, consorte soberano te aguarda, ¿por qué lloras? Porque la hija de Jefte llora el peligro de su vida, tú el de tu pureza. No todas las hijas nobles, ni aun las comunes, han de ser religiosas. ¡A cuántas el haber sido casadas les hubiera estado mejor! El voto de la integridad no es de todos genios, como ni de todas fuerzas su cumplimiento. Dios honró hasta con su asistencia los matrimonios y si bien el fruto del primer casamiento fue Caín, y del primer voto de virginidad Jesucristo, y él mandó calificar los árboles por los frutos, en reinos de sucesión, como son casi las monarquías todas, es el matrimonio forzoso; no es, empero, de la modestia de las doncellas el solicitarle. A la esposa de Isaac le preguntaron sus padres cuándo podía partir con el criado que vino, no si quería casarse con el pariente que la esperaba: que no es del empacho virginal hablar en marido, ni del decoro escogerle. De la obediencia filial, sí, es rendir consentimientos y de la sangre generosa y debida educación, no hacer ruidoso el agrado. ¿Hacia qué bien mira quien solicita sujeciones tuyas? ¿Qué engaña los

años tiernos que anhelan a las prisiones y en dotes formidables a las veces? ¡Oh, miseria, lustrosa pena del primer error, no entendida entre los halagos del gusto! ¡Comprar una mujer a caro precio su servidumbre, quizá su esclavonía!

Tú obedeciste, llorosa Margarita, al bien que, no alborozada disculpadamente, sino alborozadamente interesal, pudieras pretenderle: y éste, después del viaje largo y majestuoso, de las ceremonias grandes sagradas, siendo, si no Jesucristo, su vicario, el que asistió a tus desposorios, y la mesa, no sólo suya en que te sirvió aparatos nupciales, sino la de Dios, en que una y otra vez repetidamente te ministró su verdadero cuerpo. Últimamente en Valencia te entregó la compañía de Felipe. No sé en esta parte más: la compañía de Felipe. Dichosa ciudad, madre antigua de noblezas, de armas, de letras, taller perpetuo de santos, tálamo ahora reciente de las dos mayores purezas que vio inculpablemente ofendidas la sucesión. La tuya te dio en perfecto número siete hijos caros, carísimo más el uno (Tened, estilo, que tiempo hay). Fecunda y bizarra vid, con hojas de modestia espaciosas: flores puras de virtud, fértiles racimos de sucesión. Uno y otro goza el Cielo, la tierra venera en los que quedaron, coronas de España, Francia, Hungría, tiaras quizá de Roma, bastones quizá de la Asia, triunfos de Jerusalén. ¡Oh, sea! ¡Oh, sea así!

Dios, siendo Dios, se preció de tener hijos, y no el Eterno, sólo, y natural, ya en la eternidad, ya en el tiempo, sino los puramente adoptivos y temporales, hasta habérsele oído en no oscuros si divinos oráculos, estas voces: «Hago yo a otros tener hijos y ¿he de carecer de ellos?» Don propio de Dios son los hijos. Justamente se pudo, si no ofender, apurar Jacob, a las ansias importunas de la esterilidad de Raquel. «¿Por ventura soy yo Dios? ¿Pídesme hijos por fuerza?» Que cuando no sólo el caso, sino la imposibilidad o la fuerza llegan a parecer culpa, es desdicha muy grande. Dios edifica las casas las sucesiones digo, que las casas de piedras o ladrillos, Satanás suele edificarlas. Díganlo ellas mudamente voceadoras, ya que hasta los estruendos de la costa se hacen mudos. Dios labró la casa primera a Adán, no solo cuando formó así a Eva, sobre el cimientito o cimbría de su costilla (que de todo vino a servir), sino cuando confesó ella que por Dios había tenido el hijo primero, con que comenzó a asegurar el imperio humano en un descendiente y otro, que no hay mayor seguridad de un imperio que la muchedumbre de hijos. Pues a los dos primeros hermanos estrecharon los términos del mundo, como los muros de una pequeña ciudad pudieran. Siendo esto así, Margarita, tu virtud eminente y la de tu consorte, no menos sublime, me obligan a pensar cuánto ayudan a estos edificios vivientes, la modestia de la majestad y la fe del matrimonio.

La modestia para que no se hagan dioses los hombres que desean hijos, pues a Dios le hace hombre para tenerlos: conque de hijos y hermanos contrae la deidad infinita parentescos mortales. Y, hasta hacerse carne por ellos, no dio a los hombres poder de hacerse hijos suyos. En la majestad del Sinaí estruendosa, cuando lo llevaba a rayos, no hubo mención de hijos; miedo, sí, hubo de vasallos: que a no temparlo el amor, pudiera parecer odio. En el Tabor, que trataba de padecer la deidad por su pueblo, si bien en naturaleza capaz de pasión, y en el Jordán, que disponía su remedio, a nubes de claridad, a voces de resplandor, confesó hijo, protestó agrado. La fe conyugal y continencia santa asegura esta dicha, este bien últimamente. No hablo de la tuya, Margarita, que no es prenda para advertida de forzosa, cuanto y más para alabada en las mujeres nobles. ¿Qué

en las reinas? Una mujer humilde como Susana, y hermosa, solicitada con tanta instancia como fealdad (antes con peligro y violencia) de las canas purpúreas de los jueces, empuñó palma de pureza y victoria, y era mucho pisarla Ester. ¡Ah, borre nuestra memoria, como la pluma de Dios, el nombre de la mujer de Putifar, desdichada y ruin, que tan desdichado como torpe dejó ejemplo a la nobleza! La fe solemnizo de tu marido, que como a bien ganancial de la alma, espiritualmente tuviste a él parte; del marido que veneró tus prendas amante, correspondió a tus deudas justo, y bebiendo aguas puras a tu agrado, llamas dulces a tu semblante, todo veneno turbio, toda cisterna ajena ignoró. Ni de otra hermosura que la tuya, con libre y natural pacto, permitió a sus ojos atención leve, ni a su atención un mirar veloz.

Gran cosa en un príncipe, pues halló David sacrificio digno de sí y digno de Dios, en verter la agua que deseó beber: que reprimido un antojo o deseo real, no es agua vertida, hostia le es entera a Dios. Quien del baño del vasallo bebió adúltero, no poco hace en negarse modesto a la cisterna del enemigo. De un clavo de los cuatro en que pendió a desangrarse el cordero y pastor, Abel Divino, Jesús, para destilar a las muertes del mundo resurrecciones, hizo Constantino a su caballo un freno, habiendo echado otro al mar tempestuoso. Que para arredrar un príncipe resuelto, como para tirar del freno a un piélagos insolente, de clavos de Dios y saboreados en su sangre, es necesario el bocado.

Gran cosa, pues, mas debida y útil la fe conyugal y continencia en los príncipes. Bastante ejemplo era Abimelec, en los medios de haber indignamente traído a su palacio la mujer de otro (aun del edificio insensible, sensible agravio), o en haberle dado a Sara mil escudos para tocas, advirtiéndola que se acordase que le habían cogido en el hurto, siendo el autor de la violencia, como de la defensa de Sara, Dios. Que hermosuras miradas afectuosamente de un príncipe, mucho han menester para tocas. ¿Darános ejemplo alguno más cuidadoso las historias acaso? ¡Ay, que nadan en tanta sangre como doctrina todos! Por todos sean solos dos: sagrado y judaico el uno, español y profano el otro. Salomón, tan lastimosamente perdido por la variedad de las bellezas infames a que se entregó. ¿Es posible que no miraras, Príncipe, ociosamente sabio, que habían sido dos mujeres de ruin vida las que en tu reino movieron a tus ojos el primer pleito, para cautelar aquel sexo desde aquel día? ¡Ojalá hubieran sido siempre pleitos los tuyos! Que mejor saliste del pleito de dos mujeres que de la paz de tantas. Rodrigo, que el imperio de trescientos años en los Godos dio por casi setecientos a los africanos, por mal dueño de su palacio, por mal señor de sí. Tanto hubo menester, como duró en no común nuestra, para expiarse una torpeza real. ¡Qué fácil es al hecho un agravio! ¡Qué difícil es a la satisfacción! ¡Cuánta mayor venganza deben tener los que no tienen de quien temerla! Y no acaso se acabaron de extirpar por Felipe las raíces obstinadas de tan infame selva, habiendo sido el más casto Rey que sin ayuda de la naturaleza ha dado a España la gracia. Y esto con tanta parte, Margarita, de tus consejos, de tu aliento, de tu instancia.

La que tuviste (parte digo) en la educación o crianza de tus hijos, si no me abrevia la vida el Cielo (a tan inútiles trabajos apresurada), diré algún día, cuando, si no la oración, la historia me obligue. ¡Oh, guárdalos, Señor, en amable prolijidad de gentes y de siglos!

La parte que toda la vida tuviste en la asistencia de tu Felipe, y más en esta ocasión, quisiera repetir importuno oportunamente. ¿Cuántas olas serenaste en aquesos recursos de pensamientos, entre el interés y la conciencia, la magnificencia y la severidad? ¿Qué perplejidades no desataste? ¿Qué remisiones no encendiste? ¿Qué desmayos no alentaste? Quizá te debe España la última resolución de la libertad, de su limpieza la fe. ¡Oh, en cuántos cuidados asististe a Felipe, amiga! ¡En cuántas dudas le aconsejaste prudente! ¡A cuántas elecciones (aunque excluyeses con no practicable entereza tu misma sangre) le dirigiste justa! ¡A cuántas dádivas y mercedes liberal le acompañaste! ¡De qué celo público no le fuiste individua compañera! ¡Oh, adjutorio de Eva, alguna vez practicado! Mujer que honraste el marido. ¡Oh, Reina que a tan buen Rey hiciste mejor!

Cuidó Ester del bien de su pueblo y fuele redención y amorosa madre. A los pueblos de su marido justificado mas casi implacable verdugo fue. Tú, siendo hija grata a los alemanes, fuiste verdadera madre a los españoles. ¿Qué virtudes contaré que compongan el Paraíso de tu vida, tan brevemente perdido de tu dueño, que no se ofenda cada una, siendo cada una mayor? Perpleja avecilla, mal dudosa abeja (si hubiera con el estilo usurpado alguna decorosa dulzura al enjambre de su Platón en Grecia o al de mi Ambrosio en Italia), me tienen las flores de esta primavera, y ¡cuán breve! Allí me llaman los claveles encendidos de tu caridad ardientes; allí la Clicie dorada, o esposa del sol, en tu amor puro, y, entendidamente embebecido, me vocea. Aquí cubren y ennoblecen de intenso color y saludable fragancia el aire las azucenas, blanqueando purezas tuyas, por alentarse émulumamente a los jazmines de tu conversación religiosa y cargadas todas ellas de granos de trigo, como rocío del cielo en tu fecundidad. Los jacintos azules de la oración y contemplaciones empíreas (no celeste sólo) me elevan, si ya no me pierdo entre las flores de un jardín, como en las malezas pudiera de un monte. Y yerro el nombre a todas; pues todas con propria voz de la gracia a la naturaleza, todas son maravillas, reina santa.

Salgamos de metáforas y flores de jardín o paraíso, mas no sin atender a tus conversaciones en él, y todas fueron bien contrarias de las de Eva: o con tus damas del servicio de Dios, o con tu marido del bien del reino, que no hay bien de uno que no sea servicio de otro. Con la sierpe nunca, nunca en peligrosas curiosidades. Un día que te querían leer, por divertirte (y cómo que divierten) un libro fabuloso y desbaratado de ésos que llaman de caballerías, ¿qué paloma, víboramente (así lo digo) irritada, se ofendió así? ¡Ni en mi aposento ha de quedar tal libro! ¡Qué libros se imprimen! ¡Qué venenos se extienden o cunden en el papel! ¡Qué pestes se aseguran en las prensas de vanidades, de fealdad, de mentiras, de agravios! ¡Qué apologías, corriendo satíricamente sangre, sin que entre la inundación de tantos méritos humanos, como intentan ahogar las vendas se dejen atrever, no amenazar sólo, sino azotar las estrellas, a empañar las lumbres del cielo! ¿Es posible, cristiandad española, que con subscripción soberana y licencia, aunque sea mentida, se estampen y corran ilesos por nuestras manos, para perpetua mengua de la nación (si temporal ofensa de los particulares) estos vergonzosos monumentos, como cada día en legas o eclesiásticas temas escandalosamente revierten las imprentas?

Las acciones que contra la ociosidad (hecha autoridad desatentamente en las personas grandes) ejercitabas después de misa, visitas de conventos, comuniones, oración, eran

labrar retirada, no para ti la púrpura real, o para tu marido la grana que encareció Salomón, sino a las iglesias colgaduras, a las misas ornamentos, a los altares frontales, a las aras sábanas, corporales a las hostias. Labró María, mayor Reina de hombres y de ángeles, para el Templo en su niñez, no matices, milagros de cañamazo: obra de sus manos veneró, gozó (¡oh, suma dicha!) la antigüedad, un vistoso paño de diversas colores en dos haces (que nada hay que suene revés en manos de María), carmesí la una, la otra verde, caridad y esperanza. A nosotros, de esto nos tocará la fe buena, si no católica. ¡Quién les diera, Virgen Madre, a ojos, piadosamente crédulos, ese paño a humedecerle a llanto, no a gozarle a curiosidad! Eran dibujo e historia a los matices, Jesucristo, Hijo suyo y Redentor nuestro, sus discípulos y apóstoles. Aquí doblarías la suerte, Matías, zodíaco sagrado, victoria poco cuidadosa del celestial en tal sol, en signos tales. Mas ¿por qué entre lo verde y carmesí del arco, lo azul del cielo no buscó lugar? Quizá por color mentido no se le dieron. De éstas eran las labores de María. No os habrá sido molestia copiar trabajos de esta señora. Solían acompañar labores semejantes las damas doncellas consagradas a Dios dentro del Templo. Las damas, empero, las reinas, menos devotamente, sin culpa pueden labrar. Así labró Margarita: cada una labre como quisiere. Así labró Margarita, y pudo, aun inmortal y pasible, vestir a Dios en sus templos. Él se lo agradecerá, que quien anda cuidadoso a buscar alguna obra que agradecer al Obispo de Laodicea, ¿qué ha de hacer, viendo a Margarita en España tantas? Él prometió ser despestañado en los templos, al remedio de nuestras necesidades. Ahora le ruego yo que lo esté al remedio de las suyas, por Margarita. Porque ¿a cuál inclinar a los ojos que no vea, aquí los corporales, allí los ornamentos, acá los frontales, los aliños al fin lucidos, los aseos todos de sus casas menesterosas? Y Vos, glorioso Diego, Patrón y Caudillo, como Maestro y protector de España, ¿no sentiste también la beneficencia y piedad de Margarita, en blandones, lámparas, colgaduras, paños, frontales? Y a vuestro sombrero o peregrino natural nuestro, no le escondan conchas vulgares, nácares de margarita, o margaritas de tan raro nácar os formen el cintillo.

Por ver a Dios sin necesidad de sus bienes, andaba David a hacerlos a los pobres. Dichosa tu alma, tú, alma santa, que hallaste a Dios con tantas necesidades de ti. Pues si no fuera por tu labor y cuidado en tantas iglesias de esas montañas, adonde enviabas estas ofrendas, se quedara Dios desnudo, se quedara Dios indecente. Así quiso su amor en su Sacramento y veneración, pender de tus manos, ¡oh, Margarita! Ni por esto dejaste de vestir también los pobres, y hacer como David en ellos maravillas. Bien pudieran como a Dorcas, resucitarle los vestidos mismos que tú les diste. Que eso parece que quiso enseñar Pedro, cuando al mostrar los pobres los vestidos, él señaló en la difunta la vida. Mas allí doblaron la vida, aquí sincoparon la tuya. ¡Oh, juicios incomprensibles del árbitro de todo! ¡Oh, altísima providencia, qué oscuras nieblas te cercan, si bien tu justicia y tu equidad siempre te acompañan!

De los templos me arrancó breve excursión. Vuelvo, no a abrazarme sólo de sus aldabas, sino a besar sus piedras, desde las losas bruñidas de esa lonja de la Encarnación, a los estupendos postes de Salamanca, cuando no a las paredes de las Descalzas de Valladolid, al menor diseño de Santa Isabel. Ciento y sesenta mil ducados en piedras para Dios en una parte. Doce mil de rentas en otra. En otra lo decente. En otra lo necesario. ¿Qué magnificencia con Dios es ésta? Admirable fábrica fue la del Templo de Salomón,

ejemplar quedó a los encarecimientos. Mas también labró casa a la hija de Faraón, y la que labró para sí le embarazó trece años. Tú, Margarita, afrenta de las prodigalidades profanas, victoria de las liberalidades religiosas, que historias o fábulas, o acusan o celebran, a Dios sólo labraste casas. Así te premió en eternas quietudes, por breve peregrinación, y apresurada, el Dios de Jacob. Que si por una piedra sola, erigida al altar, tanto favoreció a aquel patriarca, tantas, Margarita, y por margaritas, preciosas todas (aunque repita una vez y otra tus alusiones) ¿a qué no habían de obligar al que es siempre en dar, como en amar primero? Sillares del templo de la Encarnación, aseadas columnas del colegio del Espíritu Santo, con el resabio de los montes de donde os cortan soberbias, ¡clamad las virtudes y sobre real ánimo de Margarita!

Cuando las de tanto Babel loco, las de tantas estatuas ociosas de más codiciosos que doctos Mercurios, que sólo enseñan a errar, dan al cielo gritos contra la vanidad de sus edificadores bien declarada, contra el hurto mal mentido, ¿cómo, empero, no se acabaron en vida tuya estas fábricas? ¿Cómo no te dejó Dios lograr la felicidad de tu suegro? Mas, eras tú el templo vivo de la Encarnación, por el amor del Espíritu Santo, por la gracia. Y contento más Dios de vivir así, dilató a tu muerte sus casas.

¡Ea, pluma, ea lengua medrosa, ofensiva de reverente, intentemos lo difícil, aunque nos perdamos en ello! No templemos las velas en la oración, nielijamos las vecindades tranquilas y seguras, si menos gloriosas del puerto. Desaprendamos ya miedo tan lánguido e intentemos la tempestad. No solicitemos domar los hibernos de las ondas: el naufragio solicitemos; embistamos señaladamente el escollo nuestro, si el puerto suyo, que si nos dejamos fiar de los vientos largos, de los mares inmensos de su virtud, de sus méritos, bien que a estrecho de veinte y seis brazas de edad abreviados, aun prestados del Cielo infinitos lienzos, infinitas lenguas del bronce, sin acabar la navegación estudiosa, se apurarán los estilos, se ahogarán los alientos.

Llegó a mística perfección el número natural de tus partos. ¡Oh, generosa, real, santa, grande Margarita! Con que yo, humilde religioso, no el que debo, y el menor de todos, sí, llevo a mirar en Madrid, como a ser otro pudiera en Patmos, una mujer coronada de estrellas, que aun en el cerco del sol obstinan sus resplandores: tus virtudes, digo, Margarita, que en la esfera de tu mente, toda ocupada de la lumbre de la gloria, diferencian centellas, centelleando una misma llama. En esa esfera, digo, Margarita, que en nuestro clima mortal al sol, las cautelaste humilde de día, y a nuestras necesidades las luciste caritativa de noche, coronada, pues, de estrellas te estoy mirando cuando acabas de dar a la luz el hijo, el hijo Alfonso, Alfonso el caro, el caro más costoso, que a la usura de la vida bebió alientos prestados. ¡Ay, Benjamín español! Cruel inocentemente, si heredaste a una paloma la muerte, ¿cómo la vida? ¿Qué víbora más o menos creída te enseñó a quitársela a tu madre? Si las inocencias ahogan, ¿adónde no habrá muerte? ¿Qué mal heredada culpa del primer padre, olí rapaz real (perdóname descortés, porque fiel me estimes), te inclina, si no te fuerza, a quitar el ser a quien te le da? ¡Oh, no culpable malhechor mío! ¡Oh, fieramente verdugo hermoso, qué importunas tragedias representas en la verdad! ¡Oh, en cuántas más lágrimas nuestras que tuyas naces!

Y tú, Raquel alemana, ¿cómo no le llamaste hijo de muerte, ni aun de dolor? Caro con el carísimo Alfonso te fue el amor de España último, pues el primer nombre más castellano de sus Reyes, que al hijo último pusiste, te llegó a costar la vida. Cuatro días te hallaste, no al parecer enferma, ni aun convaleciente de las ofensas del parto, antes como lisonjeada de gustosa, porque no fuese tu muerte de parto, sino de amor, y se pudiese prohijar la ausencia tuya, no a pies de ciervo, sino a vuelo de águila. Así te dio improvisamente un paroxismo mortal, al quinto día, día en que Dios formó las aves y día en que la Iglesia celebra al glorioso arcángel San Miguel, en veinte y nueve de septiembre. Mes también en cuya disposición se sospecha la creación entera del mundo. Bien que misterioso el arcángel a Josué prohibió pisar la tierra sagrada, y aquí aun de la vista de la suya santa priva a Filipo. ¿Si fue, Margarita, Miguel tu ángel de guarda? Mas ¿a qué se empeña traslustrada mi piedad? ¿Qué sé yo?

Bien me acuerdo que en una enfermedad grave de uno de tus hijos (que ahora veneramos dueño único nuestro), queriéndote consolar en el riesgo que de él se temía último, un varón religioso, le respondiste: «Padre, consolada estoy, y segura, que un niño se me ha aparecido en mi oratorio y me ha dicho que el Príncipe sanará». Este niño, no siendo Jesucristo, como el de Antonio mi gran Portugués (que yo lo solemnizara), un ángel suyo ha de ser. No vamos de Miguel ya muy lejos. Pues ¿en tan tierna forma? Sí. Que otras Reinas de España tienen meninos de sus vasallos, de señores y de grandes, de hombres al fin. De Margarita los ángeles son meninos. Todavía insto: ¿por qué no en forma mayor? Por no perturbarla más. Que otra vez, que estaba enseñando a sus hijos la doctrina cristiana (¡oh, cuánto concibo que decir, cuánto callo!), oyó una voz que la dijo: «Esto es de Reinas Católicas» y se congojó de manera que no quiso quedarse nunca de allí adelante sola. Vengan a oír esta santa turbación, a ver este humilde y cuerdo cuidado las hazañeras de las revelaciones, las perdidas por chismes hasta en la oración, las tan amigas de cuentos, que hasta Dios traen en parlerías, y quiera él no en más. Ten, Señor, tu Iglesia de tu mano, esfuerza el redil de fuego, con que recoges, con que cercas tu ganado, que anda el león, sangrientas las presas, ya sobre el sitio. Tira a tu enemigo la rienda, que vive en eterno despecho de ti, en odio de nosotros eterno. Mas sea el que Dios hubiere escogido, el ángel de tu guarda, Margarita, Miguel parece que le ayuda hoy a encaminar a su patria, para que tú goces el premio de tus sudores y él enjague ya el sudor de su cuidado. ¿No bastaba un ángel? Sí, para la necesidad. Para el gusto, empero, y las honras, muchos ángeles hacen exequias a Lázaro, y muchos a Margarita.

El paroxismo de la Reina, muerte fue del Rey, agonía de los religiosos de San Lorenzo, santamente ominoso sitio a nuestros Reyes, ansias de damas, congojas de criados, noche de vasallos común, lágrimas, disciplinas, procesiones, Sacramento descubierto, perturbación de amor, escándalo de amor, y fidelidad todo. Vuela la nueva a Madrid, anochece el pueblo, atónitas las gentes. ¡Ah, conmovida patria, qué bien pareciste así! ¡Ah, Corte perturbada, si tuviera tanta duración como ternura tu sentimiento! Parte, mi Simón de María (Rojas en patronímico y público apellido), no falte a tu larga voluntad esta breve memoria, siervo de Dios venerable. Llega apresurado de oraciones, desalentado de sollozos, encogido de cuidados. Acércase al lecho real, mira, ve el lirio cándido de la hermosura de Margarita mortalmente vivo, mas vivamente mortal. Así al ardor del Padre de los vivientes celestial, desmaya mustiamente la rosa, ahajada

cualquiera flor. Tiempo era de primavera, vivaz que llaman y juventud natural del año, cuando salteó la muerte los descuidos gallardos de Raquel en el camino.

Primavera era de tu edad, y tú, maravilla de las edades, resplandeciente azucena, a quien casi en el primer amago hermoso de tu vida, en la belleza impaciente de tu aurora, cortó la muerte, no te acechó. No te acechó ¡oh, Raquel nunca envidiosa de hijos! En el camino, la muerte, prevenida la tenías. Que habías de morir de un parto dijiste muchas veces. Bajando a ver el panteón cristiano (olvido justo de funerales soberbias), le señalaste a tu gran consorte el lugar que te esperaba y que te le asegurase le rogaste. A cuántas personas decorosamente se ofreció, dijiste aquellos días, que dentro de ocho habías de morir. Esto ¿no era llamar la muerte? ¿Aguardarla advertida? ¿Desearla perfecta? Sí. Sí, Margarita, sí era. Mas no a la muerte, al Esposo salías a recibir, teñidas las manos entre la seda negra del ornamento de distintos que estabas bordando a aquella sazón. Mirra de mayor eficacia que la vulgar, con que no fue necesario ése ni otro bálsamo u olor, afectado de eternizar vanamente, aplicársele a tu cadáver: esto, tú lo prohibiste, tú lo ordenaste, o ya soberanamente presaga del olor bueno de tus virtudes que huele a Cristo, o ya cuerda, pura, modesta, generosa, imperial. Alejaste de tus prendas divinas, aun ya muertas, testimonio humano, vivo. A las voces, pues, que daba tu prevención a la muerte, parece que resolvió responderte Dios blandamente en los empeños de ella. Pues cuando te cogió el parto, acababas de labrar el terno lúgubre que señaló la mirra. En tu novena se celebró el aniversario del Señor Emperador Carlos Quinto. En los días de tu parto, los del Señor Rey Don Felipe Segundo y su hermano el Señor Don Juan.

Este alarde lúgubre voy haciendo. ¿Éstos son agujeros? No. ¿Son respuestas? No son sino respuestas o avisos. El loco amor que tenéis a la vida, no sabiendo amaros a vos todo (como de San Pablo pudiéradis aprender) sino a la porción más humilde vuestra, hace que llaméis agujero el aviso, asombro la prevención. El ver acaso, cuando de vuestra casa salís, el hábito de aquel serafín humano, Cristo de sayal, Francisco, en un religioso suyo, os ofende, o por mejor decir le ofendéis vos en ambas propiedades, nuestra y latina. Siendo una seña para acertar al Cielo tan grande, el tropezar en la sepultura de huesos abierta, que a los hijos de Israel aseguró la jornada, os hace perder el tino. La sal derramada, que por beneficio temporal, para remedio eterno, en sus mismos apóstoles os libró Jesucristo, la miráis medrosamente perdida, temor supersticioso os aflige. ¡Ay, de la muerte impensada! ¡Ay, más, de la imprevenida! ¡Que no es la repentina gran daño! Así reconociera Saúl, como debía, las señas, cuando ungido rey de Israel, le guió el profeta a la coluna o monumento que a Raquel levantó Jacob, que mejor cuenta diera de sí y de su reino en los montes de Gilboa, pues de no saber matarse de su mano en la consideración, murió a las del Amalequita en su acero.

¡Oh, vengan los reyes todos, de más o menos edad, a reconocer las primicias de su unción o herencia al sepulcro de Margarita! Tomarán con tiempo el aviso de su muerte, y reconocerán que el mismo aire común a todos usurparon al nacer, el mismo han de deponer al morir. En el mismo gremio de la tierra fueron recibidos que los demás. ¿Qué diverso seno al despedirse esperan? Si desde entonces les tiene abiertas, quizá más maternas entrañas, las lágrimas de aquel primer día dilatan más o menos sensiblemente

hasta el último los gemidos. Y si las del imperio son vendas, con ellas se ciñen los muertos embalsamados, y así van a su sepulcro los reyes. Porque en los primeros pañales de la vida tomó la muerte a sus mortajas la posesión.

Aprenderán también al mismo tiempo otra bien poco advertida, si importante, ciencia. Que como le cuesta a Raquel el menor hijo la vida, y a Margarita lo mismo, ellos (los príncipes) por el menor de sus vasallos deben ponerla y enseñarse a padecer y a trabajar de Dios, que de tres personas que hay en él, todas trabajan en nuestro gobierno, en la forma que se nos permite mirar su inalterable o infinito ser, sin poder prevaricar su atención de su perspicacia en el bien de sus vasallos. Que si es bueno en criar el mundo, en regirle es omnipotente, y en mirarlo por sí, es Dios, siendo Dios en todo.

Vuelvo a la prevención tuya por los avisos de Dios, ¡oh, Margarita!, y hallo de nuevo una oposición: que temió la muerte como mujer, es verdad, y como varón, de ese temor mismo vino a desearla. Bien así vimos a Elías huir la espada de Jezabel y gritar después por ella, que se congojó tanto, si no se desestimó a sí mismo, el ánimo generoso, viéndose ocupado del miedo, que por librarse de él, escogió la muerte. Morir no es indignidad, deuda es de la naturaleza, triste pensión de la culpa, pena de la afectación de la eternidad. Temer es indignidad, mal acierto de la libertad y el juicio, flaco pulso del corazón, síncope torpe del alma. No vino Cristo a librar de la muerte a nadie, del temor de ella vino a librar a todos; y como árbitro y dueño de la naturaleza, que hace de los maderos amargos contraer deudas dulces a las aguas, con el temor de la muerte enjuga los miedos de ella. Librar, con miedo, del miedo, alentado poder es. Y a la verdad, ¿quién sabe no preciar la vida, como no ignorara los miedos a la muerte?

No estimó Margarita la corona, no pudo temer la guadaña. La gracia de Dios gustó por todos la muerte, y gustó de ella. Todavía por dejar ejemplar de morir perfecto, el que no movió ceño al dolor, torció el rostro a la bebida, para formar semblante grato a la muerte. En esta doctrina creció y vivió Margarita, y acabó, aunque presta, no arrebatadamente: porque para saborearse en la muerte, asqueó la vida; que no hay descanso como una cruz a la molestia de un reino, ni tal hombro al peso, como sacudirse de él.

¡Oh, cuánto tiempo ha, fieles, que llegaba mi Simón al lecho real donde estaba, si no como traspuesto entre sombras el sol de Margarita, como entre los horrores de la marina, a lo menos en mortal desmayo, la perla! Fijó en ella los ojos, suspendióse. ¡Cuántas meditaciones, qué tiernas, qué afectuosas, qué útiles formaría aquel alumno grande de la oración! ¡Oh, cuánto mejor fin dieran a la mía! ¡Cuánto más fructuoso a mis oyentes! Exclamó *Ave Maria*, Señora», «*gratia plena*, Padre Rojas» volvió la Reina. ¡Ah, Señora, os importó la devoción de María y la de aquel santo capellán suyo! ¿Cómo respondiste en tanto paroxismo al *Ave Maria* tan presto? Pero si el nombre de María en una pecadora rompió los lazos de la muerte a Lázaro, en la boca de un justo y en los oídos de una santa, ¿qué mucho fue que desatase los de un letargo? óleo derramado es el nombre de vuestro Hijo, y el vuestro le pareció aquí; pues como óleo santo en los labios de ese religioso, buzo de los misterios de Dios, en el obscuro y apoplético piélago de un paroxismo mortal llevó en su boca los sentidos vuestros todos. ¡Ea, Santo mío, sigue el alcance al milagro, inquieta corra la oración, según su promesa, al incapaz de afectos, día y noche, que no

pare! Como vuelve a la vida Margarita, vuelva a la salud también, que necesitamos de ella mucho, que le importa mucho a España, a Alemania, al mundo un ejemplo tal. Muévate el dolor de Filipo, que está en su aposento, bañando en llanto el rostro, en dolor el sentimiento. ¡Oh, villano imaginario en realidad tanta, bien me entiendes! ¿Cómo en lugar de jugar acero, braceando estallidos y restañando cáñamo, vas a derribar de una pedrada insolente el nido amado de estas dos tórtolas, y una caiga a tus manos, la que quisieres primero? ¡Ninguna que quede sola podrá durar! Lastímente (Padre Rojas, a ti vuelvo: ¡oh, qué mal duran de un lado los doloridos!), lastímente tantos hijos en tierna edad, tan pendientes para su mejor educación de tal madre, tantas esperanzas de la tierra desnudas, tantas delicias del orbe desazonadas. Mira que pían en el nido real sollozos los polluelos; los aguiluchos implumes no examinan al sol los ojos, a su madre gradúan los gritos: y en estruendos lamentables de marido, hijos, damas, criados, religiosos, legos, la gran casa de Lorenzo retumba alaridos, rimbomba asombros. ¿No te acuerdas cómo dejaste a Madrid? ¿Cuáles andaban las gentes por las calles, por los caminos? Como si el día de la muerte de Margarita fuera el del juicio de todos. ¿Las piedras de esos montes no te acuerdas cómo quedaban?

No, empero, importunemos más al santo varón, ni a Dios en él, Margarita: que te miro con tantas ansias de ir a él, que a piedades mías te ofendo. Volviste, pues a la vida, y de ella al gusto mayor tuyo, recibiendo el Sacramento del altar Santísimo, viático divino a la peregrinación humana, y más que suficiente a su casi inmensa distancia, recibiendo el sacramento último, la unción extrema. Y volviste a las apreturas de desatarte del nácar de tu cuerpo, perla hermosa, que así lo dijiste a la dama que te daba con el tafetán los garrotes: «Atormentadme más, que presto descansaré con Dios. ¿Queréis vos venir?»

¡Ay, alma pura, cómo pensabas como David, que estaban los demás en tus sentimientos! ¿Que filosofaban como tú de la muerte, que vivían en obediencia de Cristo, para aguardar el interés de la muerte? Que hasta volver a ese agosto, fue la maldición de las espinas en la haza del primer hombre, que ella es el término de los males, y que le costó a Dios cuidados no fuesen los nuestros eternos, y con la muerte lo consiguió, hasta ponerle al árbol de la vida guarda de fuego.

Habías, pocos días antes, reparado en una pintura tosca que señalaba dos como escalas: por una, no con fácil ademán, mostraban subir pocos; por otra, con pretendido tropel se veían, no descender, precipitar otros. Tosca era la pintura. Mas si por ser de devoción ejemplar acertó o erró a ser tosca, las Venus, las Dánaes, las Ledas, los lienzos lascivos, de mejor pintura serán. ¡Oh, pueblo fiel, y no cristiano solo! No consientan ni permitan en lugares públicos (ahí, ni en el más retirado) esta nociva profanidad, este veneno insensible que en mentiras animosas iguala tal vez la verdad, y más disimulando que en el oro, en el carmín, en las cenizas y en el espalto, quita la vida a honestidades que de la hermosura efectiva quizá se defendieran, o con la fuga, o con el valor. Confieso ingenuamente (sea dicho sin ofensa de personas, ni casas, que no las miro con odio, sí grande de este exceso) que me duele y no acierto a discurrir cómo en aposentos cristianos penden estos lienzos gentiles. ¡Oh, en cuántos más yerros que clavos penden! Resolvió el otro mozo profana y mentida pero razonablemente en la consecuencia, a una travesura pesada y alentó la disculpa de mirar una tabla de Júpiter, que en esa fabulosa lluvia de oro

(que tanto habéis oído y visto con bien pernicioso moralidad) penetraba la torre de Leda, la codicia de la ama, los votos entre deseo y temor mal mezclados de la doncella. En una religión empero, que veneramos por fe un Dios tan puro, que habiendo de tener madre en carne sensible, la fecundó la virginidad y de su Santo Espíritu, y que de esto, piadosa y cristianamente hay pinturas, ¿quién colgó iguales unas tablas y otras? ¿En qué se parecen la luz y las tinieblas? ¡Mal hayan los crepúsculos! Tosco, al fin, y vulgar el lienzo, gran doctrina contenida en la diferencia de escalas, y más en una escalera de palacio, que ninguna hay que no sea rueda y de fortuna que allá llamáis; de providencia debéis decir, donde los que suben y los que bajan, cada día se dan de encuentros, ninguno de desengaños. ¡Oh, cómo viene a la muerte también esta doctrina y mejor!

Como el nacimiento natural de todos siempre es de cabeza, que es además expreso de precipicio o despeñadero, y en los entierros va los pies delante el difunto siempre: de cabeza nace, de pies se muere; señal que el que muere sale, el que nace se despeña. ¡Oh, dichoso el que así en la vida como en la fortuna supiere, para salir de pies, sacarlos (como dicen los diestros) y no dar de ojos y precipitarse de cabeza, como hacen los divertidos, trocando a la vida y a la muerte el misterio de estos amagos!

El último ensayas, ya, Margarita. De Margarita son las puertas del Cielo todas, las de la triunfante Jerusalén. No te desconocerán por margarita las guardas. Otra puerta más tendremos en tu intercesión, desde ahora, los Españoles. Y tendrá en esas puertas celestiales mayor gloria y más segura Filipo que en las de ciudad el varón dichoso por marido, que solemnizó Salomón. Cortas, mas seguras alabanzas de tus méritos, reina santa, ha emprendido mi humildad. Cortas, mas seguras, cuando ya, en veinte y siete años (grande espacio de la vida humana y de la tuya ni espacio) hollaste olas de afectos, evitaste escollos de accidentes, fortunas avasallaste de majestad; y a diez y ocho años que te sirvió lisonjas, tanto se recató de descuidarte arrecifes la barra de la muerte.

Mas ¡oh! luego no he hablado en tu muerte, Margarita. ¿Cómo, empero, había de hablar? Tendré yo ánimo de referir, y quien me oye de escuchar, aquel último, o romper, o enlazar la unión de la perla (que ella misma es unión) del nácar de tu cuerpo? Aquel tranquilo además del sueño con que selló, o resignó, la muerte sus luces? ¿Dejaránme las lágrimas (que harán mal, que harán mucho) algún lugar en los ojos para mirar aquel ángel humano a quien la comparación de blando mármol en la terneza y la blancura o candor ofenderá su apariencia, su verdad ofenderá, siendo un triunfo mortal en todo, del alabastro que oprime, vano y medroso, si sutil, su monumento?

¡Ay, qué poco llanto fue el de su marido! Perdona, Filipo mío, y de tanto grito el amor, si no puede con tanta voz el respeto. Pero llanto fue el tuyo a tanto amor, a tal pérdida, a media alma que se te muere. La otra media, ¿por qué vive? Mas, ¡ah, qué presto lo cumplirás, volando a la eminencia del nido de tu esposa a eterna tranquilidad! ¡Oh, cuán alegres os veo ya ambos despreñar y agradecer, estimar y reír estos afectos míos!

A los que quedamos es el dolor todo y esta luz dudosa nuestra. Poco llanto fue el del rey, pocas lágrimas las de sus damas. Impaciente de no ver ni oír más lágrimas, más suspiros el Cielo, desatando en lluvias las nubes, rasgando el vestido de ellas en un trueno

espantoso que se oyó en aquel punto (verdades copio), gimió altamente. Esto ¿cómo he de contarlo? Cómo he de hacer alarde de las virtudes que en esta gran reina nos dejaron? De las desdichas que se nos siguieron en aquel año de seiscientos once? No hacemos mucho en vivir, cada vez que este día fatal de tres de octubre no resplandece luces, nos obscurece consuelos.

No soy humano, pues no deshebro a lágrimas la alma en los extremos que pide este dolor digno de que no tengan ni jurisdicción en su templanza los tiempos.

Llora Alemania, que murió Margarita; llora Austria, que Margarita murió; Baviera llora, que has perdido a Margarita; España llora, que a Margarita has perdido. Fieles, llorad, que ha muerto Margarita, que yo voy a ver si acierto a llorar y proseguir mejor mis lágrimas en mi celda, ya que en este soberano lugar he sido para tan poco, que he dicho.

AL CONDE-DUQUE

(Que Dios Guarde)

(De los ultrajes de Jesucristo, Señor y Redentor nuestro, nueva y sacrílegamente repetidos por unos Hebreos: Piadosa e ilustremente venerado por los Familiares del Santo Oficio de la Inquisición, en el Convento de Santo Domingo el Real.)

El acaecimiento horrible (que hay accidentes tales en todas cosas, que cuando más procurados, no parece que pueden ser sino acaecidos) de un Crucifijo varia y duramente injuriado en una desdichada casa de esta Corte por unos hebreos que, en acto público, castigó el Santo Oficio de la Inquisición, cristianos nuevos, pero nuevos también vecinos de este lugar, movió tanto la piedad de los fieles a justo sentimiento, que ha un año que duran (y no muestran acabarse) las solemnidades con que celebran la paciencia y amor de este Señor, entre los milagros que se sirvió obrar en caso tan grande. La última ha sido la en que ha mostrado la Congregación de los Familiares del Santo Oficio (siempre limpia, y ahora, con singulares circunstancias, ilustre y generosa) cuán abrazada a la fe viva anda siempre la caridad, y esto con fiestas y pompa verdaderamente real. Fue agrado soberano de su Majestad, Dios le guarde (¡oh, cuántas mercedes, que llamamos personales, sabe Vuestra Excelencia y no ignora el mundo, que le debo, y puede decir esto el menor vasallo del mayor Rey de la tierra oírme orar evangélicamente de tan grande asunto, hasta prevenir el día con particular favor. Deseé cumplir con tamaña obligación. Cumplir, ¿cómo podré? La iglesia donde ya me habían enseñado a errar menos muchos oradores insignes, fue Santo Domingo el Real, y el concurso, el que de la asistencia de tan gran dueño de todos debe entenderse. Vuestra Excelencia con tales y tantas ocupaciones, cuales nunca sino es ahora han dejado de ahogar, no embarazar sólo, eminencias de talentos, no pudo estar a honrarme; con gozarle yo (entre otras obligaciones mías, que comenzando pueriles, han encanecido ya, y mucho) continuo oyente en la Capilla Real de mis sermones. Estaba por decir aclamador también (¿por qué no?), si hay favores que se

agradecen con sólo confesarse. Instóme el Duque de Medina de las Torres, sucesor acompañado de Vuestra Excelencia en mi protección, a que trasladase de la voz a la estampa la oración que dije aquel día. Porque la luz pública no se la podía quitar a mis borrones, por más que lo temiesen mi razón y mi modestia, cuando la Congregación imprimiese (como trata de ello) toda la celebridad en un volumen justo: y el gusto de los apasionados (claro está que habrá sido de ellos solos) se hacía sed en la dilación. ¡Oh, Señor Excelentísimo! ¿Qué testimonio tan grande podría citar? Pero han de ver esta carta todos, y si la envidia aun los trabajos muerde en los premios, o como premios, ¿cuán rabiosa se cebará? Determinéme con esto a que sudase debajo de las prensas el estilo, como de las emulaciones el dueño. Que es prudencia forzosa temer algo, pusilanimidad el temerlo todo. Y no yerran a veces menos los desconfiados que los presumidos. Si bien, cuando estuviera desnudo del favor, el mandato sólo de Señor tan entendido como el Duque, me pudiera hacer confiado. Iba a dejar correr la pluma en esta parte a algunas alabanzas de muchas deudas. Hablo, empero, con Vuestra Excelencia que, aunque se le trate verdad, tiene por lisonja el hablarle a gusto; y en la relación más breve de las partes de este hijo del entendimiento de Vuestra Excelencia, y que, a envidia de la fortuna, reengendró su amor, caben con la verdad largas lisonjas. Habiendo, pues, de pintarse con los moldes (vano sudor del otro pincel antiguo) estos ecos groseros míos, bien que piadosos, de los quejidos admirables que dio a sus agravios la Imagen de este Señor ofendido, poca perplejidad admitía la elección de honrarlos con la prescripción ilustre del nombre de Vuestra Excelencia. Las honras del mayor Rey de la tierra Don FELIPE TERCERO EL PIADOSO, con atrevida obediencia reducidas a unos epitafios o elogios funerales, consagré a la grandeza de Vuestra Excelencia, el primer día que el glorioso sucesor (¡ah, tarde le vea él, aunque seguro!) de tanta monarquía llamó a Vuestra Excelencia coadjutor admirable del peso insufrible que en sus hombros cargó la herencia. Las honras del Rey del Cielo y de los reyes de la tierra, JESUCRISTO, ofrezco ahora al blasón de Vuestra Excelencia. Crecido ha el sujeto, si descaecida la pluma. Todavía entendí poder haber dedicado a Vuestra Excelencia monumentos, si no de mayores efigies, de labor más prolija y menos bronco cincel con Vuestra Excelencia, no serán pecados las translaciones. No me han dado lugar los estudios forzosos y continuados por tantos años en esta Corte, que me han bastado a hacer Decano de la Universidad de Salamanca y de la Capilla de Palacio, aunque alguna antigüedad en una y otra parte me lo pleiteen. A que se ha llegado falta de salud, ya en estos últimos años tan perpetua que se me acusa por afectación el hablar en ella, aun en lugares públicos, y no la quiero cometer en esta habla particular con Vuestra Excelencia. En esto sólo no puedo vencerme: que es tener a gran mortificación males que, siendo poderosos a la imposibilidad de cumplir obligaciones en mí, no lo son a causar lástima de mí en los otros. Querrá Dios (que las esperanzas seguras, de las mayores desconfianzas deben nacer) darme algún rato de salud y ocio para cumplir parte de mis deseos y dejar algún testimonio a la posteridad, digno, si no de los blasones de Vuestra Excelencia, de mi gratitud a lo menos: que aun sin libertad la debiera arrastrar suavemente a sí, el haber hallado siempre mi humildad, no sé si diga, y mi manera de suerte en Vuestra Excelencia, no sólo amparo, sino conocimiento y reprehensión de las calumnias que, o el odio o la envidia, o por no arrojarme aun en las lástimas tantos nombres, la desatención me ha cargado en los sucesos de mi vida todos. Singular parte de ministro, penetrar ánimos y reconocer por el oído la verdad, de que sólo pueden testificar los ojos. Bien que sabe Vuestra Excelencia cómo debe con unos y otros

seguir a las verdades el alcance hasta la evidencia. Que dejar la opinión de los beneméritos a la cortesía de los mal informados, será piedad injuriosa; y la disimulación con las emulaciones, aunque la acompañe el crédito, si el examen no la justifica o el premio no la declara, no llega a obrar honra. Si yo necesitase de uno u otro, de todo me prometería larga mano en Vuestra Excelencia, con que me arrojase un cabo seguro. Porque no sé si soy de aquellos navegantes que el lienzo que los debía conducir se resuelve a zozobrarlos. Guarde Dios a Vuestra Excelencia, como deseo y he menester. De la celda, hoy sábado, día de San Bernabé, año de 1633.

Antiguo y verdadero Siervo, perpetuo y humilde Capellán de Vuestra Excelencia que sus manos besa,

Fray Hortensio Félix Paravicino.

Oración Evangélica

¡Válgame Dios! ¿Hasta cuándo, pérfido hebreo, abusarás de la divina paciencia? ¿Hasta cuándo, finalmente, se jactará de su obstinación más desenfrenado siempre tu atrevimiento? Omnipotente Señor, árbitro eterno de todo, mucho he menester hoy vuestra gracia para vuestra honra y amor. Madre de ella, de él, y de Dios, singular Virgen María, sedme desde luego eficaz intercesora, y permitidme que la invocación vuestra no interrumpa el orden perpetuo a mi Oración, el continuo ardor a mi estilo y el ya suspenso sentimiento a todos. Sino que en este mismo ademán que no extrañaron las oraciones más fervorosas, en pie os aclame con Gabriel, *Ave* llena de gracia, en quien siempre estuvo el Señor, bendita entre las mujeres, y el fruto de vuestras entrañas bendito, pidiéndoos que roguéis por nosotros pecadores en la hora de nuestra muerte, y ahora, Señora, en esta hora, para acertar yo a decir y a sentir tanta corona, como me atiende, el hecho más duro, más cobardemente sacrílego, y más sacrílegamente temerario que infamó las noches nuevamente, con ser ellas encubridoras y naturales cómplices de los delitos; bien que éste, más que defenderle, pudo escurecerle la noche, porque cuantos ojos despestañó en el Cielo, se ocuparon tanto en llorar, que no tuvieron libertad para ver, ni aliento para lucir. Éste, Sacra, Cesárea y Real Majestad, es el caso de mi oración: que hasta ahora las invocaciones divinas me han suspendido esta debida y acostumbrada venia a vuestra augusta y amable presencia, que también es título real. El fin quiere la disposición piadosa de esta solemnidad que sean los desagravios de Jesucristo nuestro Señor en una imagen suya, blasfemamente injuriada de unos hijos de Dios y hermanos nuestros de padre bastardos, con haber sido herederos; viles, con haber sido nobles; impíos, aun cuando fieles en la profesión; favorecidos en el lustre; poderosos en la heredad, ya privados de ella; alevés en el amor; descreídos en la fe; oscuros en la sangre; miserables en el poder y heréticamente supersticiosos en la verdad. ¡Oh, cómo el aire más puro, en desagradeciendo el sol, se hace horrible en los nublados, en sobornándose del clima maligno, se ensangrienta en las epidemias! Cristianos fieles, católicos Españoles: éstos son los villanos a quien se quitó la viña, por no hacer fruto y se nos dio a nosotros. Mirad que no le hacéis, o muy poco: temed no se os quite, para darse a otros, que procedan mejor, y vengamos a ser reos, los que hoy actores. ¡Oh, no lo permitáis, Señor, nunca! ¡Y

ahora, enseñadme a comenzar en perplejidad tan justa! ¡Ah, fieles, qué debida y decorosamente me embarazo! ¿Es posible que acepte una vez lo que temí tantas? ¿Qué acertaré a hablar? No digo bien o mal, con desaseado estilo y desmelenada pluma, como tal vez aclamé en ocasión semejante, y os acordáis hoy. Que me arrastran tanto estas veras cuando no me llaman otros desengaños, que se me han olvidado los aplausos todos, y a quien respira dolores, mal le alientan vanidades. ¿Qué acertaré, digo, a hablar? ¿Qué amagarán los labios, desahogos del corazón, cuando sola la memoria le debiera quitar la vida? O no creemos, o no sentimos, o cómo vivimos no sé. Mas ya que este justo sentimiento me selle los labios, a los menos forzoso es que me abra las orejas, para oír los Cielos, que, introducidos por David, cantan la gloria de Dios días y noches. Un día dice el rey profeta, inspira alientos a otro, y enseña una noche a otra sabiduría. El un día nuestro es el de la venida del Espíritu Santo (en cuya Pascua estamos), a instruir plenariamente en la fe a los apóstoles, primeros cristianos, que estaban escondidos en una casa de la corte de Jerusalén, por temor de los judíos. Día que inspira divinos alientos al en que ésta, no sólo limpia, sino ilustre y generosa Congregación (no encerrados los cristianos por miedo de los judíos, que antes los judíos lo estuvieron por miedo de los cristianos) en imitación grata de su Dios, se hacen lenguas por las calles, plazas e iglesias de Madrid, triunfando con la imagen de Jesucristo, vencedor glorioso del pecado y de la muerte pues como dijo San Juan: ésta es la victoria que rindió el mundo, nuestra fe. Mira a ambos días el Evangelio del mismo San Juan, que la Iglesia universal canta hoy, porque en él acusa Cristo los pastores falsos y maestros infieles, como eran estos hombres, que no entran por la puerta, que es el mismo Cristo, al aprisco de su Iglesia, sino de noche, como ladrones, por otra parte; y no sólo quieren acabar con las ovejas de los fieles, sino con el mismo pastor. Y si bien dan a la puerta golpes, no es para llamar a ella, sino para derribarla, hasta pegarla fuego sacrílego. ¡Oh, paciencia de Dios, y lo que sufres! Éstos son los dos días en que nos empeñó David. Las dos noches son, la una la de Nicodemos, príncipe de los judíos, o principal entre los fariseos, cuando vino a aprender la fe de Jesucristo; y la otra, a quien ésta enseña, la en que unos judíos viles de la imagen de este mismo Señor solicitaron perder la fe. El Evangelio que en esta iglesia particular me han señalado para esta ocasión, hace luces a ambas noches. En él, dice San Juan (que parece que ha tomado todas estas fiestas por suyas) que vino aquel noble hebreo a buscar una noche (ya fuese miedo o vergüenza) a Jesucristo; al fin vino a buscarle. Y estos ruines, sin vergüenza ni miedo, le buscaron para huir de él. Creían pocos de los nobles entonces en el Señor: ahora creo que muchos creen, aunque se les eche de ver a pocos. Estaba bien puesto, no quería aventurarse. ¡Qué error! El que desea acertar no se aventura, aunque se pierda; el que yerra, aunque logre su intento, es el que se pierde no más. Era Maestro, corriase de aprender: más vergüenza es ignorar. ¡Oh, cuántos daños suele causar el querer recatar lo que no se sabe! Contra todos estos estorbos vino Nicodemos y deseó saber del Señor la mejor doctrina. ¡Gran doctrina de señores! Enseñóle Jesucristo que esto había de ser naciendo segunda vez para el Reino del Cielo (que para los de la tierra el nacer la primera basta), digo para heredar, que para conseguir o reinar con crédito, también es menester que el valor reengendre. Declaróse más Jesucristo, viéndole confuso, en que ésta era regeneración espiritual de agua y espíritu por el bautismo. ¡Desdichados los que segunda vez renacen a ser peores! Y viéndole todavía maestro e ignorante (que sí, los suele haber con una y otra comparación), trató de enseñarle, hasta enseñarse a sí mismo en una cruz, acordándole la serpiente de metal, figura suya que había levantado en un palo Moisés

para curar los heridos de las serpezuelas y dipsas. Y así, los que creyesen en él cobraran interior salud y vida, como perdición y muerte estruendosa los que así en el bautismo como en la Cruz le descreen. Que si la figura de la sierpe era de metal vaciado, no es mucho que lo figurado por ella suene. Bien enseña esta noche a la que hemos de rondar con la justicia de la Inquisición; pero el Evangelio no las junta. Querrá Dios nos enseñe la oposición, lo que había de consolarnos la conveniencia. Pues como dijo en este mismo caso de Nicodemus Ruperto: ¡qué diferentemente usaron de la noche y poder de las tinieblas, cuando fue a buscar a Cristo, y los del huerto cuando fueron a prenderle! Y los de la casa de la calle de la Reina (añadiera yo) cuando se juntaron a blasfemarle, como suelen juntarse otras muchas veces. Yo no he de encarecer hoy cosa de cuantas dijere.

Los atlantes, pueblos llamados así, de los demás hombres degeneran bárbaramente. No tienen nombres con que conocerse ni distinguirse. Singulares hombres deben de ser: sus mismas acciones los deben de señalar; pero de todas señales hay. No padecen sueños durmiendo: esto, gran quietud era, pero gran peligro también de soñar despiertos los que durmiendo no sueñan. Lo más extraño y casi bruto que tienen, es juntarse, siempre que nace el sol o muere, a maldecirle, como contrario a sus tierras. Error que grandes hombres quieren que haya notado Job en los que se hallan siempre prevenidos a maldecir el día y a despertar el Leviatán de camino, ya sea el mar furioso, ya el mismo tono y horror de sus maldiciones. Gran retrato en dibujo breve del pueblo de los judíos y de los que hoy acusamos más propriamente, porque su reino mismo, y la limpieza y nobleza de él, que todo es mucho, no los llama sino hombres, como los atlantes. No deben de soñar durmiendo, porque sueñan despiertos, y creen, no sólo la vanidad, sino la imposibilidad de sus sueños. ¿No llamó aquel discreto filósofo sueños de despiertos las esperanzas? Mirad si sueñan despiertos los que no sólo esperan lo por venir, sino lo pasado y lo imposible. ¡Extraña filosofía, esperar lo pasado e insufrible! porque aun lo por venir es muy trabajoso, y tanto, que se atrevió San Agustín a dar voces a Dimas, cuando le oyó pedir a Cristo la memoria de él en su reino: «¿Qué te fatigas, ladrón (le dijo), con dolores nuevos? Bástanle a esa fe esos clavos. ¿Cómo te atreves a escarpiarte en esperanzas, ahora, de que pender?» Y aquello era esperar de Dios. ¿Qué será, fieles, esperar de hombres? ¿Y de demonios, infiel, que será esperar? ¿Qué? Haber trocado infelizmente las manos, pues cuando le estaba bien a este pueblo, y tenía obligación a esperar, se desesperaba, y decían: Ya no hay Profeta, ni Dios vendrá a conocernos, ni acordarse más de nosotros. Ahora que tienen obligación a no esperar, todo es esperar. ¿Tan sabrosa cosa es esperar? ¿Y siempre? ¿E imposibles? Dígalo el tercer achaque de juntarse a maldecir el sol, cuando nace y muere, como nocivo; habiéndoles dicho Malachías, y créidole ellos justamente, que teniendo el temor que debían a su nombre, les amanecería el sol de justicia, y en sus rayos, como en plumas, vendría recetada de oro su salud. Adorar el sol pudo ser error de un judío a quien la claridad excelente de ese planeta hermoso, vida de cuanto la tiene, llegó a traslumbrar; pero aborrecerle, ni el aguilucho bastardo que examina y se despeña, ni el murciélago vil que acusa y avienta hace tal. Estas sí, espurias aves hebreas, neutralidades del aire torpes: mal crepúsculo las acabe. Lo bueno, aunque llegue a hacer mal, se ha de querer bien. ¿Qué diremos de los que a quien les hace bien, quieren mal? Que entre buenos y ruines de todo pasa.

Siempre, pues, se juntaron estos hombres a maldecir este Sol de justicia, Cristo. Al nacer, menos, porque le ignoraron. Mucho al morir, que quisieron ignorarle, hasta ponerle ellos en el occidente de una cruz, teñido en los arreboles bermejos, que su misma sangre por eclipsada luz dispensó a sus rayos. ¿No os acordáis de aquel prodigioso espectáculo pendiente de un palo, Dios, temporal y pavoroso poniente de un Sol eterno? Aquel «*vah*, el que derribabas el Templo ¿qué es de tus fuerzas?». Aquel «A Elías llama que le afloje los clavos, mal se desatará de ellos». Aquel «Como salvó a otros ¿por qué no se salva a sí?». Aquel «Si es rey de Israel, baje de la cruz, y le creeremos». Estas y otras maldiciones, entre baldones y escarnios, ¿no os acordáis? Crucificado mío, Sol ardiente de justicia, flamante en misericordia, que os visteis maldecir en el mejor hacer, que a costa, no sólo de vuestro resplandor, sino de vuestra vida, levantaron vuestros rayos, por vapores, ingraticudes sanguinolentas; por exhalaciones, dolores infames; por nubes, maldiciones blasfemas. ¿Vos, maldito? Sol divino mío, ¿habrá fiel que sienta el verse maldecir, calumniar y perseguir de otro? ¿Vos maldito? Esto repito, Señor, por el mayor sentimiento vuestro: que donde hay tormento de injurias, ninguna vuelta de cordel duele. Fue, empero, una vez esto solamente: Cristo resucitado no muere más: no se le atreverá más la muerte a querer señorear su vida duramente. ¿Cesarán con esto las maldiciones? No. Cada noche, puesto ya el sol material, se juntan a maldecir el occidente del Sol Cristo estos atlantes que, en la verdad, quisieran derribar el cielo, como del otro fingen que le sustenta. Los tribunales todos, y el mayor más de este Santo Oficio, bien saben cuántas veces pasa esto en secreto. Las públicas que refieren antiguos escritos tocaré sólo. Es verdad que, como no tienen a los ojos el sol mismo en su occidente, le maldicen en su imagen, como en espejo, gozándose de ver en lo empañado y sangriento de aquel cristal, aunque sea diferente la materia, la claridad ilustre e inaccesible del sol tan vecina y tan desacreditada, como acá en los eclipses del sol natural solemos en el espejo o la agua. Espejo del Sol Cristo, bien lo es la imagen de un crucifijo que vuelve a los ojos y al ánimo la figura de Dios hombre en aquella agonía mortal. La agua sea, fieles, la de nuestros ojos, para llorar el corazón entero desatado en sangre, viendo en medio de una corte católica arrastrado, azotado y quemado un Cristo. ¿Y ha quedado casa en pie, y vivimos, nos entretenemos, y nos alumbramos el sol como antes? Yo confieso, en el ejemplo que vamos, que me ha debido siempre esto el sol: que nunca he querido ver menos hermosa su luz, y así nunca me he puesto a observar eclipses. ¿Qué mal nos hace este corazón dorado del cielo que tanto alienta lo inferior todo, que así gustamos de desautorizarle el resplandor y las influencias, mirando sus desmayos y su trabajo, que a la sombra, si no a la luz de esta voz, los miró más condolidos la antigüedad? Ríase de mí la astrología o la superstición: que algún día llorará sus errores vanos. Bueno es esto, cuando el estudio se presume tan largo de vista que ha descubierto en el sol manchas, como en la luna. Pero ¿cuándo la envidia no vio más, por hacer el crédito de otro menos? Pues ni la luna las tiene. ¿Habíase de caer a Dios al escribir esos cielos, como David dijo, alguna gota de tinta en lo batido de esas hojas azules, papel de sus maravillas entre letras de plata y oro, que cuando allá pasase por rasgo, pudiese acá parecer borrón? Parte son menos densas de ese planeta acusado que, como reverberan tibiamente, con desmayo (como dijimos) lucen más. No andéis a buscar en las mariposas: que yo no pienso que la porfía de este insecto o imperfecta avechilla a la llama sea amor de ella sino envidia y, como tal, se abrasa en sí misma. ¿Envidia de la luz la mariposa? Pues ¿es en rigor más que un gusano, que de lo más ascoso de él, no formó, sino remedó el sol con no sé qué

alas informes, enjugando la humedad, que torpemente baboseaba? Pues ¿cuándo lo más ruin no se ardió en envidia de lo mejor? ¡Oh, viles gusanos hebreos, mariposas pintadas de azarcón y tierra roja (más en romance: de amarillo y colorado) que en tumultuario y odioso ímpetu solicitáis la lámpara de una cruz, no a quemaros, que menos noble incendio os espera, sino a quemarla! ¡Mal haya quien os diere más alas para que más os atreváis! ¡Bien haya este sagrado Consejo (tanto nombre doy a las causas, tanto a las personas) que anda a quemaros las alas, para que no voléis más!

Mas veamos ahora las que os habéis atrevido. El año 446, a primero de noviembre, hirió un loco de éstos en Constantinopla con un cuchillo en el rostro a un Cristo. Comenzó a correr de él sangre, y viéndose, medroso, cubrir de ella, le arrojó en un pozo donde acostumbraban los vecinos venir por agua, y a la mañana sacaban sangre todos. ¡Oh, igualmente líquida, clara, y fiel, pero adelantada copia, del pozo de Sicar! Allí Cristo, fatigado, sudando, y pidiendo agua sobre el brocal de él. Aquí, herido, dentro del pozo, y dando a todos entre la agua sangre. Acudióse al pretor, confesó el delincuente, bautizóse y renació, según la doctrina del Señor hoy a Nicodemus.

El segundo caso fue el año de 560, cuando otro tal (cortos andan en señalar el pueblo los monumentos antiguos y aun los modernos) atravesó de un dardo un crucifijo que había hurtado de una iglesia. ¡Oh, cuántos cristianos se le atraviesan, sin alterarle las aras! Profecía de Jacob antigua que tendrían envidia del mejor José los que jugaban los dardos. ¡Oh, ciervo hermoso sediento de nuestra salud! ¡Que a montería vuestra andan siempre vuestros enemigos, Señor! Quería quemar el cristo el deicida, pero turbóle la sangre milagrosa. ¿Qué mucho, si con ella en tan poca agua como la que salió de un corazón, después de muerto, herido, Satanás mismo se ahogó? Al fin, el pueblo apedreó al sacrílego. Mas ¿cómo (aunque interrumpa no inútilmente el caso) no se turbaron los delincuentes que acusamos hoy? Gran indicio de hechicería no extrañar prodigios. Así lo notó San Agustín en Balán, que acostumbrado a ver embelecocos, no le asombró el oír hablar un bruto. Materia ésta de que me dicen que hay gran trabajo en nuestro lugar en no vulgar gente, y aun en vulgar también. Pero, sea la gente que fuere, la hechicería es una superstición que cae muy cerca de la infidelidad, mucho de la idólatra, y nunca en las pestes se miró la calidad de las personas, sino el riesgo de pegarse a todos el mal. La majestad humana ofendida no admite equidades en el castigo: la divina lesa no ha de respetar en la satisfacción delincuentes. Trate soberanamente, como lo hace este Santo Oficio en su mayor Consejo o en sus Tribunales menores causas semejantes. Apelliden de su parte a los que son de la de Dios, y a su fuego, como los levitas a sus espadas, pasen los que hubieren errado, besándose las manos a sí mismos, como dijo Job que, como allá Moisés, acá será nuestro dueño el que primero desnude el acero real, que demás de su celo católico, sobre toda manera grande (que la verdad y la obligación no han de coger temor a la lisonja) hallará en sus progenitores raros ejemplos. Dejo de referir los públicos: alguno de no tan común noticia, digno de la oración más espirituosa, referiré. Estaba enferma desahuciadamente en esta corte una gran señora: juzgaron los médicos por forzosas a su salud las experiencias de un herbolario eminente, morisco de Valencia, que estaba preso en la Inquisición de Toledo. Escribió el Señor Rey Don Felipe Segundo un papel al Cardenal Quiroga, Inquisidor General entonces, para que le fiase el preso y que él le daba su palabra real de restituírsele. Llevóle un gentilhombre de la Cámara, y

leyéndole el Inquisidor General, respondió con celo santo: Señor, decidle al Rey que tome su oficio, y si quiere hacer esto, acabe primero la Inquisición. Llevó bien cuidadoso el gentilhombre la respuesta, oyóla mejor atento Su Majestad, y díjole: «A la verdad, Fulano, Quiroga nos enseña a ser cristianos». Palabra no generosa sólo, no real, quisiera poderla llama divina. Empeño glorioso a sus sucesores, para que en causas de fe, ni a vida atiendan, ni a honra de nadie. La mano que erró el golpe se quemó Mucio a sí mismo: menos es poner la hacha a las de los otros. Arda quien errare contra Dios (que es Rey de reyes), bien que en diferente ademán que el otro, y peguemos todos el fuego, aunque en tan debida acción nos abrasemos las manos; y si de esto nos olvidáremos, último olvido se apodere de ellas. No entre estos afectos se nos olvide el tercer caso, que abre tanto camino al nuestro.

En Berito, ciudad de Siria, entre los términos de Tiro y Sidón (pueblos con que amenazó Dios a esta gente en nombre de Betsaída y Corozain), mudándose de la vecindad de la sinagoga de aquel pueblo a otra casa un cristiano, se olvidó detrás de la cama un Cristo (que en cualquiera mudanza humana lo que primero se olvida es Dios: así nos sucede todo). Pasóse a aquella casa un hebreo y, habiendo convidado a comer otro amigo, reconoció indignamente el crucifijo desde la mesa; que de la mesa a la Cruz siempre les fue breve el camino a los enemigos de Cristo. Acusó la alhaja divina, como acedo postre, el huésped con mil blasfemias. Dio cuenta a los príncipes de los sacerdotes que, tratando mal al judío, fueron a reconocerle la casa. Hallaron el Cristo Crucificado, y entre infinitas exorbitancias (que sería, dice San Athanasio, el oírlas sumo horror de los fieles), toda la tragedia lastimosa de la Pasión del Señor representaron en una imagen particular, quitándole de la Cruz, y volviéndole a clavar en ella, con puntual repetición de la Pasión dolorosa del dueño en su imagen santa. Finalmente, al lance último que fue el golpe de la lanza, dió tanta agua y sangre el pecho, que llenaron de ella un cántaro; que siendo castigos nuestros, escasean la lluvia sus mismas iras, pero en tocando a su piedad y en su sangre, a cántaros llueve Dios. Llevaron entre temor y mofa la urna a la sinagoga, a ver si obraba milagros de salud la sangre de la copia, como la voz del original. Fueron sin número los que obró, y algunos parecidos mucho a los primeros. El último fue en la ceguedad de todos ellos, pues se arrojaron a los pies de Adeodato, Obispo de aquella diócesis, confesando a gritos el error de sus padres, y acusando su imitación loca. Bautizólos, ya catequizados, el Obispo, y consagró en iglesias sus sinagogas. Aquí me es fuerza cortar esta relación, aunque estaba en los hilos últimos y, para satisfacción pública, dar a entender cómo con la misma diligencia previene la Reina nuestra Señora en aquella sinagoga bastarda, para llamarla así, aquella casa infame, digo, de la calle de las Infantas, porque tanta inscripción no quede escrupulosa. Cónstame, pues, por testimonio en humana autoridad irrefragable, que están señalados cuarenta mil ducados de presente, y cuatro mil de renta, para la fábrica de un templo y otras consecuencias de religión y piedad, que serán cumplimiento de un voto antiguo, por accidentes forzosos dilatado, que con la comunicación del Venerable Padre Fray Simón de Rojas (honra de mi religión y confesor de la Reina nuestra Señora), su Majestad hizo. Sirva esta testificación de pregunta y de respuesta a los que de cristianos viejos dan en desesperar, en oposición de los que esperan tanto, y también con debida venia servirán de empeño a los que tocare no olvidar piedad tan debida como gloriosa. Vuelvo a cerrar la relación Siriaca con el repartimiento que hizo Adeodato de aquella gran cantidad de sangre y agua por todas las

Iglesias de Asia, África, y Europa. Y de él es sin duda la ampolla, que hoy se ve en las reliquias de Oviedo, habiendo estado en Toledo antes, de que hay testimonios antiguos nuestros, que sabe la erudición. No callemos el examen que se hizo al cristiano misteriosamente olvidadizo, que contestó haber hecho nuestro Nicodemus aquel Crucifijo por sus propias manos, que él se le dio a Gamaliel, maestro de San Pablo, él a Jacobo, Jacobo a Simeón, Simeón a Zaqueo, y en prevención revelada de la destrucción de Jerusalén traídose a aquella tierra, y heredádole él de sus padres. ¡Raro caso y que, a no llamarnos el nuestro, pedía igual ponderación!

Ya, empero, es tiempo que oigamos las maldiciones últimas y ultrajes de este sol tan ofendido, para que no solemnicemos sólo, sino solicitemos sus desagravios; que aun aquella apariencia hermosamente admirable de aquel altar nos lo está acordando. En prosecución, pues, de las juntas que hemos dicho, y en herencia del odio que tienen a este Señor, se convocó una vil familia a entrapazar la devoción de una imagen de Jesucristo una noche quieta. ¿Quieta dije? Así llamó el gran Latino la del incendio de Troya, en que tan diferentes deidades de la nuestra peligraban. Y añadió que estaban compuestas con ella las cosas todas. No pudo sufrir Séneca la quietud vulgar que hermozeaba el poeta, y exclamó con seso grande: «¿Qué importa el silencio de la noche, si los afectos braman?» Y a la verdad, cortesanos, mírelo a sus oscuras cada uno, y verá la razón que el gran cordobés tuvo. Y sin salir de nuestro caso, pregunto si estaban compuestas las cosas todas aquella noche, o si importó su silencio más que para bramar aquellos hombres más fieramente. Pues ¿hombres, y bramar? ¿El bramar no es de fieras? Sí. Pero ése, entre otros, es el prodigio de aquesta gente, que habiendo sido Jesucristo en el mundo (como Clemente Alejandrino ponderó, piadoso y erudito) un divino Orfeo, que de las fieras, amansándolas, hizo hombres, ahora de los hombres, embraveciéndolos, hizo fieras. A ser piedras, se quebrantarán, como vimos en su Pasión. Domesticáranse, a ser fieras, como oímos en su doctrina. Son hombres, y aborrecen: el más vecino y casi forzoso metamorfoseos es pasarse a fieras. ¡Oh, maldita sea noche tal, que para tanto destrozo divino y humano a los enemigos de Dios hizo amiga sombra! No se vea en ella (si ya no es mejor quitarla del cómputo del año y de los meses) sereno el cielo jamás. No celoso sólo, sino encendido, su velo vista de enojos el aire. No brillen sus ojos, no pestañeen sus estrellas: desaten su luz en mortales lágrimas y gemidos, como diamantes vencidos en agua fuerte y en sangre. Piadoso asombro las balde todas (como la distancia suele confundir el menos luciente número de ellas) o sueño eterno las selle. Tinieblas densas, como sombras mortales, la escurezcan. Sea sola siempre infame, y maldíganla los que al día mismo y al sol, se atreven a maldecir, despertando al Leviatán en infausto tono. Espere (como los que abriga) la luz del día siguiente. Pero no sólo no vea, mas ni sospeche de los párpados, de la aurora en las primeras vislumbres el movimiento y resplandor dulce del despertar y del levantarse. Estruendosos torbellinos la inquieten. Tempestades últimas la posean. No se enfríe en ella la tierra, como acostumbra. Ansiosa y trasudadamente se estremezca, y arda. No la sincope sólo arrebatada la esfera (sean más o menos su cielos), titubee atenta, bambanee irregular, vacile errada, y obligada quiebre. Falsee a tal infidelidad el concierto todo del Orbe. Ángel percuciente que degollaste una noche en beneficio de estos ingratos los mayorazgos todos de Egipto, y tú, vencedor sangriento que hiciste menos en otra ciento y ochenta y cinco mil hombres de un campo, siete u ocho hombres son éstos no más, y una casa sola la que espera señalar sus umbrales

en la sangre no del Cordero Pascual en que ya el aposento inunda, sino en la de unos inhumanos lobos, que no la piedra como los canes, sino la sombra de la piedra muerden. ¿Para cuándo son las espadas? ¿Adónde tenéis las manos? Cuanto fuego azufrado lloviste en cinco ciudades alguna vez, a aquel aposento se le usurpasteis obedientes, restituídselos justicieros.

Mas vamos pisando las tinieblas con tiento, y veremos la canalla mal numerosa echar un cordel al cuello del crucifijo. ¡Oh, ociosa vejación! ¿Al puesto ya en la horca, prenderle? Comienzan a arrastrar por el suelo, hasta colgar en el aire al que en tan libre y común elemento quiso dar la vida. Otros cordeles, Señor, echáis Vos a los hombres, para arrastrarlos a Vos. En cordeles de Adán lo prometisteis por vuestros profetas, en beneficios y favores que arrastran hombres de bien en lazos de caridad. ¿Cómo en injuriosos y duros lazos, en villano y bruto dogal hoy os arrastran los hijos vuestros? Cordeles, Señor, solíades Vos echar a este pueblo de Jacob, pero era para señalar sus términos, y adjudicarle por heredad propia. Él os los echa hoy, para arrojaros aún después de muerto de ella, arrastrándoos sobre los espinos de la barda, con que os azota (planta que en la cerca es defensa, en la vid agravio). ¿Alabaréis ahora, Señor, de que hermosamente os tiraron los cordeles el término mejor para vuestra hacienda? ¡Ay, Dios mío, que arrastrado os trae siempre el querernos tanto! Mas si se han querido vengar de los cordeles con que los echaste, como con azote, del templo, en muestra alentada de vuestra Divinidad, y hoy os las vuelven a los ojos con talión afrentoso, bien que confesándoos Dios en la misma acción que os niegan. Vino Dios, fieles, a redimir el mundo, y esto había de ser, como la fe y la experiencia nos enseñaron, preso en lazos, muerto en leño, ya que comenzando por maravillas. Óyelas San Juan en la cárcel, y envíale a preguntar, con dos de sus discípulos, si es él el que ha de venir o han de esperar otro. Fue decirle, dice Ambrosio: «no son señas últimas de Deidad Redentora los milagros; cordeles, prisiones, muerte son menester, pues aun yo de sólo precursor del Mesías doy estas señas». Decid si os habéis de dejar prender y arrastrar, azotar y crucificar después, o si ha de venir otro a esto. A ambas cosas vino, ¡oh infiel! (con los malhechores hablo), ambas ejecutó, pero los cordeles hicieron decir la verdad entera a las maravillas. Y así ahora, cuando le quieres negar, le renuevas tú mismo mayores indicios de su certeza. A ti te das el tormento en cada vuelta de este cordel, y negando la verdad con obstinación, la confiesas sin libertad. ¡Delincuente desdichado que, negando y confesando, igualmente te condenas! Atado salió Lázaro del mármol donde halló obediencia en la muerte la voz imperiosa de Jesucristo y envuelto en los lienzos últimos, que para los pañales primeros cortó Tertuliano, mostró, si no convaleciente, el milagro, menos robusto. Quien ató el nudo que rompió una guadaña, ¿no podía desatar los lazos que dio un cordel? Sí, dice Crisólogo; pero como se trataba de mostrar la deidad de Cristo, importó que se viesen ambas cosas, omnipotencia y flaqueza; resurrección y mortaja; jurisdicción y cordeles. Que el infierno se rinda, pero que contradiga también. Todo lo hemos visto hoy. Dios es sin duda el que arrastra esta gente: ahora que Dios resucita por su piedad a la fe, después que para contestar últimamente un Dios Hombre y Redentor, ambas cosas son menester, omnipotencia y cordeles.

No le azotaron con ellos, estando tan a la mano. ¡Rara cosa! Unos espinos de rosal buscaron para crueldad tan desatinada. ¡Oh, primer jardín! que por el pecado del hombre,

en opinión de Basilio, armaste de espinas la rosa, ¿cómo ahora tan olvidadas de las rosas das las espinas? Pero si ellas las habían de hacer en los golpes del maltratado, en el vástago de la violencia sobraban. Ya vi yo cercada de espinas la rosa del campo en el del Calvario, verdes cuchillas, guarda luciente y real de Jesús Nazareno, Salvador florido y Rey. ¿Cómo ahora sirven las espinas de maltratar la rosa, vueltas las archas infieles dura y sangrientamente contra el Príncipe? Y permitiendo llegar ilesas al rosal las manos traidoras, la misma rosa que habían de venerar, ajan; la que habían de recatar, arrojan; y la que defender, despedazan. Si vio, empero, alguna vez Dios azotar a esta gente cuando los iba formando pueblo suyo, con varas de espino tal vez, ¿cómo había de dejar correr los siglos todos, sin tomar sobre sí la disciplina que Isaías dio de nuestra paz? Diréisme que ya ensayó esto Dios en el sitio de la zarza, hombre en la corona de los cambrones. Sí. Mas importaba también que fuese en alguna imagen, para que se viese que en su adoración no se respeta la madera vecina que ven los ojos, sino la Deidad que en su representación mira el ánimo. Nota ilustre el Clemente de Alejandría, que el haberse aparecido el Verbo Divino en espinas a Moisés, fue para que siempre que las viésemos junto a él, o ya le vista la carne, o ya otra materia le represente, siempre es el Verbo mismo el que adoramos. ¡Qué cara os sale, Señor, la maldición que echasteis al hombre, de que la tierra le produciría espinas a la mano cuando el sudor le regase el rostro! Cada día parece que apuesta a brotarlas para Vos. Siendo Dios, os ostentan cuidadoso; siendo hombre, os hacen sudar en el huerto sangre, en casa de los ministros os alancean (como dijo mi africano) las sienes; retratado, en una casa particular, os aran las espaldas. Escardar los sembrados de las espinas que arroja viciosa la tierra, ahogando el trigo en su misma fecundidad, en muchas hazas sucede; sembrar el mejor grano de espinas y arrojar sobre su macolla malezas, solas tus casas, Madrid, lo han visto.

Mas empeñámonos en el instrumento de la flagelación y la acción no ponderamos. Y así ella, como el odio con que se ejecutó, merecen igual sentimiento y nota. La acción, porque azotar un reo para crucificarle, era solemne suplicio; pero ponerle en la cruz para azotarle, prepostero y horrible baldón parece. ¡Oh, que no se trataba aquí de la vida de Cristo en una imagen! De la honra suya, y de su Deidad se trataba; y para esto, aunque sacrílega siempre, no iba del todo errada la injuria. Porque ninguna otra cosa más ajena de la Deidad, que la esclavitud, y los azotes fueron castigo de esclavos siempre. Pablo no sólo llamó oposición, sino *exinanición*, que diría el muy latino y el castellano *anonadamiento* de Dios (porque *aniquilación* suena muy recio), el tomar forma de siervo. ¡Bendito seáis Vos, Señor, que nos obliga el amor vuestro a procurar ajustaros voces del todo ausentes de vuestro ser! Mas ¿quién alcanzará, ni vuestro amor, ni el espíritu del apóstol vuestro? Y añadió Bernardo a la forma de siervo, y de mal siervo, para poder ser capaz de recibir azotes, y así más lejos de parecer Dios. Y el mismo Rey Profeta, que no huyó confesar tantas injurias de Jesucristo Dios y hombre, llegó a temer que ni el amago del azote crujiese a la cercanía de la deidad. Y que a desmentir la de Jesucristo, mirasen en esta acción estos bárbaros, vese, porque para ninguna afrentosa es menos a propósito un crucifijo que para azotado. Ni de cuantos sacrilegios hemos leído ejercer los herejes en las imágenes crucificadas de este Señor, han hecho jamás impiedad semejante, porque los azotes naturalmente se destinan a las espaldas, y en un crucifijo el leño santo los embaraza, y las defiende. ¡Qué de cosas acá embarazan sólo por defender! Azotar el pecho, es impropio agravio; romperle era más natural. ¿No os acordáis de la batalla de

los otros Griegos con sus esclavos, que al romper las haces, en lugar de enristrar las lanzas, restañaron los azotes, como infamándolos con aquella befa, más que militar, doméstica, antes que llegasen a vencerlos, juzgando que la representación de su servidumbre era la más segura y más galante victoria? ¡Oh, mejor Hércules mío!, que Agustino os llamó así por veros con la cruz de nuestro Evangelio a dos manos: domando, como desde aquí os miro, no con hierro el orbe, sino con un leño, bien que adornada la clava de muchos hierros, que en Vos obran dolores, si errores, Señor, en vuestros enemigos. Por veros, pues, así, como a vil esclavo, chasquea el ateísta supersticioso tan en vuestra sombra el látigo, que llega a la luz el eco, por negaros la deidad, más que por repetiros el tormento. Tanto, que casi solicita que vuestro Padre desconozca el retrato, como parece que mostró desconocer tal vez el original, bien que a la cortedad de la vista nuestra. Pues cuando os vio desnudar en el Jordán (diligencia tan parecida a la de la columna), dijo desde la nube: «éste es mi Hijo querido, en quien me agradé», cláusula que apuntó interrogante y admirativa, como en desconocimiento, alguna gran pluma así: «Este hombre desnudo, como para azotarle, es mi Hijo querido». Sí, Señor, y Vos lo sabéis, aunque por enseñarme os servís de las señales de mis afectos. Y esta imagen es suya: miradla, al mirarnos con piedad, y pasen vuestros rayos de luz por este espejo, rayado a azotes; arderá más lúcidamente vuestro amor; levantará más constante llama nuestra gratitud. La crueldad del bote de la lanza, fieles, a esta luz la miro yo: no parece que fue el herir un muerto, que ya le juzgaba insensible el odio; despecho fue de que tuviesen por Dios hombre que aborrecían tanto. Y así juzgaron que si lo era, por cadáver que pareciese aquel cuerpo, interior deidad le animaba. Llegan, pues, en él, con terciar el soldado la pica, a escudriñar la oficina vital del ser humano, el corazón, digo, en el pecho, no para despedazar a hierro la hoguera de la vida apagada, sino para averiguar qué deidad se escondía en las reliquias de ella, y sacar la misma vida de Dios en el hierro, llevándole el ser en la punta de la lanza.

Ahora sea el odio, por no reñir con tantos, y cumplamos algo de lo que ofrecimos decir en este punto. Ilústrele, pues, el ejemplo valiente de Teágenes, no el fabuloso galán de la historia trágica de Eliodoro, de puro docta, vulgar, sino aquel verdadero y como universal vencedor de los juegos olímpicos, de quien apenas hay erudición grande que no se acuerde, si ya no se lo enseñó Pausanias a todas. Éste, pues, tan diestro, sobre robusto, atleta (si nuestra lengua lo sufre) que pudo acomodar en su frente cuatrocientos laureles, sudores de otras tantas coronas (¡Oh, siempre mucha palestra!), éste, pues, universal vencedor en lo natural, por tales hazañas glorioso, acabó la vida. Ésta, en los hombres grandes, nunca fue sin émulos y enemigos (aunque hay enemigos que no sé cómo puedan ser émulos). Una bugía breve apenas desata de su luz una línea sutil de humo: la llama, que por común beneficio o intento particular corona un monte, de tanta sombra tiñe los cielos, como ilumina de claridad el aire. Cada noche, pues (que no hay acabar con la noche en aqueste día), iba un enemigo de Teágenes a azotar a una estatua suya que le habían erigido los Tasios para monumento eterno a la posteridad de tan ilustre vida, como si en aquella imagen ofendiera la misma vida del dueño, o borrara la gloria de su fama. Implacable odio el que engendran los méritos, que las ofensas en la paciencia encallan las más veces, si bien temo que la paciencia las llama, como la modestia las ocasiona. Tantas veces, pues, repitió, y tan pesadamente, la injuria, que un día cayó sobre él la estatua y le quitó la vida: que el que agravia obstinada y repetidamente al que debiera dar gracias o

loores, de la misma ruina del ofendido junta a la fábrica de su castigo los materiales. Que no le es nuevo a Dios dar satisfacción por medio extraordinario a las inocencias, bien que la dilación nos deslumbra, o la tardanza. Era ley de Dagón, el que las dio a los Atenienses, que aun las cosas no animadas que hiciesen daño al hombre se castigasen. Y vemos algunas veces cargados, no de suplicios, sino de premios, los ofensores, Por muy vivos, si por poco racionales, echaron la estatua por sentencia pública al mar, reo inocente, ofendido, paciente como una estatua, y castigada como debiera el actor. Siguióse una grande esterilidad en la tierra: consultado una y otra vez el Oráculo, vino a mandar restituir la estatua de Teágenes a la basa antigua. No era fácil descubrirla en las ondas, que lo es más siempre la injuria que la satisfacción. Al fin vino a parecer en la red de unos pescadores. ¡Ah, providencia divina, qué de milagros escondes en las acciones que parecen más naturales! Lleváronla con triunfal pompa a su lugar los Tasios e hicieronle solemnes y divinas honras. Si es lícito componer con lo grande lo pequeño, mira, corte de FILIPO, no el Grande sólo, sino el Mayor, al victorioso Capitán CRISTO, que creciendo a su sangre tantos laureles, como si a la agua fueran corales, no pudo apagar la envidia sedienta y odiosa a sus enemigos, pues no sólo le aborrecen vivo y muerto, sino que le azotan de noche su sagrada estatua. Es verdad que ella no cayó sobre ellos, ellos cayeron sobre ella; mas habiendo de dar en piedra, todo viene a ser uno, como nuestro Redentor dijo. Y arrojada, si no al agua, al fuego, la venerable e imperial efigie, con no ser capaces de prisión las cenizas, pareció en la red vigilante de este Santo Oficio (que a tales lazos, ni basta a defender ni a ofender el fuego) *entre bien ruin pesca* (súfrase a la razón de la ironía la humildad de aquesta voz), y echándolos a ellos a la hoguera, hoy da a la estatua divina sagradas honras, gloriosos desagravios.

¡Cedió la imagen prodigiosa! ¡Oh, juicio de Dios, oculto a la vil y envidiosa acción! Y comenzó a correr sangre. ¿Sangre de un leño, y seco? Si estuviera verde y plantado en tierra, aun buscara al milagro templanzas, si no excusas. Allá fingió el gran latino, y lo han imitado otros, que respondió en la isla de Antandro con quejidos y sangre un árbol a los golpes de una segur. Pero fingió también que era mármol animado de Polidoro aquel tronco, y que él mismo le era sepulcro, como de la estatua de sal de la mujer de Lot, dijo Tertuliano, vuelta de cabeza de mujer, por marido bien en fragante, y aun en flagrante, castigada, que original nota fue de Agustino antes y ahora, si más lamida, no menos fiel. A más se han atrevido escrupulosas curiosidades de bien cercano siglo: que no será mucho esto en los árboles, porque tienen alma no sólo vegetante, sino senciente e intelectual, y que la razón es un acaecimiento ordinario (no sé si habéis reparado en él), que al dar con el destal dos golpes el villano al tronco del árbol que pretende derribar, siempre el segundo es menor; porque el primero cogió al árbol descuidado, todo entero le admitió; al segundo, ya prevenido, endurece las entrañas, arrímase a la corteza, y se resiste. No es segura la filosofía en nuestra religión: con bastante ceño la oyeran las Escuelas, si no miramos como el ciego que curó Cristo, que vio los hombres como árboles, pues ojos eran dados por Dios. Ya eso es moralidad. Pues si es moralidad, de todos los hombres hablan, como de árboles, autores sagrados y profanos: en la caduquez repetida de los otoños, si no en la rejuventud de las primaveras; en lo adelantado de las flores, y aun frutos, como el almendro; en lo cuerdo y detenido, como el moral. Bien que suele haber árboles de tan oculta fortuna como siglo, que con dar flores y frutos tan precoces como el almendro, se los hacen dar a palos como el nogal, y ellos ocupados en

sus flores y en sus frutos, como nunca falta hacha villana que, con alusión a todo su nombre, no sólo los quería derribar, sino consumir, no resistiéndose de modestos (medura quizá excusada en república de árboles) todos los golpes les son mayores. Pero a un árbol seco, cortado de la tierra, ni la superstición le atribuyó sangre, ¿cómo se la venera la fe? ¿Por lo que representa en la imagen? No. Porque representa a un muerto, y un muerto no da sangre. Por sangre de Jesucristo, que aunque muerto, le asistía la Divinidad, y pudo verterla, y así ahora, como sangre propia, la vuelve a derramar, cuentan ésta algunos. La teología siempre inofensa del ángel Doctor, Príncipe de las Escuelas, no admite tal. Sangre es milagrosa, que en la incapacidad de aquel leño cría Dios por los fines que él es servido. ¿Qué sospechas piadosas se atreverían, si no, a medir, a sondar algo de este abismo? Pensar que quiso acreditar Cristo con la sangre de esta imagen cuanta derramó su persona, parece encarecimiento mayor. La sangre del costado me alumbrará entre las centellas, que como rubíes, aun fría ya, en apariencia de zafir cárdeno, arrojó de sí. ¡Oh, misteriosa fragua! Con poca agua más ardiente, pero con menos aliento más activa, con menos luz más flamante. Porque pienso que fue crédito seguro de la que vivo vertió el Señor. Que si bien es verdad que el Hijo de Dios por su voluntad padeció, la fe sola veía su amor en su sangre; los ojos la violencia de los instrumentos miraban: no pasaban a la vista del respeto humano sus heridas por amor, sino, cuando más, por paciencia. ¡Gran dolor de la voluntad que pase por fuerza la fineza de su amor! Dar, pues, muerto Jesucristo sangre de su corazón, fue mostrar que el amor que daba aquellas reliquias pocas de sangre en muerte, le había roto las venas todas en vida. Luego, amor que cuando se le acaba toda la sangre del corazón (que por eso salió después de ella, aunque continua, la agua) aun en el pecho de una imagen la cría, en parecida muestra de su Pasión, bien asegura que fue el amor solo el que en vida le desangró. Por esto dije que había salido con la sangre la agua. Por esto, o porque no mereciendo por aquel golpe Cristo, como los más teólogos sienten (sé aquello de la preparación del ánimo, pero también el estado en que se hallaba Cristo lo sé) o porque no padeciendo dolor en su crueldad quien tuvo en ellos tal gusto, era gusto aguado de Dios. O finalmente (con que volveremos brevemente a la arena sangrienta que corríamos) el enojo nace de la ira, y ésta es sangre encendida junto al corazón, y quien derrama la sangre del corazón templada en agua, bien asegura que no le queda enojo de las ofensas.

Pero hoy, sin que me ayude el agua a navegar el océano de esta sangre, hallo en ella la prueba del amor de Dios última; porque el odio humano ha llegado (no hay tiempo ahora de apurar esta hazañera filosofía) a derramar sangre un cuerpo muerto violentamente a la presencia del que le hirió. Luego, el amor, a lo menos, llegar debía a esto mismo. En los hombres no llega, que se usa poco el querer mucho. Llegó en Cristo, Dios y hombre, dando sangre de amor de su corazón, muerto ya su cuerpo a la vista de sus contrarios. Mas hoy, hasta el retrato que le representa la llega a verter. A esto jamás ha llegado el odio, a verter el retrato sangre; pues llegue el amor de Cristo, y vea el mundo que si el odio humano saca sangre de los muertos, el amor divino la derrama de las estatuas.

La sangre en las venas anima; fuera de ellas honra: por eso llamamos hombres de mucha sangre a los grandes señores, porque a sus mayores se la vimos vertida. No suene esto a lisonja, siendo recuerdo: que ellos también la sabrán verter, cuando al servicio de Dios y su Príncipe importare. Al mismo Verbo de Dios, ya hombre, llamó niño o muchacho San

Mateo, dos renglones antes que Salvador, qué sé yo, si porque no había derramado hasta la circuncisión la sangre, que hasta no quedarle en las venas gota suspendió el nombre de JESÚS, efectivo en cuanto a esta parte. Parézcanselo, pues, en ella a este Señor sus retratos, y hagan sus imágenes milagrosamente sangre para derramarla, pues para animarse a lo que son, no necesitan de ella. La misma sangre que unió a sí la Divinidad, vertió por las calles de Jerusalén Jesucristo, y cuantos pisaban aquella avenida prodigiosa que inundaba por ellas al mismo Dios a que estaba unida hollaban. ¡Oh, exceso espantoso de amor! ¡Qué ha menester toda la fe en el más agradecido para su crédito, ya que ninguna gratitud nuestra puede bastar! ¿Cómo será, pues, su retrato más parecido, el que no arrastrare por los suelos y los tiñere en sangre, aunque empeñe a su original a criarla? Salpicadas de ella llevó las tunicelas al Cielo Jesucristo (tenga lugar alguna analogía amorosa entre verdades tan serias) por estársela mirando y contemplando fresca en las mangas, ya que en las heridas de las manos la había secado resplandecientemente la luz. Produzcanla, pues, en la tierra milagrosamente sus retratos con delectación pura y divinamente morosa, de cuán natural y amorosamente la derramó. ¿No se consideran los espirituales por amor de Dios, muertos cuando más vivos? Pues Dios se quiere mirar, cuando más impasible, por amor de los hombres, desangrado. Hay hombres, que llamáis *malos de sangrar*, esto es dificultoso, y es necesario gran destreza, lanceta aguda, baños calientes; otros tan fáciles de sangrar, que dice el sangrador más embarazado: «Este brazo sangrado está». ¡Qué malos son, fieles, de sangrar los hombres y los amigos, qué malos! Bueno es no hacer la herida: recibirla ellos no es fácil. ¡Qué bueno es de sangrar Cristo! Sangrado estuvo siempre, en la circuncisión, en el huerto, en los azotes, en las espinas, en la Cruz, vivo, muerto. ¿En el muerto, sangrías? Y aun en el pintado. Siempre está Dios para daros la sangre de los brazos, aunque se los forméis de madera, como son los de su imagen. Tal sed tiene de derramar sangre. La falta de sangre da sed naturalmente: nueva y saludable hidropesía, porque en la agua el licor bebido y que se recibe da la sed; en la sangre, el licor vertido y que se desvía la da. Ponderemos la sed que exageró San Drogo en la Cruz, que fue de la mucha sangre que había vertido el Señor. No admite, pues, la bebida de la esponja, porque esta sed no era falta de uno u otro licor que el paciente necesitase, sino de la sangre que derramaba, y así, apenas la probó. Luego no derramando más sangre, ¿defraudada quedaba aquella sed? Así es verdad. Y a esa satisfacción acudió la sangre que derramó, después de muerto, el costado. Luego aquella que derramó del costado (en el sentido que vamos) también engendró sed. Pues ¿qué satisfacción podría haber para ella, si a la sed de lo vivo satisface lo muerto? A la de lo muerto satisfaga lo pintado, y la sed que causó la lanzada, mitíguenla hoy, o enciéndanla, los azotes. Y finalmente, en materia de amor y sangre de Dios, no vaya nada de lo pintado a lo vivo, ni a lo muerto.

Con esto ¿cómo vendrá el haberse quejado Cristo, diciendo: «¿Por qué me maltratáis? ¿No sabéis que soy vuestro Dios verdadero?» Antes esto fue hacer, con ser Dios, el dolor más propio. Porque estando Jesucristo en la gloria de su Padre, ¿qué dolor le habían de causar los golpes en su retrato? Así dijo no sé qué Príncipe al chisme de haberle ofendido un retrato suyo: «A mí no me duele nada», y tentóse. Gran doctrina a calumniados, tentarse las costumbres y el proceder. A mí no me duele nada, ¿qué importa? Que aun morir de verdades es flaqueza; de mentiras será grande desaire. Luego quejarse hoy Cristo, siendo quien es, fue mostrar que le dolía, y así que padecía en ello. Extraño y

nuevo camino parece que halló el propósito eterno de Dios en aquesta imagen, porque éste no sabíamos que fuese más que padecer para entrar en su gloria Cristo, como él dijo a los otros dos discípulos, pero entrar en la gloria para padecer, aun a la imaginación se le huye. Ni basta el ver, como en redención eterna, reiterada su Pasión en el Sacramento del Altar Santísimo, que aquel misterio de tal manera es retrato, que es el mismo original. La sangre no se derrama efectivamente, que es incruento aquel Sacrificio, y todo pasa allá en el mayor retiro, que de nuestros sentidos hace la fe. Hoy, empero, en una imagen patente, y en sangre (si bien no redentora, representativa) en dolor que obliga a gritos, se ve Jesucristo glorioso e inmortal a un tiempo, y padeciendo y quejándose: nueva circunstancia (sanamente entendida) de su eterna redención. Quejóse en la Cruz a su Padre (pensamiento de tantas prosas, que aun los versos ha provocado). ¡Oh, si nos diese la devoción, sin preguntarla al ingenio, diferente alguna cosa! Quejóse, pues, de que le dejaba, como Dios, señal que la Divinidad le dejaba. Es verdad, que esto sólo se pudo entender del verse morir, reconociendo que la Divinidad soltaba el lazo de la vida, que ataba las partes de cuerpo y alma, humanidad que no dejaría nunca. Pero como no tomó hombre (hablando en términos escolásticos) pudo dejar la vida, que de la unión de las dos partes resulta. Doctrina es de Ambrosio, como verdad de fe, que de otra manera no podía Dios dejar a su Hijo. Pues si tanto gusto tenía de morir, ¿por qué de morir se queja? Porque tenía sed ardiente de padecer y vio que con la vida se la acababa el dolor, y con el dolor las finezas. Y así siente el bienaventurado Padre Laurencio Justiniano, que aquella queja fue petición para dilatar la vida. No se quejaba de morir, sino de morir tan presto, por no abreviar su Pasión. Pudo Josué, dice Cristo a Dios, detener ese sol común para obrar la venganza de sus enemigos, bien que con odio perfecto, y yo, mejor Josué (si ambos nombres suenan Jesús), ¿no detendré en el curso de mi vida el Sol de mi Divinidad, para satisfacer por ellos, y padecer? Amor tan largo, padecer tan corto, grande congoja es, Dios mío. ¡Que se me acaba la vida, cuando parece que mi amor comienza! ¿Cómo ha de descansar un amor eterno en tormentos de doce horas? Oyó Dios, dice el gran Patriarca de Venecia, la petición, y dilatóle por largo rato la vida, que tormentos tales ya se la hubieran quitado mucho antes que la entregó al Padre, si no se hubiera parado la Divinidad a alargar el día amoroso. Reconociólo el sol natural, y corrido de la fineza presente en nuestro Jesús, con la memoria de la venganza del otro, se escondió a las tres de la tarde, castigándose en las sombras, entonces apresuradas, las luces otro tiempo espaciosas; y todavía, viéndose Cristo ya agonizante, se congojó tanto de que se le habían acabado los dolores y las ocasiones de ellos, que en diciendo: «Ya esto está acabado», expiró con una voz grande, sintiendo, no el acabarse ya, sino el acabar ya de padecer; tanto que juzga mi piedad, si no muy puntual, muy tierna, que no le quitaron a Cristo la vida los tormentos últimamente, sino la falta que sintió de ellos.

Luego el quejarse ahora Jesucristo, no fue de lastimado humano, sino de amante divino. Como si les dijera: «Ya no estoy en estado de dolor por el golpe, que yo lo solicitara; de sentimiento sí, por la ofensa que deseo excusar. ¿Por qué me maltratáis? ¿No sabéis que soy vuestro Dios verdadero? ¿Por qué agraviáis mi Deidad, cuando ni en sí, ni en su retrato está capaz mi humanidad de pesadumbres?» ¿No veis que se quejó como Dios? Pues en la Cruz no se quejó sino como hombre, porque allí se obraba contra la vida del hombre, y aquí contra la honra de Dios. La infidelidad de esta gente era su dolor, que no los golpes que reciba de ellas; que yo no hallo otro sentido más declarado y nuevo a

aquella queja antigua: «Sobre el dolor de mis heridas añadieron». Porque aunque se añadan heridas tan nuevas como las de esta imagen, siempre se debe añadir dolor distinto del que la heridas causaren. Luego el dolor del pecado es el de que habla Cristo, aun como Dios; porque a ser Dios capaz de muerte en su misma Divinidad, le bastara un pecado mortal a quitarle la vida. Encarecimiento que templan las evidencias, porque a amor infinito, cuando no lo fuera la ofensa, dolor infinito le corresponde. Dios ama infinitamente; infinita es la ofensa; infinito su dolor. Pues dolor infinito, a no estorbarlo la Deidad en la eternidad de su vida obrara. Todo su ser ha menester Dios, fieles, para que no le mate una ofensa vuestra. Tenéis fe y entendimiento, y oís esto, e ¿iréis a pecar más? Basta. Luego la infidelidad de estos enemigos suyos dolor fue, de que no es mucho que aunque ejecutado el golpe en una imagen, le lastime a Dios, y se queje. Demás que ha habido herejía, que de tal manera negó dolores en Cristo, como si hubiera vivido en la vida humana inmortal y en su Pasión rigurosa insensible. ¡Extraño modo de ingratitud! No sólo olvidar, sino deshacer la causa y la materia del beneficio. Error en que cayó, después de ochenta y dos años de fe segura, el emperador Justiniano. Perdonenme los juristas esta noticia, y teman los cristianos achacosos una apoplejía de fe. Sepa ahora pues el mundo, aunque le duela, su ingratitud: que estuvo tan lejos Cristo de no sentir en su humanidad dolores, que en la imagen de ella los siente; y no sólo se quejó como hombre entonces, sino como Dios ahora. Y que tenemos Príncipe (Dios le guarde tan católico), que no sólo cree los dolores de este Señor, sino sale de su casa a solemnizarlos y en su real pecho sabe sentirlos. Que el Cordero que hoy muestra en él, puede ser que sea solemnidad de la Pascua, mas yo como de nuestra fiesta le miro. Abrigadle, Señor, que nos le tratan mal. Pasaréis a finezas las profecías, estando el Cordero junto al León, no sólo en muestra de paz, sino por señal de amparo.

Bien, ¿y qué piedad obró en estos incrédulos la queja de este Señor? Echarle al fuego. Tened, sacrílegos, tened: que demás del delito atroz, es quitaros de los ojos la memoria de Dios toda. Señor, ¿Vos no os aparecisteis en una zarza ardiendo?, y con ser esta planta por su jugo oleaginoso lisonjera yesca del fuego, se halagó con él, y se alegró su verdor, como pudiera con el rocío. ¿Cómo ahora en parecida vecindad de espinas, es obediencia suya vulgar vuestra singular semejanza? La lumbré, que estallaba incendios en Babilonia por martirio de los tres mozos, no amagó más la violencia que en cuando se apareciese otro, que se os pareciese a Vos, ayudando (si se puede travesear con tanta llama) a alentar la capilla de los cantores y a desmayar la del horno. Suele el cielo fulminar los montes, e infamarlos con sólo eso, ¿cómo estos valles acroceraunios se atreven hoy a fulminar el Cielo? Mas, ¡ay, que son montes tocados de nubes y con velo de obscuridad a los ojos! Y éstas en una tempestad grande suele abortar al cielo rayos, que no se ven, y a la tierra, que se miran. Elemento voraz en tu ambición, furioso en tu estruendo, desagradecido en tu envidia, recoge en ti tu rigor, llámate a parar piadoso, no a estrellarte, o por mejor decir a soltarte desbocado. Lame la melena nazarena a la imagen, en servicio de vasallo, como la otra llama rizó las guedejas de Ascanio, en protestación de imperio. No te empeñes a hacer cenizas, materia en que arde inmortal una salamandra divina. Mas no en vano no te contó Moisés entre los demás elementos del primer caos, previniendo ya en esta acción tu felonía, y ya en todas tu ingratitud. Mas ¡ay!, que ya suena el fuego el delito natural de su violencia; la imagen se ilustra injuriosamente y se enciende con novedad al resplandor aleve; ya prende en la madera la actividad de causa tan poderosa. Cede fugitivo el barniz,

las facciones todas se borran; ya se desata en pardas y calientes pavesas la Fénix esculpida; ya es ceniza ruda en el ser lo que era Dios en la representación prodigiosamente. Agua, fieles, que se quema agraviadamente vuestro Redentor: agua, Nicodemo, pues hoy os halláis en el nacimiento primero y seguro de la fuente del bautismo. Nubes, aguaceros caudalosos, no lluvias templadas. Cielos, agua, no rocío: que esto no es esperar al Salvador, sino desesperar de él. Mirad, oh incorruptibles orbes, por vosotros mismos, que de fuego que a Dios se atreve, mal seguros están vuestros diamantes, ¿y qué sé yo, si lo encendido de esos biseles es tostado de aquestas llamas? Señor, a Vos mismo os invoco: agua con aquesta sangre, que si la sangre hace arder, la agua podrá apagar. Y más doctrinalmente os invoco: vuestro amor hizo tan bastante holocausto a vuestro sacrificio, que desdeñó en la ejecución la llama en que ardió el Cordero, hostia substituida en las espinas a Isaac, ¿cómo ahora permitís material fuego a esta segunda representación, Vos, que abrasasteis en los incensarios a los que de otra casa menos sospechosa con fuego común profanaron vuestro altar? Dios de fuego consumidor solíades Vos ser, ¿pero Dios consumido del fuego? ¿Qué hondo enigma, Señor, es éste, que traslumbra en esta claridad el más perspicaz pensamiento y parece que hace trasudar la fe? Quédese, Señor, en los abismos de los juicios vuestros, no sondables, misterio tanto, y no sea el no dejar entre nosotros reliquias de vuestro nombre. Al océano, dije, se arrojó el mayor filósofo, por no poder averiguar el milagro natural y común de las mareas. ¿Por qué no me arrojaré yo a este fuego, si no curioso examinador, devoto concluido? Allá se abalanzó el sátiro a abrazar el fuego, enamorado de su resplandor, y más culto sabio, como Eudoesio, lo estuvo tanto del sol, que deseaba abrazarle, por perder en alientos tan resplandecientes el suyo, cegar y morir victoriosamente. Y al otro mozuelo apenas le pudieron tener en el teatro que no se echase a la hoguera en que una hermosura, ya apagada, muertamente ardía. ¿Cómo profanos ejemplos no me bastan a arrojarme a este fuego yo? Entró a librar iguales deidades el otro Troyano, capitán en su patria. ¿Será menor mi nombre que el de los hijos piadosos, que por sacar de él sus padres, perdieron la vida? ¡Oh, Etna prodigioso, que en llamas infielmente fieles haces tan buena vecindad a la nieve animada, para decirlo así, a los carámbanos humanos de este obstinado pueblo, siendo el Cielo mismo materia a las entrañas infernales, que en disimulado bostezo muestras, en tus estrañezas me arrojo, a toda tu violencia me fío! Mas, ¡jay!, que no me quiere la llama; el fuego me repele. Gran desatención ha sido querer con mis cenizas confundir las reliquias de incendio tal.

Bien veo (templado el ardor algo en mi afecto) que lo material de este sacrilegio, es ser el fuego el mejor medio para consumir cualquier leño, y así el que estaba reducido a imagen en este Cristo. ¿Quién, empero, dejará de admirar los extremos de esta gente? Cuando le prohíbe Dios los simulacros, es tanta la ansia de idolatrar, que de sus mismas joyas fundan los becerros para atribuirles su libertad, y cuando lo encarga la adoración de imagenes y bultos, anhelan por acabar cuantas esculturas y lienzos sagrados pueden. Si con las profanas lo hubieran, bien me holgara yo que se acabaran tantos peligros del alma como arrebozan las mentiras valientes de las pinturas, que aun con los ojos porfían a ser verdades. Y aunque os parezca ya rigor, o ya temor demasiado, gran cosa hace el que sin riesgo de pecar guarda las ideas desnudas de un pincel grande, fiadas en el lino a la eternidad, en fe de su valentía. También deseara de algunas pinturas divinas se guardara más decoro y propiedad, pero no es posible decirlo todo en un día, y en día que todo se

debe a tan grave asunto. Fue, pues, el exceso acertado en el odio de querer consumir la imagen. Odio heredado de Satanás, que hijos suyos, y no de Abraham, los llamó Cristo, el cual (Satanás digo) de envidia y odio de la primera imagen de Dios, que fue el hombre, se perdió eternamente. Y si bien la borró a alientos venenosos la sierpe infernal, hoy la vuelve a reformar a espíritus celestiales nuestro Redentor (sierpe en la apariencia de culpa, pero formada de metal de Divinidad ardiente, a quien en vulgar cobre representó la otra de Moisés) en el Evangelio, con materiales tan mejorados, cuanto va de agua y espíritu, a tierra y aire. Mas la ocasión fue erradísima, porque fue temer que un Cristo que hablaba les podría descubrir y acusar. Porque este inocente Abel, no sólo difunto, como dijo San Pablo, sino pintado habla, pero siempre mejor que el otro, que no pide venganzas, sino perdón. Tembló la tierra en la muerte de Jesucristo: todos sienten que de horror, de espectáculo tal, como ver morir su Dios en un árbol, fue el terremoto. San Cirilo Alejandrino no quiere, con novedad, sino que fuese de gozo. Porque como estaba acostumbrada a recibir en sus entrañas sangre de justos oprimidos, y en sus oídos voces de las quejas de su justicia, y atendiendo a la sangre que derramaba en el leño Cristo, le oyó pedir al Padre perdón por los mismos que la vertían, y ella cayó vaheando piedades en su seno, no se pudo contener de gozo, y contra su firmeza insensible movió estremecimientos de alborozada. Pues, canalla vil, si le ofendías en una cruz, y le oías hablar, ¿cómo no entendiste que trataría tu perdón, y no su justicia, pues la tierra bruta lo conoció? ¿Quéjase como Dios, y queráis que os acusase la culpa? De que no le pidáis perdón de ella se queja, que ése es el dolor de Dios; y estaba por decir que la muerte: que tal parece el quitarle la ocasión de hacer bien. Fíeme San Pablo en tanto pensamiento, llamándonos herederos de Dios, y coherederos de Jesucristo. El prodigioso autor de la gran cartuja repara en que no hay herencias sin testamento, ni uno ni otro sin muerte de testador: ¿pues cuándo hemos de ser herederos de Dios? Parece que nunca, porque ha vivido, y vive, y vivirá siempre. En nuestra bienaventuranza, en el Cielo, dice San Bruno, donde en cierta manera muere Dios para nosotros. Porque es tan vida suya el hacernos bien, y cómo ocuparse en disponérselo, que como en el Cielo no habrá lugar de hacer nuevo y esencial bien a los ya bienaventurados, viendo que ellos no tienen que pedirle su salvación, ni él medios que darles para ella, se dará como por muerto. ¡Gran encarecimiento de amor de Dios! Gran doctrina a los más poderosos de los hombres, que su vida depende de la nuestra, su bien del que nos hacen y que el que vive más, haciendo menos, muere cuando parece que vive. Pues aun Dios, cuando no obra nuestros bienes últimos, se sirve que discurremos de él en esta forma. Erradísimo, pues, fue el temor de estos delinquentes, y conocida causa del dolor y quejas de Cristo impedirle el hacer bien, y temer que había de acusarlos, sino antes rogar por ellos.

Vamos ya recogiendo, que tiempo es, a nuestra Oración las velas, procurando saber por qué permite casos tan exorbitantes como éstos Dios. Porque, a la verdad, la ignorancia nuestra, no desnuda del todo de piedad y celo, pudiera preguntarle a su justicia, oculta muchas veces en la obscuridad de su providencia (que lo inaccesible de su luz con estos lienzos suele cercarse): Señor, Vos ¿no sois dueño y árbitro universal de este mundo? El gobierno, así temporal como espiritual, ¿no toca a vuestra disposición? Vos ¿no veis tantos excesos, enormidades tantas como en la redondez del orbe suceden? Y en vuestro pueblo mismo, ¿no miráis cada día demasías perpetuas en muchos, violencias sumas, agravios, hurtos, torpezas? ¿Las inocencias afligidas, las culpas, o favorecidas o toleradas? ¿Por qué no lo remediáis?, que Vos vivís eternidades, y a nosotros nos abrevia

caduco tiempo. Los enemigos de vuestro nombre ¿no campan de afortunados? Y, asistidos de los que no debieran, logran casi victoriosamente la impunidad de su rebeldía, cuando las armas católicas suelen verse menos dichosas, no menos valientes. ¡Oh, qué religiosa modestia me templa las alabanzas de esta monarquía, no envidiada acaso de todo el mundo! Y el valor y la verdad ¿no bastan a apostar con la suerte y la mentira? Y finalmente, estos hombres que acusamos, ¿no os quitaron, unos en voz de otros todos, la vida? ¿Por qué después de relapsos en su error sus padres y ellos, viven tan seguros entre nosotros, que se atreven a demasías tales? Y ¿hay quien, si no les puede librar, a lo menos lo pretenda?

Ya veo, fieles, que quien dice providencia, no por fuerza señala acción, permisión envuelve: que no puede, ni castigarse, ni perdonarse todo en el más seguro gobierno. Para tener bien la vara de cualquier ministro, dos manos son menester, limpias ambas, por que no deslice, iguales, por que no tuerza. Las razones que señalan santos y doctos a estas permisiones son querer Dios acreditar la adoración de las imágenes con estas maravillas; confundir la incredulidad de sus enemigos con estas ocasiones; y últimamente, amenazar como en profecía y pronósticos de horror, la carga que previene y castigos: necesidades, perturbaciones, guerras, hambres, pestes. Esto es verdad, fieles, no es figura de oración, ni afecto de doctrina: Cristo lo señala expresamente en la abominación de la desolación (términos son suyos) que profetizó Daniel; los Santos lo repiten; escritos sagrados y profanos lo muestran; las experiencias lo porfían, los ojos lo ven; el ánimo lo teme. Y por no cargaros de historias, que, o por distantes, o por ajenas, no muevan tanto, desde que aquel sacrílego extranjero holló en San Felipe el Sacramento del Altar Santísimo, acordaos qué males se nos han seguido tan para llorados con ambos ojos. ¿Qué necesidades, qué guerras en tierra y mar, qué sucesos tan infelices, qué desconuelos particulares y públicos que parece que han jurado contra nosotros los elementos, el cielo, y cuánto poder bastan a mostrar sus estrellas? ¡Oh, no sea que el autor de ellas arme el orbe de la tierra contra los entendidos, como amenazó la Sabiduría a los insensatos! Pues ahora que hijos de esta misma plaga nuestra (y halle el equívoco el lugar que ha menester, o llamados como mandáredes), arrastren, azoten, quemén un Cristo, y haya tanta paciencia (por no llamarla disimulación) en muchos, que ha menester este Santo Tribunal hacer sumas diligencias para buscar los culpados, cuando todos habíamos de ser Familiares de celo, si no de cruz, y llevarlos arrastrando a sus cárceles. ¿Queréis esperar sucesos mejores, paz, abundancia, consuelo? Mucho creer es, como temer poco. Yo a lo menos, por el lugar sagrado en que estoy, por el oficio que tengo y por el espíritu que sin violencia me arrastra a estos fervores, con celo de la honra de Dios y su servicio (él lo sabe), os pronostico grandes trabajos, en cuanto cada uno en su estado no hiciere contra los enemigos de Dios demostraciones últimas, o ellos tuvieren autoridad alguna entre nosotros. Porque Dios, de todas las cosas ha de sacar gloria. Cómo él lo guía, no nos lo deja saber, hasta que se lo vemos ejecutar. No hablo en la que saca de sus oprobrios, por ser pensamiento de todas ocasiones y porque quien llama exaltación a una horca, gloria a la infamia de un leño, acreditados deja los lances en que puede repetir el odio afrentosamente sus desahogos. La voz desagravios, y el medio de conseguirlos mirara yo para digna corona a la oración mía, puerto triunfal a mi navegación, pues no es ajeno, antes debido, el cuidado de la salud pública a las más graves oraciones. Y esto brevemente (bien que no sin favor soberano) lo podremos conseguir con la penitencia de

nuestras culpas, y éstas contra un Dios a quien debemos tanto. Éstos son sus desagrazos, sus satisfacciones son éstas. Los gozos del Cielo no bañaron de tanta alegría sus espíritus ardientes (al parecer) cuando entró triunfando por sus arcos Jesucristo, como cuando en la tierra se convierte el pecador más bajo. Las injurias de los dioses, dijo un cauteloso Príncipe, quédense a su justicia que cuide de ellas; el nuestro catolicismo, a él mismo le vemos cuidar y el Oficio Santo, que introdujeron nuestros nunca bastantemente alabados Reyes; no sólo trata de los agravios de Dios, castigando sus ofensores, sino procurando los reducir a la enmienda: que esto es, no sólo desagrazar, sino edificar a aqueste Señor, que los pecados nuestros, cuanto es de parte suya, destruyen. Así lo dijo San Ireneo con tan grandes palabras que apenas caben en la boca de la religión. Éste es el fin (dijo) del linaje humano, que reedifica a Dios, y hablaba en la penitencia. ¿Reedificar a Dios? Pues ¿qué?, ¿tuerce su infinidad, desmiente su omnipotencia, carga demasiado su altura, hace quiebras su eternidad, o su inmensidad sentimiento? Sentid generosamente de Dios: no estribéis para acertar su doctrina en materialidades tan lejos de él. Esto arguye el amor infinito de Dios y la malicia suma del hombre, que cuanto es de su parte, pretende destruir a Dios del todo. Esto es pecar, hombres: pero glorioso fin de este Tribunal Santo, ejecución piadosa de esta ilustre Congregación, no sólo derribar la casa de los enemigos de Dios, sino reedificar su gloria, ya con la conversión de ellos, ya con esta solemnidad. Bien que es menester que les ayudemos nosotros: y temo, fieles, por más que lo seáis, que no hacemos lo que debíamos en medio de tantas fiestas, como en este año habéis consagrado a los desagrazos de este Señor. Porque en este tiempo he visto crecer las acciones religiosas a irreligiosos delitos, los aparatos a vanidad, a profanidad los aseos, y los concursos públicos a excesos particulares.

Lloraba San Bernardo en su tiempo ver solemnizar las Pascuas con galas y banquetes, siendo la ocasión tan festiva. ¿Qué dijera si viera festejar los desagrazos de un Cristo arrastrado, azotado y quemado, con galas prevenidas, y más como las que ahora tan lascivamente se desenfrenan (todo estado me perdone), con escándalos solicitados, con muchedumbres de ofensas suyas? Lágrimas, dolor, penitencia, enmienda debida son los desagrazos de Cristo. Ayudar a las injurias de su fe con las de vuestras costumbres, ¿quién os ha dicho que es desagrazo, o que Dios lo tiene por fiesta? Vuestras fiestas, vuestros sábados, le decía por un profeta a esta gente, son mentirosas y de verdad me molestan. ¡Oh, quiera él, que no pueda decir que nuestras satisfacciones le ofenden, nuestros desagrazos le injurian! Una mañana del día que llamamos del *Corpus*, saliendo con la procesión acostumbrada del Sacramento del Altar Santísimo el pueblo, se quedó sola en la iglesia de Écija Doña Sancha Carrillo, aquella gran mujer, que honrara siempre la Casa de Guadalcazar. Mostróle Dios en visión corporal el alarde (si dijésemos) que dentro de las especies sacramentales (fuertes viriles, que a tanto, tan vecino sol nunca quiebran) reverencia nuestra fe. Pasó por delante de ella en una como remembranza de su Pasión, el leño pesado al hombro, tirando de él la muchedumbre de los esbirros romanos, y el golpe de los actores judíos. Al sudor, a la sangre, a la fatiga, a la hermosura de los ángeles maltratada, se arrojó la santa señora. «Señor, ¿qué es esto? ¿Y hoy?». «Sí, Sancha», respondió Jesucristo, apartando de los ojos la madeja de cabellos, despedazada, si vistosa celosía, a aquel rostro que serena el Cielo y quieta la tempestades, «Sí, Sancha: así me tratan hoy en España, éstas son para mí las fiestas del *Corpus*». Perdona, nación gloriosa, mancha tan durable, intenten a borrarla tus lágrimas, y mira cómo celebras

aquestas fiestas, pues cuando más festejas a este Señor, en apariencia alegre por las calles, en el espíritu y sentimiento de sus ofensas, por ellas mismas le arrastras. ¡Oh, Señor, o infundid más atención a nuestros ánimos, o desaconsejad estas devociones! Todo lo queremos llevar por fe en España; pues a de que suele el peso de las malas obras llevarse tras sí la fe. Intento fue de Satanás, que ya previno David, hacer como dormir en quietud olvidada los días de fiesta. Y está en el original: *quemémoslos todos*. Porque si en un concurso de éstos desde esa plazuela por donde entré a este sugesto en que estoy, se hubiese cometido el más leve pecado mortal (¿pues qué si fuesen muy graves?) demás que no hay muerte que se pueda llamar leve jamás, las colgaduras hermosas serían lutos, los reposteros vistosos despojos y alarde de entierro; aquellas luces y soles, con tanta novedad, hermosura y arte resplandecientes, fuego serían que ponemos a Dios para reducir lo más impenetrable a cenizas, tristes reliquias de fiestas. Las que serían alegres, serían la imitación del fundador glorioso de esta Casa, honra eterna de los Guzmanes, blasón ilustre de España y de la Iglesia, pues se hallan en este convento real, seminario perpetuo y exemplar de virtud y nobleza, capillas que hoy conservan la sangre de las disciplinas de aquel varón penitente. ¡Qué nuevo jaspe y seguro, para espirituales y materiales fábricas! Éstas sí son reliquias, y parecidas con las que David dijo, que le hacía el día de fiesta a Dios. Suena la lengua santa penitencia, adonde puso pensamiento la latina. ¿Qué son, pues, reliquias de pensamiento? No es difícil de averiguar. Quien ama, piensa; quien piensa, se acuerda; quien se acuerda, cuida; quien cuida, desea. Éstas son las reliquias del pensamiento y, dispuestas por la penitencia, le hacen fiesta a Dios: amar, pensar, acordarse, cuidar, y desearle, y determinarse a nunca ofenderle. Mas ¡qué de *cuántos* habéis dicho! Vamos a Santo Domingo, que está lo mejor del mundo. ¡Qué pocos os habréis resuelto! Vamos a confesarnos a Santo Tomás, no suceda otra cosa tal a San Salvador.

Señor, ¿esto no es así? Decidlo Vos, Divino Dueño mío. Y pues se dignó la otra imagen vuestra de hablar a unos infieles, esa escultura sagrada que habéis consagrado victoriosa piedad y representación vuestra, sírvase de responder a mi celo con ejemplo común y devota conmoción de cuantos me oyen. ¿No os quejáis de nuestra correspondencia, y os anda a abrasar nuestra ingratitud? ¿No es así, Señor, que habéis visto en estas solemnidades muchas ofensas vuestras, y que los que acusan la acción detestable con el entendimiento, con el proceder la acreditan? ¡Oh, fieles, que ya el aliento me falta, disimulado, más que solicitado hasta ahora! Pensad en este Señor, y mirad la gloria de un Dios que ha sufrido tal contradicción de los pecadores, para que le hagan verdadera fiesta nuestros deseos, nuestra penitencia le reedifique, nuestra enmienda le desagravie, le sirva nuestra *gracia*, le goce nuestra *gloria*.

(Ya he dicho, y cuanto he dicho o escrito, dijere o escribiere, que desviare de nuestra Santa Fe, única regla de la verdad, sea no dicho, sea no escrito, siempre, y esté a la corrección de los Ministros a quien esta censura pertenece.)

AL REY NUESTRO SEÑOR

Señor,

Sirvióse Vuestra Majestad de mandarme los días pasados orar en las honras de su gloriosa tía la Serenísima Infanta Sórora Margarita de la Cruz, con tales circunstancias de honra mía, que ni reverente, ni ambicioso, se atreve a referirlas mi rendimiento, porque no se las oigan, o la modestia propia, o la envidia ajena. Sirvióse después Vuestra Majestad de oírme, asistiendo en el Real Convento de las Descalzas a los oficios justos por aquella grande y santa Señora; y las muestras particulares de ternura a la memoria admirable del sujeto y de agrado a los piadosos espíritus de mi oración, con veneración de todos llegaron a conocerse. Sírvase ahora Vuestra Majestad de ordenarme, y con instancia, dé a la estampa aquel sudor. Nueva honra y que me excusa de dar satisfacción a nadie de tanta acción, pues parece fiar Vuestra Majestad de mi pluma, como de mi voz, el empeño de la autoridad de su mandamiento y los loores y honras de persona que, por sangre, por virtud, por amor, estimó, y estima tanto.

Permítales Vuestra Majestad una intención segunda a mi gratitud y respeto: que yo dije las honras de su Tía de Vuestra Majestad. Vuestra Majestad, empero, hace las mías. ¡Oh, imitación de Dios digna de tal Príncipe, dar con los ojos la mano a lo más distante, como a lo menos dichoso, y poder grande! Porque si el sobrar a las quejas, falta es de los favorecidos algo de la naturaleza, bastar a las emulaciones desaforadas de la fortuna en las repúblicas humanas, no es poder poco. El de Vuestra Majestad es mucho, y tanto, que se huye mal de afecto de avaricia a sus mercedes la fineza mayor de sus servicios. No se descubre otro medio de ilustrar esta mal libre sombra de interés, sino no mirar a otra luz. Advertencia que a otros puede ser doctrina, en mí es, si afectuosa elección, dichosa necesidad. De Vuestra Majestad, monarca el mayor del orbe y de los orbes (pues a hacer una adulación fuerza, por lo menos se abrazan dos), yo, el menor criado, en quien climas diferentes también repitieron, humilde sí, pero limpio, fiel, y no obscuro vasallaje, soy ahijado únicamente. De Dios lo es un cuervo: ¿por qué no de rey tal un cisne? Ya sea la creencia particular de las armas y la atribución común de las letras, la que dé ese nombre. Con esto entregaré, Señor, en tranquila paz y ufana quietud, al sueño de toda pasión, el ánimo. Pues Vuestra Majestad me ha constituido en tan singular esperanza de sí, que me ha librado de la atención de todos. ¡Oh, no me falten las fuerzas (que ya flaquean tanto), para ennoblecer el ocio de estos años últimos de mi vida (a que me van reduciendo las fatigas del púlpito) con algún trabajo que en no caduca posteridad ayude a la noticia de las glorias que de Vuestra Majestad está esperando el mundo!

Guarde Dios la Católica, Real y Cesárea persona de Vuestra Majestad, como necesitan la Iglesia molestada y, emulada, esta Monarquía.

Fray Hortensio Félix Paravicino.

Oración Fúnebre

Buen campo, Señor, en que esparcir la elocuencia, me señaló Vuestra Majestad, Sacra, Católica, Real y Cesárea también, pues tiene a sus pies, aun de otros mundos, doblados imperios. Buen desierto, empero, también, en que perderme, me señaló. Que buen campo era el paraíso, y se perdió en él Adán, y le había puesto Dios en él.

Buena y grande materia me dio, preciosa al fin: una margarita tan buena. ¡Oh, Mercader Soberano! (Con Vos hablo, Jesucristo mío, que ilustráis ese retablo tan majestuosa como tiernamente, si bien hoy os recata el luto que parece os habéis puesto por vuestra esposa: y yo me declararé más con vuestra gracia después.) ¡Oh, Mercader Soberano, cómo la estimasteis, cómo nos la encarecisteis! Buena materia, grande y preciosa, una margarita al fin, tan buena, tan excelente, que no sólo tiene las perlas de los mayores guardajoyas vencidas, sino las estrellas del más firme Cielo envidiosas, me dio Vuestra Majestad. A larga y peligrosa navegación, empero, a océanos inmensos que penetrar, me obligó también. Si el ánimo y el amor (augustos ambos) no me aseguraran, tanta honra mirara injuria. Cargar celestiales pesos a humanos hombros, aunque creamos los cansancios de Atlante por astrólogos, merced castigada es, si bien intentando la obediencia, gloriosa ruina fuera. Mas, ¿por qué sería vana presunción y no confianza respetuosa y agradecida, pensar que podré lo que tanto imperio quiso que pudiese? Dios tiene en su mano el corazón de los reyes: el mayor rey de la tierra (todos celos, si no toda envidia, callen) me manda hoy acertar. Dios me tendrá de su mano para que acierte. Su Madre y Virgen lo alcanzará de él. Haz bien para ti misma, Margarita, y ayúdeme, a lo menos interiormente, al ruego de la intercesión, esta audiencia grande.

Al fin (y estoy en el principio), Margarita, hube yo de predicar las honras de quien tanto solicitó las mías. Insensible agradecimiento fuera, si tan eminente alma no le animara, poder hablar y discurrir donde aun el sentir no alcanza. ¡Oh, cuál es el corazón humano para cumplir con afectos diferentes! Mas no sé si es capacidad o traición. Soberano rocío es el padre de las perlas, cuando madre de ellas el nácar. ¿Cómo hoy terrestre lluvia de mis ojos (¿qué importa que los cargue de nubes, si en tal ocasión aciertan a servirme?) o, en términos más propios, ¿cómo inundación de lágrimas humanas te llama hoy a la orilla, cuando te tiene Dios en el puerto y en su mano? Zozobre, Margarita, el amor (si a tan infinita distancia -no sea caos- como hay entre ambos puede alcanzar esta voz) en el mar muerto de mi llanto, orador insuficiente si no embarazado piloto, pues en el océano de tus virtudes, para descubrir profundamente tu alteza, he de ser buzo atrevidamente desalentado. Éntrome valiéndome, fieles, del nombre como bisoño (porque examinar docto las cosas que debo, será imposible), en el mayor ejemplar (y arrastra hoy todo hipérbole por el suelo) que tenía la Iglesia de Jesucristo: que el orbe de la tierra es esfera poca a quien la tuvo a sus pies. Demás, que en todo él no había (si ya ha habido, no sé) persona alguna con más títulos de grandeza. Que también son palabras reales y verdaderas; pero ¿qué palabra real no lo había de ser?

Ahora bien: acerquémonos siquiera a la orilla que ofrecíamos. Muchas cosas parecen acaso, que son misterio, como de muchas se hace misterio, que son acaso. Bien que en algunos genios nada es acaso, en otros todo lo es. Llamóse Margarita este ángel humano (cuyas honras decimos hoy, que hacerlas sólo Dios pudo), pudo ser acaso, salió misterio. Atención de predecesores también sería. Fórmase la margarita del rocío del cielo, más o

menos cándida y pura, según la miró con menos o más ceño el aspecto suyo. Esto, oído lo habréis muchas veces: no así lo que diré ahora. Que en sintiéndose la concha fecunda ya, temerosa del sol, que como mayor luminar asistió más a su concepción, por que no la manchen los rayos de su luz, huye de él al fondo del agua. Manchen, digo, aunque diga rayos de luz: porque si la preciosidad y excelencia está en el candor o blancura, lo tostado del ardor más limpio, lo encendido de la claridad más hermosa, mancha viene a ser, como en el marfil lo es la púrpura, aunque la tinta de ella le ilustre más. Grande atención de esta criatura preciosa a su pureza, que la hace casi parecer ingrata. Si bien la pudiéramos llamar cuerda, juzgando que huía, no el silencio luminoso de los rayos del sol, sino el estruendo ardiente de los que despedazan las nubes, que se tiene por el accidente más eficaz, si menos antojadizo, de sus abortos. De esta copia borrada, si no al brochón, a un pincel poco menos tosco, volved a mirar la Margarita original nuestra: que cuando pinta la gracia, apenas es muerta copia la más valiente naturaleza. Volvedla, pues, a mirar: que formada espiritualmente del rocío celestial de las inspiraciones divinas que, si me lo dejáis decir así, salpicó sagradamente el agua del bautismo, y reconociéndose en tan primeros santos bostezos (ya conoceréis la palabra) como cinco años, virginalmente fecunda en el ánimo del que había de ser su Divino Esposo, por que no la manchase, ni con rayos de luz, ni con arreboles de púrpura, el sol material que le había dado el ser humano, con un casamiento u otro, cesáreo o real, como se lo propusieron, se consagró al mar de la religión. Y retirándose al fondo de todas, en la humildad de Francisco (humano Serafín mío, Cristo hermoso de sayal), conservó la pureza, no material sólo, en eminente blancura, sino la espiritual, en nunca imaginable candor. Dirélo tan presto, aunque ofenda lo restante de mi oración; pues con tanto como diré ahora será nada todo lo que diga después. Sí: decirlo quiero, atreverme quiero a decirlo.

No perdió la gracia bautismal Margarita, fieles. ¿No os pasmáis todos? No lo he sabido decir. Más claro. La gracia de Dios, por Jesucristo, en el sacramento del bautismo la engendró e hizo amiga suya, acabada de nacer, no la interrumpió (entibió no digo) pecado u ofensa alguna hasta morir. No hay que decir más. Todo el campo de la elocuencia se escorzó a esta perspectiva. Leed esas historias innumerables de santos. Haced memoria de los mayores que la Iglesia celebra. No hablo de los que luz divina santificó en aquel siglo oscuro de nuestra oficina primera (y ¿qué es menester leer? Creer basta), y veréis si es esto mucho, si es esto todo. Díganlo brevemente (porque ajenas hazañas no estorben las nuestras) las lágrimas de Pedro y las disciplinas de Pablo, y Pablo más individualmente, pues nació el día de su conversión a la naturaleza, y se vistió el nácar pardo de Francisco para la gracia, una margarita racional, no abortiva, como el apóstol, a truenos y rayos celestiales, con manchas de blasfemias y afrentas, que así lo dijo él de sí, sino cuajada al rocío blando de la aurora, a los rayos dulces del sol, y conservada por sesenta y seis años (o por mejor decir, apurada siempre más) en el fondo del mar pacífico bien que difícil estrecho del piloto seráfico, en el convento o fuerte de las Descalzas. ¡Oh, casa de consolación de María (que ésta es tu dedicación) cuán grande consuelo debes tener de haber gozado aqueste prodigio!

Reverendísimo Padre confesor de este ángel (¡ay, empero, mortal!) decid públicamente, si esto que digo es así, pues examinastes alma tan ingenua, tan verdadera y tan grande, en generales confesiones y en cuidado particular. Lo que he dicho (como dijo Jesucristo

nuestro Señor y Maestro) sobre los techos, esto es en público y a cielo descubierto, vos me lo dijisteis en escondido; y fuera del de Dios, primer verdad revelante, no hay en la tierra otro ni mayor testimonio para verdades de alma que el de la confesión. Sacadme de este empeño en un día que no llegando los encarecimientos a las verdades, no habrá verdad que no parezca encarecimiento. Bien que la verdad encarecida no es más que ponderada, pero es fuerza tal vez hablar con todos. ¡Oh, en tal perla rocío bien logrado! ¡Qué soles, truenos, rayos (púrpuras, cuidados, pesares) no te turbaron jamás! ¿Paréceos que habrá sido el nombre de Margarita acaso? O que de cuantos puso Dios con misterios en las historias sagradas (venero el suyo y el de su madre, y acerco el de Juan a ellos), ¿ha tenido algún otro tan prodigioso efecto? Acuérdate Dios del nombre de Adán, aun corriendo el pecado injurias, por mostrar que no había bastado a obrar olvidos la ofensa. Quien jamás la cometió mortal, y por no cometerla, ni venial tampoco (santa presunción de la Iglesia en Juan cuando buscó el desierto de cinco años) se trató de retirar al Mediterráneo, (y ¿por qué no océano?) de la religión de Francisco en esta casa más santa que real, y más real que todas, ¿paréceos que se llamaría Margarita y le pondrían este nombre acaso? Misterio fue, fieles, misterio es y será cuanto de esta gran mujer hemos de decir, y hemos de decir, si Dios es servido, mucho: que si será.

¿Qué sol, empero, es éste de quien, en orden a tan gran fin, encarecemos que se retiró Margarita? ¿Qué rayos de su luz los que huía tanto? Que los de las nubes no es difícil juzgar qué serían: de las tormentas de la vida, de las tempestades del siglo. Y sí diré, si tanto resplandor no me deslumbra.

¿No fue nuestra Serenísima Infanta hija del Emperador Maximiliano Segundo y de la Emperatriz María, hija del gran Carlos Quinto, ella nieta, biznieta y tataranieta de majestades sacras del imperio? Menos cultos son, pero forzosos, los términos, que también hay que despabilar en las mayores luces. ¿No fue hermana de los Emperadores Ferdinando, Rodulfo, Matas? ¿De la Reina de Francia Doña Isabel? ¿Y de la de España Doña Ana? ¿No fue tía del Rey nuestro Señor, Dios le guarde, con lazo de tres nudos naturales, por prima de su padre y hermana de su madre, que fueron, y del Emperador Ferdinando, que hoy es? ¿Hay más sol en la tierra? ¿Más claridad? Toda la Austria servida en coronas, toda la Baviera en púrpuras, toda la Alemania en águilas, toda la España en castillos y leones, en barras, en cadenas, en quinas; y por no cargarnos de los blasones todos, el orbe todo en imperios. Guárdate de tanto sol, Margarita, que anhelan a tu nácar sus rayos, y alguno más mesurado turba a deseos el semblante, a afectos la luz, y te quiere arrastrar a púrpuras: ásete bien a los sayales. Huye, huye a las manos del gran mercader de Asís (retrato ardiente del de Judea y del cielo), a la agua, a la agua, pura y hermosa cervatilla. Válgate, Margarita, el centro pardo del mar contra las líneas lucientes de la tierra.

Ni haya parecido sólo imperialmente fúnebre adorno, haber hecho alarde de las armas o blasones iluminados de los predecesores cesáreos de la Infanta: glorias son de Dios, y por tal las tiene. Que no podía haber honras de tanta criatura que no lo fuesen de su hacedor. San Sinesio Cirinense nos asegura diciendo que se goza Dios particularmente en el culto y reverencia que le hace una persona real y religiosa, y que le avecina a sí con un linaje de parentesco escondido. Proprios términos, propios todos nuestros: persona real,

religiosa, ofrecida en culto a Dios y contrayendo con él secreto parentesco entre los públicos de tantos príncipes y tan grandes. En emparentando con Dios una criatura, aunque sea entre las azuelas de una carpintería, ya veis lo que se eleva a lo mortal: mortal todo, pues desde un palacio de Maximiliano viene a un convento de San Francisco a emparentar con Dios Margarita.

Vino, pues, huyendo del sol al mar de la religión esta animada perla, bien que pendiente del nácar de la oreja de su madre la Emperatriz María. Sintieron mucho sus hermanos emperadores y reyes verla (digámoslo así) arrancar de aquellos mares, olvidando aquellas tierras, e instaban a detenerla. No lo quiso errar Margarita, y así los dejó a todos. Parece que estaba mirando al otro envidiado mozo, perdido por el campo de Dotán en busca de sus hermanos y oyendo ponderar a San Nilo, que cómo podía dejar de errar y perderse quien no pasaba más allá de hermanos los términos; que mira tan lejos la perfección. Quien mayor instancia le hizo fue la Reina de Francia, mujer tan santa (no oscurezca el silencio esta maravilla, que poco espacio defraudará a la oración nuestra su relación), que habiendo ordenado en su testamento que fuese su sepulcro a todas luces vulgar, así en el lugar más humilde de la iglesia como en el mármol más común o losa, el día de su entierro, que se ejecutó puntual a su mandato, el crucifijo, que suele partir y coronar las rejas de los templos que dividen la capilla mayor del cuerpo, que llaman, y mira siempre al altar, a vista de toda la nobleza y pueblo de Francia, volvió al altar las espaldas y el rostro a la sepultura. Modestia envidiosa a los monumentos soberbios, que, o amenazan en puntas el cielo, o inquietan en fundamentos la tierra; y caso tan raro a nuestros ojos, como natural a la condición de Dios, dar mayores honras a quien las desprecia por él. Pero, servíos, Señor, Vos, que debajo de aquese velo honráis en consuelo nuestro, tanta escultura sagrada, de aguardarme un poco: que no milagro menor para Margarita traigo en Vos notado. Persuadía (no cortemos hilo tan precioso) la Reina a la Infanta que se quedase por monja en un monasterio que ella fundaba, porque le había dado cuenta de su intento. Pero del que tenía señaladamente a esta santa casa de su tía, de quien tantas cosas había oído decir, no hubo torcerla. Al fondo de la jerarquía del serafín humano, Margarita. A lo profundo de su humildad, Señora. A las Descalzas de Madrid, Infanta, que os han de amar mucho ellas, que las habéis de honrar mucho vos, que os aguarda gran batalla para gran victoria con vuestro cuñado, gran doctrina para vuestro primo, grande educación para el gran sobrino vuestro, gran ejemplo a esta corte, gran consuelo a los afligidos o cuidadosos de ella, gran lucimiento a la Iglesia toda en este candelero de estrellas, cielo de virtudes, bien que no de color azul, que es mentira o cansancio de nuestra vista, de color sí ceniciento y pardo, y ése es más verdad en el mismo cielo, pues le vio un día San Juan, el cielo digo, vestido un saco como cilicio: que de las mortificaciones humanas sabe hacer tanta gala el cielo. Tal es esta santa casa, pedazo ilustre de cielo (aunque se encamine, ya a roturas, ya a remiendos, la voz), y en él la estrella de mayor magnitud, tú fuiste, Margarita. Y ha habido tantas, que no te dejo de servir (estoy por decir mucho) en confesarle tanto.

Ya, pues, en España, y de ella en este clima celestial la Infanta, con su madre la Emperatriz, que a ejemplo de su gran padre se encerró en este monasterio, santamente ambicioso epiciclo, que pudo encerrar el sol, de quien todo el orbe no era capaz deferente (aunque padezcamos la crédula sonrisa de los astrólogos). El sol también de Felipe

segundo (que los soles vivientes engendran soles) el que, con tan revelados rayos y vehementes, ilustró su monarquía y se hizo respeto en los otros reinos, los inclinó a sus afectos amantes, si prudentes, e intentó arrojarse al agua por esta margarita, y por escrito, de palabra, por su hermana, por sus validos, por sus familiares, afectó su casamiento. Mas no os la quería, Señor, dar Dios por abuela, sino por maestro, que es generación, como espiritual, más perfecta y de que se preciaba tanto el apóstol. Defendíase Margarita de ser señora de esta monarquía, como lo pudiera solicitar, y aficionada al paño tosco de Francisco, hollaba los tabíes de Filipo. Príncipes muchos han dejado sus estados, es verdad; no fuera poco peso de historias el referirlos; pero habían experimentado (raro será el que no) cuánto pesaban las coronas y afligían los imperios, las obligaciones, los cuidados, los riesgos de tan representada felicidad, de tan verdadera miseria. Mas dejar tanta monarquía antes de tomarla a peso, ofrecida cariñosamente entre los halagos de un matrimonio a diez y seis años de edad de una doncella, que por sólo este nombre de casamiento, no sólo imperios, esclavitudes suelen ellas solicitar, no sé que lo haya hecho alguna jamás, sino Margarita; y se me ofrecían ejemplos sagrados y profanos al caso. Uno solo, por escondido, enseñaré en David, que cuando salió al duelo del gigante, prevenido de las piedras en el zurrón, de la honda en la mano, llevaba también el cayado en ella. Pues ése, ¿no le había de ser embarazo? ¿Por qué cuidaba de su mismo estorbo y se arreaba del impedimento? Puede ser que mirase a deslumbrar a Goliat, y cuando atendiese al cayado por arma vil y frágil, jugar la honda eficaz y segura; pero yo notaría que era el cayado prevención del reino, como instrumento y adorno del cetro comenzado a labrar; y rey que después de experimentada daba gritos por dejar la majestad antes de llegar a ella, aun de la más adelantada y ruda prevención del imperio, en ocasión de riesgo tal, a desembarazarse no acertaba. Mirad si arrojar de sí, no toscas prevenciones de reina en una doncella, sino vistas, joyas, reales arreos, aliños majestuosos, marido grande y rey, y rey tan grande, fue mucha, fue acción no vista jamás.

Pero de ella salió más reina, como San Bernardo y San Alredo notaron de los que, despreciando el mundo, quedaban mayores que él. Y Agustino, en los términos de hoy, dijo que era sumo valor batallar con la felicidad, y mayor felicidad el vencerla. ¡Oh! Aprended, mortales, de esta gran Señora a hollar el mundo, siquiera por la ambición de ser sus señores, cuando no os corráis de haber oído a Séneca, que la naturaleza misma os hizo señas a aquesta acción con poner debajo de la tierra, y a nuestros pies, el oro de que se hacen las coronas de los reyes y las prisiones de los particulares, para que pisásemos y oprimiésemos la materia que nos trae oprimidos y mal pisados a todos. No a ti, Margarita, que no buscaste el centro de la tierra por el oro de la corona, sino el fondo del agua para la fuga de ella.

La porfía y empeño del rey en solicitar el matrimonio era de manera (¡jea, estilo mío, tal cual eres, ahora te he menester mayor!) que congojados extraordinariamente los diez y seis años salieron a respirar a aquella tribuna, y enterneciéndose con aquel Cristo Santo (no nos han de estorbar estos velos, ya que el veros, el hablaros, Señor; pero si se rompieran, como el del Templo, parecieran mucho una acción a otra), con piadoso despecho, si cabe tal voz en un espíritu resignado, le dijo así Margarita a Dios: «¿Es posible, Señor, que no me queréis, que habéis de alargarme a otro esposo, solicitándoos yo tanto, y siendo Vos el que me solicitáis? Yo quiero ser sola esposa vuestra, ¿queréislo

ser mío, Señor? Decid sí, Soberano Esposo». ¡Aliento, aquí, flaca voz mía! ¡Ánimo, corazón corto! ¡Naturaleza, conmuévete! ¡Gracia, admírate! Horror alegre, fieles. Majestuoso y amable dueño mío, no desdeñéis que os hable hoy tantas veces con cuanto respeto os amo, y vuestro mismo imperio me ha quitado la libertad. Y éste sea mi justo temor, no el de que estos afectuosos apóstrofes desmayen la oración, ni hagan al estilo menos el decoro, pues más levanta Vuestra Majestad la humildad mía que la de César a Tulio, a Plinio la de Trajano, y a los oradores todos de Roma, los Padres Conscritos de ella. ¡Ea, Señor, conmoción generosa, turbación real no se flaquea con Dios! Cristo dijo el sí, y aquel venerable crucifijo inclinó a Margarita la cabeza, ya respondiendo, ya estimando, ya contrayendo con ella su desposorio. Españoles, oyentes grandes míos, ¿no véis mover estas paredes alegremente y que, por no deshacer teatro de acción tan grande, no vencen los saltos en que los collados y montes del Mar Bermejo imitaron las travesuras gozosas de los corderos de su campaña? ¿No las veis? ¿No las sentís? Yo las veo, yo las siento, pero desatiéndolas cuidadosamente, llamado de otro estruendo en el Calvario, donde hizo Jesucristo el mismo ademán que hoy. Por reverencia de su mismo nombre, dicen algunos que inclinó en la Cruz Cristo la cabeza por hacer señas que llegase a la muerte, que más cuerda que inexorable dudaba contra el autor de la vida, de su poder, dicen otros. Por quedar mirándose el corazón, y en él a los hombres, o por sacudir de la forma que pudo la corona, he dicho y dijera yo. Hoy, por dar el consentimiento de esposo a Margarita la veo inclinar, y embebe en un ademán los amagos todos, pues enseña a reverenciar su nombre en el de su retrato Francisco, cuya profesión trataba su esposa. Hace señas a la muerte misteriosa a que entraba. Mírase el corazón, y en él a Margarita, que se le hiere una y otra vez. Acompaña y premia finalmente las ansias de librarse de la corona. Muy cortés, no sólo blando, es siempre el trato de Dios, yo lo confieso. Con reverencia dice de él su Sabiduría que gobierna los hombres, cuando los hombres aun con cortesía unos a otros no se saben gobernar.

Y a la verdad, la descortesía no es poder, y la reverencia es buen natural. Pero como aunque todos los justos tengan en el ánimo las señales de sus llagas en muestra de generosa y libre esclavonía (que frasis es del Crisólogo), sólo a Francisco las estampó en el cuerpo, con única y celebrada impresión. Y aunque todas las almas en gracia se desposan por fe y caridad con él, con sólo Catalina celebró las exterioridades nupciales. Así, aunque precie todas las criaturas, Dios, ademán visible de reverencia, sólo le ha hecho con Margarita. Allá, a una alma que guiaba al mismo fin, le dice por el Rey Profeta (¡Qué gran dicha para Rey!) que incline la oreja y olvide su tierra y la casa de sus padres. Pero hoy, aunque Margarita es la que olvida parientes, padres, tierra, quien le inclina, no la oreja sólo, sino la cabeza toda, es Cristo. Y dice Pablo que la cabeza de Cristo es Dios, y obediencia de su autor llamó la Escritura al sol parado de Josué. Cuando quiso venir Dios a celebrar su más prevenido desposorio a las entrañas de María Virgen Madre suya, para de allí redimir el mundo, no dice más David que inclinó los cielos. Pero hoy, para el desposorio de Margarita, inclina Dios la cabeza. ¡Oh, válgame él, no me haga decir más que conviene tanto hacer suyo! Pues ningún bien hizo a los hombres, como notó Bernardo, que no pase por las manos de aquella divina y singular mujer. A la verdad, Señora, las alabanzas más entronizadas de otra cualquier criatura, siempre deben besar la peana de las vuestras. De este sol, pues, Margarita, aunque eclipsado en el duro occidente de aquel leño, donde sus enemigos le pusieron, no podréis huir, porque el rayo que os

vibra desde aquel altar llama alzará que os vista toda entera de luz. Ni la corona de Reina ha de faltáros, bien que será de estrellas de vuestras virtudes, como la mujer que vio allá San Juan. ¿Qué mucho?, pues todo lo temporal más supremo tenéis con la luna a vuestros reales pies. Hallóse sobre manera alentada y dio por efectuada su vocación, y por logrado su espíritu. Ladeemos, fieles, si os parece, con devoción modesta a este aire la voz del evangelista, que inclinando la cabeza Cristo dio el espíritu. Y ponderemos el espíritu que dio a Margarita en aquella tribuna, inclinando la cabeza en aquel altar. No dijo este caso sino en confesión la santa Señora, y a una gran confidente suya; mas siempre que hablaban en figuras excelentes de Cristo, solía decir que con el del retablo tenía ella gran devoción. ¡Y cómo, Señora, que teníades razón! Tenedla, fieles, mucha de aquí en adelante, que es imagen la de aquel Cristo que sabe decir sí, aun con la cabeza, a nuestra oración. Parece que sonó el eco de esta voz en el pecho de la Emperatriz, y desengañó últimamente a su hermano. Hacía bien, como decía el apóstol, en quererle entregar la hija; pero en no entregársela hizo mejor. Conque en la pobreza voluntaria le vino a doblar la herencia. Herencia rica, exclamó aquí Ambrosio, que da más hacienda al sucesor que ella tiene. Viuda verdaderamente de Cristo la que le da su hija por esposa, que viudas que son como Ana, tendrán hijas como María. Aumentemos nuestros nombres, digamos también que viudas como María, hijas como Margarita tendrán.

Llegóse con esto el hecho de tomar el hábito Margarita el día que he dicho: fue digno padrino el proco real, su tío, digo el señor Don Felipe Segundo, y madrina su prima, la señora Infanta Doña Isabel. Y entre las galas con que salió al desposorio espiritual celebran hasta las relaciones impresas, la corona de flores y rosas que llevaba sobre los cabellos sueltos. ¡Inmenso diadema el que tantos soles pudo ceñir! Y cuando tristemente me acuerdo de la corona o guirnalda con que la vimos enterrar tantos de los que asistimos aquí, no sé excusarme a ponderar que (dejado el abuso delicioso de las coronas de que en unos y otros autores se hallará tanto) se coronaban antiguamente los desposados, las víctimas, los muertos y los vencedores. Y por todas estas causas fue bien coronar en aquel día a la Infanta, pues se desposaba con Cristo, se consagraba hostia a él, moría al mundo, y triunfaba ya de lo que había de ir venciendo. Sépase, empero también, que desde aquel día hasta el de su muerte, en que le volvieron a poner, como en aniversario del de su hábito, la corona de rosas, toda la vida de religiosa la llevó de espinas. No sólo escogiendo aquesta, como la gran Virgen de Sena en oposición a la otra sino cogiendo a las rosas una ojeriza santa y tan natural, que su olor le ocasionaba falta de salud y su nacimiento conocidas enfermedades. Así es, que siempre todos los años al tiempo de la rosa enfermaba, y no podía sufrir nunca su olor sin daño particular. ¡Extraño parentesco de espinas, padecer tanto a las rosas! San Luis Rey de Francia hizo una penitente ley en su tiempo, que en los días de viernes nadie trajese corona de rosas o flores. Debía de ser grande la afectación de este caduco regalo pues obligó a tal ley, y por ella no vulgares plumas firmaron que se le debía, mejor que por su herencia, la corona de su reino. Entre nosotros apenas hallará la ley materia, aun en las primaveras escandalosas del mayo, si no mirara algunos tocados. Pero las licencias introducidas, cuando no pasan de aliño airoso, no deben reprehenderse fácilmente, bien que debajo de cabeza espinosa (clamores son de Bernardo) ninguna parte del cuerpo místico la había de tener en las rosas. Vuelvo al caso de Margarita: refieren estas señoras religiosas que en día de viernes, vigilia, o cuaresma, jamás quería comer cosa que le supiese bien, diciendo que en aquellos días comer ceniza

bastaba. Con derribar en tales días el deleite aparatoso de las cabezas se contentó Luis. Margarita hasta hacerle cenizas y comerlas con pan de dolor, si no beberlas en aguas de desengaño, como las del becerro (que no cabe el castigo en la perfección), no se contentaba. Corónese, pues, la infanta, o sólo para ofrecer la insignia real de la cabeza a su esposo Jesucristo, sino el mismo corazón, que es la ofrenda que él le pedía y que Clemente Alejandrino, como si fuera de los testigos de aquella acción, expresó diciendo que la corona, el sacrificio, las flores, los mejores aromas, para Dios, son el corazón del que se le entrega, y éste es su particular gusto. Notad si concurre esto todo en nuestra ocasión, pero notaréis poco, si no pasáis a saber que le ofreció Margarita a Cristo el corazón aun materialmente, haciéndose sobre él, no levemente, sangre, sacrificándose esclava y esposa suya: y esto una y otra vez. ¡Oh, tierno amor! ¡Oh, más admirable que imitable afecto de Margarita para testificar el que tenía a Dios! Que si en las escrituras antiguas, como hoy en las Bulas se ve, basto atravesar el papel con los hilos que tiñó el Brasil y sellarle con la cera que encendió el lacre, Margarita de la misma sangre que pulsa el corazón desata hilos de vida y sella con el corazón desleído las escrituras que hizo con su esposo. Dos veces emprendió esta fineza la esposa santa de este Señor. Una con alguna interior causa que no sabemos; otra con ocasión de haberle mostrado una cédula que había hecho a Satanás, firmada con sangre propia, un miserable hombre que castigó la Inquisición, de entregarle el alma. ¡Ay, cuánta es la ignorancia humana que hasta ser malicia diabólica no sabe parar! ¡Execrable ingratitud, loco empeño del mayor enemigo de Dios y nuestro, fiar nada! Pues, ¿qué? ¿Entregárselo todo? Celosa Margarita del amor y de la honra de Jesucristo, con la demasía de aquel tornadizo o tráfuga infame, se rompió con un cuchillo el pecho sobre el corazón, y de la sangre que sacó de él formó de su mano una cédula a Jesucristo, por el mismo tenor que estaba hecha la otra a Satanás.

No son para imitar, para admirar sí, muchas obras heroicas de los santos, y en ellas entre ésta de Margarita. Su confesor supo el espíritu soberano que la arrebató fervorosamente: rastros solos de admiración nos quedaron a nosotros, y sospechas si fue ésta la instancia que le hacía su esposo por Salomón que le pusiese como señal roja o cinta de nácar sobre el brazo, como rosa de rubíes sobre el corazón, porque es fuerte, le dice, como la muerte el amor, y como el infierno los celos. Y sí sería, que vemos dos veces la señal roja en nuestra Margarita: la primera de sólo amor, que es fuerte, como la muerte lo es; y la segunda, de celos, que lo son como el infierno, pues fue ocasión el testimonio infernal. Apretándose las yemas de los dos pulgares (aun no el del corazón), y sacándose sangre de ellas (y no haría más aquel desdichado), firmaban sus pactos los Reyes persas. Nuestra alemana Infanta, no sólo del dedo del corazón (índice distante de él), sino de la sangre misma, que más vecinamente si no le asiste, le abriga, firmó con Jesucristo las escrituras y pactos. Para dar testimonio más que humano de la pureza perpetua de María, notó aquella pluma purpúrea (a quien deben tantas noticias las historias de todo el orbe, si algunos escrúpulos las nuestras) que juntó en Roma contra el hereje Pirro un sínodo grande Teodoro Papa, y echando de la sangre del cáliz en el tintero, pronunció contra él horribles anatemas. Que aun para protestar una verdad de fe, le pide a Jesucristo su misma sangre con que escribir un Sumo Pontífice, y para firmar un testimonio de supererogación, se saca de las venas vecinas de su corazón Margarita sangre.

Mas ¡cómo los afectos nos sacan de camino! Veamos los pasos con que llega la noticia a los pies del Cristo con que entró en las manos y veremos que de los cabellos que le cortó la abadesa y que ya cortados son inútil desatención, si privación sensibilísima en las mujeres, del destrozo de la tijera, recogiénolos la Infanta y atándolos devota y airosamente, formó un cordón y ofreciéndole a su esposo, dijo «Cabellos y pensamientos, todo os lo entrego, Señor. Toda entro resignada en Vos, dulce Esposo mío». Movi6 ternura alegre, no sin interior conmoción, en los circunstantes toda la devoción galante de Margarita, no vista otra vez. Hasta la constancia del Sócrates Agustino olvidó la igualdad del ánimo y del semblante y se le atrevieron a llorar los ojos. Pregunto empero, yo ignorante si bien tierno, ¿para qué tanta demostración, Margarita? Que Magdalena de tal modo arrojó los cabellos a los pies de este Señor que se quedó con ellos; y cabellos, lágrimas, olores, todo se lo hiló en la madeja. Vos, olores, lágrimas, cabellos, a los pies de Jesucristo lo dejáis todo. Para que no se os pierda uno, no es menester: que a cualquier justo se lo tiene Dios prometido. Por temor del naufragio, como solían las supersticiones medrosas consagrarlos a Neptuno (rito de que nos dejaron señas más de un estilo docto si no puro y que mostró no ignorar San Pablo cuando en el temporal riguroso junto a Malta aseguró a los de su navío que ni un cabello aventurarían) menos; porque entráis en un mar tan pacífico que antes bien le juzgáis prudente muelle, y os prometéis de las ondas lo que del puerto. Porque era costumbre en los aparatos y sentimientos funerales, no sólo cortarse el cabello los doloridos, sino cortárselos al difunto también, para que se parezcan justamente el puerto y la muerte, en odio del mar borrascoso de nuestra vida, pudo ser, aunque sea condenar las lágrimas de Filipo. Que Cristo no las derramó en la muerte, sino en la resurrección de Lázaro, como advirtió el gran Isidoro de Grecia, culto montañés del Peluso, por ver que le obligaba su gloria a revocar el amigo del puerto a las tempestades. ¿Quién, por su menor fin, no meterá hoy al más amigo en los mayores riesgos? Lo que yo llevo, Serenísima Infanta mía, a sospechar con no vana curiosidad (no sé si cierta es), que quisisteis arrastrar a vos, suave y santamente, y asegurarle, si no conducirle, con la gumena hermosa de esos cabellos. Cristianemos, si os parece, para declararnos más, un gran caso de la antigüedad que nos podría servir de no vulgar ponderación al nuestro. Iba en un navío por el mar Jonio la imagen de Hércules. De dónde o cómo viniese así sola, no se averigua. Llegó a Media (era entonces entre Quío y Eritris), y habiendo tocado en aquel promontorio, varó pertinazmente. Unos y otros, quíos y eritreos, a porfía, todos querían tirar de la nao a su tierra, pero unos y otros no eran bastantes. Un pobre pescador ciego (que hay hombre que descubrirán a ojos cerrados lo que a los más lince hace dar de ojos abiertos) dijo a ambos pueblos que había soñado que si las mujeres se cortasen los cabellos y tejiesen de ellos los hombres una sogá o gumena, echándola por cabo al navío, fácilmente le conducirían a su puerto. Hízoseles a las mujeres costosa la devoción: que hablarles contra el cabello, ni por sueños ha de ser. Y no me espanto que confianzas hermosas que aun suelen buscar para su adorno no propios cabellos (como se usaba en tiempo de Absalón, que no sé nada de usos de ahora, entonces sé que vendía, y muy bien, el pelo a las damas de Jerusalén aquel príncipe, aunque todavía le quedaron guedejas para otro cordel), no se quisiesen cortar sus cabellos mismos. Había en Eritris algunas mujeres de Tracia que se ofrecieron a la fineza. Hízose la sogá, echaron el cabo, lleváronse su Dios los eritreos. Erigieronle un templo insigne en que servía el mismo vaso de altar. Hicieron ley inviolable que sólo las mujeres de aquella tierra (de Tracia digo) pudiesen entrar a venerar sus aras. Sirva el testimonio profano a nuestro sagrado ejemplar (como

de las letras humanas sienten los autores divinos), y considerad, fieles, en el cuidado de nuestro cabello, ya sea demasía en las mujeres, ya afeminación en los hombres, y más siendo pensamientos en la Escritura, cuánto se nos muestra Cristo alejar, y veréis, si no del mismo clima de Tracia, del hielo parecido de ella, de aquel signo frío y casto del norte, una valiente mujer que, haciendo gúmena tan fuerte como vistosa de sus cabellos, trae, no la imagen de un Dios mentido, sino del verdadero Dios, al puerto de esta casa, debiéndosele mejor que a la Sibila y a las perlas o rubíes, el título de Eritrea, digna ella sola, al parecer, de entrar en aqueste templo. Y aunque el testimonio de tirar de Dios hacia sí haya sido profano, el de atarle, divino es: que así parece que acomoda el espíritu suyo en un libro de Salomón sus cabellos a la púrpura del Rey atado en los canales, quizá no del agua, como piensan los más, sino de las ondas de las mismas hebras, como yo quisiera pensar. Y aliéntanme a ello no menos que setenta y dos grandes hombres que leyeron: «El Rey está atado en las ondas de esos cabellos», y yo, con buena venia, parece que miro más, porque veo dos Reyes: uno del cielo, que los es de todos; y otro de la tierra, atados hoy, Margarita, a tus cabellos; y el del cielo, no sólo atado, sino herido, y que muestra decirlo a voces: «En un cabello de tu cabeza (que sin afectación alguna, un cabello sólo parece la trenza) me estás atravesando el corazón, esposa».

¡Ea, Infanta Serenísima, Religiosísima Monja, entraos a vuestra clausura, y comenzad, seguid, acabad la profesión de esta regla que señalaste a vuestras acciones; y pues vuestro Patriarca es imagen de Jesucristo en la Cruz, tomad esta Cruz por nombre: crucificad en vos el mundo, no sólo como dijo el apóstol por la mortificación a que entráis, sino como todos vemos, las coronas de él por la renunciación que de ellas hiciste. Ya es monja de las Descalzas la hija, nieta, biznieta y tataranieta de los Emperadores de Alemania, hermana, prima, tía de los mayores dueños del mundo. Ya guarda la regla de San Francisco, tan a ella, que es necesario el apremio de sus superiores para templar su fervor. Ya lo sabe Gregorio Decimotercio; ya le escribe con increíble gozo, y con largas bendiciones le remite el velo, virginal lazo de desposorio puro.

El día de la Encarnación del Verbo en María espera tanta solemnidad. Ejecútase con universales aplausos, con triunfales y devotas aclamaciones. Déjenme estos festivos estruendos, por lo que pueden tener de ecos de grandeza; entremos a ver en el silencio no mudo de esta casa, cómo va cumpliendo la Infanta Doña Margarita de Austria las obligaciones de Sórora Margarita de la Cruz. Como acude tan a las cosas todas de la comunidad, que no sólo parte con ella los loores de Dios el coro, sino que la sirve el refitorio sus penitentes viandas, y lo que es más, y con lo que no puede la lengua, sino es a la del agua de los ojos, no la extraña, limpiándole sus platos, la cocina. ¿Fregar será voz baja e indigna de este lugar? ¿Por qué? ¿Cómo se puede examinar la profundidad del piélagos adonde se caló la margarita, si no sacamos por señas en el plomo más escrupuloso de la sonda la lama de él? Gran receta de buenas manos, fregar platos una Infanta, y no era acción forzosa para salvarse. Soberbia de hombres, afectación de mujeres, cuidado de señoras, galantería de damas, cargad de bacías de plata, de materiales y aguas medicadas entre todo aparato de ostentación. Entraos por la cocina de las Descalzas y no haréis gran cosa: que cuando no estuviera en ella Margarita, más que a viandas huele a santidad y grandeza; veréis a la infanta de Alemania, a la reina que no quiso ser vuestra, con un (¿he de disculparlo también?, tómale en las manos Margarita y

¿no pondré yo en él la boca?) con un *estropajo*, digo, fregando platos. Agua caliente, dicen que hace menos grave aqueste ejercicio (que no es mucho ni menos digno saber un religioso humilde lo que tan gran Señora ejecuta). Agua caliente, bien que de sangre disimulada son las lágrimas, Margarita. Ya que es tan inhábil mi sentimiento que no acierta a precipitar arroyos bermejos, aguas turbulentas y ensangrentadas de las fuentes de mis ojos, recibid a lo menos estas vulgares lágrimas mías, inundación honrada del corazón que llega a mojar los términos del rostro. Quien no sabe llorar, sabrá reír; y aunque esto sea propia pasión de los racionales, aquello lo es de los cuerdos. En cuanto con este esparto descabellado, o sea fatigada estopa, dais en la cara a los principados de la tierra como a los del Cielo, dice San Gregorio el grande que dio Jesucristo con los cabos de la toalla con que no sólo lavó los pies de los discípulos sino limpiaría también la plata de la bacía. Y ¿qué sé yo que tan delgado era el lienzo? Y por esta acción y las demás de humildad que tuvo en grado heroico Margarita (como de todas las virtudes quiere el maestro de Alejandro sea obligación en los Reyes), ¿sería nuestra Infanta menos estimada? No, sino mucho más; y más la veneraban estas santas señoras (díganlo, y sí lo dicen ellas), cuando la veían en la cocina con los platos en la mano que cuando en el aposento de la Emperatriz su madre se la besaban. Andaba Magdalena la mañana de la Resurrección buscando a Jesucristo. Estaba preguntando por él a los ángeles que, sentados sobre la piedra del sepulcro, parece que la desahuciaban de la esperanza, como si no estuviera muerta ya del amor, esperanza, digo, de no hallarle allí, como muerta de no hallarle. Gran torcedor de quien ama, privarle del objeto aun para ejercer el dolor. Volvió importuna, no porfiada, la cabeza atrás Magdalena y vio al Señor vestido de hortelano. Duda la curiosidad en qué conoció María que venía Cristo, que así apresuradamente volvió a él los ojos, que casi dejó, como dice nuestra lengua, *con la palabra* a los ángeles *en la boca*. Responde el ángel Doctor, a quien ninguna duda dejó perplejo, que al ver levantar los ángeles de la piedra, en su respeto conoció al Señor, pues esos ángeles, cuando estaban sentados, ¿no miraban la cara a Dios, y en ella al Verbo en su misma esencia y luz inaccesible? ¿Cómo, ahora, de ver ese mismo Verbo, esa misma luz, no sólo en la lanterna de la carne, que dijo Tertuliano, sino cubierta con un capacete de un jardinero, que notó el evangelista, se levantan en pie y están al respeto, si no más atentos, más ceremoniosos? Porque, si algún camino hay de ser lo grande más, es hacerse menor: y Dios, que aunque porfiara a empinarse (hablando groseramente), no podía descollar sobre sí más gloria, porque lo es todo. Con derramarse, como ponderó San Pablo a ser como nada, aquistó crecidos aplausos. Y los ángeles, que entre toda su inmensa luz, le miran la cara sentados, cuando se les acerca envuelto de madrugada en el capote o sayal tosco de un hortelano, se ponen en pie, como a protestar su mayor obediencia reverentes. Bien así los ángeles de aquel Coro (aléjese la envidia de mis palabras) que en el aposento de la Emperatriz la hablaban sentadas, viéndola con el vestido entero de majestad magnífica, cuando la miran en la cocina, más que vestida, revuelta con el sayal del hábito de Francisco (que el capote de un hortelano de Asís fue el primer vestido o hábito de este más resignado Adán, a quien el amor de su Dios desnudó, hasta renunciar en el avariento padre la interior túnica), cuando la miran, pues, junto a la fuente de la cocina, si no a la del jardín, a Margarita las religiosas, en pie la respetan, en corazón la admiran.

He de entrar, que ya es tiempo, al campo de las virtudes de Margarita. ¿Fiaré de la ponderación de aún no media hora, siglos de tantas obligaciones? Baste por rasgo breve al lienzo (que mejor pincel previene eternidades) la consideración con que en todo obraba, aunque la materia fuese levísima. Perdona la sutileza de Escoto en querer señalar acciones individuales e indiferentes, y sea prueba de la opinión seria de Tomás el fin perfecto que a las acciones capaces de atención apenas ponía Margarita, con que sus manos, como de las de Jacob da a entender en su muerte la lengua santa, fueron entendidas la vida toda; que verdaderamente es lástima ver en todos siglos y en muchas personas de obligación, con cabezas tan entendidas, manos tan necias. La ciencia de los efectos no hay para qué entre en batalla y que las felicidades no sean acaso, y las desdichas no se merezcan, no sólo es consuelo del ánimo, sino gloria de la reputación, como lo contrario también es lo contrario.

Entre estas atenciones, su mortificación (que es lo más opuesto a la majestad) nos enseñará como vínculo desatado algunos cabos sueltos en que poder discurrir, si bien abreviadamente. Fue, pues, admirable su mortificación en huir lo gustoso, en buscar lo desabrido, en olvidar su grandeza, en afectar su desprecio. ¿Dijo alguna vez (no digo a sus hermanas, que ya lo eran las religiosas, sino a sus criados) «haced esto»? Jamás, sino «¿queréis hacer esto por caridad?» Mandad, Señora, que vuestros criados son: vuestros superiores por justos respetos lo dispensan, vuestros parientes por deuda soberana os la dan. Vos sois, aunque para con Cristo y Vos, una monja, para ellos una Infanta. Verdaderamente es ingenuidad parecida a la suavidad de Dios, no sólo no forzar la libertad, pero ni congojarla. «No quieras ser incrédulo» le dice Cristo a Tomás cuando aun a sus ojos se resistía. No le dijo «No lo seas». Toda voz imperiosa parece que huyó con los suyos, y siendo su Señor, los trató amigo. Y lo que parece más, cuando entre la gloriosa humareda del templo le vio Isaías, que trataba de templar su grandeza con la humildad de ser nuestro a que se inclinaba, no le podían sufrir los serafines la majestad. La condición de los hombres suele ser opuesta a este ejemplo, porque hallarse en autoridad, basta a servirles de tratar a los demás en la sujeción como propios y en la desestimación como ajenos, como dijo de un romano el otro político. Pero no querrá Dios que pase la doctrina de un gentil a pechos cristianos. La reverencia de Dios en gobernar el mundo, ya nos lo enseñó su Sabiduría; pero con extraño pensar, a mi parecer, la explicó Eusebio Emiseno, sintiendo que el no consumir el fuego infernal los cuerpos de los condenados, aunque los atormenta, y no obrar en un caduco y miserable cadáver su violencia eterna y ardiente el fin que en toda materia, es por el respeto que los tiene: porque si como instrumento de Dios los castiga, como a criaturas e imágenes suyas los reverencia. Los demonios reverencian cuando castigan, y los hombres aun suelen ofender cuando premian. ¡Oh, enséñalos a mandar, como a servir, Margarita, a todos!

De esta mortificación y templanza nacía también el agradecimiento que tenía, no sólo a servicios vulgares, sino reprehensores. Reprehensión y servicio junto. Porque si al que reprehende le arrastra el amor y el celo, y el respeto y la prudencia no se le olvidan, tanto sirve el reprehensor como ofende el lisonjero y como desmerece el disimulado. Tiene, pues, divina herencia la liberalidad de los príncipes, aun en los servicios pequeños, porque Dios no sólo agradece a Jacob cuatro piedras con que casi tumultuariamente le alza un altar, sino a Abraham la doctrina que ha de dar después a sus hijos. Quien hace

mercedes a servicios por hacer, bien disuade disfavores a los hechos. Agradecía Margarita en esta imitación ánimos y servicios, y lo que es más grandeza, las correcciones: que estimar verdades, aunque desabran, verdaderamente es gusto real. Otros no lo pueden tener, que como de las venganzas dijo no sé quién, que eran argumento de poco ánimo, de lo sabroso dijera yo que mostraba gusto común: en especial, que las orejas deben tener más generosos gustos que la boca. Si le decía (pongo el caso) nuestra Madre: «Mire Vuestra Alteza, que esto no es así, y que así ha de ser» el «Dios os lo pague, que agradecida estoy a haberme enseñado» duraba un mes. No rehusara Moisés ir a decir verdades a esta alteza: no tenía que esperar Dios a hablárselas en sueños, ni había menester Micheas llevarse prevenida la cuchillada por el disgusto, bien que de celosa e importante verdad que iba a decir a su príncipe.

De la misma mortificación se armaba la penitencia en que, cuanto le permitió la salud y superiores y médicos no la obligaban (cosa que sintió mucho siempre), fue excelente religiosa, en especial en la circunstancia de los cilicios que poniéndoselos otra religiosa confidente, hasta que volvía a quitárselos y guardarlos con secreto, nunca se los llegó a discernir. ¿Vos cilicio, ángel y lienzo yo? ¿Disculpas de salud pueden, ni en el más achacoso sujeto, más fácil complexión, excusar rigores, cuando tanta majestad, delicadeza y enferma disposición bastó a sufrirlos? Ponderemos más las dos circunstancias de no quitarse el cilicio hasta que le desahogase quien se le puso, por la obediencia y hasta que le guardase recatadamente por el secreto. La primera arguye una agonía grande: porque si cualquier privación hace deseo y cualquier deseo es contrario tan valiente, la falta de libertad por arbitrario empeño, el poder voluntariamente entregado a otro, ¿qué ansias no encenderá? Una de las mayores muestras de amor de Jesucristo Redentor nuestro en el sacramento del Altar Santísimo, no sólo es estar presencialmente todo el sol en tan blanda y breve nube, ni darnos a comer su carne y sangre en sustancia, debajo del sabor ajeno en aquellos accidentes, sino no poder dejar de estar allí, por el poder que dio al sacerdote. Vestirse cándidos velos, fáciles cendales, si no celajes sutiles, a voluntad ajena, es obra grande de Dios. Vestíase cilicios duros, inquietudes ásperas, desasosegados aliños a ajeno arbitrio Margarita. ¿Qué os parece que será? Y esto, no sólo por el amor, sino por el secreto; pues bien se ha conseguido: que allí lo podía saber una religiosa u otra, y ahora lo digo yo a todo el mundo. Pues ¿no habéis reparado que es, entre otras, ésta la paga que Dios hace a la penitencia oculta, publicarla para más gloria? Acordaos del Rey de Samaria que afligido por los trabajos de su reino (que no es menos corazón afligirse el príncipe por trabajos de los suyos, antes más y evidente señal de que los tiene en él, cuando de sus cuidados le duele), afligido, pues, el Rey en el ánimo, pero guardando en la apariencia el real decoro con aparatos de majestad, se paseaba sobre los lienzos del muro un día ocasión en que llegaron aquellas dos mujeres con el pleito de comerse otro hijo (que uno ya les había servido de trocado e irracional alimento). ¡Oh, lo que traga una pasión, y más en siglos en que no sólo unos amigos a otros, sino los padres a los hijos se comen a bocados! Tocó en lo vivo del alma tal miseria de vasallos al príncipe. Cuales las suele haber, si no las ocultasen los mismos que debieran o remediarlas o decirlas. Despechóse el Rey lastimado, haciéndose pedazos los vestidos sin libertad, que descomposturas hay que acreditan, con que vio todo el pueblo el cilicio que traía ceñido a la carne; que penitencias ocultas, y más de personas reales, para común ejemplo, cuando no fuera para gloria particular, sabe Dios

manifestarlas. Recata, Margarita, las tuyas, que Dios las publicará, y sabrá este auditorio, resumida noticia, lustroso mapa de todo el orbe, que la Infanta de las Descalzas traía más voluntario el cilicio que todas ellas. Primor de penitencia que me hacía olvidar otro grande: como en memoria de los azotes de Jesucristo, no se contentaba con tomar ella por su mano las disciplinas; sino que tal vez obligaba a algunas religiosas más familiares hiciesen con ella este oficio, y se ofendía santamente de la blandura con que le hacían, buscando en sí propia la venganza de las como desobediencias ajenas. No paséis levemente por esto: que David bien se aparejó, como dice él (y es término religioso), para que Dios le diese la disciplina; mas para que se la diese otro hombre, de ninguna persona real, sino de nuestra Infanta, se halla devoción o penitencia que tal nos cuente.

De la misma mortificación, digo, procedía la paciencia en sus enfermedades, que eran muchas y doloridas, sin que aun la licencia de quejarse que mostró dar Dios a Job dejándole los labios alrededor de los dientes, quisiese tomar. Gran valor sobre paciencia: negarle al dolor el efecto forzoso de las quejas una mujer, cuando aun el maldiciente de la antigüedad (si merecen nombre tan desfavorecido murmuraciones tan doctrinales) se compuso, con que el valor más constante no excediese a la causa el dolor, ni a la herida las quejas. Pues ¿qué, si trasladásemos del cuerpo al ánimo la materia? Pero no dejemos la que dio a la paciencia de Margarita la ceguera, o falta de vista, que ella solemnizaba, agradecida del bien que le resultaba, en que le libraba de enemigo tal. ¿Qué enemigo, Margarita? Que a ti no servían los ojos de ventanas para mirar, que es lo que Jeremías dijo, y la ruina o portillo del lienzo humano, por donde da al alma insensibles escaladas la muerte. De lanternas te servían, como dijo Cristo, con que escondidamente señaló una sutil e importante diferencia: porque en las ventanas entra de fuera la luz, y mezcladas (si desatadas no) en ella las imágenes del siglo, perturban confusamente. En las lanternas, la lumbre está dentro, y sin recibir ni el aire más templado, alumbraba y lo enseña todo, como a ti el espíritu; y llena de la luz y aun rodeada de ella, como Pablo, viéndolo todo, ninguna cosa veías: que luz tan soberana a ningún objeto vulgar sirve medios. A tu madre viste, cuando ahora, magnánima y piadosamente la trasladaste del nicho que la recibió sepulcro a la urna que la conserva depósito. Al Príncipe nuestro Señor, otra esperanza grande, otras delicias del orbe viste otra vez. Que los justos, o al nacimiento o a la muerte miran; en la vida no hallan que ver. Cuánto, empero, que ver hallaremos nosotros, si ponderamos, que queriendo batirle las cataratas segunda vez un artífice raro de este remedio y que en otra señora religiosa acababa de acreditarse, no quiso curarse la Infanta, diciendo que Dios no quería ya que viese nada hasta subir a verle a él. Componerse con la voluntad de Dios, ordinariamente lo veo en lances forzosos: escoger por presumir la voluntad de Dios el trabajo, no le he visto muchas veces. Toleraba con paciencia su ceguera Tobías pero no rehusó la medicina del pez. Margarita tolera paciente la ceguera y renuncia fina el remedio. No le abras, Señor, los ojos: prosiga en su inocencia con ceguera saludable. Así la supiera gozar nuestros padres primeros, primeros inventores de ver y de mirar mal: abre, empero, como el otro mozo de Eliseo, los ojos de cuantos me oyen ahora o me leyeren después, para que vean en esta prodigiosa mujer tus maravillas, si quien se cegó al entrar de su mano, hace mucho al salir en no querer ver de la ajena.

Mas, ¿para qué había menester ojos corporales este lince espiritual (obedezcamos la credulidad común), si con los del alma en la oración, que es el antojo maravilloso de descubrir extrañezas, veía en Dios todas las cosas? ¿Para qué había de ver vulgaridades dudosas de tierra quien veía milagros patentes en los cielos abiertos de su Esposo? Que el verlos así Esteban en el suelo (cuando aun llegando a aquellas puertas de margaritas que sellan eternos diamantes), los hallaron cerrados las mal prudentes doncellas del Evangelio, quiere sutil y estático Agustino que los dejase así (los cielos digo) la oración de Dimas: que nunca los ladrones se paran a cerrar las casas que roban; los dueños sí que las guardan. Con la llave de la oración (acción fuerte), Elías cerró los cielos, pero el ladrón los descerrajó con la violencia fiel, si en silencio creyente no los ganzó, y dejolos sin cerrar. Así los vio Esteban, así parece que los hallaba siempre Margarita. En estos raptos dulces de cielos, no sólo abiertos, sino como despedazados por su acción, debió de ver la muerte de un criado, que con poco gusto de ella salió de este lugar. Y antes que pudiese llegar a noticia humana se lo dijo a otro criado (que debe de oírme), encargándole en lengua alemana el secreto de esta verdad. En esta comunicación también sabría la seguridad de la vida de un señor, que ahora me estará oyendo y entonces estaba desahuciado, y así se lo envió a decir a su mujer con el criado que he dicho. Divino don, como ponderó el Crisólogo, extraño modo de luz, como los teólogos notan, ver en la confusión la evidencia, en las tinieblas la claridad. Pero quien se acerca tanto al que no sólo de las tinieblas hace descoger la luz, sino que luz y tinieblas penden a iguales efectos de su semblante, ¿a qué lejos no alcanzará? En ella (de su oración hablo) se informó de la mejor fortuna de esta tal persona, y dándole un Niño Jesús con quien me aseguró que la había oído hablar y que reconoció voz que le respondía, diciéndole que no le daba sólo imagen, sino protector, y que lo vería muy presto. Aquella misma noche le vinieron a solicitar con gran parte de remedio a su casa. Así, Señora, que metéis en celos a Antonio y habláis con Jesucristo en forma de un niño hermoso, que teniendo todas las cosas él en la mano, le tenéis en la vuestra vos, siendo criador inmenso, os quiere hacer tan grande que parezca con vos una criatura. Antonio mío, gran portugués taumaturgo, ¿qué decís de esto? Diréis, Santo mío, que quien se os parece tan puntual en la profesión, no es mucho que se os parezca tan prodigiosa en las maravillas. En esta luz, finalmente, reconoció las sombras que amenazaron eterna noche al mundo, en la muerte del señor Rey Don Felipe Tercero, asegurándole entre otras advertencias de celo y amor, que moriría dentro del año fatal. ¡Ay, verdad cara! ¡Costosa profecía! Filipino, esto fue cierto, tú lo oíste entonces, lo reconociste después, se lo enviaste a reconvenir en las agonías últimas, entre otras materias que con ella habías tratado. Si eran de celo último del servicio de Dios, del tuyo, del de tu reino, del ejemplo mejor de tus sucesores, en la muerte temporal lo temiste y lo agradecerás en la vida eterna. Otros efectos y éstos (que no es posible correr en tan corto tiempo tan dilatada arena) procedían de su oración sobre su vida mortificada, y ésta la tenía totalmente partida en puntuales devociones, sintiendo casi con desconsuelo verse estorbar por negocios seculares del afectuoso ocio de su espíritu. Siempre que podía asistía al coro, y cuando le estorbó flaca su salud los maitines de media noche, los rezaba a hora temprana y descómoda. Bien así como David sabía hacer coro su aposento. Si bien siempre juzgó por mejor componerse con la vida de su casa: sea verdad que ella tenía otra que llamaba así, y era la llaga del costado de Jesucristo. Y ya era como proverbio en todas: «Vámonos a casa», como «Entrémonos a las entrañas de la misericordia en que nos visitó el sol que comenzó de lo más alto de Dios su oriente». ¡Ay, Paloma mía, cuál

otra había de ser tu casa! ¡Cuáles otros tus aposentos, sino los agujeros y caverna de la piedra Cristo, las llagas, digo, de sus manos y su pecho! Y así el incendio amoroso de esta casa propia te hacía despreciar el violento de la común. Decláreme aquel ansioso afecto tuyo, cuando encendiéndose fuego en el convento, tratando el Rey Don Felipe de sacarte de él y enviando el embajador de Alemania a este efecto, le respondiste que aunque Su Majestad viniese en persona, no habías de salir, sino acompañar tus hermanas. ¡Oh, cobarde desdichado, que en opuesto rigor, rendido al hielo de aquel estanque (prevenido cristal al empíreo) desamparaste, flaco soldado, la compañía valiente y perdiste el laurel que había de coronar con el número tu persona. ¡Ah, dichoso carcelero!, que viendo desiguales laureles y soldados te arrojaste a la pena mártir, al trofeo vencedor. ¡Ay, Margarita, alcaide santo de esta fortaleza!, cómo te arrojabas al estanque del fuego, porque entero el número de las Descalzas, no sólo fuese a pisar su esfera, sino las llamas celestiales, que a la ciudad de Dios son perpetuas luminarias. No te llamaba el fuego exterior de esta casa: el interior de tu retiro dulcemente te impelía. Aquél de las lámparas del amor, a quien sirve el agua, en vez de enemistad, de alimento. ¡Ay, Paloma mía, otra vez! que cuando los cuervos vagos y vilmente deliciosos en toda mortalidad se ceban inquietos, tú no sabes sino volver a la ventana del arca, llaga del costado de Cristo, casa de la devoción tuya, y desde allí dolerte de los que fuera naufragábamos, acompañando dentro las almas de quien tanta espiritualidad se propaga. Ni fue lejos de este afecto el que mostraste otra vez, cuando diciéndote que se caía el dormitorio, te levantaste apresuradamente: «Pues vamos a morir con mis monjas». ¡Oh, alma santa, qué ansias eran éstas de padecer con tus hermanas y ser como anatema por ellas, provocándote a tan dificultosa emulación, como lo es la muerte! Huyó Juan allá el baño, temiendo por la ruin compañía la ruina de él. Tú, por compañía tan buena solicitabas ruinas dichosas en este convento santo y, madre fervorosa, a ti misma te arrojabas sagrado número al montón de las hermanas que juzgabas ya cadáveres. Todo caridad ardiente y virtud en que no me he atrevido a hablar, porque sin asomarse a tu corazón que era la casa de Cristo y al de Cristo que era tu casa, ¿quien se atreverá ni a sospechar su excelencia y la Alteza tuya? Algo se podría discurrir por las obras de ella, que con los vivos hacías, mucho cierto, muchas. No sé, empero, si con los muertos más, a cuyas almas de Purgatorio tuviste tal devoción que se vino a hacer amistad y trato, que no hay amigos como los muertos, y así suelen ser los más olvidados, como David dijo. «Dios de vivos y muertos» llamó a Dios el apóstol porque es amigo y señor que ni a vivo ni a muerto olvidó jamás. No es Lázaro sólo el amigo atendido, aunque sea el resucitado. Valgámonos, fieles, de aqueste arbitrio: tengamos amistad con los muertos, que yo apenas hallo en los vivos con quien se pueda tener. Vivía en esta buena fe Margarita de amar a todos, pero más a los muertos, como más necesitados e imposibilitados de hacer por sí. Y así acudían a ella los muertos en sus trabajos, como los vivos en sus necesidades. Esta vez alegar testigos muertos no es testimonio dudoso. Sea uno entre muchos, la condesa de Fuentidueña, a quien muchos años ha, vio una noche en semblante triste a su cabecera. «Pues, Juana (queríala mucho) ¿qué es esto?» «Señora, acábome de morir de parto en este punto en mi tierra, y vengo a deciros que me digáis las misas que soléis, aun a los conocidos no más (era así que siempre tenía bulas y misas prevenidas para los tales) y me encomendéis a Dios en vuestras oraciones». Ofrecióselo así, así lo cumplió, y de allí a algunos días vino nueva que aquel día y aquella hora y de aquel accidente había muerto la condesa. Gran crédito debía de tener en la otra vida Margarita, pues así acudían luego a valerse de ella los

muertos de ésta. Mas sea otro testigo sobre toda excepción su mismo padre. No es ofensa de los Reyes contarlos en el purgatorio: pintarlos en el infierno fue solemne en la antigüedad. Desacatado pincel, a quien quieren dar por excusa los doctos otro desconsuelo mayor, que es lo irremediable de las culpas de los Príncipes, y yo, ni por el respeto, los nombrara en tal lugar ni viniera en ello por la razón. Porque ¿quién puede remediar mejor que el que puede más? Es verdad que no basta desear remediar como ni restituir: remediar es menester. Aparecióse, pues, el gran Maximiliano a Margarita y encargóla que advirtiese a la Emperatriz cierta diligencia de misas. Ejecutólo, y por no andar inquietando reales cenizas tanto tiempo, pareció en la respuesta de su madre, evidente la aparición. Volvió el Emperador a agradecerla el cuidado, pero quejósele de cómo había dejado aquellos días una oración que solía rezar por él. «Señor, por haber frecuentado las misas tanto». «Ése no es trabajo tuyo, de Jesucristo fue, y del tuyo tengo también necesidad yo.» El encarecimiento consiste en la relación: Príncipes, grandes, señores, caballeros, pueblo seglar, Arzobispos, Obispos, Prelados, teólogos, componedlo allá: en frecuencia del Sacrificio infinito de la sangre misma de Dios, las oraciones de Margarita hacen falta. ¡Bendito seáis, Señor, que a una criatura mortal queréis ver celebrada así! Que ya sé que la infinidad del precio vuestro sobra a las deudas, aunque las demos algún respeto infinito también. No digamos más de esta amistad de los muertos. Bastantemente hemos visto los vuelos que daba a una vida y otra esta águila imperial con las alas de la oración o con las manos esta Infanta suya, que así lo dijo Pablo, como con las de los serafines, entre las alas del corazón. Que doctrina es, digo, del apóstol, levantar las manos puras a Dios en este trato con él. Puras, dice San Pablo, y puro en rigor no se opone a manchado, a mezclado se opone, y a manchado se opone limpio. El licor que va sin mezcla de otro, aunque no esté limpio, se llama puro, bien que puro y limpio sería mejor. ¿Por qué pensáis que muchas oraciones no se logran? Porque no levantan en ellas las manos puras; limpias quiere Dios se levanten. Que no acaso mandó Cristo que si el pie ya en la peana del altar se le acordase a uno la ofensa del hermano, no se atreviese a mover el paso a las aras sin reconciliarse con él. Que la mejor reconciliación no es la del confesor, sino la del ofendido; porque aquélla sin ésta de penitencia desliza en sacrilegio. Los que quisieren cumplir obligaciones en su estado y que les ayude Dios a dar satisfacción a los otros, no se contenten con manos limpias, sólo, sino limpias y puras, en particular, digo, con sencilla intención, con deseo fervoroso de la verdad, no de la apariencia. Y esas manos limpias y puras no extenderlas, como dijo Isaías sino levantarlas, como advirtió San Pablo. Y si las han de extender, no como los vástagos de la zarza imperiosa del apólogo que andaban a quitar capas, sino como los brazos de la mujer valiente en los Proverbios que descansaba con darlas. Y como nuestra no menos valiente mujer que nunca descansaba en remediar las necesidades de todos. ¿Qué pobreza no la reconoció en su vestido y comida? ¿Qué enfermedad no en su regalo? ¿Qué cárcel en su libertad? ¿Qué apreturas mayores y menores en limosnas y remedios? Príncipes, ¿quién os aconsejó lo mejor? Margarita. Grandes, ¿quién os consoló en inquietudes de honra? Margarita. Señores, ¿quién os alentó en el desmayo del disfavor o el desaire? Margarita. Espirituales, ¿quién os descubrió más sospechas soberanas de Dios? Margarita. Pueblo entero, ¿quién dilató el corazón a vuestro remedio y le encogió en vuestros dolores? Margarita. Si particular castigo de Dios no nos hubiera quitado nuestra infanta, cuánto mejor y más eficazmente parece que bastaran sus obras que no los vestidos de Tabira a resucitarla y a consolarnos.

En tu muerte me hallo, Margarita, y dejo la mayor parte de tu vida por declamar. Mas ¿qué soberbia es la mía de porfiar a querer orar dignamente de tus virtudes? ¿No será más digno suceso el yerro de mi oración? ¿No cederá en más gloria tuya el no acertar yo esta acción? Y que vea y diga el mundo que no basté ni a mis obligaciones ni a mi opinión, ni aun a la que tuvo de mí el dueño soberano que me empeñó con determinado y favorecido imperio a tan ilustre sudor. Porque a tanto campo, ¿no hubo aliento? ¿Voz para materia tanta? ¿No es más debido esto al sujeto de Margarita, que no cumplir yo con las deudas de este lugar, y dejarla pagada de las infinitas en que nos tiene? No acaso mis labios padecen hoy no acostumbrado embarazo: y si la sequedad de ellos procediera de haber divertido el corazón todo el humor a los ojos, más consoladamente acabara yo de decir. Murió al fin la Infanta, la religiosa no. Recibió para compañía de tan breve y largo viaje los Sacramentos que la Iglesia acostumbra dar, pidiendo ella misma el último de la Unción Extrema: que aun al Padre Confesor se le olvidó con el dolor la advertencia. Amoroso olvido, y la primera vez que hemos visto que sea el olvido fineza. Este Sacramento, pues, como último, una vez le recibió; pero el Santísimo del Altar también le recibió muchas veces como último. A la verdad, así había de ser en todos: que la memoria de la muerte para morir ha de recibirse, y siendo nuestra vida tan trabajosa, sin resucitar no puede mejorarse, y sin morir, no hay resucitar. No sobradamente se llamó nuestro Redentor Resurrección y Vida ¡Qué cortamente lo entienden los que, sin morir uno, comulgan cada día! Margarita lo entendió largamente, y siempre comulgaba como para morir; y para vivir por este Sacramento, moría siempre en él. Murió, al fin, Margarita. Al fin hemos llegado. Arrancóse la perla pura del alma del hermoso nácar del cuerpo. Y no importa que suene alguna violencia la voz: que la misma puso San Mateo al apartarse Cristo de sus discípulos en las agonías de su muerte, que ésas fueron las del huerto dichoso que gozó por riego a sus plantas la avenida roja de las fuentes del Salvador. Bien que en Margarita aun las apariencias de lo violento faltaron, porque murió, no como quien duerme sólo, sino como quien ríe. Como quien duerme también: que así lo dijo Job y trajo por ejemplo de su muerte, el sueño de los reyes del mundo, sabia y experimentalmente. Porque las muertes de los reyes no suelen ser ocultas: las enfermedades lo son. Porque en lo uno se arman esperanzas, y en el otro desengaños. Yo no he visto sino una muerte de rey. ¡Oh, quiera Dios, que aunque como al fénix se me renueven como a millares los siglos, no vea otra! ¡Oh, hubiera placido a Dios que nunca te lloráramos, oh Rey santo! Aunque tanto sucesor nos bastó a enjugar los ojos, ni yo hubiera visto el fin de un príncipe tan grande, a quien tanto amor debió la humildad mía. Pero ¿en qué deudas de éstas no estoy ahora? Vi ¡ay! aquella muerte; y en ella el Palacio como robado, las puertas abiertas, guarda ninguna, gente, sí, mucha, y aun casi del pueblo, cercando el lecho real. El sueño de los príncipes se atiende más, las ventanas se entornan, las puertas se cierran, impídense las entradas, las guardas no sólo detienen, arredran casi a los que quieren llegar. No parece que fue muerte, habiéndolo sido, y tan eficaz, que nos restituyó a mejor vida, la de Jesucristo, sino sueño sólo; y como sueño, y real, el mismo odio de sus enemigos se le guarda y pone compañía la tal al mármol que selló aquella tarde, o su cuidado, o su temor, o su envidia, y lo más cierto, estos afectos todos. A los muertos no se les guarda la corrupción; a los que duermen, sí, el sueño. Durmió, no murió Margarita. Y en silencio misterioso apenas con noticia alguna de toda esta corte pasó a despertar por eternidades a las del cielo. Y no durmió sólo, sino rióse,

que tal semblante mostró aquellos días postreros. Rióse, digo, de la muerte, no la desatendió sólo: que el desatender arguye valor, el reírse desprecio. Puede aquello ser batalla; esto no es sino victoria. Reírse también dice alegría; y en la mayor ocasión del miedo gran victoria es alegrarse. Suspendiéronsele algo las acciones vitales: solemne señal en los que fallecen, pero lo que en los demás llamamos penar, fue en Margarita reír. Risueña se entró a la muerte primera de la religión; risueña sale a la muerte última de la vida. Rióse Sara en la primer promesa, alegre del hijo; y en el parto de él llamó risa al infante. ¿En las buenas nuevas risas y risa en los dolores descabellados? Señal es, dice Ambrosio, que Dios se la dio. Dios le dio la risa a Margarita, pues desde el nacer al morir le dura. Risa se llama la de la aurora al amanecer. Llámese también risa de aquí adelante la del ocaso al ponerse el sol. «¡Qué linda música!», se le oyó decir entre la sonrisa dulce. «Pues nadie canta, Señora.» «Es verdad: mejor me suena que las de acá». «Señora, le dicen, ¿tanta alegría al morir?». «Sí, responde, y soy yo la mujer más pecadora que Dios ha sufrido. Mas, ámole tanto, que no parece que acierto con su temor». ¡Oh, perfecta caridad! ¡Cómo había de haber temor en tus entrañas, si tienes por blasón el arrojarle de ellas? Trabaje la hipocondría mis culpas, despierte las impacencias del pecador el humor que en él peca: alegre risa haga manso ruido a tus agonías, ponga a tus cuidados estorbo dulce.

Con ser, empero, tanta esta dulzura exterior, no puedo, de muy informado, fieles, dejaros de decir que fue grande la como interior violencia, mortales sobre toda manera las congojas, si bien no nacidas de culpas propias, sino ajenas. Las de nuestra república y los castigos que le temía de Dios, la afligían de modo que ésta fue siempre la causa principal de sus enfermedades, como de su muerte ahora. Duras tristezas, decía Bernardo, desconsoladas aflicciones me acaban por mi Cristo, cuando le veo perder por lo que le debiéramos más honrar: cuando por querer más, por sufrir más, más le afrentan. Quién dio la sangre del corazón por ver una firma particular contra Jesucristo, y si bien atrevida y blasfemamente escrita, dada al fin en secreto supersticioso, ¿cómo de ver carteles públicos, fijados contra este Señor en las esquinas y puertas de Madrid, no había de dar la vida? Celoso afecto me arrastra a exorbitar de mi oración la parte panegírica. Que cuando en las fúnebres (de que nos ha dejado tan pocos ejemplares la antigüedad en Grecia y en Italia, puede ser que no haya sino uno en cada idioma, y es así) no se ordenara el loor de los muertos solicitar honrados corajes en los vivos. Las nuestras entran con mayores obligaciones en religión. Y el accidente de esta sazón es tan grande, que me disculpará la razón que pondero del arte que quebrantare. Un cartel de un caballero contra otro, en las cortes de los Reyes, se tiene a gran resolución, y suele haber, si no en los respetos cristianos, es verdad, en los de estado a lo menos, causas que lo disculpan, no flojamente. Un pasquín, que llaman, o libelo, de los que el vulgo mal contentadizo pone contra los que gobiernan en un siglo o otro, aunque no suene a motín, sino a quejas solas (y permitir éstas a los lastimados suele ser tan moderado favor, como desatención magnánima) todavía por el genio popular y peligro del ruin ejemplo, pide justicia, sangre y última demostración. Pues ¿carteles contra la ley? ¿Pasquines contra Dios? ¿Libelos contra Cristo? ¿En la Corte católica, a los ojos de Príncipe de tanta fe y de tan religioso celo? Y digo esta verdad seguro de que no siendo lisonja, enciende más a la obligación. ¿Cómo no había de quitar la vida a la inocencia, viendo resplandecer las culpas en la publicidad, y abrigarse los reos en el secreto? La escritura contra nosotros, que desde Adán, que la

pactó con Dios, tenía en su poder Satanás. Despedazado cartel la clavó en la CRUZ Jesucristo, y en todos los idiomas clásicos, hebreo, griego y romano, se puso el título de su reino. Y ahora, en nuestra lengua, desdichada en esta parte, cuando al amparo de nuestras armas y a la obediencia, lisonja o necesidad de tanta monarquía, vuela gloriosamente por el orbe (¡Oh, nunca acierte yo a hablarte!) se le quita el reino a Cristo, se le fijan contra su Cruz, y nuestra fianza, nuevas y falsas escrituras, sacrílegos y amotinados carteles. Muere Margarita a este dolor. Morirás de amor y de celos, de caridad y de fe. No es culpa, con la gracia de Dios, de cuantos podemos conocer ésta. Grandes diligencias se hacen por descubrirlo. Grandes demostraciones se harán para castigarlo. Ya es hecho. ¿Qué hemos de hacer? He de deciros mi sentimiento. Más que la demasía execrable, me ha lastimado la repetición, pues en tanto número como Madrid tiene, no hubo gente para repartir en cada calle cuatro hombres, que a haberse repartido así apartados, se huyeran de la demostración obstinada los delincuentes. ¿Y tan despacio que haya habido coplas y versos viles en ello? ¿Tan difíciles serán de conocer los que en esta manchada naturaleza tengan aquesta trabajosa gracia? Sí, serán. Yo hablo como celoso, no como prudente. Lo uno, porque hay quien llegue a pensar que arguye tan infame y humilde dueño esta acción, que será bien, como descubriéndole, castigarle, ignorándolo, no encarcelarlo, imitando a Dios, que hasta poner a descrédito su deidad, suele tolerar blasfemos. Pero él es Señor infinito, no peligran en nuestros errores; y si su piedad lo sufre, su providencia (digámoslo así) entretiene su justicia, hasta el tiempo que conviene; y dejarle a Dios que él vengue sus injurias, pudo ser ilusión de Tiberio; fineza nuestra, ni aun fidelidad, no lo es. Ni poder el autor ser tan vil, como dice la hazaña, es razón de despreciarlo, que no hay tanta distancia del más bajo delincuente al juez más superior, como la hay de un hombre a Dios, y castiga con eternidad de dolor una vuelta de ojos lasciva o un alear sangriento de corazón. Lo segundo, sí, me pudiera excusar a mí, que es ver esta materia en manos de tan sagrados y celosos ministros, y que la tratan con tantas veras, con cuidado tal, que debemos fiar de la luz que Dios suele darles y la diligencia que ellos saben poner, la noticia, el castigo y el ejemplo. Ellos me perdonen el paso que pudiere haber dado más mi celo. Pero supuesto tanto dicho, ya es hecho. ¿Qué hemos de hacer? Sentir mucho que no sólo las culpas, sino las desdichas se sienten, y ésta ha sido inconsolable desdicha si se puede llamar desdicha la que, si no en esta materia, en otras, puede mirar no pocas culpas por causa. Aunque os pese, hay quien diga, Crucificado mío, en padrones impíos e infieles letras; y en lugar de herirse los pechos el pueblo hebreo (no quieras templar el odio, nación proterva, con prohijarte al generoso clima, que tantas armas, letras, nobleza y virtudes ha influido en la tierra, que ninguno mejor que él te conoce y te señala), en lugar, pues, de herirse los pechos el pueblo hebreo, se despacha, Señor, por infamaros. Muere Margarita, muere justamente a este dolor, y a otro nacido de él, que es la amenaza que hace a España Dios de un gravísimo castigo. Es verdad, nada encarezco. Fielmente copio la pena de un gran trabajo con que sintió amenazarnos Dios: quitó a Margarita la vida. ¿Cuál será éste? Amáguelo brevemente el discurso, que yo no me atrevo a desentrañar más aquestos horrores. Si la amenaza es dejarse Dios ofender, acusar su ley, blasfemar su nombre, fijar contra su honra carteles, el castigo, ¿cuál será? ¡Oh, no lo vean mis ojos! ¡Oh, no lo oigan mis oídos! Y de tantos como nos hallamos a esta amenaza, ninguno sienta ni reconozca el castigo. Perdímoste, Margarita, y siendo pérdida tal, muestras que te vas a tu Cielo, por no ver otra mayor en nuestra tierra. ¿Otra mayor? No tengamos ánimo, ni para hablar en ella, para remediarla

sí, que cuando Dios más justiciero desnuda la espada, filos de rayo, dice Moisés que la da, y suele tener bien espacioso siglos los rayos para formarse ellos; para deshacer otras cosas, no. No me preguntéis nada, que yo no sé, ni puedo deciros más de lo que os digo; pero más de una persona conoció estos cuidados en nuestra Infanta. Ni os escandalizaréis de verdad que os diga, pues en ninguna me habéis visto, ni salir mentiroso, ni estar encarecedor. Acordaos cuánto se extrañó oírme acusar el ateísmo, y mirad si habéis visto sobrados indicios, si no culpas de él. No olvidéis lo que os dije en Santo Domingo el Real el día de los Desagravios de Jesucristo, y reparad si habéis tocado con las manos formidables efectos de mi temor. ¡Ay, Señor! No tengan honra, no tengan vida, no tengan hacienda cuantos sospecharemos tocados de esta derogada ley, de esta temerosa y pérfida secta. Que habiendo cancelado Dios su testamento, se le porfían hacer codicilo. Vuelvo a mis cuidados ahora, y en ellos sólo os sabré decir una proposición breve, toda ella consuelo, pero toda ella temor. Dios no perdona a quien peca, sino a quien ha pecado. Los que hemos pecado, nos dolemos y enmendémonos, tendremos cierto el perdón, que no parece que puede haber sentencia más apretada que la de Nínive y la penitencia admitida del Cielo la relajó, y fulminando el decreto de la justicia, le desató en lluvias la misericordia. ¡Ah, Cortesanos!, años ha que os predico con libertad, si Dios es servido, evangélica: poco he visto remediado, y de muchos me he visto odioso. Bendito seáis Vos, Señor, si me habéis dado tanta gracia, que vuestra doctrina me haya hecho malquisto, sea con quien fuere, que con lo más soberano, cierto estoy que no. Por la sangre de este Señor, que cada uno en su estado ayudemos a desarmarle de sus enojos a Dios, cumpliendo con nuestras obligaciones particulares y públicas, excusando toda injusticia, injuria y engaño, que son los petardos más violentos para arruinar las mayores monarquías. Ni piensen los otros reinos que esta amenaza nos tiene ya acabados; que la misma doctrina, y en más apretado punto fue la de Aquior a Holofernes. Y Dios, que estrechó su pueblo aun con el sitio gentil, se sirvió que una mujer sola causase en la casa de Nabuco confusión última. Pueblo de Dios es el nuestro, escogido como el otro para maestro de los demás. Gloriosa sangre, y como en empeño del cielo por su devoción a su felicidad la que nos impera. Fieles, tengamos a Dios, podremos esperar victorias, no temer ruinas. No prosigamos en ofenderle, no continuemos nuestros errores, porque el brazo levantado arguye en la ocasión muy vecino el golpe. ¡Oh, tú, seas quien fueres, fiel o no, que puedes ser causa, ocasión de tanto castigo, mira! ¡Mira! Pero yo no acierto ya a ver. Quede imperfecta la navegación. Zozobremos en el puerto, que de sí mismo estallan los árboles, rompe el lino. Ya desmaya la voz, las fuerzas se rinden, el aliento faltó todo.